

PECCADOS *del* DIABLO



AMBRA KERR
COSIMA KINCAID

PECADOS DEL DIABLO

DE MEDICI MAFIA ¹

AMBRA KERR
COSIMA KINCAID

ÍNDICE

Advertencia De Contenido Sensible

Prólogo

1. Prólogo 2.0
2. Carver
3. Jeanne
4. Jeanne
5. Jeanne
6. Jeanne
7. Carver
8. Jeanne
9. Jeanne
10. Carver
11. Carver
12. Jeanne
13. Carver
14. Carver
15. Carver
16. Jeanne
17. Carver
18. Carver
19. Jeanne
20. Carver
21. Jeanne
22. Carver
23. Jeanne
24. Carver
25. Jeanne
26. Jeanne
27. Carver
28. Carver
29. Jeanne
30. Carver
31. Jeanne
32. Carver
33. Jeanne
34. Información Importante
35. Sobre El Autor

Copyright © 2024 por Ambra Kerr

Primera edición 2024

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta por Ambra Kerr

Página legal:

Ambra Kerr

c/o Block Services

Stuttgarter Str. 106

70736 Fellbach

Germany

ADVERTENCIA DE CONTENIDO SENSIBLE

Esta es la **única** advertencia que recibirás antes de comenzar el libro, *ma belle*. Una vez que pases la página, te sumergirás en el submundo de la mafia francesa, y en un lugar tan oscuro como este, no encontrarás contenido edulcorado.

Este libro contiene, entre otros temas, *agresión sexual, enfermedad, pérdidas, muerte, duelo, tortura, escenas (sexuales) gráficas y la representación de diversos fetiches, pero también la representación del amor (oscuro) de un hombre en todas sus maravillosas facetas.*

Si alguno de estos temas pudiera afectarte, te ruego que te abstengas de leer este libro.

Además, deberías tener **al menos 18 años** para tener siquiera la oportunidad de despertar el interés de Carver.

*Este libro es para **ti** - si estás buscando a un hombre de dos metros de altura, de cabello oscuro y moral turbia, que nunca ha experimentado el verdadero amor, pero que mata a cualquiera que se atreva a tocarle o incluso a mirarte de manera equivocada. ¡Espero que disfrutes de Carver!*

PRÓLOGO

Abrí los ojos parpadeando, solo para descubrir que aún estaba envuelta en una oscuridad que tragaba la luz. Los números rojos de mi reloj digital se grabaron en mi retina.
01:47.

En plena noche.

En realidad, no debería estar despierta, y sin embargo, los vellos de mi nuca se erizaron para indicarme que debía estarlo.

Porque no estaba sola, como ahora se filtraba en mi conciencia después de haber contenido la respiración durante dos segundos y aun así seguir escuchando respiraciones regulares.

¿Mi hermano habría llegado borracho a casa y se habría equivocado de puerta? Aunque era la suposición más probable, mi boca comenzó a sentirse seca lentamente.

¿Quedarme quieta y fingir que seguía durmiendo? ¿O preguntar en la oscuridad quién estaba ahí?

La decisión fue tomada por mí.

—¡JEANNE! ¡Escóndete! —oí gritar a mi hermano desde abajo. Un poco tarde, considerando el hecho de que ya no estaba sola. La forma en que gritó mi nombre hizo que la sangre se me helara en las venas. Al mismo tiempo, mi corazón comenzó a latir tan fuerte que golpeaba contra mis costillas.

Decidida, aparté la manta, probablemente confiando en las palabras de mi hermano por primera vez en los últimos años.

—Me temo que es demasiado tarde para esconderse —me informó una voz suave pero profunda con diversión—. Y correr tampoco es precisamente recomendable.

Un escalofrío helado recorrió todo mi cuerpo. Luego, unas manos fuertes me agarraron, inmediatamente después me cubrió la cabeza con la funda de una almohada y al siguiente momento fui levantada sin esfuerzo de mi cama, aunque me resistí con manos y pies.

El hombre ni siquiera se tambaleó, y me pregunté si este era el momento en el que debería orinarme de miedo. Decidí que mi dignidad era más importante por ahora.

Merde.

Desafortunadamente, no era la primera vez que mi hermano recibía visitas nocturnas de gente sospechosa. Solo la primera vez que me sacaban de la cama y exigían mi presencia. Porque de eso se trataba, ¿verdad?

Recordé que no tenía que permanecer en silencio. Tomando aire profundamente, me preparé para gritar.

Sin embargo, el gruñido profundo en el pecho a mi lado me disuadió de hacerlo. —Compórtate, *ma belle*.

¿Era eso una advertencia? ¿Una petición? ¿Una orden?

Esta vez tragué saliva. —¿Y qué pasa si no lo hago?

Pregunta estúpida, Jeanne. Muy estúpida.

A través de la tela, sentí su aliento caliente directamente en mi oído. —Entonces te enseñaré modales.

Vale. Vale. Eso sonaba demasiado sexual para considerarlo una amenaza.

Me sentaron bruscamente en una silla. Inmediatamente después, alguien me ató las manos detrás del respaldo. Instintivamente, me incliné hacia adelante, apretando los muslos con fuerza.

Como no había habido ninguna advertencia sobre la intrusión nocturna y el secuestro de mi cama, solo llevaba unos shorts finos y una camiseta demasiado corta que seguramente se había subido por encima de mi vientre y bajado un poco de mis pechos.

A mi lado, sentí a otra persona. Mi hermano, como reconocí por el débil olor a hierba que prácticamente se le pegaba a cualquier hora del día o de la noche.

—¿En qué mierda te has metido ahora, Gabriel? —siseé y giré la cabeza en su dirección, solo para darme cuenta de que no podía ver nada a través del tejido denso de mis sábanas egipcias. Solo me quedaba claro que ya no estaba en mi dormitorio, sino probablemente en la sala de estar bien iluminada.

—Oh, sí, cuéntanos qué has hecho esta vez, Gabriel —resonó la voz del tipo que me había sacado de la cama.

¿Era él el líder?

—N-nada.

Se me escapó una risa amarga. ¿Por qué Gabriel seguía intentando presentarse como un corderito inocente después de todos estos años, cuando claramente no lo era? Un poco de valor le habría quedado bien. Si ya estaba metiendo sus dedos en negocios criminales, al menos podría admitirlo. Como un hombre.

Pero no lo era.

Y ya no lo sería, si hacía caso a mi instinto.

Alguien dio una palmada. Al menos esperaba haber interpretado correctamente ese fuerte ruido. —Bueno, vamos a acortar esto un poco.

De nuevo la misma voz.

Me intrigaba saber a quién pertenecía. Seguramente no estaba solo aquí, ¿verdad? Había escuchado más pasos que los de una sola persona.

—Tienes deudas, Gabriel. Deudas que no has pagado en meses. En lugar de eso, te escondes aquí con tu hermana pequeña que no sabe nada, esperando que no te encuentre.

Vaya, eso sí que era una sorpresa. El tipo lo había encontrado de todos modos.

Normalmente, este habría sido el momento en el que habría intentado defender a mi hermano. Protegerlo. Pero no esta noche, porque por primera vez la situación me daba la sensación de que finalmente podría sacudirme mis metafóricas cadenas.

Así que en lugar de seguir colgando tensa e inclinada hacia adelante en la silla, me recosté yforcé a mis músculos a relajarse.

—Puedo explicarlo —comenzó Gabriel.

—Podrías haberlo explicado cuando mis *seconds* intentaron contactarte. 127 veces, para ser exactos.

Vaya. ¿Quién lograba ignorar tantas llamadas del mismo número sin volverse loco o ser devorado por su culpa?

La respuesta era obvia.

—¿Ves esto? Es uno de mis dados.

Evidentemente, no habían logrado vendarle los ojos a Gabriel. Pero entonces, ¿por qué el extraño explicaba lo obvio?

—Vas a tirar el dado para decidir tu destino. El dado tiene seis caras, así que hay el mismo número de opciones. Veamos... Uno: Pagas tus deudas. Dos: Mueres. Tres: Tu hermana muere. Cuatro: Mueres. Cinco: Vives, pero tu hermana pasa a ser de mi propiedad. Seis: Mueres.

Seis opciones. El cincuenta por ciento de ellas llevarían directamente a su muerte.

En mí crecía la necesidad de señalar que por favor me mantuvieran fuera de sus asuntos.

Lamentablemente, temía que mi petición caería en oídos sordos.

Así que recé, aunque mi fe generalmente era limitada.

—Vamos, tira el dado por mí, Gabriel. —Esta vez no me fue difícil detectar todos los matices en su tono de voz, y todos indicaban que quería ver sangrar a mi hermano.

Contuve la respiración en cuanto oí el dado deslizarse por el suelo y luego detenerse con un ruido sordo final.

Esperé ansiosamente el anuncio del veredicto, pero llegó de una manera que no esperaba.

El disparo resonó ensordecedoramente dentro de mí, haciendo cantar a mis huesos. Instintivamente, grité cuando me di cuenta de que la humedad que de repente se filtraba a través de la tela de mi ropa de cama favorita debía ser la sangre de mi hermano. Por no mencionar los pequeños trozos que habían salpicado contra mi cara... pero de alguna manera tampoco, porque la tela me impedía examinar más de cerca el contenido de la cabeza de mi hermano.

La muerte y yo éramos viejos conocidos, porque me seguía a cada paso, pero nunca la había conocido tan de cerca.

Tragué con fuerza para reprimir el miedo.

Estaba muerto.

Eso significaba que yo vivía.

Y de muchas más maneras de las que el hombre que lo había ejecutado era consciente.

Reinó el silencio durante una eternidad y ya empezaba a preguntarme si se habían ido. Él y sus secuaces, que no habían emitido ni un sonido, pero seguramente habían estado allí como refuerzo. Posiblemente no me había dado cuenta porque estaba demasiado ocupada gritando por el shock.

Pero entonces sentí unos dedos cálidos deslizarse por mis brazos hacia abajo para liberar mis manos atadas.

Aun así, permanecí inmóvil.

—Lamento haber tenido que despertarte para esto, Jeanne.

Un segundo después, unos pasos pesados se alejaron de mí y parpadeé, aún atrapada bajo la tela.

Quienquiera que fuese, no podía quitarme la sensación de que no debería conocer mi nombre.

Y mucho menos debería pronunciarlo de esa manera tan íntima.

La puerta de entrada se cerró de golpe y me arranqué la funda de la almohada de la cabeza, solo para encontrarme frente a frente con el cadáver de mi hermano.

Interiormente, busqué compasión. Dolor. Pena. Algo que no fuera ese silencioso triunfo que se extendía dentro de mí y se hacía más fuerte.

Pero no encontré nada de eso.

PRÓLOGO 2.0

La había mirado un segundo de más. Un solo segundo, en un momento de descuido. Ahora mis pensamientos corrían desbocados, y todos, sin excepción, se dirigían hacia ella.

¿Quién era ella para que su hermano se involucrara con la gente más criminal de Francia?

¿Por qué su respiración se había quedado atrapada en su pecho de una manera tan atrayente, cuando cualquier otra mujer en su situación habría estado muerta de miedo?

¿Cómo podía verse tan encantadora mientras dormía que *me* dejaba sin aliento?

Había estado junto a las camas de cientos de personas dormidas y con nadie me había ocurrido lo mismo que con ella.

Jeanne. Un nombre que me hacía apretar los puños porque sentía el incontrolable deseo de volver y velar por ella. Consolarla si lo necesitaba, pero...

Yo había matado a su hermano. Seguramente me odiaba por ello, y eso estaba bien. Muy bien. Fabuloso. Porque significaba que nunca tendría una oportunidad realista con ella y podría volver a ser dueño de mis pensamientos para olvidarla.

Era necesario. Incluso absolutamente necesario, porque con su rostro en mis pensamientos también surgía un recuerdo que había determinado el curso de toda mi vida hasta ese momento. Que seguiría determinándolo.

—¿Y hay algo sobre ella? ¿El amor de mi vida, que supuestamente terminará cuando la conozca? ¿Su nombre o algo así? —le exijo saber a mi padre con los brazos cruzados.

La tradición dice que es parte de convertirse en hombre matar a otro hombre y conocer la profecía que durante siglos ha estado escrita sobre uno en un viejo libro de cuero desgastado. Para que uno pueda prepararse adecuadamente para su futuro.

O lo que sea que Alessandro de Medici acababa de decir. Solo escucho con un oído porque me parece absolutamente ridículo que algún viejo arrugado de la Edad Media se haya atrevido a escribir unas palabras extrañas en un papel y ahora toda la familia viva según estas conjeturas como si fueran los Diez Mandamientos mejorados.

—No —responde mi padre bruscamente y cierra el tomo de golpe.

Miro mis dedos, todavía veo la sangre bajo las uñas, aunque me he lavado las manos tres veces antes para deshacerme de la costra seca.

—¿Y cómo se supone que me prepare entonces? ¿Debo simplemente no enamorarme nunca? No creo que eso sea realista. —Mis pensamientos dan vueltas en círculos.

¿Una mujer significará algún día mi muerte?

Maravilloso: hasta ahora ni siquiera he descubierto un interés particular en ellas, ¿y ya se supone que toda la diversión llegará a su fin prematuramente?

Mi padre me mira. Larga e intensamente, hasta que me reconozco en sus facciones. Cree que

no me tomo en serio la profecía. Que no lo tomo en serio a él.

Instintivamente bajo la mirada. —Quieres que haga todo lo que esté en mi poder para evitarlo.

—Esa es tu tarea, el futuro de los Medici descansa sobre tus hombros. El camino predestinado de tu hermano también condiciona el tuyo.

Se siente como si estuviera lavándome el cerebro con sus palabras. Golpeando la realidad en mi cráneo con un martillo, aunque es ridículo dejar que la vida de uno sea determinada por unas pocas palabras de un adivino muerto hace siglos.

Pero evidentemente es la cosa de la familia, porque hasta ahora todos parecen haberse tomado muy en serio sus profecías. Solo que en las tuyas seguramente no decía lo que dice en la mía.

—Entonces, ¿me caso con una mujer de la que nunca me enamoraré y, como mi lealtad me ata a ella, nunca estará en discusión mirar a otra el tiempo suficiente? —expreso mis pensamientos en voz alta. Me envían un escalofrío helado por la columna vertebral.

Tengo catorce años y se supone que debo decidir sobre el resto de mi vida en estos momentos.

Me mira pensativo. —Un matrimonio arreglado, entonces.

Suena como si no lo hubiera considerado hasta ahora, aunque es exactamente lo que sucede constantemente en nuestros círculos. Prestigio. Poder. Lealtad. ¿Cómo se logra todo esto de la mejor manera posible?

Con un matrimonio que une a dos familias.

—Creo que ya se me ocurre la candidata perfecta... —murmura, hablando consigo mismo. No conmigo, porque aparentemente ya he puesto mi destino en manos ajenas varios siglos antes de mi nacimiento.

Después de siglos en el poder, llenos de derramamiento de sangre, una mujer tenía el poder de arrasar una familia antigua y respetada con solo un parpadeo. Tenía que olvidar a Jeanne antes de que significara la caída de mi familia, porque ella tenía mi destino en sus manos sin siquiera saberlo.

Había matado a muchas personas. Había visto morir a muchas personas. A menudo había invocado a la muerte con mis acciones o blandido la guadaña por ella. Uno pensaría que ella y yo teníamos un vínculo que me permitiría elegir.

Prevenir.

Hacer un trato.

Yo era el hombre más poderoso del país. Pero cuando se trataba de mi esposa, la madre de mis hijos, estaba impotente.

Tenía las manos atadas, por primera vez en mi vida.

Este hecho me había descarrilado tanto que había considerado someterme a terapia. Lástima que para un jefe de la mafia hubiera varias razones condenadamente buenas para mantenerse alejado de los psiquiatras. No necesitaba registros de cuánto me dolía perder a mi mejor amiga. Tampoco quería explicarle a nadie la complicada relación que Cézanne y yo teníamos desde nuestra juventud.

Y menos aún quería admitir que en los últimos dos años había desarrollado una aversión hacia ella. No, no hacia ella. Hacia su decisión.

Aunque no le atraían los hombres, ni siquiera los encontraba remotamente atractivos o sexualmente deseables, me había dado dos hijos, hace años.

Luego, por razones inexplicables, me había pedido un tercero. Así que, como la primera vez, le había entregado un vaso con mi esperma y luego la había visto llevárselo a su amante de entonces para que la inseminara.

Se formó una profunda arruga entre mis cejas.

Nada de esto era reprochable ni me molestaba. Había participado, incluso lo había apoyado, porque quería que fuera feliz, después de todo lo que había sacrificado en su vida por mí y por el legado de los Medici.

Sin embargo, lo que no le había pedido, lo que por el contrario le había suplicado de rodillas que no hiciera, era que fuera tan insensata como para tomar la decisión de anteponer la vida del niño no nacido en su vientre a su propia salud.

El diagnóstico había llegado cuando ya estaba embarazada de unos meses. Y los médicos parecían estar todos muy de acuerdo en una cosa: si no interrumpía el embarazo y, por tanto, no recibía tratamiento, no viviría mucho más.

El nacimiento de Caterina había ocurrido hace ocho meses y cada día veía cómo Cézanne se convertía más en un fantasma.

Seguramente habría necesitado un psicólogo para eso, pero para proteger a mi familia y a la organización, finalmente opté por un grupo de apoyo para personas en duelo. Como Alcohólicos

Anónimos... pero para personas que habían perdido a un ser querido.

Llevaba semanas viniendo aquí, escuchando las historias de vida, o más bien de sufrimiento, de los demás, pero no lograba levantarme y caminar hacia el frente para compartir mis propias preocupaciones.

No se trataba de recibir lástima. La pérdida de Cézanne dolería, pero no detendría mi vida. Más bien, estaba tratando de procesar mi propio duelo antes de que realmente me alcanzara.

Tres niños dependían de que los abrazara con fuerza después de la muerte de su madre y me asegurara de que el dolor no los consumiera por dentro. Los gemelos recibirían todo el impacto, ya que eran lo suficientemente mayores como para comprender la magnitud y la finalidad de la muerte. Caterina, en cambio, ni siquiera podía balbucear la palabra *Maman*. No recordaría a Cézanne, excepto a través de fotos e historias... lo que me quitaba el aliento en un nivel completamente diferente.

El grupo de dolientes anónimos no era grande y se reunía cada dos semanas en un destartado gimnasio en algún lugar en las afueras de Pontorson. Ya conocía algunas caras, otras aparecían solo esporádicamente. La anciana que acababa de levantarse para contar cómo le había ido en las últimas dos semanas seguramente volvería a hablar de su difunto marido.

Su historia de amor era como de cuento de hadas, sin embargo, me resultaba difícil entender cómo podía sentir un amor tan fuerte más allá de su muerte. Aunque en su mundo tampoco era normal enfrentarse a intervalos cada vez más cortos con las muertes violentas de las personas cercanas a uno.

Inevitablemente, uno desarrollaba un escudo protector con el tiempo. Y el amor romántico, de todos modos, no existía para mí. Casarme con Cézanne había sido una obligación. La profecía de mi juventud se había encargado eficazmente desde siempre de que evitara tales frivolidades.

La vibración de mi smartphone me sacó de mis pensamientos. Rémi me informaba que acabábamos de vender un destacamento de soldados a Irlanda. Eso significaba que pronto recibiríamos nuevos reclutas, que serían mi distracción para los próximos meses. Exactamente lo que necesitaba.

—... Mi nombre es Jeanne y hace unos meses falleció mi hermano.

Levanté la cabeza y miré hacia adelante.

Inconfundible.

Esa era mi señal para desaparecer, así que me levanté.

—Me siento culpable. Pero no porque no pude evitar su muerte, sino porque hasta ahora ni siquiera he sentido la necesidad de llorar por él. Algo dentro de mí grita que no se lo merece. — Su voz sonaba suave. Tranquilizadora. Con un ligero matiz que mostraba claramente lo nerviosa que estaba al desnudar su alma ante todas estas personas desconocidas.

Para entonces ya había llegado a la salida del gimnasio, pero me detuve para echar una última mirada por encima del hombro y estudiar su rostro mientras sus palabras resonaban en mí.

No sentía remordimientos por la muerte de su hermano.

Así que no fue un error ignorar el tres que salió en los dados.

MIS DEDOS se cerraron con más fuerza alrededor del volante mientras cruzaba el puente a toda velocidad hacia Mont-Saint-Michel. Un lugar como sacado de una epopeya de fantasía, elevándose en medio de las marismas en la costa de Normandía. No solo se podía ver la historia en esta isla densamente construida con sus murallas y la abadía que se alzaba hacia el cielo, sino

que se podía sentir con cada metro que uno se acercaba, cada vez más intensa en todo el cuerpo.

A lo largo de los siglos, muchas cosas habían sucedido aquí y justo antes de que el estado pudiera apoderarse del lugar, uno de mis antepasados que había huido de Italia intervino, ofreció una suma diabólica y transformó el lugar en la sede central de la mafia Medici.

Desde entonces, no solo entrenábamos aquí a soldados, guardaespaldas y asesinos a sueldo, sino que también ofrecíamos una formación especial en el arte de mezclar venenos... mientras que al mismo tiempo, ocurrían otros dos negocios relevantes en la historia familiar. Por un lado, se podía encontrar casi cualquier obra de arte robada en nuestra caja fuerte, y por otro, criábamos vástagos de la Iglesia. Para nuestros propios fines, por supuesto.

Con esto, incluso hoy, siglos después del apogeo de los Medici en Florencia, seguíamos persiguiendo aquellos objetivos de nuestra familia que siempre habían sido particularmente importantes. No en vano varios papas habían surgido de nuestra línea de sangre... o todas las reinas de Europa, cuya sangre aún hoy mostraba una similitud sorprendente con la que corría por mis propias venas. E incluso los actuales ocupantes reales de los tronos no podían negar que estaban emparentados de alguna manera con mi familia. ¿Cómo les gustaría saber que están emparentados con la mafia?

Me acerqué a la puerta, reduje la velocidad y levanté la mano para saludar. Esta noche estaba de servicio Claude, uno de mis más leales *Seconds*. Normalmente me detendría, charlaría con él unos minutos para enterarme de las novedades de la parte baja de la ciudad, pero esta noche no tenía ánimos para ello.

Así que dejé que el coche rodara hasta el aparcamiento cubierto y desaparecí por una puerta lateral hacia uno de los pasillos medievales. Estos estaban por todas partes y ahorran mucho tiempo al moverse por la isla. Al menos a mí, porque aparte de mi familia y los confidentes más cercanos, a nadie se le permitía usarlos.

Después de solo unos segundos, el aire húmedo y mohoso se asentó en mis pulmones y cuanto más profundo bajaba a las catacumbas, más pegajoso se sentía el ambiente en mi piel. Incluso a través de la ropa se podía sentir aquí abajo lo lejos que uno estaba del continente real.

Rémi me recibió. Los vaqueros oscuros y la camiseta ocultaban hábilmente que durante el día fingía ser un sacerdote.

—Arzobispo —saludé a mi hermano antes de que pudiera pronunciar palabra alguna.

Hizo una mueca como si el título le repugnara.

—Eso nunca pasa de moda. —Sonriendo, asentí con la barbilla en su dirección—. ¿Así que un grupo, eh? ¿A los irlandeses?

Nunca antes habíamos hecho negocios con los irlandeses, por lo que parecía aún más interesante que fuera el caso precisamente ahora.

—Pensé que esto tampoco te interesaría. —En su tono de voz había un reproche tácito.

—Siento que la enfermedad de mi esposa me haya descarrilado un poco —gruñí. ¿Para qué tenía todos esos *Seconds* si Rémi pensaba que no eran un reemplazo adecuado para mí?

Era unos años mayor que yo, por lo que las canas se notaban mucho más en él que en mí. —Ambos sabemos que solo es tu esposa en el papel —respondió neutralmente.

Era un hecho. Sin embargo, no aprobaba que lo usara contra mí precisamente en este caso.

—Mejor cuéntame sobre los nuevos reclutas —exigí.

Cézanne era un tema que no discutiría más con él. Nunca la había traicionado, nunca había admitido que nuestro matrimonio era solo una fachada. Siempre aparecíamos como pareja, tomábamos todas las decisiones juntos y a lo largo de los años se había convertido en la mano derecha que nunca había percibido o encontrado en mi hermano.

—Todavía estamos en proceso de identificar a los candidatos adecuados. Algunas organizaciones se han puesto en contacto con nosotros y han preguntado si pueden enviar a sus reclutas para que los entrenemos.

Nada fuera de lo común, así que asentí. ¿Por qué me preguntaba sobre esto? —Y aparte de eso, ¿qué te trae a este hermoso lugar?

Normalmente Rémi no se quedaba en las catacumbas y, para ser honesto, tampoco esperaba su presencia. Solo había venido para echar un vistazo rápido a los prisioneros y asegurarme de que todos seguían con vida antes de dar por terminado oficialmente el día y volver a casa.

Se encogió de hombros. —Me he divertido diciéndoles que pueden ser salvados si confiesan.

—¿Y planeas liberarlos en una operación clandestina? —le pregunté divertido.

Podía imaginarme bien cómo les mentía descaradamente a estos pobres idiotas para satisfacer su vena sádica. Era un poco malvado, pero nadie había afirmado jamás que los de Medici fueran inocentes.

Rodó los ojos de manera demostrativa. —Más bien me apetece dejar fuera de servicio la electricidad esta noche para que se meen en los pantalones de miedo.

—¿De tus palabras deduzco que te encargarás de ellos hoy? —pregunté. Eso me ahorraría mucho tiempo.

Tiempo que, a cambio, tendría para pasarlo con Cézanne y los niños.

—No te preocupes. Ve con tu familia. De todos modos, es lo único que has tenido en mente estos últimos meses.

Agradecido, le di una palmada en el hombro, aunque era evidente que no aprobaba mi actual compromiso.

Si la Iglesia le permitiera tener una familia, la situación sería diferente. Pero Rémi siempre había sido un solitario. Era pésimo tratando con niños; ni siquiera dejaría a los míos solos con él sin supervisión durante dos minutos, por temor a que los traumatizara accidentalmente de por vida.

Aliviado por este giro de los acontecimientos de la noche, subí de nuevo por las estrechas escaleras, con la cabeza ligeramente agachada, y doblé por el pasillo que terminaba en el callejón que conducía directamente a mi casa.

La parte antigua del exterior estaba en sombras, pero la ampliación moderna brillaba intensamente. La luz cálida caía en rectángulos sobre los alrededores. Hace unos años, había decidido espontáneamente modernizar algunas de las casas en Mont-Saint-Michel. Habíamos elegido a un arquitecto que se aseguró de que las innovaciones se integraran perfectamente en la imagen de la ciudad. Los frentes de vidrio amablemente abiertos no parecían fuera de lugar en combinación con los viejos edificios de piedra, casi torcidos. Más bien mostraban de manera impresionante que el viejo encanto aún podía prevalecer hoy en día.

Aunque podríamos haber ocupado uno de los apartamentos en lo alto de la ciudad y disfrutar de una vista aún mejor desde allí, habíamos optado por una casa en el borde, que terminaba prácticamente en la muralla que rodeaba la ciudad.

Ahora caminaba sobre ella hacia mi hogar, solo para detenerme un momento. Lo que tenía ante mí se había convertido en un hogar únicamente gracias a los esfuerzos de Cézanne. ¿Desaparecería también esa sensación cuando ella se fuera? ¿O lograría transmitir a mis hijos la misma sensación de seguridad que les daba su madre?

La lámina reflectante en los ventanales impedía efectivamente que pudiera ver hacia adentro y distinguir lo que sucedía allí, pero lo descubrí tan pronto como abrí la puerta principal poco después y escuché el fuerte rugido de mi hijo mayor, Matteo.

Me bastó esa frase para saber que estaba peleando con Davide y que se trataba de las malditas espadas de madera que una de las empleadas les había regalado para su octavo cumpleaños hace unas semanas.

Si también les hubiera comprado las armaduras de caballero a juego, al menos no tendría que escucharlos discutir sobre quién obtendría antes un asiento en la mesa del Rey Arturo.

Mientras me acercaba al área abierta de la sala, decidí observar el espectáculo en silencio por unos segundos. De hecho, Davide y Matt corrían por toda la habitación, sobre el sofá y la mesa, por encima de los sillones, solo para luego usar una silla y trepar a la mesa del comedor.

Las espadas se acercaban demasiado a las lámparas sobre ellos, pero perdieron mi atención en el momento en que descubrí el portabebés en la isla de la cocina, donde Caterina, atada con el cinturón, miraba el cielo nocturno nublado a través de la ventana opuesta.

Cézanne estaba en la cocina, mientras Jules gesticulaba agitadamente con las manos a su lado. En realidad, le pagaba a Jules para que cocinara para todos nosotros. Desayuno. Almuerzo. Cena. Cada bocadillo entre comidas. *Todo* estaba en sus manos, pero mi terca esposa prefería seguir trabajando en la cocina incluso cuando estaba inestable sobre sus pies.

Ya habíamos discutido sobre esto, con el resultado de que ella me había dicho lo inútil que se sentía cuando pasaba todo el día en la cama sin hacer nada. Mi argumento había sido que necesitaba el descanso para sanar, a lo que ella se había reído amargamente para echarme en cara lo inevitable una vez más.

Para ella no había cura. Así que bien podía invertir su energía restante en su familia para que la recordaran como una madre amorosa.

¿Seguía creyendo que su decisión había valido la pena cuando miraba a nuestra bebé? ¿Cuando la tomaba en sus brazos? ¿O se arrepentía de haber puesto a un niño no nacido por encima de su propia salud?

Mi camino me llevó directamente a Caterina. Apenas había llegado a mi hija, le lancé una mirada significativa a Jules. Como cada noche, parecía haber perdido la batalla contra la terquedad de Cézanne.

—Cuéntame cómo estás, Anne —pedí mientras desabrochaba a Caterina para tomarla en mis brazos.

Su amplia sonrisa y su entusiasta balbuceo funcionaron perfectamente como distracción, pues olvidé las preguntas que me había estado haciendo antes.

A diferencia de los gemelos, ella tenía los mismos ojos azul claro penetrantes que yo.

—Si me clavara este cuchillo en la mano ahora mismo, no podría sentirlo porque estoy tomando analgésicos muy buenos —respondió mi esposa sin ni siquiera volverse hacia mí por un segundo.

Jules parecía conmovida, lo que me hizo encogerme de hombros tranquilizadamente. El humor de Cézanne había recibido una gran actualización en los últimos meses y no siempre la gente a su alrededor se sentía cómoda con ello.

Si no supieras que estaba mortalmente enferma, no lo notarías. Estaba orgullosa de levantarse de la cama cada mañana para arreglarse. El maquillaje ocultaba las ojeras oscuras y su tez anormalmente pálida. Sin embargo, la pérdida de peso era más difícil de ocultar, aunque la mayoría simplemente asumía que era naturalmente delgada.

—Una fuente de alegría —murmuré, con la mirada nuevamente fija en Caterina.

—Mejor cuéntame qué pasa fuera de estas cuatro paredes —me exigió Cézanne, mientras seguía moviendo la cuchara como si no le costara todas las reservas de energía que poseía.

Más tarde, cuando los gemelos estuvieran en la cama y Jules se hubiera ido a casa, ella se

desplomaría en el sofá y, con la cabeza sobre mi hombro, se quedaría dormida en cuestión de segundos, antes de que pudiera ver el último episodio de su programa de telebasura favorito.

—Nada emocionante —dije, sabiendo muy bien que no había salido en meses. Además, no dejaba que nadie se acercara a ella que mostrara el más mínimo signo de resfriado, gripe o cualquier otra enfermedad.

Su sistema inmunológico estaba débil. El más mínimo desafío podría matarla.

—Eso es mentira —me reprendió, todavía ocupada con sus ollas y sartenes.

—Estamos recibiendo nuevos reclutas —ofrecí, aunque eso solo le recordaría el tiempo en que ella hacía de sargento instructor.

—¿Ya sabes cuándo? —Se apoyó casualmente en la encimera.

—Deberías dejar que Jules continúe —dije inmediatamente. No era mi intención ser paternalista, pero internamente me atormentaba cada segundo verla débil y frágil, cuando recordaba muy bien qué mujer fuerte había sido siempre.

Ahora su cuerpo le negaba el servicio y ella se deslizaba cada vez más hacia el más allá, justo ante mis ojos.

Y yo... no podía hacer nada al respecto. Si hubiera sido posible, lo habría hecho de inmediato. Lo había hecho. Había hecho secuestrar a médicos de alto nivel, pagado sumas astronómicas por su tratamiento, considerado todas las posibilidades, por muy alternativas que fueran, pero al final el resultado siempre había sido el mismo. Su muerte era inevitable.

Antes de que pudiera centrarme más en convencerla de que al menos debería tomarse un descanso, mi presencia pareció llegar también a los gemelos.

Matteo se deslizó a toda velocidad por detrás hacia mis corvas, agarrando la espada de madera con tanta fuerza que golpeó ruidosamente contra el taburete del bar.

—¿No crees que yo sería el mejor caballero, verdad?

Bajé la mirada hacia su oscura cabellera antes de arquear una ceja. —Nuestra familia nunca ha tenido muchos caballeros.

—Nadie preguntó eso —intervino Davide—. Entonces seremos los primeros caballeros de esta familia.

—Lo cual hace imposible sentarse en la mesa del Rey Arturo, porque eso fue hace algunos añitos.

—¿Cuántos exactamente? —¿Sería una opción ignorar deliberadamente la pregunta de Matteo?

Mi mirada buscó ayuda en Jules.

—Bueno, considerando que es una leyenda y nadie sabe si se basa en algo que realmente sucedió... debió haber sido en el siglo XII.

—¿Cuántos años son esos?

—¿Por qué no contamos en siglos? Ahora estamos en el siglo XXI. Del doce al veintiuno... —comencé, pero fui interrumpido inmediatamente.

—Nueve. Eso fue demasiado fácil. —La intervención de Davide me hizo sonreír, pero también subrayó que estaba por delante de su hermano. No solo en lo que respecta a simples cálculos.

El elogio de Jules a mi hijo siguió de inmediato, y luego Cézanne finalmente anunció que todos deberían sentarse a la mesa porque la cena estaba lista.

Por fin. No porque tuviera tanta hambre, sino porque significaba que ella finalmente se sentaría.

Más tarde esa noche, después de que los gemelos estuvieran en la cama y Caterina se hubiera

dormido en mis brazos, nos encontramos realmente en el sofá. Para entonces, Cézanne se había soltado la trenza, dejando que su cabello oscuro cayera suelto sobre sus hombros. En los últimos diez años, apenas había envejecido, y parecía que ni siquiera la enfermedad quería robarle eso. Todavía no.

Sin embargo, era innegable lo cansada que estaba.

Así que mientras en el fondo algunas personas buscaban el gran amor, observé a mi esposa reclinarsse en el sofá y cerrar los párpados por un breve momento.

—¿Quién cuidará de los niños durante el día cuando...? ¿Y de ti? ¿Quién cuidará de ti? — Sonaba como si ya hubiera pensado mucho en ello.

—Yo. Yo cuidaré de mis hijos. —En realidad, ya había empezado a hacerlo al lidiar con algo que ni siquiera había sucedido aún.

—Tienes obligaciones, Carver. Y a menudo hacen que no estés en casa. ¿Quieres llevar a Cat atada a ti y llevarla al próximo tiroteo? ¿O cargarla en brazos mientras torturas a algún traidor?

Aunque la idea me parecía bastante divertida, menos lo eran las consecuencias que seguirían a tal decisión. Planeaba mantener a todos mis hijos alejados de la realidad de esta familia el mayor tiempo posible.

—Puedo reducir mi carga de trabajo —sugerí y me encontré con su mirada penetrante y escéptica.

—Te has sumergido en el trabajo en los últimos meses.

—Para... no tener que hacerlo cuando suceda lo que ambos tememos.

Ella negó con la cabeza. —No puedo dejarlo al azar o esperar lo mejor. ¿Confías en mí?

Una pregunta extraña que siguió a su declaración. Incliné la cabeza para observarla intensamente durante unos segundos. Nos conocíamos desde que teníamos trece años. Eso fue hace veinticuatro años. Y ni por un segundo había dudado de que podía confiar ciegamente en ella.

—Por supuesto. Pero ¿por qué preguntas eso?

—No te preocupes por eso. —Lo cual era prácticamente la afirmación más segura para que me preocupara precisamente por eso.

Miré a Cézanne con escepticismo mientras extendía una manta sobre sus piernas, solo para apoyar su cabeza en mi hombro al momento siguiente. Así que la rodeé con el brazo y la acerqué más, no lo suficientemente ignorante como para no notar el frío de su cuerpo.

Así que busqué la manta, la subí más, absteniéndome de hacer algún comentario al respecto, y luego miré fijamente el televisor, completamente ciego a la serie.

Por un lado, mi hija se apoyaba en mí y dormía, y por el otro, mi esposa.

¿Cuánto tiempo pasaría hasta que solo una de ellas dependiera de mí?

Claire era una buena amiga. Al menos eso intentaba convencerme a mí misma, porque llevaba cinco minutos agitando un periódico frente a mi cara, tratando de persuadirme para que finalmente buscara un trabajo emocionante que me sacara de esta casa y me llevara a una aventura.

Como si la muerte de mi hermano no fuera ya suficiente aventura.

—No tengo ni idea de cómo pagas tus facturas.

—Reservas —respondí sin emoción. Aunque se estaban agotando lentamente porque me negaba a averiguar cuánto dinero había en la cuenta de Gabriel, Claire no necesitaba saberlo. Probablemente solo aumentaría sus preocupaciones y al mismo tiempo la confirmaría en que tenía razón.

—¿Cuándo has tenido tiempo para ahorrar?

—En todas esas semanas que estuviste en el extranjero, por ejemplo —Casi menciono las noches en los bares como argumento, ya que Claire rara vez pagaba siquiera una sola bebida.

—Creo que las vacaciones te habrían hecho más bien que el dinero en la cuenta.

—Entonces ahora estaría en la calle —repliqué, soplando el mechón rebelde de mi frente que insistía en caer para molestarme. Aunque había heredado la casa, eso no significaba que no hubiera otros gastos que pagar.

—Bueno, este anuncio aquí...

—¿Por qué no te postulas tú misma?

—Porque tengo un trabajo y no me hundo en autocompasión en mi casa.

No me hundía en autocompasión. En realidad, solo me preguntaba qué diablos estaba mal conmigo. Pero era mejor no contarle eso a Claire, porque no conocía ni las circunstancias ni las consecuencias completas de la muerte de mi hermano.

—Mira, esta familia está buscando una niñera para sus tres hijos. Dos hermanos en edad escolar primaria y un bebé. Y el pago es gigantesco.

—Y mi experiencia como niñera es... prácticamente inexistente.

—Escriben específicamente que no buscan experiencia, sino simpatía.

Levanté una ceja. —¿Prefieren a alguien que sea simpático pero no sepa tratar con niños, en lugar de alguien con la experiencia necesaria?

—No lo sé. Yo no publiqué el anuncio. ¿Por qué no llamas?

—Porque... —Se me escapó un suspiro. Probablemente no tenía sentido discutir con Claire de todos modos.

Ella no sabía que Gabriel había muerto a menos de dos metros de donde estaba parada ahora. Tampoco sospechaba que yo había pasado días gateando de rodillas, raspando sus restos de las tablas del suelo. O que casi me había roto el cuello cuando me subí a un taburete para limpiar las

salpicaduras de sangre del techo. Además, había sido una mala idea mezclar varios productos de limpieza. Eso solo había hecho que alucinara con él.

Parpadeé. Tantos secretos que tenía que llevar conmigo.

—¿Me ves trabajando con niños, Claire?

—Bueno... es solo temporal. Para que salgas de aquí, estés entre gente y... quizás la risa de los niños te ayude a encontrar la tuya propia. Ya sabes.

Claire me dedicó una sonrisa. Para convencerme. Para decirme que lamentaba ser tan insistente. Para recordarme que no tenía que quedarme atrapada en esta nube negra que había elegido como refugio apropiado después de la tragedia de mi vida.

—¿Me dejarás en paz si voy a una entrevista?

Aplaudió entusiasmada. —Por supuesto. ¿Sabes qué? Incluso llamaré por ti.

Antes de que pudiera protestar, ya había agarrado su teléfono y subido las escaleras haciendo ruido para hacer la llamada allí. Resignada, enterré la cabeza entre mis manos por un momento.

Claire era mi gemela oscura. Lo opuesto a mí, si se quiere. La contraparte para que yo pudiera mantener mi equilibrio.

Normalmente, yo debería ser la que aportara el entusiasmo en nuestra amistad. Pero desde que esos hombres irrumpieron en mi casa y ejecutaron a mi hermano, todo era tan diferente.

Y eso a pesar de que ni mi seguridad ni mi cordura habían sufrido. No estaba de luto. No tenía miedo. Simplemente no sabía qué hacer con mi libertad, ni con el hecho de que todos estos cambios en mi vida me dejaban completamente fría.

A veces los traumas se retrasan, había leído mucho sobre eso en internet. Pero habían pasado meses y, a pesar del hecho de que literalmente me había revolcado en la suciedad después de la muerte de Gabriel, estaba bien. Mejor que bien, de hecho.

Pasó un buen rato antes de que Claire bajara. Sus pasos tenían algo de alegre cuando entró en la sala de estar.

—Tienes una entrevista, Jeanne. Y ni siquiera necesitas llevar documentos. Incluso pasarán a recogerte mañana por la mañana. Parece que no solo son ricos, sino *muy* ricos. ¡Será emocionante!

Emocionante no era precisamente la descripción que se me ocurría al respecto, pero no la corregí. En su lugar, meforcé a esbozar una pequeña sonrisa y le mostré el pulgar hacia arriba.

—Apenas puedo esperar.

—¿Y luego me cuentas, sí?

—Claro. En realidad, podría grabarte un vlog directamente, ¿qué te parece? ¿O qué tal una videollamada durante la entrevista?

—Eso... no. Sería exagerado. —Sin embargo, por un momento pareció considerarlo—. Es suficiente si me cuentas después cómo fue. Y ahora, vamos a elegir tu atuendo para mañana.

Como si no hubiera pasado ya suficiente hoy gracias a su llamada.

Nerviosismo ni siquiera se acercaba a describir lo que sentía. No, todo mi interior estaba compuesto de pequeñas criaturas que se agitaban frenéticamente y me estaban volviendo loca. Claire me había convencido de ir a esta maldita entrevista en vaqueros y una camiseta holgada, así que solo tuve que ponerme las zapatillas junto a la puerta antes de salir, lista para enfrentarme a esta aventura.

Para ser honesta, mi motivación era escasa, ya que hubiera preferido mantener mi status quo. Era tan cómodo y familiar. En cambio, subir a un coche negro con ventanas tintadas que me llevaría a mi potencial nuevo empleador me parecía más bien peligroso y arriesgado.

Aun así, abrí la puerta trasera y me deslicé en los suaves asientos de cuero, aferrándome con fuerza a mi bolso.

A través del espejo retrovisor, un hombre me lanzó una mirada intensa y prolongada, lo que solo aumentó la sensación de presión dentro de mí. Me aclaré la garganta, me incliné hacia adelante entre los asientos y extendí mi mano hacia él.

—Soy Jeanne. Jeanne de la Croix.

Miró mi mano con interés antes de apiadarse y contorsionarse un poco para estrecharla. —Claude.

—¿Y qué más? Mi amiga quiere saberlo porque siempre teme que me puedan secuestrar.

Levantó una ceja. —¿Es así?

Se me escapó una risa demasiado aguda. —Bueno, seguramente pueda imaginar cómo es la vida como mujer.

—¿Tenéis miedo constante de ser secuestradas?

—Y asaltadas, violadas, asesinadas, amenazadas, apuñaladas, ejecutadas... oh, eso ya lo había mencionado en mi lista... pues... ¿entiende a lo que me refiero?

Claude miraba fijamente hacia adelante a la carretera, lo que me hizo darme cuenta de que no tenía idea de adónde me llevaría exactamente. —¿Entonces me está diciendo que necesitaría a alguien que la protegiera de todas estas cosas?

—Oh, Dios, no. El mayor peligro potencial para una mujer proviene de su pareja.

—¿Alguna vez ha tenido una pareja que se haya comportado mal con usted, Jeanne? —Su mirada se clavó inquisitivamente en la mía a través del espejo retrovisor y automáticamente empecé a sudar.

—¿Es eso relevante para el puesto de niñera?

—No —respondió entre dientes apretados.

Por un lado, no podía quitarme la sensación de que este hombre debía ser tratado con extrema precaución. Por otro lado, no me sentía nerviosa por él.

—¿Es usted uno de los empleadores?

—Trabajo para ellos.

—De acuerdo. ¿Y cómo son? Me refiero a los niños.

—Bien educados, pero lo suficientemente traviesos como para notar su edad.

—Eso se aplica a los dos chicos, ¿verdad?

—Por supuesto. Un bebé de ocho meses normalmente no causa tanto caos.

—¿Y por qué la familia busca una niñera?

Negó con la cabeza. —De eso tiene que hablar con la jefa.

La jefa. Como si fuera alguna institución superior para él, por la que sentía el mayor respeto.

Justo cuando iba a preguntar cuánto tiempo más tardaríamos, el Mont-Saint-Michel se alzó en el horizonte. —¿Vamos allí?

—¿A la isla? Sí.

Eso le interesaría muchísimo a Claire. —¿La familia vive allí? En la ciudad se dice que es una zona de alta seguridad y que es mejor no dejarse tentar a hacerle una visita.

—Con lo que la gente no se equivoca del todo.

Entrecerré los ojos. Como una enorme fortaleza, la montaña se elevaba hacia el cielo y, incluso desde lejos, se podían adivinar los detalles de los antiguos edificios. Seguramente uno se sentiría como si hubiera retrocedido a otro siglo allí.

¿A quién se le ocurriría vivir allí?

—Bueno, ahora realmente puedo contarle a Claire muchas cosas sobre mi aventura —murmuré, lo que me valió una mirada severa de su parte.

—Esta visita es confidencial.

—Por lo que recuerdo, aún no he firmado ningún acuerdo de confidencialidad. Además, ella es mi mejor amiga. Ahí se aplican excepciones.

Claude abrió la boca como si quisiera protestar, pero al final solo exhaló ruidosamente.

¿Mi comportamiento durante este viaje se incluiría en la evaluación general? Si era así, mis posibilidades seguramente eran malas... pero por el puro factor de diversión, ahora llevaría esto hasta el final de todos modos.

Nos acercamos al Mont-Saint-Michel por un puente y no pude evitar notar lo hermoso que era este lugar desde fuera. ¿Qué me esperaba dentro?

Claude estacionó el vehículo justo detrás de la enorme puerta que acabábamos de pasar y me abrió la puerta después de que notara, desconcertada, que no se movía desde dentro.

Apenas salí del coche, me entregó una de esas mascarillas desechables que siempre usan los médicos. —Cuando tenga la entrevista en un momento, tendrá que usar esto.

Perpleja, tomé la mascarilla y luego lo seguí por el empedrado hacia un callejón estrecho. A derecha e izquierda se alzaban casas de piedra torcidas. Las ventanas estaban ciegas y dudaba seriamente que alguien viviera en estos edificios.

Bastaron unos pocos cientos de metros para que se abriera ante nosotros la vista de un enorme edificio de piedra que había sido modernizado con cajas de acero. Todos los frentes estaban acristalados, pero aun así no permitían ver el interior.

Este lugar gritaba dinero oficialmente. Y no solo unas pocas monedas que se hubieran encontrado por casualidad en la herencia de la abuela. No, aquí había mucho más en juego de lo que yo podía imaginar en mis sueños más locos.

—La mascarilla —me recordó Claude tan pronto como llegamos a la puerta principal.

Así que me la puse y le sonreí, lo que por supuesto no podía ver bajo la mascarilla. Luego me pasó también un desinfectante, que usé bajo su mirada severa. Inmediatamente después, abrió la puerta y me indicó que pasara.

No había dado ni un paso en el pasillo cuando un niño de pelo oscuro vino hacia mí, persiguiendo el balón que había quedado justo frente a mis pies.

Sopesando la situación, miré el balón y luego al niño, quien a su vez me miraba expectante. Aun a riesgo de causar una mala impresión, pateé el balón por el pasillo.

Inmediatamente el niño salió disparado de vuelta hacia la zona abierta de la sala de estar y decidí simplemente seguirlo, ya que Claude me había abandonado a mi suerte y había cerrado la puerta principal detrás de mí.

—¡Maman, la nueva niñera está aquí! —oí que alguien gritaba.

Un segundo después, me encontré en medio de la sala de estar, mirando boquiabierto los muebles caros, la vista y... *merde*, había tanto que ver que no sabía dónde mirar primero.

¿Las ventanas del suelo al techo con marcos negros? ¿El gran sofá blanco que parecía increíblemente cómodo? ¿El comedor en madera clara que combinaba tan bien con las grandes baldosas beige del suelo? ¿La cocina negra o las lámparas de diseño que colgaban del techo de varios metros de altura? ¿El piso abierto sobre el comedor, que parecía ser utilizado principalmente por los dos niños como área de juegos?

Seguí girando en círculo hasta que apareció directamente a mi lado una mujer que me miraba sonriendo con expresión amable. Aun así, di un respingo porque ni siquiera la había oído llegar.

Me tendió la mano y la tomé antes de poder pensarlo. —Cézanne de Medici —se presentó.

—¿Medici como en Florencia y envenenadores?

—Medici como en... —suspiró—. Sí, como en Florencia y envenenadores.

—Jeanne —dije rápidamente—. de la Croix. —La información de hace un momento me dejó un poco perpleja, y no pude evitar hacer otra pregunta—. Pensé que los Medici se habían extinguido hace mucho tiempo.

—Pues... aquí estamos. —Se encogió de hombros como si fuera la cosa más normal del mundo—. Deberíamos subir para poder hablar tranquilamente. ¿Podrías llevar a Caterina, Jeanne?

Caterina... como en Caterina de Medici. Maravilloso. Esperaba no estar sosteniendo realmente a la próxima reina de Francia en mis brazos.

—¿Está bien que la sostengan extraños?

—Vamos a averiguarlo —me animó Cézanne y asintió en dirección al portabebés donde dormía la niña.

¿Por qué de repente no podía recordar haber sostenido a un bebé antes?

Con cuidado, levanté a Caterina, la apreté contra mi pecho y descubrí que no era tan difícil. Ni siquiera lloró, lo que pareció sorprender no solo a mí.

Cézanne me indicó que la siguiera. En el pasillo, otra escalera conducía hacia arriba, pero llevaba a un piso completamente nuevo, no al entresuelo que había visto desde abajo.

Entramos en algo que parecía un apartamento adicional, situado encima del área que compartía con su familia. Sin embargo, el estilo de decoración industrial pero elegante continuaba, con toques acogedores en forma de un sofá color mostaza y algunos sillones cómodos.

Las paredes se habían dejado en su estado original, una mezcla de hormigón y piedra. Gracias a los frentes de cristal, toda la zona estaba inundada de luz y una mirada hacia arriba revelaba una galería. Sin embargo, aquí el piso no se utilizaba como sala de juegos para los niños, sino que estaba dominado por una cama.

Quienquiera que se hubiera encargado de la decoración debía tener un gusto exquisito.

Cézanne me dio tiempo para mirar todo detenidamente antes de que me volviera hacia ella de

nuevo.

Este lugar definitivamente no era lo que yo esperaba. Y su familia tampoco.

—¿Y los niños de abajo están bien? No vaya a ser que se estén rompiendo la cabeza el uno al otro o algo así —comencé.

—Eso podría pasar, de hecho. Esperemos lo mejor. —Parecía tomárselo con calma, así que hice lo mismo—. Siéntate, Jeanne.

Señaló un grupo de asientos justo frente a la ventana, así que saqué una silla de debajo de la mesa y me senté. Caterina seguía durmiendo plácidamente contra mi pecho.

—¿Quieres que te hable de mí? —pregunté, observando a Cézanne al otro lado de la mesa. Estaba rodeada de esa cálida energía maternal que calmó mis nervios al instante.

—¿Qué edad tienes?

—Veintisiete —respondí.

—¿Y vives cerca?

—Sí, en la ciudad más grande cercana, Pontorson.

—¿Estarías dispuesta a mudarte aquí? ¿A este apartamento? Necesito a alguien que esté en el lugar.

—Yo... eh... claro. ¿Por qué no?

—¿Tienes experiencia con niños?

Mi mirada bajó hacia la niña dormida. —Para ser honesta, muy poca. Me llevo bien con ellos, pero no es como si fuera educadora o hubiera trabajado como niñera durante años cada semana. Puedo entender si eso es una razón para decidir en mi contra.

Guardó silencio durante un largo momento. —He hablado con más de setenta mujeres en los últimos días.

Inconscientemente, tragué saliva.

—En algún punto siempre me quedó claro que no eran adecuadas.

—¿De acuerdo?

—Esto no se trata solo de mis hijos, Jeanne. Ellos estarán bien de todos modos. Estoy enferma... incurablemente enferma. Mis días están contados y tan pronto como esté bajo tierra, mi marido será libre. Libre para hacer lo que quiera.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—No solo busco una niñera, sino también una nueva mujer para mi marido.

En mi mente, vi una imagen de un adorable gatito corriendo a toda velocidad contra un cristal que no había visto antes.

Yo era el gatito.

Y el cristal era la declaración de Cézanne de que se preocupaba tanto por su marido que había decidido echarle una mano.

—¿Acaso no es capaz de buscarse una él mismo? —se me escapó antes de que pudiera pensarlo.

Cézanne me miró divertida. —No estoy segura de que alguna vez haya estado enamorado.

Entonces, su anuncio no debería haber sido para una niñera, sino para... ¿una mujer?

Intenté imaginar cómo formular algo así de la mejor manera para que no sonara mal. Pero no había palabras que no lo hicieran sonar extraño de alguna manera.

En consecuencia, entendí por qué había omitido esa información. Y por qué había hablado con setenta mujeres que no habían sido adecuadas. ¿Para ella... o para su marido? No. Probablemente él no estaba involucrado en este asunto en absoluto.

Cézanne actuaba por su cuenta, por lo que había entendido.

—Pero...

—Nuestro matrimonio es un acuerdo. No somos... No somos una pareja.

Lo que me estaba contando se volvía cada vez más loco. —¿Y usted cree que debe cuidar de su marido?

—Me gustaría hacerlo. Y pagaría por ello. —Su mirada encontró la mía, sus labios se separaron, luego los presionó de nuevo antes de volver a empezar. Finalmente, se le escapó un suave suspiro. —Mi marido ha sido mi mejor amigo desde mi juventud. Supongo que ambos queríamos cosas diferentes de la vida, pero debido a las circunstancias externas, ninguno de nosotros lo consiguió. Aunque los sentimientos entre nosotros nunca fueron de naturaleza romántica, nunca tuve motivos para quejarme de su lealtad. Él habría... —Se interrumpió. —Carver, en mi opinión, solo merece lo mejor. Me ha dado una familia, me ha aceptado como soy y no se aparta de mi lado ni siquiera ahora. Ha estado haciendo malabares con su trabajo y nuestros hijos durante años y... lo amo, Jeanne, por favor no me malinterpretes, pero no de la manera en que él merecería experimentar el amor.

Mi corazón se aceleraba con cada una de sus palabras. No solo me revelaban lo profunda que era su conexión con su marido, sino que también pintaban una imagen clara de ella.

De lo cariñosa que era y lo importantes que eran para ella las personas en su vida, incluso después de que sucumbiera a la enfermedad que, aunque solo había mencionado brevemente, debía estar afectándola increíblemente a nivel psicológico.

Quise convencerme de que las lágrimas me llegaban a los ojos por razones inexplicables, pero en realidad era muy consciente de los motivos.

Cuanto más la miraba y más resonaban sus palabras en mí, más difícil me resultaba contenerme.

—¿Debo mentirle? —logré decir finalmente, porque no sabía qué más decir.

La brutal honestidad de Cézanne me había pillado por sorpresa y los paralelismos que veía hacían casi imposible abordar el asunto con sentido común.

Me estaba dando una visión profunda de su familia y no quería sentirme como una intrusa... sino más bien como parte de ella, si este era el trato que todos tenían entre sí.

Este amor incondicional, aunque claramente no eran la típica pareja de al lado, ponía mi visión del mundo patas arriba de una manera que aún no lograba comprender del todo.

Inclinó la cabeza solo mínimamente, pero fue gesto suficiente para transmitirme que tenía una idea clara de lo que sucedería. —Idealmente, no.

—Pero... ¿y si no me enamoro de él? No he tenido relaciones en el pasado...

Normalmente no hablaba de esto. Pero después de todo lo que me había revelado, no pude evitar compartir una parte de mi historia con ella. Darle una visión de la vida de la mujer que aparentemente quería contratar para cuidar de sus hijos y su marido.

Su ceja se alzó. —¿Qué le parece si empiece a trabajar aquí y simplemente vemos qué pasa? Por ahora, solo ocúpese de mis hijos. Me gusta estar cerca de ellos y cuidarlos, pero últimamente me resulta realmente difícil atenderlos todo el día.

Había mucho más burbujeando bajo la superficie, pero Cézanne logró hábilmente contener más palabras y asegurarse de que tuviera que lidiar con lo que me estaba diciendo.

Pasaron varios segundos antes de que sus declaraciones me llegaran por completo. Lo que decía era ridículo. Al menos en un primer momento, porque si lo pensaba más, ¿no era exactamente el tipo de aventura en la que Claire quería verme? ¿O no?

¿Qué tan tonto podía ser aceptar una oferta así? Parecía sincera y no solo la mención de su enfermedad había tocado un punto sensible en mí. Si se preocupaba de esta manera por su

marido y quería permitirle la felicidad que hasta ahora no había experimentado debido a su sentido del deber, ¿cómo podía yo, de todas las personas, interponerme en su camino?

—Suenas como si ya no tuviera opción, ¿verdad? —La miré inquisitivamente. Cézanne parecía estar segura. Su oferta, o más bien su petición, debería preocuparme, pero justo ahora solo veía en ella la aventura de la que Claire había estado hablando todo el tiempo, y a la mujer desesperada detrás de la búsqueda, que probablemente no deseaba nada más que partir de esta vida con la conciencia tranquila.

Además... si podía vivir en un lugar como este, ¿cómo podría decir que no? Era consciente de cómo los argumentos perdían fuerza y de que estaba buscando una forma de justificar ante mí misma una decisión tan peligrosa y a la vez descabellada.

—No querrá decir que no, Jeanne, ¿verdad?

—Extrañamente, no quiero decir que no. —Fuera de donde viniera eso, mejor me daba una bofetada más tarde por ello.

¿Sentido común? Ni rastro.

¿Tal vez porque me había acompañado tan de cerca durante los últimos veintisiete años y ahora estaba aprovechando la primera oportunidad para romper definitivamente mis cadenas?

—Excelente. ¿Entonces tenemos un trato? —Me extendió la mano. De alguna manera, no pude evitar sentir que el bebé en mis brazos había sido solo una prueba y, evidentemente, había hecho todo lo posible para que la pasara, ya que no había emitido ni un solo ruido.

—Parece que tenemos un trato. —Estreché su mano... y no un segundo después me di cuenta de a qué había dado realmente mi consentimiento.

No solo me encargaría de sus hijos, sino también de su marido, quien aparentemente nunca había estado enamorado porque su vida consistía obviamente en el deber que tenía hacia su no-esposa y sus hijos.

¿Y yo, la nueva niñera de sus hijos, que nunca había tenido una relación y cuyas experiencias con hombres deberían haber estado en un archivo policial sellado, debía encontrar una manera de acercarme a él para que experimentara el amor que yo misma no conocía?

—¿Cuándo debo empezar?

—Mañana. Claude te recogerá con todo lo que necesitas. El tuteo está bien, ¿verdad? Ahora que está claro que nos conoceremos mucho más de cerca.

—Por supuesto —respondí, aún perpleja. Conmigo misma. Con la situación. Con Cézanne, con quien sentía una conexión basada únicamente en el hecho de que se había abierto conmigo de una manera tan confiada.

Sin embargo, esto también me dio otra revelación. Tal vez no eran sus hijos o incluso su marido quienes realmente necesitaban ayuda en esta difícil situación. Posiblemente era *ella*.

Y aunque no estaba calificada para ello, ni podía adivinar si ella estaba buscando una amiga en esta situación, me lo propuse como uno de mis grandes objetivos para mi próxima estancia.

Cézanne sonrió, seguramente sin sospechar nada de mis pensamientos. —Bien.

Quizás acababa de firmar mi sentencia de muerte. O tal vez simplemente estaba recuperando las aventuras que no había vivido después de terminar la escuela. Otros habían volado al extranjero, se habían embarcado en un crucero o habían hecho otras cosas locas.

Y yo... ahora aparentemente trabajaba para una familia históricamente relevante, que vivía lejos del ajetreo de la ciudad en una isla de alta seguridad que bien podría haber salido de la Edad Media. Cuidaría a los hijos de una mujer que moriría en un futuro previsible. Tal vez incluso tendría la oportunidad de ofrecerle mi mano de manera amistosa y estar ahí para ella. Y luego estaba su marido, a quien no conocía, pero de quien posiblemente me enamoraría para hacerle un

favor a su esposa moribunda.
¿Qué podría salir mal?

Claire se impuso la impresionante tarea de enumerarme todas las cosas que podrían salir mal.

—¿Y si son asesinos en serie? ¡Quiero decir, UNA ISLA!

—No me dio esa impresión —respondí, frunciendo los labios, porque originalmente había sido su idea ponerme en esta situación.

—Pero no puedes leer la mente de la gente.

—Cézanne fue amable. A su hija le caí bien de inmediato y los chicos también parecían bastante entusiasmados. Y después de haber entrevistado a tanta gente, es algo especial que confíe precisamente en mí.

—O es preocupante. Por cierto, ¿cuánto te van a pagar?

Me encogí de hombros. —Seguramente más de lo que gano ahora —respondí con un guiño.

Para ser honesta, ni siquiera se me había ocurrido preguntar. Incluso si la cantidad fuera relativamente baja, todavía tendría alojamiento en uno de los pocos lugares posibles donde toda la humanidad no me molestaba tanto como para empezar a dudar de mi cordura.

Tal vez debería contarle a Claire también que Cézanne me había encomendado una tarea especial, pero algo me detuvo. Probablemente el hecho de que incluso a mis oídos sonaba ridículo.

—Te has vuelto loca. En serio. Primero muere tu hermano y ni siquiera rompes a llorar, y luego se te ocurre la idea estúpida de aceptar este trabajo. Yo en tu lugar habría salido corriendo tan pronto como ese tipo que te recogió empezó a hacer todas esas preguntas extrañas.

—Y tú querías que fuera a esta entrevista. ¿Quién de nosotras fue la que llamó especialmente para esto? —le recordé mientras seguía metiendo ropa en mi bolsa de deporte, mientras Claire se tumbaba en mi cama.

¿Sería posible enamorarse de alguien por quien se opta activamente? ¿Y si el marido de Cézanne no tenía ningún interés en involucrarse con ninguna mujer?

Dios, esperaba que ella hubiera pensado el plan más allá de este punto, porque así había demasiados vacíos que me presentaban enigmas insolubles.

—Bueno, necesitamos una palabra clave para emergencias. Y tienes que llamarme todos los días para que sepa que sigues viva y que no te han vendido para la trata de personas. Además, quiero la dirección. Y los nombres. Mejor aún, fotos de los documentos de identidad.

Justo cuando iba a preguntarle si se había vuelto loca, me di cuenta de que en realidad este era el procedimiento normal. En algún momento entre esta mañana y mi regreso a casa, debí haber perdido el juicio.

La pregunta era dónde y si lo encontraría si me recordaba constantemente que esto no era solo una excursión divertida, sino que podría tener serias consecuencias.

—Vale. Vale. Lo haremos a tu manera. Y ya le he hablado de ti al conductor, así que saben que hay gente que me buscaría. —Claire era la única familia que me quedaba. Todos los demás estaban muertos. Mi hermano, mis padres, sus hermanos, mis abuelos... ya no me quedaban parientes vivos.

Así que solo me quedaba Claire. Y en ella, obviamente, podía confiar más que en nadie.

—Seguramente te dejarán venir de visita de vez en cuando.

Ella se estremeció. —No sé si quiero. Quién sabe qué cadáveres tienen en el sótano.

—¿Habrá sótano? —reflexioné, un poco divertida por cómo se estaba desarrollando nuestra conversación.

—Vaya, realmente estás haciendo las preguntas relevantes. —Claire me lanzó una mirada con las cejas levantadas que debía declararme definitivamente loca.

—¿Qué sería relevante en tu opinión? No voy a echarme atrás ahora solo porque todo sea un poco extraño. Mi vida, si la analizamos de cerca, seguramente también es *shady*.

Contra eso Claire difícilmente podía argumentar, así que lo dejó estar.

—Con más razón es importante que hoy tengamos la última pijamada normal antes de que tengas tres niños colgando de tus faldas. Por cierto, ¿cómo eran?

En lugar de terminar de hacer mi maleta, me dejé caer en la cama junto a ella. —Los chicos son bastante salvajes. Me recuerdan un poco a nosotras, en aquel campamento de verano. ¿Te acuerdas? Y el bebé... bueno. Poco espectacular pero lindo, diría yo.

—Un milagro. Algunos bebés se ven realmente arrugados y feos —respondió Claire con una mueca, antes de cambiar su posición en la cama, dejándose caer sobre una almohada a mi lado. Trajo consigo la manta, por lo que automáticamente me hundí más en las sábanas, aunque en realidad no había planeado pensar en dormir todavía.

Claire se apoyó a mi lado para que pudiéramos mirarnos directamente a la cara. —Es que simplemente me preocupo por ti, Jeanne.

—Lo has estado haciendo durante meses.

—Años, si somos precisas.

Puse los ojos en blanco. —Y mientras todos a mi alrededor pasan a mejor vida, yo sigo aquí. ¿No crees que también sobreviviré a esto?

—Sobrevivir y vivir son dos estados diferentes, cariño. Y me encantaría que por fin llegaras al segundo estado.

Sus palabras me pillaron desprevenida. No esperaba escuchar tal verdad precisamente de su boca, cuando ni siquiera ella conocía todos los detalles escabrosos.

Y eso que lo estaba intentando. Con su última idea y la aventura a la que había accedido, quizás ya no de manera convencional, pero tal vez era exactamente lo que necesitaba al final.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero, Claire?

—De vez en cuando, pero puedes repetirlo las veces que quieras.

Con una sonrisa, cerré los ojos.

Vivir. No sobrevivir. Si eso no era el lema perfecto.

Matteo me agarraba fuertemente la mano mientras cruzábamos la puerta principal. A diferencia de mí, no se dejó intimidar por Claude, quien estaba parado justo al lado de la entrada como un maldito centinela. Su hermano Davide tampoco, aunque levantó alegremente la mano para saludar al hombre mayor, y yo finalmente hice lo mismo, solo para inmediatamente después volver a poner la mano en la espalda de Caterina, quien estaba firmemente atada a mi pecho con la ayuda de un portabebés de su madre.

Esperaba una mañana tranquila, pero en lugar de una introducción, me habían lanzado directamente al agua fría. Ahora se sentía como si estuviera nadando con tiburones, sin saber que tenía una herida fresca y sangrante que los atraía cada vez más.

—¿Adónde van? —exigió saber Claude con una mirada severa.

—¿Te has levantado con el pie izquierdo? —pregunté, ignorando completamente su pregunta.

Pareció no gustarle. —Esa es una superstición estúpida. Así que, ¿adónde se dirigen?

—Le estamos mostrando la isla a Jeanne —intervino Davide, tirando bruscamente de mi mano para hacerme caminar—. Así que relájate.

Mientras miraba hacia abajo con la boca abierta, preguntándome si a Cézanne le gustaría que su hijo hablara de esa manera con los adultos, Claude pareció dar un paso atrás para dejarnos pasar.

Confundida, miré alternadamente entre el niño y Claude, antes de que Davide me hubiera alejado tanto que tuve que torcer literalmente la cabeza para mirar hacia la puerta principal.

Como una estatua, Claude estaba allí, con la mirada fija hacia adelante. Hacia la nada. ¿Qué significaba eso?

—¿No salen muy a menudo? —pregunté, en lugar de abordar directamente el hecho de que en el futuro sería mejor que no respondiera de manera tan insolente en mi presencia.

—Sí, todo el tiempo. Pero siempre quieren saber dónde estamos.

Lo cual tenía sentido para niños de ocho años... si no estuvieran en una isla rodeada por una muralla en medio del Mar de Frisia.

Matteo caminaba varios metros delante de nosotros, saltando de adoquín en adoquín y deteniéndose repetidamente en el estrecho callejón para mirar a través de las ventanas ciegas. O al menos intentarlo, porque la capa de polvo en el interior era tan gruesa que era imposible ver algo.

—Una vez nos escondimos arriba en la abadía y luego todos los hombres pusieron la isla patas arriba para encontrarnos. Desde entonces hay Airtags en nuestros zapatos.

No estaba segura de si Davide debería saber sobre esto, pero acepté la información.

—¿Y cuánto tiempo llevan viviendo en la isla? —Se sentía solo un poco extraño interrogar al

niño. Pero ¿de qué otra manera podría conocerlos?

—Siempre. ¿Y tú?

—Me mudé aquí para poder cuidarlos —respondí.

—¿Y dónde vives normalmente?

—En una ciudad cercana.

Hizo un sonido de entendimiento, aún agarrando firmemente mi mano, como si pudiera ser arrancado de mí en cualquier momento.

—Creo que mamá quiere que no pasemos tanto tiempo con ella. —Las palabras quedaron suspendidas fatídicamente en el aire entre nosotros durante unos segundos antes de que yo emitiera un sonido nervioso.

Entre todas las preocupaciones que había tenido, ninguna había sido sobre cómo acompañar a niños que estaban a punto de perder a su madre. O qué decirles para aliviar sus miedos. Para consolarlos.

El peso de su declaración me cortó la respiración. Durante algunos momentos, caminamos en silencio por el callejón, siguiendo a Matteo, quien claramente marcaba el camino.

Solo cuando llegamos al estacionamiento cerca de la puerta de hierro fundido, a través de la cual se podía ver el puente hacia el continente, reuní el coraje para encontrar una respuesta.

—Creo que tu madre no desea nada más que pasar todo su tiempo con ustedes. Pero desafortunadamente, hay cada vez más momentos en los que le falta la fuerza para hacerlo.

—Pero nos portamos bien.

No me gustó, pero sentí literalmente cómo se formaba una grieta en mi corazón. Así que me arrodillé a su lado, lo que resultó no ser tan fácil porque no soltaba mi mano y Caterina limitaba significativamente mi libertad de movimiento.

Pero al nivel de sus ojos, me sentí mucho mejor preparada para esta conversación. —Apuesto a que a veces la presencia de Matteo también te resulta demasiado, incluso cuando no está haciendo nada malo.

Davide entrecerró los ojos antes de asentir vacilante.

—¿Y qué haces cuando ese es el caso?

—Me tomo un descanso de él.

—Exacto. Cuando volvamos a casa más tarde, tu madre seguramente estará aún más feliz de estar con ustedes de nuevo. ¿De acuerdo?

Asintió de nuevo.

—Entonces, ¿me muestras ahora qué lugares debo conocer aquí sin falta?

Davide apretó mi mano en confirmación y, aliviada, me levanté de nuevo, solo para que él y Matteo me llevaran a una escalera de acero que estaba empotrada en el grueso muro de piedra, de varios metros de altura, al lado de la puerta. Subimos hasta llegar a una plataforma.

La barandilla era tan alta que los gemelos no podían ver por encima de ella. Yo, sin embargo, me tomé un momento y giré en círculo. Aunque detrás de mí la montaña con el pueblo y la iglesia se elevaba hacia el cielo, de derecha a izquierda no podía ver nada más que la vastedad del Mar de Wadden y frente a mí, el continente.

A pesar de ser una mañana nublada, la visibilidad seguía siendo clara.

Finalmente, los levanté alternadamente mientras me contaban que a veces jugaban aquí arriba fingiendo estar en una isla bajo el ataque de piratas. Matteo me mostró un agujero en la transición entre la escalera y la plataforma, por el que a veces trepaba para llegar a la muralla del castillo... que claramente no estaba diseñada para ser escalada por niños de ocho años.

Mentalmente, me hice una nota para pedirle a alguien que cerrara el espacio abierto con una

tabla.

Después de disfrutar de la vista, me llevaron a una pequeña capilla y luego a un jardín que, en esta época del año, estaba relativamente baldío, pero que florecería a más tardar en primavera. En verano, seguramente sería uno de los lugares más hermosos de toda la isla.

Continuamos nuestro recorrido por el pueblo y, aunque no nos encontramos con nadie, Davide me explicó detalladamente quién vivía en cada casa. Ninguno de los nombres me sonaba, excepto el de Claude, que aparentemente ocupaba un apartamento construido encima de una de las casas de piedra medievales. De manera similar a la casa modernizada de los de Medici, se elevaba hacia el cielo y daba una impresión imponente.

El camino cuesta arriba fue agotador y cuando finalmente llegamos a la plaza frente a la iglesia, que de cerca parecía aún más grande, sentía como si mi espalda se hubiera partido en dos y mis pulmones hubieran sido atravesados por picas de hielo ardiente.

No dejé que se notara hasta que los gemelos corrieron los últimos metros hacia un pequeño parque infantil.

Obviamente, necesitaba más resistencia si quería mantenerme al día con ellos en el futuro.

Una mirada hacia abajo me confirmó que Caterina estaba despierta, pero bastante contenta. Me miraba con sus grandes ojos azules.

—Bueno, aún eres un poco pequeña para el parque, pero tan pronto como puedas caminar, te enseñaré cómo hacer un pastel de arena de puta madre —demasiado tarde me di cuenta de que ciertas palabras es mejor no usarlas en presencia de niños.

Miré furtivamente por encima de mi hombro, casi esperando ver a Claude en algún lugar cercano, lanzándome una mirada de desaprobación. Pero seguíamos solos.

Finalmente, me senté en un banco al lado del parque infantil y observé cómo los dos chicos subían uno tras otro a la torre de escalada.

—Te preguntaría cuál es tu lugar favorito aquí, pero de alguna manera creo que eres demasiado pequeña para tener uno. ¿Cuántas palabras puedes decir ya? ¿O eso viene después? Tal vez debería leer un libro sobre niños pequeños y bebés.

La única respuesta de Caterina fue un balbuceo incomprensible, pero claramente feliz.

—No tendrás un apodo por casualidad, ¿verdad? No es que me queje, pero Caterina suena como si fueras al menos tan mayor como yo —continué—. ¿Qué tal Cat? O Katie. En algún momento me voy a confundir con todos los nombres que empiezan con C. Caterina, Claire, Cézanne, Claude... y tu papi se llama Carver, he oído.

Extendió una mano hacia mi pelo, por lo que los siguientes minutos me encontré en el agarre estrangulador de una niña de ocho meses, lo que claramente le divertía más a ella que a mí.

Cuando percibí un movimiento por el rabillo del ojo, me enderecé instintivamente, al igual que los finos vellos de mi nuca. Un segundo después, me di cuenta de que se trataba de un sacerdote que subía apresuradamente los anchos y planos escalones hacia la gran puerta de madera de doble hoja, que se abrió con un fuerte crujido y se cerró detrás de él con un chirrido casi repugnante.

Solo cuando esto sucedió, volví a relajarme. Cézanne no había mencionado que aquí aún vivían clérigos; mis planes de ver el interior de la iglesia a continuación probablemente quedaban descartados.

A lo largo de la mañana que pasamos en el parque infantil, el sol se abrió paso entre las nubes, así que hacia el mediodía estábamos los cuatro sentados en la arena calentada, devorando el refrigerio de la bolsa que habíamos traído.

—Bueno, ¿qué más hay para ver? —pregunté finalmente.

—Las catacumbas, pero no se nos permite bajar. Y un cementerio, pero también está prohibido. Y detrás de la iglesia hay una pendiente, con un bosque oscuro que lleva a un pequeño tramo de playa. Pero ahí solo te rompes el cuello, dice Claude. Por eso no nos dejan tener una casa del árbol allí —era la primera vez que Matteo buscaba activamente conversar conmigo.

Inconscientemente, tuve que sonreír. De los dos, él era claramente el tímido. Mientras que Davide me parecía demasiado inteligente para su edad. Aunque no tenía idea del nivel de desarrollo habitual de los niños de ocho años.

—¿Podemos volver a casa entonces?

En realidad, había planeado mantenerlos ocupados también durante el mediodía para que Cézanne pudiera descansar, pero como sabía de dónde venía la pregunta de Davide, simplemente asentí.

—Claro. Podéis mostrarme vuestro rincón de juegos mientras Cat toma su siesta.

Con los ojos entrecerrados, Davide me lanzó una mirada interrogante.

—Se me ocurrió un apodo.

—Bueno, *papino* siempre la llama *occhioni*.

—Hablas italiano —constaté. No debería haberme sorprendido tanto como lo hizo—. ¿Y qué significa eso?

Sonriendo, miró alrededor. —Que tiene ojos enormes.

—Bueno, entonces llevemos a *occhioni* a su siesta y busquemos otra cosa que hacer —probablemente me haría un nudo en la lengua pronto si seguía intentando adoptar apodos italianos.

Pero hasta entonces, al menos podía esforzarme con la pronunciación.

CÉZANNE ESTABA SENTADA a mi lado en el sofá, después de que hubiéramos acostado a sus tres hijos juntas. Era el primer momento de tranquilidad que percibía conscientemente en todo el día, y tenía que admitir que podía sentir claramente el esfuerzo que suponían los tres niños. Era inimaginable que ella hubiera manejado la vida cotidiana completamente sola hasta ahora con su enfermedad.

Sentí su mirada inquisitiva posada sobre mí y anticipé la pregunta que seguiría.

—Y, ¿cuál es tu conclusión sobre el día de hoy? —parecía genuinamente interesada en mi respuesta, pues incluso tomó el control remoto para bajar aún más el volumen de la serie que sonaba de fondo.

Cuando me había comunicado que ese era su ritual nocturno, había subido varios puntos en mi escala de simpatía. Pero Cézanne no solo gozaba de mi simpatía, sino también de mi mayor respeto.

—Creo que si cierro los ojos ahora, me dormiré al instante... es agotador de una manera inusual, pero me agradan. Davide parece ser un chico inteligente, pero de alguna manera no puedo evitar sentir que la situación lo agobia mucho. Matteo me parece más... despreocupado. Y con Caterina, me he dado cuenta de que, aunque me siento capaz de manejarla, en realidad no tengo idea de cómo cuidar a un niño pequeño. —Al principio había considerado mentirle, darle una versión filtrada de lo que había experimentado hoy. Finalmente, decidí no hacerlo, y cuando miré hacia Cézanne y vi su mirada amable, supe que había tomado la decisión correcta.

—¿Nunca pensaste en tener hijos algún día? —preguntó, en lugar de comentar sobre lo que realmente había dicho.

Por un momento, apreté los labios con firmeza. —¿Por qué habría de hacerlo, si nunca hubo un hombre con quien pudiera considerarlo?

—¿Te asusta tener tres de repente, si te quedas y todo sigue su curso?

Su pregunta me hizo reflexionar hasta que finalmente negué con la cabeza. —No. ¿Puedo preguntar desde cuándo sabes de tu enfermedad?

—Llamémoslo por su nombre. Es cáncer, y me enteré cuando ya tenía unos meses de embarazo de Caterina. —Aparentemente no le resultaba difícil hablar de ello, pero a mí me impactó aún más, pues el significado detrás de sus palabras se hizo evidente sin que tuviera que expresarlo.

Cézanne había tomado una decisión. Por su hija. Y en contra de su propia vida.

—¿No te preocupa que ella no tenga recuerdos conscientes de ti?

—Todo el tiempo. No se lo he dicho a nadie, pero en mi teléfono hay videos para... todos los momentos importantes futuros en su vida. Para ella y para los gemelos. Es lo mínimo... —Se interrumpió para secarse discretamente la cara con el dorso de la mano.

Instintivamente, extendí mi mano hacia ella, la coloqué sobre su hombro y lo apreté, como si nos conociéramos desde hace dos décadas y no solo dos días.

—En algún momento de sus vidas, llegará el punto en que la existencia de estos videos los hará inmensamente felices —comencé.

Su mirada me encontró como si no tuviera idea de lo que estaba hablando. —¿Cómo puedes saberlo?

Me encogí de hombros mientras mantenía el intenso contacto visual. —Porque en mi vida ya he perdido a muchas personas y todo lo que me queda son recuerdos. Con el tiempo, los recuerdos cambian. Uno deja de recordar el sonido de la voz, o cómo olía una persona. Crees que recuerdas, pero al final es solo una mentira a la que te aferras para no desesperarte. Estos videos tendrán más significado del que te das cuenta ahora, Cézanne.

—Anne, por favor.

—De acuerdo, Anne. ¿Con quién hablas normalmente sobre todo esto? ¿Con tu marido? —Hasta ahora no lo había visto, pero tampoco me atrevía a preguntar por él.

Tal vez porque me asustaba el inminente encuentro.

Cézanne hizo una mueca. —Carver está ahí para mí, pero... ni siquiera él sabe lo que pasa por mi mente.

Asentí lentamente. —No quiero entrometerme, pero si necesitas a alguien con quien hablar... házmelo saber.

—No tengo miedo. La muerte es parte de la vida. Pero imaginarme que en las próximas seis semanas todo podría terminar y simplemente dejaré de existir... ya no sabré cómo les va a mis hijos y qué experimentan... Me siento tan impotente por eso. Me perderé tanto. No solo con los niños, también en mi vida. Quiero decir, ¿quién está al final de su vida a los treinta y siete años?

Quizás se abría así conmigo solo porque era una extraña. Y eso estaba bien, pero no pude evitar notar cómo esta franqueza hacía que me sintiera más conectada con ella de lo que debería. Quería abrazar a esta mujer y sostenerla, reparar algo que no tenía arreglo.

—¿Es este el momento en que decides que todo esto no es para ti? —Cézanne se rio, pero yo la miré seriamente.

—No, este es el momento en que me doy cuenta de que hay más de una tarea para mí aquí. No nos conocemos, pero por alguna razón se siente como lo contrario. Me quedo. Por tus encantadores hijos. Y por ti, porque claramente necesitas una buena amiga. Aún no conozco a tu marido, pero me temo que eso no cambiará mi decisión. —¿Había algo que pudiera cambiarla

después de haber obtenido una visión mucho más profunda de su vida?

—¿Estás segura?

—Rara vez he estado tan segura —confirmé.

Durante unos minutos, reinó un silencio agradable entre nosotras. Como si no solo se me hubiera quitado un peso de encima, sino también a ella, que tenía preocupaciones mucho mayores que encontrar la niñera perfecta para sus hijos.

—¿Te importaría quedarte despierta hasta que Carver llegue a casa? Ya me está entrando el sueño otra vez. Los analgésicos me están llamando —. En comparación con hace un momento, Cézanne realmente sonaba más agotada.

Así que asentí, señalando al mismo tiempo el monitor que mostraba la transmisión en vivo de las tres habitaciones de los niños. —Por supuesto que no. Mantendré un ojo en los pequeños y esperaré todo lo que sea necesario. No me importa en absoluto.

Me sonrió agradecida y después de que se levantara, agarré mi smartphone y le escribí a Claire el primerísimo informe sobre mi día como niñera. Quizás también me había convertido en una consejera espiritual, aunque difícilmente se podría afirmar con absoluta certeza.

Tan pronto como empujé la puerta de entrada, miré rutinariamente mis dedos, solo para descubrir que aún quedaban restos de sangre bajo las uñas. Arrugué la nariz, considerando hacer una parada en el baño, pero como era plena noche y los niños ya estaban dormidos, decidí dejarlo así.

—¿Cézanne? —llamé en voz baja hacia la sala de estar tenuemente iluminada, sin recibir respuesta.

Cuando yo tardaba más, ella solía quedarse despierta hasta que llegaba para contarme sobre su día con los niños. Así no me perdía nada y tenía la oportunidad de agradecerle activamente por haberse hecho a un lado para encargarse voluntariamente de la crianza de los niños.

Con el diagnóstico, inmediatamente le dije que yo me haría cargo, pero ella se resistió vehementemente, sabiendo bien que mi trabajo como jefe de la mafia no sobreviviría ileso a una licencia parental.

Por eso era aún más importante para mí estar lo más cerca posible de lo que sucedía, para no perderme el momento en que tuviera que tomar una decisión por ella.

Pero la mujer envuelta en una manta en mi sofá no era Cézanne. Cézanne era alta, de cabello oscuro y parecía más peligrosa incluso dormida que lo que se revelaba ante mis ojos.

Fruñí el ceño cuando vi el monitor de vigilancia de las habitaciones de los niños en su mano extendida. Entonces até cabos. Mi esposa había mencionado que contrataría una niñera, pero no había dicho nada sobre tomar la decisión de a quién elegir por su cuenta... en un día en que yo no estaría en casa desde la mañana hasta la noche porque estaría ocupado cobrando deudas.

Me acerqué silenciosamente al sofá, me apoyé de lado en la pared e incliné hacia adelante para estudiar su rostro.

El flashback me pilló desprevenido, pues no era la primera vez que observaba esos rasgos dormidos.

Di media vuelta sobre mis talones, salí precipitadamente y me dirigí directo hacia Claude, que holgazaneaba en la entrada del callejón que llevaba a los estacionamientos.

Me miró divertido, como si supiera exactamente lo que quería de él.

—¿Me quieres explicar lo que hay ahí dentro? —comencé la conversación sin rodeos, en un tono muy acalorado.

Alterado.

Esa era la palabra adecuada.

—¿Qué cosa?

Entrecerré los ojos. —No finjas que no sabes quién está durmiendo en mi sofá —gruñí—. Estabas ahí cuando le disparé a su hermano.

Cruzó los brazos. —Cuando tu esposa me dijo que la recogiera, me quedó claro con solo ver

la dirección. Y luego ella subió al auto y consideré brevemente hacerla bajar y contarle una mentira... pero Cézanne me da más miedo que tú al final. Lo siento, jefe.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa?

—¿Que estás metido hasta el cuello en problemas? —Al parecer, incluso le parecía gracioso.

¿Cómo era posible que la elección de Cézanne hubiera recaído precisamente en *ella*? Ella, a quien no había visto por última vez aquella noche, sino en la reunión de apoyo al duelo.

Debía recordar mi rostro de allí.

—¿Por qué te ascendimos? Refréscame la memoria, Claude —gruñí de nuevo—. Deberías haberla disuadido.

—No pensé que Cézanne la elegiría. Su comportamiento fue pésimo durante todo el viaje en auto. Además, es preocupante en qué direcciones se disparan sus pensamientos.

—Ajá —dije—. Con mayor razón para evitar lo que está pasando ahí dentro.

Se encogió de hombros. —Tú eres el hombre de la casa. Así que échala y busca otra niñera para tus hijos. Probablemente se necesitarán otras setenta mujeres que tengan que hablar con Cézanne, pero eventualmente encontrarás una que satisfaga a tu esposa.

Atónito, adelanté mi mandíbula. Si realmente había hablado con tantas mujeres y su elección había recaído en Jeanne de la Croix, debía haber una razón más convincente.

—La próxima vez, lo mínimo sería que me advirtieras —le siseé antes de darme la vuelta y volver adentro, aún insatisfecho con la situación general que se desarrollaba ante mis ojos.

Había más de una razón por la que no quería a esta mujer cerca de mí, y su hermano muerto era la menos relevante de todas.

Cuando regresé a la sala de estar, el sofá estaba vacío y la luz un poco más brillante.

Maravilloso. Así no podría escabullirme hacia mi dormitorio pasando por su lado.

La descubrí de espaldas a mí en la cocina. Para entonces, se había recogido el cabello rubio miel en una coleta suelta, de la que caían mechones sueltos en suaves ondas sobre sus hombros y espalda. A diferencia de nuestro primer encuentro, llevaba jeans y una sudadera con capucha, lo que probablemente significaba que se había quedado dormida aunque no lo hubiera planeado.

Esta noche no terminaría con una funda de almohada sobre su cabeza, aunque consideré seriamente secuestrarla más tarde de su cama y devolverla a donde pertenecía.

Para no asustarla, me aclaré la garganta.

Sorprendida, se dio la vuelta bruscamente. Al instante, una ligera arruga apareció entre sus cejas perfectas mientras examinaba más de cerca mi apariencia. Incluyó la cabeza como un perro particularmente inteligente que acababa de centrar toda su atención en alguien.

Me había gustado más cuando estaba dormida, aunque solo fuera porque entonces no había tenido la oportunidad de mirarme de esa manera que penetraba el alma.

—Yo... —comenzó nerviosa, antes de interrumpirse y empezar de nuevo—. Soy Jeanne. La nueva niñera.

Se estaba presentando. A mí.

Aunque yo ya sabía todo sobre ella.

—Usted debe de ser Carver. El marido de Anne —continuó.

A pesar de que era plena noche, sonaba despierta. Alerta. Un poco demasiado entusiasta.

—Parece que sí, lo soy.

Le extendí la mano, pero Jeanne ya me miraba con los ojos muy abiertos, lo que a su vez me hizo cerrar los míos.

Ahí va *mi* plan de olvidarla. Recé para que su odio se encendiera de inmediato. Que me diera una bofetada, me insultara salvajemente y quizás incluso me atacara, para que al menos tuviera

algo con lo que trabajar para desterrarla de mi vida. Porque no la quería en ella.

No la *necesitaba*.

Ya había estado expuesto a su embriagador aroma durante demasiado tiempo una vez, y si ahora me veía obligado a enfrentarme a ella a diario, inevitablemente erosionaría mi resolución. Como el agua sobre una roca por la que fluye durante siglos.

Solo que en mi caso no tardaría siglos en sucumbir a sus ojos verde claro y, en lugar de mantener la distancia, buscaría su cercanía como la polilla busca la luz.

Había sido fácil mantenerme alejado de ella cuando vivía a una buena distancia. Pero ahora que iba a vivir en la misma casa que yo... rápidamente se convertiría en un desafío que me exigiría todo para evitarla.

Un desafío que no podría superar si me enfrentaba una y otra vez a su rostro, que se había grabado profundamente en mi memoria desde nuestro primer encuentro... y al que había vuelto a mirar en los meses siguientes porque ella —sin saberlo— frecuentaba regularmente el mismo lugar que yo.

Allí había mantenido mi identidad en secreto.

Me había contenido.

Me había ocultado de ella, conformándome con observarla desde la distancia. En esencia, había sido como una microdosis, y ella la droga de mi elección, de la que en secreto no podía desprenderme. En pequeñas cantidades, te ayudaba a no volverte loco. En grandes cantidades, te llevaba a la locura.

O a la muerte, si se creía en la profecía que acechaba como una sombra oscura en mi nuca.

Pero así como había tomado una decisión en nuestro primer encuentro, también lo hacía ahora... si me permitía acercarme a ella por un breve tiempo para acostumbrarme a su presencia, si jugaba un poco con ella... seguramente eso me ayudaría a alejarla de mí después.

¿No es así?

De la noche en que murió mi hermano, solo conservaba un recuerdo sobre los hombres que habían irrumpido en mi casa. Y ese recuerdo giraba en torno a la voz del hombre que me había sacado de la cama y me había llevado abajo.

La reconocería en cualquier parte.

Lo miré con los ojos muy abiertos. Había creído que nunca volvería a verlo.

—Mataste a mi hermano —afirmé casi sin emoción.

Entonces retiró la mano como si lo hubiera pillado.

Por Dios, su apariencia era mucho más de lo que me había imaginado después de que aquella vez me cautivara con tan pocas palabras que ni siquiera pude encontrar en mí el odio por lo que había hecho.

Lo que no esperaba era su reacción a mi declaración. En una fracción de segundo, atravesó la habitación como una exhalación, me levantó del suelo y me estampó contra la pared con tanta fuerza que vi las estrellas.

Con eso, me había acercado a él mucho más rápido de lo que esperaba.

Confundida, lo miré hacia arriba. Sin aliento. Un poco acalorada. Desconcertada cuando me cubrió la boca con su mano y me miró con advertencia, como si fuera a empezar a gritar ahora mismo cuando no lo había hecho en los últimos segundos.

Su cuerpo enorme y musculoso se presionaba contra el mío, de modo que podía sentir su aliento caliente en mi piel y casi oler su enojo por mi presencia, por mi declaración.

Los ojos que me miraban eran aún más brillantes que los de su hija. Y mucho más penetrantes cuando había una motivación detrás de su mirada.

Sentía los latidos de mi corazón hasta la garganta mientras me mantenía en esa posición durante segundos, mirándome con advertencia.

¿Había ido a la policía? No.

¿Le estaba arañando los ojos en este momento? Tampoco.

¿Lo delataría ahora que estaba frente a él de nuevo? Definitivamente no.

¿Crecía en mí el deseo de echarme a su cuello y agradecerle por el asesinato de mi hermano? Sí. Sí, sí, sí. ¡Sí!

—Pórtate bien, *ma belle* —susurró tan inesperadamente que creí que mis rodillas cederían espontáneamente bajo mi peso.

Eso me sonaba familiar. Muy familiar. De hecho, tan familiar que me sonrojé porque todas sus palabras me habían perseguido hasta en mis sueños.

Asentí con cuidado, de modo que liberó mi boca de su mano. Aliviada, dejé caer la cabeza hacia atrás contra la pared y lo miré hacia arriba, porque no se apartó ni un centímetro de mí.

—¿Y qué pasa si no lo hago? —Las palabras salieron de mi lengua con tanta confianza que

no pude evitar sonreír.

No, esta no era la manera correcta de hablar con el asesino del propio hermano. De hecho, era exactamente el comportamiento que también te llevaba a la tumba.

Pero *merde*, me había hecho un favor y ni siquiera lo sabía.

Todavía no creía que recordara la noche de hace tantos meses, o que siquiera respondiera a ello. Pero entonces se inclinó hacia abajo, de modo que su mejilla barbuda rozó la mía y gruñó lo que en mis sueños nunca había sonado ni remotamente tan seductor como de su boca. —Entonces te enseñaré modales.

—¿Es eso una promesa esta vez? Quiero decir, ahora que nos veremos más a menudo.

Su resoplido fue inesperado. —Es una promesa que no querrás que cumpla, Jeanne.

—Oh, creo que eso puedo decidirlo yo misma, muchas gracias —respondí con soltura—. Y gracias. Por lo de mi hermano, quiero decir.

Se enderezó. Me miró desconcertado y dio un paso atrás, como si se hubiera quemado los dedos conmigo, y como si fuera algo que normalmente no le sucedía.

—¿Gracias? —repitió con expresión confundida.

—Sí. Era un imbécil. Y ahora soy libre. Así que *gracias*, Carver. Bueno, quiero decir, puedo decir eso, ¿verdad?

En un gesto inequívoco, cerró la mano en un puño antes de relajarla de nuevo. —¿Me estás agradeciendo por un asesinato? A tu hermano. Al que disparé en tu presencia. Cuyo cadáver dejé atrás y... oh, Dios mío. ¿Qué hiciste después de que nos fuimos?

Me encogí de hombros. Era un secreto que en realidad había querido llevarme a la tumba. Hablando de tumbas... —Lo enterré —respondí y me toqué el cuello nerviosamente.

—¿Encubriste mi asesinato?

—Sí —dije. En voz baja—. ¿Estuvo mal?

—¿Por qué?

—Ya lo he dicho. Me alegro de que ya no esté entre los vivos. Su muerte fue una liberación para mí.

Me miró atónito. Todavía con esa mirada intensa con la que podría haberme sacado cualquier confesión que quisiera oír de mí. Probablemente incluso habría mentido si me lo hubiera pedido.

Se debía a sus intensos ojos. ¿O al pelo oscuro? ¿Al cuerpo de un maldito dios? ¿O era su presencia en general la que me robaba un poco el aliento... y evidentemente la última chispa de sentido común, porque su aura me cautivaba por completo?

—Entonces, recapitulemos. Sabes que tu hermano tenía deudas con la mafia... y cuando te encuentras con el hombre responsable de su muerte, ¿tu primer instinto es escribir una tarjeta de agradecimiento?

—Si quieres, también puedo conseguirte flores. O... cualquier otra cosa. Lo que sea. ¿Quieres que te hornee un pastel? Podría hacerlo parecer salpicado de sangre y escribir *Grazie* encima.

Exhaló sonoramente. —No necesito ni un pastel ni una nota de agradecimiento, Jeanne.

—Pero... —Fruncí los labios decepcionada.

—Nada de agradecimientos. Nada de pasteles. Eres la primera persona que conozco que se alegra de un asesinato que he cometido.

—Así que haces esto a menudo —concluí demasiado rápido para mi propio bien.

Atormentado, levantó su enorme mano hacia su rostro, agarró el puente de su nariz con el pulgar y el índice y comenzó a masajearlo.

—Tal vez deberías renunciar y buscar otro trabajo, Jeanne —dijo finalmente.

Como respuesta, simplemente crucé los brazos. —No.

—¿No?

—No.

—Eso no fue una sugerencia, *ma belle*.

—¿Entonces qué? —pregunté ahora irritada.

—Una orden.

—¿Quién dice que tengo que obedecer tus órdenes, Carver? Trabajo para Cézanne.

Mi respuesta pareció desconcertarlo aún más. —Esta es mi casa.

—Felicidades. —Mi respuesta fue tan despreocupada como fue posible—. Tampoco le diré a nadie lo que has hecho. O haces.

—No tienes ni el más mínimo miedo —constató, antes de lanzarme algo.

Lo atrapé en el aire y al momento siguiente lo identifiqué como un dado. Desde mi mano abierta, levanté la mirada hacia él, con una ceja ligeramente arqueada.

Carver me devolvió la mirada, con los dientes tan apretados que pude ver el músculo de su mandíbula sobresaliendo de manera pronunciada.

La ira subyacente lo hacía definitivamente aún más atractivo.

—¿Tengo que tirar los dados por mi vida? —pregunté provocativamente.

Cuando lo observé más detenidamente, reconocí paralelismos en su apariencia: con Henry Cavill, si este hubiera tenido antepasados italianos y franceses y cultivara un aspecto mucho más rudo. Porque Carver era todo menos *limpio*. Era lo que me imaginaba cuando pensaba en un criminal atractivo que se había propuesto salvar a alguien que ni siquiera quería ser salvado.

Yo, por ejemplo.

Divertido, dejó que lo examinara de nuevo.

—¿Qué? La última vez tenía una funda de almohada sobre la cara.

—¿Ya estás practicando lo que le dirás al dibujante de retratos robot? —Evidentemente, él podía descender al mismo nivel desafiante que yo.

Interesante.

Casualmente, giré el dado entre mis dedos, sintiendo los bordes afilados y las puntas, antes de examinarlo más de cerca. ¿Era eso...?

—Tal vez lo estoy memorizando para esta noche —respondí y eché mi pelo sobre el hombro, porque el calor dentro de mí se sentía cada vez más intenso—. ¿Son esos fragmentos de hueso?

Carver entrecerró los ojos de manera demostrativa. —No deberías poder identificar eso.

—No es la primera vez que veo huesos rotos. ¿Los haces tú mismo? Si tiro ahora, ¿cuáles son las opciones? ¿Una de ellas es que me enseñes modales, y si es así, cómo sería eso?

Seguramente pronto resultaría ser una idea estúpida hablarle a Carver de esta manera. Después de todo, ya tenía la muerte de mi hermano en su conciencia y no podía imaginar ninguna razón por la que debería perdonarme si realmente quisiera hacerme daño.

Tal vez el hecho de que su esposa me había elegido. Pero más allá de eso, probablemente estaba caminando sobre hielo muy delgado. Bailando... estaba bailando sobre él, aunque sabía exactamente que podía romperse bajo mis pies en cualquier segundo.

—Si sacas un seis, puedes quedarte. Con cualquier otro número, desapareces esta misma noche.

Extendí la mano, con el dado apretado entre el pulgar y el índice. Mirándolo de lado, dije: —De esta manera, mis posibilidades no son particularmente altas, Carver.

—No es mi problema.

—¿Por qué quieres deshacerte de mí? Quiero decir, sabes lo que yo sé. Represento un peligro para ti. ¿No sería mejor mantenerme tan cerca de ti como sea posible?

No me pasó desapercibido que, ante mis palabras pronunciadas de manera bastante neutral, un músculo bajo su ojo palpitaba rítmicamente.

—La alternativa sería matarme. Para que no se me escape nada.

Inspiró ruidosamente. ¿Significaba eso que no le gustaba ninguna de las dos opciones?

—Simplemente tira el dado —me ordenó, con un tono demasiado vehemente para mi gusto.

Instintivamente, reprimí la sonrisa que quería extenderse por mis labios. Se creía muy inteligente al dejar esta decisión al azar. Sin embargo, yo ya había comenzado a influir en ello, colocando el dado de cierta manera entre mis dedos y extendiéndolos frente a mí.

Había aprendido uno que otro truco de fiesta a lo largo de los últimos años, y hacer que un dado mostrara el número que uno pretendía, cuando se distraía la atención de la otra persona de la manera correcta, no era tan difícil como sonaba.

Sin previo aviso, dejé caer el dado entre nosotros al suelo. Repiqueteó sobre las baldosas hasta el momento en que lo detuve con mi pie descalzo.

Las puntas se clavaron en mi planta mientras mantenía la mirada de Carver, intentando negociar un poco más con él.

Si se examinaba la situación más de cerca, al menos una cosa no se podía negar: él me perseguía. Influyó en mi cuerpo, y lo había estado haciendo durante meses, aunque solo conocía una cosa de él y sabía otra sobre él.

Su voz era el material del que estaban hechos todos mis sueños húmedos.

Y él había matado a mi hermano.

—Repítelo. Si sale un seis, puedo quedarme.

—Y con cualquier otro número, te vas. Sin comentarios. —Por supuesto, su respuesta fue un suave gruñido de advertencia.

Como para confirmar, incliné la cabeza y levanté el pie, revelando el dado y algunas gotas de mi sangre.

Los puntos mostraban un seis.

Simultáneamente, levantamos la mirada del suelo hacia el rostro del otro. Miré a Carver triunfante, poco preocupada por haberme cortado la planta del pie con su dado.

—¿Cómo?

—Tengo talento para los juegos de dados. ¿No lo sabías?

Su mandíbula se tensó de nuevo, dejándome muy claro que no le gustaba el desarrollo de su propio juego.

—Parece que has tenido suerte.

Se me escapó una risa. —No tengo suerte. Tengo talento.

En un movimiento fluido, me incliné, recogí el dado y se lo lancé. Carver lo atrapó, con las puntas de los dedos manchadas con mi sangre. Las miró como si nunca antes en su vida se hubiera enfrentado al líquido rojo.

—Siéntate, Jeanne.

—Estoy bien.

—Tampoco eso fue una petición. —Su respuesta dejaba poco margen para negociar, así que puse los ojos en blanco antes de subir a la isla de la cocina y sentarme en ella.

Solo cuando me senté, Carver me dio la espalda y abrió un cajón en el otro extremo de la cocina para sacar algo.

Lo que colocó a mi lado al momento siguiente casi me hizo reír. —No hablas en serio, ¿verdad?

Me miró muy seriamente, prácticamente desafiándome con la mirada a resistirme.

Sin previo aviso, agarró mi pie y vertió el desinfectante sobre él. La sangre seguía brotando del corte, formando un charco rosado entre nosotros en el suelo, que apestaba bestialmente a alcohol puro.

Ignoré hábilmente el ardor, pero solo porque sus ásperos dedos se sentían cálidos en mi pie. Tan cálidos que la sensación subió hormigueando por mi pantorrilla y amenazó con extenderse aún más.

—¿Tienes idea de dónde ha estado este dado?

—¿Me dejas jugar con un dado infestado de bacterias? Dios, por favor dime que no ha estado en contacto con heces.

Su mirada podría haber sido la respuesta, pero no pude interpretarla correctamente.

—Simplemente alegrémonos de que exista la desinfección de heridas.

—Si eso se supone que me tranquilice...

Sin decir palabra, cogió una tirita y la pegó sobre el corte. Era azul y mostraba pequeñas imágenes coloridas de astronautas.

—Y yo que pensaba que la mafia al menos tendría material de vendaje negro.

—No somos un club de moda.

Lo cual me resultaba difícil de creer cuanto más miraba los astronautas. Finalmente, exhalé un poco demasiado fuerte, porque en el rostro de Carver apareció por una fracción de segundo algo que solo se podía describir como preocupación.

—Gracias. Simplemente recemos para que no me muera por tu dado contaminado. Y en el futuro, por favor, dame solo cosas de las que puedas decir con seguridad que no serán una causa potencial de muerte para mí. —Salté del mostrador y me deslicé pasando junto a él.

Nuestro primer encuentro oficial definitivamente había tomado demasiados giros posibles.

Justo cuando llegué a las escaleras que conducían arriba a mi piso, lo oí decirme algo más.

—Aún no hemos terminado, Jeanne.

Aunque él no podía verlo, me encogí de hombros. —Por esta noche, sí.

Al menos cara a cara, porque de otras maneras definitivamente aún disfrutaría de sus oscuras respuestas ambiguas.

El placer siempre había sido una palabra prácticamente prohibida en mi vida, al menos cuando recordaba el papel que mi hermano había desempeñado en ella.

Sí, había habido hombres. Y sí, había habido sexo. Pero como nunca estuve segura de si realmente me veían solo como una mujer o si tenían interés en mí por otras razones, siempre se había quedado en eso.

En sexo sin amor, que no representaba más que la satisfacción de bajas necesidades. Siempre me había encargado yo misma de mi lujuria, mi deseo y mis fantasías. Sola, después de haber despedido a los hombres. De los baños del bar que visitaba con Claire. De la habitación del hotel. De mi coche, aparcado en alguna área de servicio mal iluminada en la autopista.

Mis verdaderos momentos álgidos solo empezaban cuando los hombres habían desaparecido hacía tiempo de la escena y, sobre todo, cuando estaba lo suficientemente lejos de casa para vivirlos libremente.

Después de la muerte de Gabriel, ya no me había encontrado con más hombres, pero había pasado varias noches conmigo misma, y con los juguetes que me había comprado. Además, estaban los pensamientos que pertenecían a la voz del hombre que me había liberado de mi miseria.

Mi mente lo había convertido en un objeto sexual que solo existía para mi placer.

Desafortunadamente, ahora conocía el rostro que iba con esa voz, había conocido personalmente al hombre detrás de ella, y la atracción no se había desvanecido. Al contrario, se había vuelto más fuerte, aunque solo en parte era realmente por él.

Parecía haber surgido, después de todo, sin que él tuviera que estar presente. Ahora dependía igualmente del Carver real... y del hombre en mis pensamientos. Carver 2.0, si se quiere.

¿Cómo iba a conciliar las dos versiones cuando, por un lado, me señalaba con su lenguaje corporal que me deseaba tanto como yo a él, pero al segundo siguiente me echaba un cubo de agua fría por la cabeza y sugería que nunca habría nada más entre nosotros que este coqueteo? Este tira y afloja que se sentía como un preludio.

En tantos niveles al mismo tiempo.

Lamentablemente, había dejado mis juguetes en casa porque creía que de todos modos no los necesitaría en este lugar, ya que mi misión estaba tan claramente definida ante mí.

Vaya. Te equivocaste, Jeanne. Es hora de volver a la Edad Media y poner tus dedos a trabajar. Un pensamiento que me habría divertido más si no hubiera sido mi realidad durante años.

Sí, había habido sexo pobre en clímax con hombres. Pero mis deseos y anhelos más profundos nunca se habían cumplido con hombres reales, sino únicamente en mi cabeza.

No había confiado lo suficiente en ninguno de ellos como para dejarme llevar. Para expresar

lo que necesitaba de ellos, que definitivamente iba mucho más allá de un pene que simplemente estaba dentro de mí.

Ya una de las primeras frases que Carver me dirigió había atraído mi mente a una espiral descendente. Había escuchado tantos audios sexy, historias y sonidos, había imaginado que se trataba de Carver y había llegado al clímax exactamente cuando la voz desconocida me lo ordenaba, porque todo el tiempo había tenido su tono ligeramente condescendiente en mi oído...

—No hemos terminado, Jeanne.

—Por esta noche, sí.

Me imaginé a Carver tomando mi respuesta como una razón para finalmente enseñarme los modales de los que habíamos estado hablando una y otra vez. Cómo me seguía y me agarraba del pelo, decidido e implacable, para arrastrarme con él escaleras arriba. Probablemente me habría empujado al centro de la habitación, solo para darse la vuelta de manera demostrativa y cerrar la puerta con llave.

Lo habría observado con expectación, mientras mi corazón latía sin control.

Tan pronto como se hubiera vuelto hacia mí, un escalofrío placentero habría recorrido mi columna vertebral. Casi como si la hubiera trazado con sus dedos para recordarme que me parara un poco más erguida.

Me mordí el labio inferior. Desde que lo había dejado en la cocina hace unos minutos, realmente estaba de pie en el centro de la habitación. Un poco perdida, porque no sabía qué hacer conmigo misma.

La voz en el fondo de mi mente susurraba que lo mejor sería irme a la cama de inmediato, mientras que mi sentido común me decía que de todos modos no podría dormir sin una ducha fría, porque mi sangre estaba demasiado acalorada.

Y luego estaba el latido entre mis piernas, que ya se había involucrado demasiado en mi escenario imaginario con Carver.

Por supuesto que anhelaba su toque, pero no iba a suplicar por ello. No lo había necesitado en los últimos meses y eso no cambiaba solo porque ahora estuviera en mi proximidad inmediata.

Vuelve al escenario, Jeanne. Justo ahora te estabas imaginando cómo te miraba fijamente.

Y en efecto me escrutó con sus ojos penetrantes, que me hicieron sentir completamente desnuda aun estando vestida.

Sin su imaginaria orden, metí los dedos bajo mis pantalones y los bajé de un tirón para salir de ellos. Luego me quité la camiseta por la cabeza y la arrojé hacia la puerta, donde Carver aún permanecía en mi mente, observando con la cabeza ligeramente inclinada cómo me desnudaba para él.

Me imaginé cómo se acercaba lentamente y se colocaba detrás de mí, de modo que podía sentir la tela de su ropa contra mi piel desnuda, y su larga y dura erección contra mi espalda, invitándome a precipitarlo todo para poder sentirla dentro de mí lo antes posible.

Mis labios se separaron en cuanto levantó la mano y me apartó el cabello sobre el hombro. Otro toque que me provocó escalofríos, aunque solo me lo estuviera imaginando.

Carver no estaba aquí.

Pero si lo estuviera, en este momento recibiría toda la fuerza de mi deseo.

Quería aferrarme a él, usar sus hombros para montarlo, para que pudiera deslizar sus manos bajo mi trasero, levantarme y llevarme hacia mi cama.

Mi mirada se elevó hacia la galería, pero no me moví ni un centímetro.

En cambio, hice algo que nunca antes me había atrevido a hacer. Expresé en voz alta lo que

estaba imaginando. Lo hice real, aunque fuera unilateral y una fantasía.

—¿Has venido a enseñarme modales, Carver? —pregunté en voz baja, lascivamente, en el silencio.

Normalmente tenía los ojos cerrados, tumbada en mi cama, hablando con la voz en mi cabeza o respondiendo a las historias de audio como si fuera parte de ellas, pero no hoy.

Hoy todo era diferente.

Pero el silencio se rompió por un instante, pues escuché un ruido proveniente de la escalera. Automáticamente, mis ojos se enfocaron en la puerta cerrada, pero fueron mis pensamientos los que se dispararon.

Lentamente di un paso en esa dirección, con una sonrisa socarrona en los labios. Tal vez era solo mi imaginación. Sin embargo, me gustaba más la idea de que Carver realmente me hubiera seguido y ahora estuviera ahí fuera en la escalera, mientras yo aquí dentro...

Me apoyé de espaldas contra la puerta, dejé caer la cabeza contra la madera de manera demostrativa y repetí las palabras que acababa de pronunciar en voz alta por primera vez en un contexto sexual no solo insinuado. —¿Has venido a enseñarme modales, Carver? —Instintivamente me mordí el labio inferior, antes de que mi lengua saliera disparada y lamiera el área dolorida—. Sé que estás ahí fuera.

En realidad, no estaba segura. Pero ni el Carver de mis pensamientos ni el Carver real necesitaban saberlo. Después de todo, este habría sido el momento perfecto para que se hiciera notar.

—¿Quieres escuchar cómo pienso en ti? ¿Cómo me imagino que me enseñas los modales de los que ya hemos hablado dos veces? En general, no diría que soy particularmente traviesa, pero por ti... —Y por mi cine mental...— Podrías darme unos azotes. Después de decirme cómo debo tocarme. Me llevó un tiempo averiguarlo, así que me interesaría aún más saber cuáles serían tus instrucciones. ¿Debería empezar por mi cuello y deslizar mis manos lentamente hacia abajo para poder jugar con mis pechos? Apuesto a que te volvería loco verme hacerlo.

Me imaginé escuchando su respiración pesada, apenas controlada. Cómo sentía su mirada ardiente sobre mi piel desnuda, que se sentía cada vez más caliente bajo su atención. Con la uña, arañé mi piel, siguiendo la forma de mis pezones, antes de deslizar la palma de mi mano sobre ellos.

A estas alturas, había cerrado los ojos para sumergirme completamente en la experiencia.

Carver y yo... incluso en mis pensamientos, se sentía como una combinación afrodisíaca para mi lujuria.

—Seguramente me dejarías jugar con mis pechos durante un buen rato, sabiendo que me volverá loca y que me mojaré más con cada toque. Puedo sentirlo en mis muslos. La humedad... si realmente estuvieras aquí, podrías verla. Probarla sin siquiera acercarte a mi coño, aunque es ahí donde más me gustaría sentir tu lengua. No tienes idea de cuánto disfrutaría si simplemente me observaras.

El primer hombre con quien sería honesto y deseado.

Para desprenderme de este pensamiento, dejé que mis dedos se deslizaran más abajo. Cuando llegué a mi vientre, inhalé bruscamente, arqueando mi espalda, aunque no había nadie allí que pudiera seguir tocando mis pechos por mí.

Solo estaba yo. Yo y mis pensamientos coloridos y vívidos.

—Cuando me ordenes deslizar un dedo sobre mi centro, acariciando perezosamente arriba y abajo, me doy cuenta de que disfrutas torturándome... haciéndome esperar. Tal vez quieras ver y oír cómo suplico por un orgasmo. —No es que tuviera experiencia en eso, pero a veces retrasaba

mi propio clímax, me hacía esperar e imaginaba a alguien elogiándome por hacerlo.

Me costaría suplicarle realmente a Carver, pero lo haría. Solo la idea me hacía mojarme más. La realidad lo multiplicaría varias veces.

Se me escapó un gemido, y supe que aceleraría el escenario en mi mente para poder experimentar finalmente un orgasmo que me hiciera encoger los dedos de los pies y caer temblando al suelo, con el nombre de Carver aún en mis labios.

O bviamente, había tomado una serie de decisiones equivocadas en los últimos seis meses, y la más reciente fue seguir a Jeanne después de unos minutos. Sus últimas palabras me habían calado hondo.

—Por esta noche, sí.

¿Quién era esta mujer para decirme cuándo terminaba una conversación entre nosotros? Había pocas personas que se atrevían a enfrentarme y aún menos que sobrevivían a ello.

Me había quedado mirando fijamente el lugar donde la había visto por última vez. Luego había abierto mi puño cerrado y lo había vuelto a cerrar, abrumado por los miles de pensamientos que de repente me pasaban por la cabeza.

Su piel se había calentado tentadoramente bajo mi toque y había sentido esa atracción antinatural entre nosotros tan profundamente en mi pecho que ahora luchaba contra la necesidad de correr tras ella como un cachorro perdido.

Quería preguntarle a Jeanne qué era esto.

De dónde venía.

Qué me había hecho esta bruja para provocar una reacción tan inconsciente de mi cuerpo, que creía tener bajo control.

Después de todo, me había dado una orden muy clara. Entonces, ¿por qué tanto mi cuerpo como mi mente fallaban en obedecerla? No era tan difícil, con todo lo que estaba en juego, ¿verdad?

Aparentemente sí, porque seguí a Jeanne por el pasillo y subí las escaleras que llevaban a su apartamento, solo para detenerme frente a la puerta cerrada.

Inhalé y casi pude saborearla en mi lengua. ¿Su champú? ¿Su perfume? ¿El aroma natural de su cuerpo que me había cautivado y atrapado desde la primera noche, obligándome a mirarla más tiempo del que era bueno para mi cordura?

Justo cuando levantaba la mano para llamar a la puerta —aunque ni siquiera sabía qué quería aquí realmente— escuché su voz seductora.

—¿Has venido a enseñarme modales, Carver?

Mi corazón no solo se saltó un latido, sino toda una secuencia de ellos, hasta que inhalé bruscamente.

Como si no hubiera experimentado ya suficiente traición, mi cuerpo también decidió reaccionar de inmediato. Un fuego líquido corrió por mis venas y mi entrepierna, agudizando mis sentidos, que se enfocaron en la mujer detrás de la puerta.

Era imposible que supiera que la había seguido y que estaba aquí afuera, como si me hubiera puesto una correa invisible que me mantenía cerca de ella.

No me moví hasta que escuché sus pasos acercándose a la puerta. Una parte de mí se

preparaba para que abriera la puerta de golpe y me confrontara. En cambio, la oí apoyarse contra ella... y la imité.

—¿Has venido a enseñarme modales, Carver? —repitió, como si todavía estuviera esperando una respuesta de mi parte—. Sé que estás ahí fuera.

Levanté la cabeza bruscamente, inhalando. No. No lo sabía.

De lo contrario, abriría la puerta y me enfrentaría.

Abrí la boca para lanzarle un comentario sarcástico, pero entonces continuó y de repente mi lengua se sintió tan seca que ni siquiera era capaz de tragar.

¿Quieres escuchar cómo pienso en ti?

Nada me gustaría más que eso —incluso le pagaría por ello si me concediera unos minutos dentro de sus pensamientos para averiguar qué quería de mí... y cómo deshacerme de ella.

¿Cómo me imagino que me enseñas los modales de los que ya hemos hablado dos veces?

Si le enseñara modales, solo sería de una manera. Y terminaría con su trasero caliente y ardiente sobre mi regazo, para que sintiera alternadamente mi mano y luego mis dedos deslizándose por su centro para comprobar cuán húmeda la dejaba esta forma particular de castigo —que nunca había aplicado a nadie, pero que sobre todo Jeanne definitivamente merecía.

Siempre y cuando yo fuera quien lo llevara a cabo.

En general, no diría que soy particularmente traviesa, pero por ti...

Nunca había conocido a una mujer con una boca más descarada que la suya. Y por Dios, me excitaba demasiado. Pero ella ya me había excitado incluso antes de estar despierta aquella noche, así que lo que salía de sus labios era solo un bono muy agradable que por un lado me desafiaba y por otro me recordaba que el sabor de mi vida quizás no tenía que venir solo de tiroteos, persecuciones, secuestros, asaltos y muertos.

Jeanne podría...

Y para mi fantasía...

Mientras la mía escalaba en una dirección en la que definitivamente no debía moverse, porque no podía permitirme integrarla en mi vida de esa manera.

Podrías darme unas nalgadas. Después de decirme cómo tocarme.

Una vez más, me hizo olvidar mi propósito. Se me ocurrían cientos de formas en las que Jeanne podría complacerse a sí misma frente a mis ojos. La pregunta era cuánto tiempo aguantaría sin poner mis manos sobre su cuerpo, como anhelaba.

Pero eso no era todo lo que quería hacer con ella. No. Una parte de mí quería descubrir cuán profunda era realmente esta atracción.

Lo cual era peligroso.

Y no era una opción.

Me ha llevado un tiempo averiguarlo, así que me interesaría aún más saber cuáles son tus instrucciones. ¿Debería empezar por mi cuello y deslizar mis manos lentamente hacia abajo para poder jugar con mis pechos?

Tragué saliva, con una imagen clara en mi mente. Su ropa ajustada solo me había dado una pista de lo que me esperaba debajo, pero ya era suficiente para alimentar mi imaginación.

Apuesto a que te volvería loco verme hacerlo.

Loco era el eufemismo del siglo. Ya me estaba volviendo loco estar sentado frente a su puerta y saber que ella se estaba tocando justo detrás, mientras mantenía una conversación conmigo.

O esta diablesa sabía de mi presencia, o estaba completamente atrapada en su fantasía, que compartía conmigo sin saberlo.

Escuchaba sus palabras, su voz que sonaba cada vez más ronca y los gemidos que escapaban de sus labios perfectos, mientras mi polla dura suplicaba atención.

En algún lugar de mi mente, una voz suave susurraba que tenía que tomar una decisión.

Sin embargo, había varias opciones... Podría hacerme notar. Podría tocarme mientras seguía escuchándola. Podría bajar a la cama y contentarme allí con mis propias fantasías. Aunque también podría escabullirme a su balcón y observar cómo se complacía a sí misma con mi nombre en sus labios. Podría quedarme sentado, esperando a ver qué pasaba. O... podría levantarme y olvidar.

Deslicé la mano en el bolsillo de mi pantalón, sentí mi erección y aun así la ignoré para sacar el dado.

Con los ojos cerrados, lo hice rodar en la palma de mi mano, pero incluso antes de mirarlo, ya conocía la respuesta correcta.

Así que ignoré el uno y rodé el dado de manera que mostrara un seis.

Eso era lo sensato.

Porque si me hacía notar ahora, si Jeanne me invitaba a entrar y me dejaba hacerle lo que había estado diciendo todo este tiempo, me estaría traicionando a mí mismo y a todo en lo que había creído durante las últimas décadas.

Así que cerré el puño alrededor del dado y me levanté, aunque me costó todo mi autocontrol.

Las pequeñas bayas negras en mi mano parecían tan inocentes. Si las mezclara en un cuenco con otras bayas realmente inofensivas, nadie se daría cuenta hasta que fuera demasiado tarde.

Y ese era precisamente el punto que estaba demostrando a los nuevos reclutas.

Agarré el pelo del hombre atado a una silla y tiré de su cabeza hacia atrás para dejar caer un puñado de bayas en su boca.

Como no las tragaría por sí mismo, le sujeté la barbilla y le presioné las mandíbulas, antes de taparle la nariz con los otros dedos.

Aunque intentó resistirse físicamente contra las ataduras y mi agarre, esto no produjo el resultado que él deseaba, sino que solo le causó lesiones innecesarias antes de su dolorosa muerte.

Eran cinco reclutas en total y su atención estaba exactamente donde yo esperaba: en el hombre que ahora tragaba el contenido de su boca y posteriormente jadeaba miserablemente por aire tan pronto como lo liberé.

—¿Alguien puede decirme cuánto tardará la atropina de la belladona en hacer efecto?

Uno de los hombres asintió. —Quince minutos. Como máximo. Con esa cantidad, probablemente incluso antes.

—Exacto. ¿Y cuáles serán las reacciones?

—Probablemente empezará a sudar. Mire, ya se ven las primeras gotas en su frente. Para él se sentirá como una intoxicación. Posiblemente con alucinaciones. Lo primero se reconoce porque sus pupilas se dilatan lentamente. Probablemente sentirá náuseas. Si vomita, podría producirse una aspiración y asfixiarse. Luego, probablemente seguirá la taquicardia: su corazón late demasiado rápido, lo que finalmente también puede provocar un infarto. Un coma podría ser la consecuencia. Y por último, morirá. Ya sea porque su corazón deja de latir o porque se produce una parálisis respiratoria.

Asentí con aprobación. Alguien había hecho sus deberes.

—Correcto —confirmé—. También hay una razón por la que lo demuestro en un sujeto vivo. —Aparte de que estaba en mi lista negra y me gustaba matar dos pájaros de un tiro—. No hay muchos criminales que trabajen con veneno. Y si lo hacen, son muy aficionados. No tienen ni idea ni comprensión del arte del envenenamiento, lo cual es una lástima, porque en estas muertes hay cierta elegancia. Belleza. Antiguamente se decía que solo las mujeres mataban de esta manera porque eran demasiado delicadas para tener sangre en las manos. Sin embargo, un disparo en la cabeza es misericordioso y limpio. Esto... esto es verdadera tortura.

Para entonces, el hombre había vomitado y el escaso contenido de su estómago corría por su barbilla, goteando sobre su camisa ya manchada. Si tenía esperanzas de sobrevivir al veneno de

la belladona ahora que había vomitado los pequeños frutos, lamentablemente tenía que decepcionarlo.

El veneno ya estaba donde causaría el mayor daño.

Una mirada a su rostro me confirmó que sus pupilas eran tan grandes como platillos. Gemía, incoherentemente, y solo entre los momentos en que vomitaba de nuevo.

Incluso sin poner un dedo en un punto de pulso, podía distinguir el latido acelerado en su cuello. Su piel prácticamente ardía, mientras que al mismo tiempo parecía cada vez más húmeda.

—¿Y qué tiene que ver esto con la protección personal? —La pregunta no me sorprendió; siempre se hacía, solo variaba enormemente el momento en cada grupo que entrenábamos.

—Llegará un punto en vuestras carreras en el que todos os enfrentaréis a una elección. Si tomáis la equivocada, tal vez acabéis en la misma silla que él.

—¿Cuál es realmente su crimen?

—Estuvo involucrado en la planificación de un robo de arte que me habría costado varios millones. Como se niega a revelar a sus cómplices, ya no tiene ningún valor para mí, ni ningún otro propósito. —Dar esta lección me hacía pensar en otras cosas.

Lejos de la noche anterior. De la sangre en mis dedos. Del Seis caído.

Debería haberme deshecho de Jeanne. En aquel entonces, hace unos meses, la noche en que su hermano también pasó a mejor vida.

Desafortunadamente, había decidido, en contra de mi mejor juicio, perdonarle la vida y ahora había vuelto para poner mi vida entera patas arriba.

No creía en las coincidencias. Y menos aún creía en otras mujeres en mi vida, porque todas ellas traían consigo un peligro impredecible.

El hombre a mi lado empezó a jadear, lo que fue el momento perfecto para encender la máquina a mi lado. Ya le había pegado los electrodos en el pecho antes de que los reclutas entraran en la habitación.

Ahora mostraba con pitidos excitados lo que le estaba pasando al corazón del envenenado. Las tres líneas se rompieron en fuertes picos que se sucedían tan rápidamente que era imposible no ver lo peligrosa que era la situación actual.

Durante unos minutos, la taquicardia persistió, luego el pitido se convirtió en un tono continuo y la línea se aplanó repentinamente.

Al hombre no solo se le desplomó la barbilla sobre el pecho, sino que todo su cuerpo se relajó definitivamente, lo que también significaba que su esfínter dejó de funcionar.

—Lección número dos —anuncié—. Los muertos dan más trabajo de lo que uno piensa de antemano. Con lo que llegamos a la lección tres. Ahora pensaréis cómo deshaceros del cadáver y borrar todas las huellas. Al final, debe ser como si nunca hubiera existido. Si la semana que viene la policía aparece en mi puerta, todos vosotros estaréis sentados en una silla como esta para fines demostrativos para vuestros sucesores.

Con esto, entregué oficialmente el grupo de vuelta a Claude, quien se aseguraría de que no ocurriera un error como el mencionado.

Cuando salí de la sala de reuniones en el garaje, Seven me estaba esperando. Su formación militar lo había convertido en el recluta perfecto hace tres años, y en lugar de asignarlo, simplemente lo habíamos mantenido con nosotros. Y también su apodo, porque en los primeros meses yo no me molestaba en aprender los nombres de los reclutas. En su lugar, todos recibían un número y cuando finalmente se probaban a sí mismos, entonces podían revelarme su nombre.

Sin embargo, la aparición de Seven no era una noticia alegre, más bien todo lo contrario. Cuando el sombrío asesino a sueldo con la cicatriz del *Glasgow Smile* aparecía, rara vez

significaba algo bueno.

—Déjame adivinar —comencé—. Hay un muerto, un traidor o ha pasado algo que me va a costar muchos nervios ahora mismo.

Con un asentimiento, le indiqué que me siguiera fuera del garaje hacia el estacionamiento, para que estuviéramos fuera del alcance de los oídos de los nuevos reclutas. Después de todo, no sería la primera vez que alguien intentara colarme un topo.

—Hemos descubierto que el robo de arte no iba a tener lugar por las obras de arte —me informó sin rodeos, después de que nos retiráramos detrás de un *Escalade* que, con sus ventanas negras, también ofrecía protección adicional contra miradas curiosas.

—¿Por qué otra razón querría alguien robar obras de arte valoradas en varios millones? —Si no era para enriquecerse con ellas.

—Al parecer, había planes de usar los cuadros como encendedores de parrilla.

Como ocurría a menudo desde anoche, el pequeño músculo debajo de mi ojo comenzó a temblar. Para mí, como miembro de la familia que había apoyado a los artistas más importantes de todos los siglos durante siglos, esto era básicamente una declaración que equivalía a una declaración de guerra.

—Se trataba de hacerte daño, Carver. No se trataba de ganar un poco de dinero. El objetivo era destruir tus rutas comerciales. Trabajas con absoluta discreción, y hasta la casa de subastas está tan metida en tu trasero que antes se pegarían un tiro en la frente que traicionarte.

Tan pronto como me reveló que nunca se había tratado del arte en sí, mentalmente había hecho la conexión con la revelación que seguiría inmediatamente, y la que condicionaría todo lo demás después.

Pagábamos a la policía para que hiciera la vista gorda y se tapara los oídos con cera. Mi gente era seleccionada a mano... y aun así había alguien que filtraba información interna y serraba el trono en el que yo estaba sentado.

—Guarda esta información para ti, Seven —le instruí—. Esperaremos a ver qué sucede a continuación. En algún momento, el responsable cometerá un error.

No necesitaba decir lo que sucedería entonces.

Seven asintió seriamente.

—Y hasta entonces, trabajarás más estrechamente con Claude. Aseguraos de que mi casa esté mejor vigilada que el Palacio de Buckingham.

—¿Crees...? —Dejó la pregunta sin terminar después de echar un rápido vistazo a mi rostro.

Lo que yo *creía* no importaba. Lo único que contaba era el hecho de que no estaba dispuesto a correr ningún riesgo en lo que respectaba a mi esposa, mis hijos... y, maldita sea, también a Jeanne.

Ante mis ojos surgió una imagen de ella durmiendo en mi sofá, pareciendo tan inocente que nunca se me habría ocurrido siquiera pensar que había enterrado el cadáver de su hermano.

Esta mujer tenía más pelotas que algunos de mis reclutas y empleados, lo que la convertía en un peligro. ¿Por qué no estaba desesperada por su muerte? ¿Por qué no se había derrumbado por ello? ¿Por qué, al contrario, incluso me lo había agradecido?

Tantas preguntas a las que aún no me había dado respuesta. ¿Las quería realmente, después de que ella me hubiera ganado en mi propio juego?

Jeanne era un misterio que me encantaría resolver.

Jeanne, cuya aparición en mi vida se asemejaba a un oscuro presagio.

Un augurio cuya mera existencia confirmaba algo que no quería admitir.

Me costaba admitirlo, pero en cuestión de horas, los niños se habían ganado mi corazón. Quizás se debía simplemente a que antes solo había visto a niños tirándose al suelo en el supermercado, abrumados por los estímulos, y llorando tan fuerte que podía oírlos incluso a través de mis auriculares.

Davide y Matteo, en cambio, aunque eran impetuosos y llenos de energía, mostraban tan claramente la influencia de sus padres que no podía evitar darme cuenta de que disfrutaba estando cerca de ellos. Pasando tiempo con ellos. Cuidándolos.

Lo mismo ocurría con Caterina. Era un bebé tranquilo y de buen humor que no se quejaba cada vez que Cézanne me pedía que la cuidara. Había esperado gritos y llanto y un nivel básico de estrés, pero no este sentimiento familiar.

Como los gemelos estaban ocupados con algún videojuego y su hermana dormía la siesta, había decidido echar a Cézanne de la cocina para que pudiera descansar en lugar de preocuparse por la merienda que pronto se demandaría.

Desde su silla en la isla de la cocina, me observaba atentamente mientras preparaba el plato de fruta para los niños, mientras detrás de mí se calentaba el biberón de Cat.

La cocina trajo a la superficie los recuerdos de anoche y por un instante diminuto perdí el control de mis facciones.

Si levantara el pie, todavía encontraría allí la tirita de astronautas. Desafortunadamente, también podía seguir sintiendo el toque de Carver. Como si anoche no hubiera huido a la cama, sino que hubiera ido más allá con él.

Cada vez que le llevaba la contraria, él se echaba atrás. O bien no le gustaba esta forma ofensiva de coqueteo, o lo pillaba desprevenido. Sin embargo, no parecía alguien que no supiera el efecto que tenía en los demás. O que dudara en expresar lo que le pasaba por la cabeza. Quizás simplemente no estaba acostumbrado a que alguien no se quedara paralizado de miedo, sino que respondiera a sus comentarios ambiguos.

—¿Estás bien, Jeanne? Pareces pensativa —Cézanne sonaba sinceramente preocupada cuando me habló, así que inmediatamente meforcé a sonreír.

—Todo está bien. De alguna manera no sé qué pensar del encuentro con Carver anoche.

Su rostro se iluminó. —¿Así que lo conociste? No te preocupes, suele ser más bien reservado y callado. Algunos incluso dirían que es sombrío.

Para eso, anoche había dicho bastante. Levanté una ceja. —No es eso. Creo que preferiría que yo no estuviera aquí.

—Menos mal que no es su decisión.

Eso, por otro lado, me hizo sonreír honestamente.

—¿Dijo algo? Puedo hablar con él.

—Oh, hablamos de varias cosas. Creo que pensó que saldría corriendo si me decía que estaba en la mafia.

Durante unos segundos, Cézanne me miró en silencio, con la cabeza ligeramente inclinada. Posiblemente era información que no debería haber sabido. Pero ya era demasiado tarde, después de todo, su marido era responsable de la muerte de mi hermano.

—Carver no solo está *en* la mafia, Jeanne. Él ES LA mafia.

—¿La mafia?

—Sí... Como en: Carver es el jefe de la mafia Medici.

—No es de extrañar que todos digan siempre que la familia se ha extinguido —bromeé.

Jefe de la mafia.

Y yo coqueteaba con él, a petición de su esposa.

Ayer le había mentido, lo había engañado y había bromeado sobre que, alternativamente, podría simplemente matarme porque sería más fácil para él. Lo había desafiado, le había dicho que no y le había revelado que sabía lo que había hecho.

Probablemente, mi corazón no debería latir tan salvajemente en mi pecho como lo estaba haciendo ahora. Seguramente habría quedado mejor en un vaso sobre su escritorio, después de haberlo enfrentado de una manera tan dramática.

—El jefe, entonces —comencé de nuevo después de un breve momento. Al mismo tiempo, volví a dedicarme a la manzana que se suponía que estaba cortando en cuartos.

—Para ser honesta, no esperaba que jugara con las cartas sobre la mesa.

Este sería realmente el momento perfecto para inventar otra mentira, pero la verdad ya pesaba bastante sobre mis hombros... —Bueno... Carver y yo no somos del todo desconocidos, para ser sincera. Hace unos meses, alguien entró en mi casa por la noche, y... mi hermano tenía deudas. Le disparó.

Por alguna razón, mi destino estaba ligado al de este hombre extraño, y la expresión en el rostro de Cézanne tampoco me daba ninguna pista sobre si esto era algo bueno o malo.

—¿Y tú... no estás enfadada con él? —Probablemente estaba tratando, al igual que Carver, de evaluar el peligro que yo representaba. Para su familia. De cuya protección yo era de alguna manera responsable desde que me contrató como niñera.

Mi mirada se deslizó hacia abajo, hacia el cuchillo en mi mano.

Si respondía simplemente con un no, surgirían preguntas. Si me inventaba una pequeña historia, tal vez la mentira detrás no sería descubierta.

Como de repente necesitaba hacer algo urgentemente, me di la vuelta, abrí el refrigerador y recogí los ingredientes para los sándwiches que quería preparar para Cézanne y para mí.

Antes de decir algo más, respiré profundamente. Hasta ahora había guardado silencio sobre la verdad, y el saber que pronto habría alguien más que estaría al tanto despertaba en mí una sensación de impotencia.

—Prométeme que no se lo contarás a nadie —pedí—. Sobre todo no a Carver.

—Así que es tan malo, ¿eh?

Hice una mueca, que por suerte Cézanne no pudo ver porque seguía dándole la espalda.

Con la punta del cuchillo, pinché el pepino. Partí la lechuga. Corté el pan de manera particularmente brusca. Pero nada de esto satisfacía mi profunda necesidad de ver a alguien sangrar.

—Todos los que conocieron a Gabriel por primera vez siempre pensaron que era un joven ejemplar y amable. Por fuera definitivamente lo era, pero su interior no era nada de eso. Tenía diecinueve años cuando encontré una carpeta encriptada en su computadora. Fue demasiado fácil

descifrarla... menos fácil fue lidiar con el contenido.

Su silencio era tan fuerte que ahogaba los sonidos de juego de los gemelos.

—Estaba llena de fotos. De mí. Como bebé, como niña pequeña, como niña, adolescente... videos. De todo tipo. Algunos dirían ahora que simplemente amaba mucho a su hermana pequeña, pero entonces ¿por qué vendería todo ese contenido a pedófilos en la Dark Web? Era diez años mayor que yo... a los dieciséis sabía lo que hacía cuando tomaba fotos de manera sexualmente sugestiva.

En mis pensamientos pasaron todas las fotos que había visto... recordándome cuánta gente encuentra placer en la sexualización de una niña inocente. No quería saber cuántos hombres habían tenido su pene en la mano mientras me veían hacer ejercicios de gimnasia, completamente ignorante de que algo tan infantilmente normal estaba siendo abusado de esta manera.

—Lo había confrontado, pero lo justificó diciendo que nos permitía llevar el estilo de vida que teníamos. Su coche. Su loft. Todos esos relojes caros. Dijo que yo tenía muchos *fans*, y que seguiría cumpliendo sus deseos. Después de intentar sin éxito presentar cargos contra él y obtener una orden de alejamiento, se mudó de nuevo a la casa de nuestros padres que yo había heredado. Tenía cámaras por todas partes. Una transmisión en vivo en su sitio web. Con cada día que pasaba, lo odiaba un poco más... luego vino esa noche en que Carver apareció para cobrar sus deudas y me encontré rezando para que simplemente lo matara. Él no lo sabe, pero me salvó.

Me mordí la lengua antes de decir lo que realmente me quemaba bajo las uñas. —Nunca fui tocada. Aparentemente siempre estuve a salvo. Pero saber que innumerables personas usan fotos y videos míos de esta manera... que podría encontrarme en el supermercado con alguien que ha visto una imagen mía bañándome en la bañera a los dos años... —Tragué saliva con dificultad—. Eso me destroza. Después de su muerte, intenté borrar todo usando su teléfono secundario. Pero está demasiado extendido como para que desactivar la fuente sirva de algo. Así que no... no estoy enojada con Carver por haber asesinado a Gabriel a sangre fría. Le estoy más agradecida de lo que él jamás sabrá.

Solo entonces me di la vuelta y coloqué el plato con el sándwich directamente frente a Cézanne, quien todavía me miraba en silencio. Mientras tanto, había pasado un control de salud, lo que me autorizaba a prepararle comida en primer lugar.

Podía ver cómo sus ojos brillaban bajo las lágrimas no derramadas.

Antes de morder mi propio sándwich, me volví hacia ella una vez más. —No tienes que decir nada al respecto. Solo quería que estuvieras segura de que no tengo nada en contra de él, ni de tus hijos. De hecho, se siente más como si estuviera en deuda con Carver.

Su sándwich permaneció intacto al principio. —Pero como madre, tengo algunas cosas que decir, Jeanne. Estoy asqueada. Siento una decepción inconmensurable. Si antes no tenía suficiente miedo por mis hijos, ahora definitivamente lo tengo. Incluso en internet normal, cualquiera puede acceder a esas bonitas fotos de niños, en las que una persona normal no pensaría absolutamente nada al publicarlas. No es que nosotros lo hagamos, por razones obvias, pero... si pudiera, lo sacaría de su tumba y lo mataría de nuevo con mis propias manos. Este conocimiento y la impotencia asociada deben hacer que te sientas increíblemente débil. Pero, y esto puedo decirlo con total convicción, tu fuerza es impresionante. ¿Me das cinco minutos?

Sus palabras me dejaron tan perpleja que asentí de inmediato, agarré mi plato y me apresuré por el pasillo y la puerta principal hacia afuera. Esperaba ver a Claude allí, pero en su lugar había un hombre de la edad de Carver que me miraba con ojos que parecían muertos.

—Hola —dije con esfuerzo, antes de extenderle reflexivamente mi plato con la otra mitad del

sándwich—. ¿Hambre?

Dudó antes de tomarlo con irritación y agradecer con un asentimiento. Debido a las cicatrices en su rostro, casi parecía que estuviera sonriendo.

—Soy Jeanne —continuó, con la boca demasiado llena para hablar realmente.

—Lo sé —fue la respuesta—. Seven.

—Ese no es tu nombre real, ¿verdad?

—Tan real como Carver.

Parpadeé mirándolo fijamente. Para alguien que parecía tan inexpresivo como una piedra, este Seven tenía un sentido del humor muy seco. Y músculos. Muchos de ellos, ya que se notaban a través de su camiseta negra.

—¿Y qué haces aquí afuera?

—Anne necesita unos minutos.

—¿Está bien? —preguntó alarmado, ya con la mano en la puerta, hasta que levanté la mía para tranquilizarlo.

—Está bien. Solo hemos tenido una conversación más intensa que la ha alterado.

Y a mí también, pero lo tenía tan controlado que ni siquiera noté las lágrimas que me escocían los ojos.

Por primera vez en mi vida, me había abierto a alguien, había dado una explicación de mi vida en los últimos años, y no había recibido más que comprensión, mezclada con una rabia que podía entender perfectamente.

Solo después de haber devorado mi mitad del sándwich y de que Seven también hubiera terminado, me despedí para volver adentro.

Cézanne estaba sentada donde la había dejado y parecía tan afectada como yo me sentía.

Sentí el impulso de abrazarla y decirle que todo estaba bien conmigo. Que lo estaba superando. Ahora que tenía todas las libertades que antes no conocía o no quería, porque no era consciente de todo lo que había perdido por culpa de mi hermano.

Además, este lugar era perfecto para mí. Aquí nadie reconocía mi cara ni había visto vídeos comprometedores míos.

—¿Está todo bien? —pregunté finalmente.

—Sí. Solo me has hecho ver que nada te prepara para una historia así. Y eso que crecí dentro de la mafia, fui la segunda al mando de Carver durante años, he torturado y visto morir a gente... pero esto... —Su mano se movió hacia su boca, como si estuviera mareada—. Quizás sea una tontería decirlo después de un día, y desde luego no lo digo a la ligera, pero... confío en ti, Jeanne. Está claro que no hay nadie más cualificado para criar a mis hijos.

—Eso es... pensar muy a largo plazo —respondí insegura.

—Es el único futuro en el que puedo pensar ahora. Y ahora siéntate conmigo para que no tenga que comer sola y pueda contarte de paso lo que deseo para mis hijos en el futuro.

Nunca un cambio de tema me vino mejor que este. Aliviada, me senté a su lado en un taburete de la barra y escuché con todo detalle lo que Cézanne imaginaba.

Después de las palabras —*Prométeme que no se lo dirás a nadie. Sobre todo a Carver*—, debería haberme dado la vuelta, adentrarme más en el pasillo y salir por la puerta principal. No escuchar, darme la vuelta y ocuparme de los asuntos que realmente me concernían.

Lamentablemente, no lo hice y escuché cómo Jeanne, en retrospectiva, firmaba dos y tres veces la sentencia de muerte de su hermano, que yo ya había dictado hace meses.

Sus palabras se grabaron como ácido en mi organismo y, incluso cuando me fui para que ella no me descubriera al salir precipitadamente, no olvidé nada de lo que se había dicho.

Ni cómo había sonado su voz cuando le confió a mi esposa el secreto que contenía las respuestas a todas mis preguntas. Ni cómo sus manos habían temblado y se habían cerrado tan fuertemente alrededor del cuchillo en su mano en algunos detalles, que sabía exactamente cuál habría sido su necesidad en ese momento. Tampoco olvidé cómo el tono claro de sus ojos se había oscurecido cuanto más se sumergía en la historia.

Y, por Dios, lo que menos olvidaría es que, sin saberlo, acababa de darme una orden que mantendría ocupada a toda la mafia de los Medici durante un tiempo, porque de repente todo lo demás había pasado a un segundo plano. Y, de todos modos, no me gustaba quedarme sentado esperando inactivamente a que mis otros enemigos cometieran un error.

Al menos, así justificaba el hecho de que Jeanne no me era tan indiferente como había querido decidir esta mañana, basándome en mis conocimientos aún válidos en ese momento.

Afuera, me detuve brevemente junto a Seven. —Consígueme toda la información que puedas encontrar sobre Gabriel de la Croix. Incluso la hora a la que cagaba cada mañana, si la encuentras.

Luego me escondí justo a tiempo antes de que Jeanne abriera la puerta de golpe y saliera.

Desde una distancia segura, aun así lo noté. Cuánto le afectaba. Lo que había dicho anoche no había sido un humor extraño o un intento de burlarse de mí.

Realmente me había dado las gracias, pero sentía que no era suficiente. Porque para ella significaba mucho más que su hermano ya no estuviera entre los vivos, de lo que había sido para mí hacer pagar al hombre que me debía algo de dinero.

Jeanne lo había dicho en serio. Y eso hacía que todo fuera mucho peor para mí.

Evidentemente, no había manejado bien el dinero que había ganado vendiendo el cuerpo de Jeanne. Lo que no lo hacía mejor, pero me daba otro punto de apoyo.

Esas fotos no seguirían siendo accesibles para todo el mundo. Esos vídeos ya no serían el entretenimiento de tipos asquerosos. Pensándolo bien, no sobrevivirían a la posesión del material visual de Jeanne.

Porque Jeanne de la Croix ahora era parte de la mafia de los Medici, y eso significaba que

pertenecía a mi familia y su protección se había convertido en mi máxima prioridad.

Nadie tenía derecho a mirarla de esa manera. A usarla. A abusar de ella en sus pensamientos para fantasías péfidas.

Nadie.

Al parecer, estaba desarrollando un patrón, porque hoy también decidí seguir a Jeanne. Había creído que se quedaría con Cézanne y, por lo tanto, no estaría sola después de esa gran revelación, pero no pasó ni una hora antes de que casualmente fuera testigo de cómo vagaba sin rumbo por la isla.

Sin embargo, su camino no la llevó, como yo habría esperado, hacia arriba en dirección a la iglesia, sino hacia las estribaciones de la isla, que eran un poco más verdes. Un verdadero milagro, considerando que la isla estaba principalmente formada por piedra.

Desde unos cientos de metros de distancia, observé cómo Jeanne trepaba por las rocas y se dirigía hacia la capilla que se alzaba torcida sobre una pequeña colina, desde donde se tenía una buena vista de este lado de la isla.

Sabía exactamente cómo era por dentro. Polvoriento, envejecido y un poco espeluznante, porque no era un lugar que se frecuentara regularmente.

A pesar de ello, estaba muy familiarizado con esta capilla. Era el único lugar en la isla donde nadie te buscaba. O al menos donde nadie te buscaba cuando yo era veinte años más joven y estaba en una fase rebelde.

Aunque sabía que no debía, la seguí. Seguramente Cézanne había hecho todo lo posible por sacarla del agujero en el que se había metido, pero la idea de que Jeanne estuviera alterada y sola simplemente no me gustaba.

Aunque me costaba admitirlo, ella lograba rápidamente meterse cada vez más bajo mi piel.

Y aunque no debía enterarse de que había escuchado cada palabra de su conversación con Cézanne, quería asegurarme de que estuviera bien.

La puerta de madera podrida de la capilla estaba apenas entreabierta, por lo que podía distinguir bien su figura en el espacio bajo y pequeño. En el altar ardía una sola vela, algo que había sido así desde que tenía memoria de este lugar.

Como ya la había espiado una vez sin su conocimiento y de alguna manera me arrepentía, ahora me aclaré la garganta para llamar su atención.

Su cabeza se giró rápidamente en mi dirección. Me miró con ojos grandes, como si yo fuera la última persona que esperaba ver aquí.

También podía entender eso, porque cualquier otra persona habría sido mejor que yo para acompañarla en esta situación.

—¿Explorando la isla? —le pregunté para iniciar una conversación.

Incluso antes de entrar, pude sentir lo poco bienvenido que era en este lugar. Su mirada. Su lenguaje corporal.

Me acercaba a ella a sabiendas, porque de alguna manera retorcida no podía vivir con la idea de que estuviera sufriendo.

Todavía sentía la ira en las puntas de mis dedos, que experimentaba cada vez que pensaba aunque fuera por un segundo en lo que Jeanne había contado.

—Más bien busco un lugar donde pueda estar sola —respondió.

Un mensaje que no podría haber sido más claro.

—Yo solía venir aquí a menudo cuando no quería ver a nadie.

—Entonces, obviamente, tuviste más éxito que yo. —Su respuesta fue un suave siseo.

Jeanne ahora ocultaba su rostro de mí detrás de una cortina de su cabello, que caía en mechones del moño que siempre se hacía cuando pasaba tiempo con los niños.

—Si quieres que me vaya, tendrás que decirlo claramente. —Era un desafío, porque apostaba a que no sería capaz de echarme sin más.

De hecho, Jeanne no dijo nada, por lo que me dejé caer en uno de los viejos bancos de madera, con los pies estirados y cruzados.

—Me parece que algo te está preocupando —continué.

—¿Y crees que querría hablar de eso precisamente contigo? —Escuché el sarcasmo punzante en su voz. El ataque siseante de un gato al que se ha acorralado un poco demasiado.

Pero lo que también escuché fue el grito de ayuda en sus palabras. Desafortunadamente, no conocía muchas formas de ayudar a alguien a sentirse mejor. Dos, quizás tres, pero eso significaría...

—Nadie ha dicho nada de hablar.

—¿Entonces quieres sentarte aquí y verme estar preocupada? ¿Eso te da algo, Carver?

—En otras situaciones, tuve la impresión de que te gustaba tenerme cerca. —Esa no era la carta que debía jugar. *Definitivamente* no era la carta apropiada en este momento.

Jeanne giró la cabeza en mi dirección, dándome la primera mirada real de su rostro. De sus ojos tormentosos y la expresión ligeramente irritada que adornaba sus facciones. Tan salvaje. Tan peligrosa.

Si extendiera la mano hacia ella, me quemaría. Y aun así, el gesto ejercía tal atracción sobre mí que cerré la mano en un puño sobre mi muslo para evitarlo.

Debería estar en cualquier otro lugar de esta isla, menos aquí. Cerca de ella.

—Tal vez simplemente soy una persona a la que le gusta tener gente a su alrededor. —Me miró con las cejas levantadas.

—¿Es así? Otras personas... ¿entonces sería completamente irrelevante qué personas?

Esta discusión era inútil. No podía decirle lo que realmente tenía en la punta de la lengua, ni podía estar ahí para ella de la manera que realmente quería.

Me enderecé bruscamente para darle la privacidad que aparentemente quería.

—Carver, ¡espera! —susurró ella—. No te vayas. Eso no fue un insulto. Es solo que yo misma no sé cómo sentirme mejor ahora.

Me detuve. —¿Quieres que te pregunte qué te preocupa?

—No.

—De acuerdo. Entonces tampoco quieres a alguien que te escuche.

—Correcto.

—¿Necesitas un abrazo? —Yo no abrazaba a la gente. A nadie. Mucho menos lo ofrecía por iniciativa propia. Y definitivamente no a la única persona con la que un abrazo desencadenaría toda una serie de consecuencias.

Jeanne hizo una mueca, como si no hubiera oído bien. O como si yo hubiera perdido la cabeza. —¿Estás bien? Tal vez deberíamos hablar de ti.

—No es necesario —aseguré con brusquedad—. ¿Qué haces normalmente? Para animarte,

quiero decir.

—Gastar dinero, pero...

Sin decir palabra, metí la mano en mi bolsillo y saqué mi billetera para extraer la tarjeta negra. En mi mundo, el dinero era un medio para un fin. Un alivio. Algo que uno poseía para comprar más tiempo. O felicidad rápida, si pensaba en la respuesta de Jeanne. Lamentablemente, para la felicidad a largo plazo, el dinero solo servía hasta cierto punto...

—¿Qué estás haciendo, Carver? —exigió saber Jeanne, con los ojos ligeramente abiertos fijos en mi mano, donde sostenía la tarjeta de crédito que pertenecía a una cuenta con la parte menor de la fortuna de los Medici.

—Te estoy dando dinero que puedes gastar para animarte.

Ella entrecerró los ojos antes de soltar una risa nerviosa. —No quiero tu dinero.

—Tengo más de lo que yo y mis descendientes podremos gastar en los próximos siglos. Así que no hay razón para no tomarlo —le aseguré, aunque ya adivinaba que ese no era su problema.

—Pero no quiero tu dinero. Probablemente sea dinero manchado de sangre y seguro que no me animaré comprando con él.

Su respuesta me hizo sonreír. —En su época, Cosimo poseía alrededor del treinta por ciento de la moneda mundial. Convertido, hoy serían unos cuatrocientos cincuenta millones de dólares. Patrocinamos el arte, fuimos políticos y banqueros. Los asesinatos y más tarde la mafia contribuyeron con la parte más pequeña a la fortuna.

—¿Serían?

—Es considerablemente más. Porque el dinero siempre se multiplica cuando lo dejas trabajar para ti.

Atónita, dejó caer los hombros. —Claro. Y estás aquí hablando de ello como si fueran cacahuetes.

Me abstuve de decir algo al respecto. —Entonces, ¿qué tengo que hacer para que tomes la tarjeta? ¿Ponerme de rodillas?

Con una mezcla de curiosidad y agrado, me miró antes de inclinar la cabeza.

—Ya que lo preguntas así...

Mi mirada se clavó en la suya. Entonces la sentí de nuevo. La atracción que casi inmediatamente me ordenaba hacer exactamente eso.

Arrodillarme ante ella y seguir el juego, si eso significaba que podía mejorar su estado de ánimo.

Sin embargo, apreté los dientes con fuerza.

—Arrodíllate, Carver, entonces reconsideraré si acepto tu dinero.

Estaba jugando conmigo otra vez y podía verlo en su rostro. Más que inclinado a hacer exactamente lo que me estaba pidiendo, me acerqué a ella.

Al principio la miré desde arriba, pero ella no cambió de opinión. En su lugar, empujó obstinadamente su mandíbula hacia adelante, mirándome desafiante.

Así que mantuve su mirada mientras me arrodillaba lentamente ante ella.

Como si solo hubiera venido a esta casa de Dios para adorarla prohibidamente.

Ahora era ella quien me miraba desde arriba.

El fuego que ardía en mi bajo vientre también ardía en sus ojos.

—Curioso —soltó sin aliento.

Gruñí. —¿Qué?

—Acabo de darme cuenta de que tengo al hombre más poderoso de Francia de rodillas ante mí... y eso me anima más de lo que el dinero jamás podría.

Jeanne levantó la mano, deslizó el pulgar a lo largo de mi mandíbula hasta que sentí que el músculo bajo mi ojo se contraía.

—¿Dónde está tu dado, Carver?

—En el bolsillo de mi pantalón. Pero no deberías... —Antes de que pudiera terminar la frase, Jeanne se inclinó y deslizó su pulgar desde mi mandíbula hacia abajo por mi cuello, sobre mi pecho y mi estómago hasta la cintura del pantalón, antes de hacer un desvío hacia el lado y meter la mano en mi bolsillo.

Ignoró todo excepto el dado.

No era ni la posición en la que normalmente me encontraba, ni me gustaba, y sin embargo estaba disfrutando este momento más de lo que debería.

Jeanne estaba tan condenadamente cerca que podía oler el aroma de su piel. Si no me hubiera estado mirando directamente a los ojos, ese habría sido el momento en que los habría cerrado para concentrarme simplemente en respirar.

Lentamente se enderezó frente a mí, con mi dado en la mano, mientras yo todavía sostenía firmemente la tarjeta de crédito.

—Veamos... —Lo giró entre sus dedos. Pensativa. Un gesto que conocía demasiado bien de mí mismo.

—¿Qué piensas tirar, *ma belle*? —pregunté, con la voz claramente demasiado ronca para un momento que en su totalidad no debería existir.

Ella emitió un suave sonido antes de volver a centrar su atención en mí. —Si tomo tu dinero, o si te digo que hagas de mis caderas tu altar, ya que estás de rodillas ante mí.

Tragué saliva. Con fuerza.

Y Jeanne, toda la personalidad atrevida que era, torció la boca en una sonrisa divertida.

—Pero no lo harías, ¿verdad, Carver?

—No —gruñí, aunque cada fibra de mi cuerpo gritaba que sí y, paralelamente, se incendiaba porque quería agarrarla y mostrarle todo lo que *no* haría con ella.

—Qué lástima —respondió ella con indiferencia—. Aun así, no quiero gastar tu dinero. —Sin embargo, lanzó el dado al aire y lo atrapó frente a mi cara—. Pero supongo que me quedaré con el dado.

—Lo que te haga feliz.

—Qué puedo decir. —Jeanne hizo un gesto amplio abarcándonos a ambos—. Verte de rodillas ante mí me acaba de devolver algo que no sabía que estaba buscando.

Esta vez, la sonrisa en sus labios era genuina, y me catapultó directamente fuera del hechizo en el que me había mantenido cautivo.

Una vez más, lanzó el dado al aire antes de girar sobre sus talones.

Al llegar a la puerta, Jeanne miró por encima de su hombro en mi dirección. —Gracias, Carver. Por animarme, quiero decir.

Por supuesto.

Animarla.

Permanecí en mi posición de rodillas y cerré los ojos. Lo que estaba haciendo aquí era peligroso. Cada vez que me exponía a ella de esta manera, era como si me administrara mi droga favorita. Hoy había sido otra dosis. En una cantidad pequeña, casi inofensiva... solo para que después pudiera olvidar que lo había hecho.

Y la próxima vez, volvería a darme cuenta de lo peligrosa que era en realidad esta microdosis que practicaba tan diligentemente, mientras me convencía a mí mismo de que no podía involucrarme con Jeanne.

Podía olvidar esto.

Hasta que Jeanne me hiciera arrodillar de nuevo, metafórica o literalmente.

Por supuesto, había un pequeño problema en mi ira que no había considerado hasta que me encontré mirando el rostro pensativo de mi esposa y, por su mirada, ya intuía que me había descubierto.

Normalmente lograba ocultar mis pensamientos y sentimientos de ella. Estos últimos, de hecho, no solo de ella, sino a menudo también de mí mismo, por lo que me había costado bastante admitir que no solo tenía que aceptar la presencia de Jeanne, sino que también era mejor si sacaba más provecho de ello que simplemente soportar que ahora estuviera en mi entorno inmediato.

—De verdad que me encantaría saber qué está pasando por tu cabeza ahora mismo —me informó amablemente Cézanne sobre lo que ya temía.

Era imposible revelarle que ya había puesto a Seven y a los demás a buscar en Internet todas las fuentes que hacían referencia a los materiales relacionados con Jeanne.

Sus historias me perseguían; en cada minuto despierto escuchaba un maldito eco de las palabras que había pronunciado. Incluso había logrado colarse en mis sueños, y eso no era precisamente un logro del que uno pudiera estar orgulloso. En algunos momentos, la situación general me frustraba de una manera que me hacía dudar de mi propia cordura. Apretaba los puños; solo faltaba que empezara a gritar como un neandertal primitivo para desahogar mi enojo.

No, también se podía hacer de manera más civilizada. O se podría hacer, tan pronto como encontráramos a los primeros hombres involucrados en el martirio de Jeanne.

Involuntariamente, volví al aquí y ahora para darle una respuesta a mi esposa.

Era otra de esas noches en las que habíamos terminado en el sofá para ver su serie de telebasura. En silencio, por lo general. A menos que ella tuviera necesidad de hablar y yo tuviera que someterme a esa situación.

Incluso siendo el hombre más poderoso de Francia, un jefe de la mafia sin igual, había una persona en mi vida que me daba órdenes cuyo cumplimiento era, de alguna manera extraña, mi deber.

—¿Por qué ella precisamente? ¿Por qué Jeanne? Sé cuántas niñas potenciales conociste... pero tu elección recayó en *ella*.

La sonrisa de Cézanne era casi traviesa cuando reaccionó a mi respuesta. Como en aquellos tiempos de adolescencia, cuando aún no había encontrado su equilibrio y hacía honor a su apodo de chica salvaje.

—El mero hecho de que lo preguntes me da la razón.

—¿Razón en qué?

—En que ella te cala hondo. Y no recuerdo que eso haya sucedido nunca antes con otra mujer.

Entrecerré los ojos. —¿Elegiste a la niñera por su potencial para calarme hondo?

—No —respondió simplemente—. He desafiado al destino y, obviamente, he ganado.

—Hablas en acertijos, mujer.

Torció los labios y se encogió de hombros de manera demostrativa. —Llegará el día en que entiendas lo que he hecho y por qué razones. Pero no voy a adelantarte ese conocimiento. Es un secreto... que descubrirás.

Solo un pensamiento cruzó por mi mente. —Odio los secretos. Y las profecías.

—No es una profecía. Nunca me metería con una de esas. —Cézanne extendió la mano y me dio unas palmaditas en el hombro—. Sabes que me preocupo por ti, Carver. Y eso no terminará solo porque mi cuerpo haya decidido mostrar debilidad.

En realidad, se había convertido en un tema tabú entre nosotros, pero no se presentaría una mejor oportunidad para hablar con ella sobre lo que estaba causando un miedo fundamental en mi vida, que nunca había conocido en todos estos años.

—¿Cómo te sientes realmente, Céz?

Ella era tan experta en esconderse. De mí. De la familia. Pero nunca de la realidad.

Su mano se deslizó de mi hombro y la levantó entre nosotros para poder examinarla. Sus largos dedos y las uñas rotas. El anillo de boda que para nosotros había sido solo una promesa de que siempre cuidaría de ella. Incluso a la luz de la televisión, podía ver las venas que sobresalían azules y lo translúcida que se había vuelto su piel normalmente bronceada.

La idea de que nada quedaría de ella más que unos cuantos huesos y el recuerdo de una mujer dura y hermosa que me había acompañado durante más de la mitad de mi vida me oprimió la garganta por un breve momento.

—Puedo sentirlo lentamente, Carver —comenzó, con la mirada firmemente anclada en mis ojos.

Por Dios, deseaba que estuviera hablando de que la vida volvía lentamente a ella, pero en realidad era todo lo contrario.

—Cuando me despierto por la mañana, me pregunto por qué. Mi cuerpo está al límite; no sé de dónde saca la fuerza para seguir funcionando de esta manera. Lo que más deseo es acurrucarme y dormir... todo el día. Cuando cierro los ojos, ya no rezo para volver a despertar, porque sé cuáles son las probabilidades. Estoy triste por los niños... y al mismo tiempo soy consciente de que no está en mi poder cambiar nada. Sucederá, lo quiera o no. Todavía recuerdo lo grande que era tu miedo cuando se trataba de tener hijos, o la pregunta de si realmente era correcto si nosotros dos no éramos los compañeros amorosos que merecíamos. Pero... no podría haberme pasado nada mejor que criar hijos con mi mejor amigo. Los amas, probablemente incluso más que yo. Eres un padre maravilloso, aunque no lo hayas conocido de tu propio padre. Jeanne es mi regalo para ti. No la despidas después de que yo me haya ido.

—Ya la has tomado cariño, ¿verdad?

—Desde el primer minuto en que la conocí —respondió ella, esta vez sonriendo.

—Has encontrado tu paz. No me había dado cuenta hasta ahora, Céz. ¿Estás cansada de luchar?

Una pregunta que me asustaba. Por más de una razón.

—No dejaré de luchar, pero sí... sí, estoy cansada. Porque es una batalla sin esperanza contra un enemigo que no puedo ver ni vencer.

—¿Has pensado en...?

—¿Suicidarme? —Se le escapó una risa—. Sí. Pero no me agrada la idea de que alguien encuentre mi cadáver y sea una visión horrible. Además, siempre me he jurado que moriría

luchando. ¿Una bala en la nuca mientras tú y yo burlamos al enemigo? Aceptado. ¿Una bala porque me rindo? Inaceptable.

Cézanne era, sin duda alguna, una de las mujeres más fuertes que jamás había conocido.

—Si llega el día en que necesites mi ayuda, quiero que me lo digas. Sin pensar ni un momento en lo que significa para nadie más que para ti misma. ¿Lo has entendido?

Apretó los labios y torció el gesto de una manera que me dejaba claro que jamás haría algo así. En principio. Porque después de una breve vacilación, asintió, dándome así un alivio.

No había mucho que pudiera hacer por ella, pero preservar su honor y darle la oportunidad de dejar la vida en sus propios términos era lo mínimo.

Le rodeé los hombros con el brazo y la atraje hacia mí, de modo que pudiera apoyar la cabeza en mi pecho y relajarse de nuevo.

No era la primera vez que me daba cuenta de que no había crecido con Cézanne. En su presencia, todavía me sentía como entonces a los dieciséis, solo que mientras tanto habíamos quitado innumerables vidas y tenido hijos.

¿Qué sería de mí cuando ella ya no estuviera? ¿Moriría inevitablemente esta parte de mí con ella porque ya no habría nadie que me recordara que no solo era el frío jefe mafioso asesino, sino que también tenía un lado humano?

Abrí los ojos parpadeando. A través del ventanal frente a mi cama, entraba suficiente luz incluso en medio de la noche para distinguir los contornos de mi entorno. Hacía una semana que había hecho de este lugar oficialmente mi nuevo hogar.

Y en mi nuevo hogar nunca estaba sola. Tampoco lo estaba ahora, como comprobé al incorporarme ligeramente en la cama y mirar fijamente el sillón a unos metros de distancia.

Reconocí la silueta del hombre sin necesidad de mirar más de cerca. No era la primera vez que me observaba mientras dormía.

Con un suspiro, me dejé caer de nuevo sobre mis almohadas y me cubrí los ojos con el brazo.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí sentado? —logré decir, sonando bastante fastidiada.

Carver y yo manteníamos una extraña relación, lo que no facilitaba la tarea de categorizar correctamente momentos como este.

En lugar de responderme, me dio una orden.

—Tienes que vestirme. Vamos a hacer una excursión.

—Es plena noche.

—La mejor hora para ello.

—Carver, realmente no creo que...

Antes de que pudiera protestar más, se levantó de un salto y me arrancó la manta de encima, dejando al descubierto mi cuerpo casi desnudo. En lugar de cubirme, lo miré desafiante. Ojalá mis ojos pudieran lanzar pequeños rayos...

—Vístete. De. Una. Vez.

—Ahora lo dices por otras razones —repliqué, rodando sobre mi estómago y agarrando una almohada para ponérmela sobre la cabeza.

Jefe de la mafia o no, este espécimen podía irse al cuerno. Era plena noche, había pasado todo el día en el parque con Davide y Matteo, y la creciente preocupación por Cézanne ya me había robado todo el sueño durante la primera parte de la noche.

Algo suave aterrizó en mi espalda.

—Vístete.

Seguramente un pantalón de chándal. O una camiseta. Tal vez ambos.

—¿A dónde quieres ir de todos modos? Todo está cerrado.

—Vístete y lo descubrirás.

En lugar de levantarme y hacer lo que me ordenaba, me quedé tumbada. Pero él no se fue. Para mi gran desgracia, podía sentir su presencia con demasiada claridad.

—¿No me vas a dejar en paz con esto, verdad?

—No. —Su gruñido vibró en mis huesos, con lo que estaba definitivamente despierta.

Emití sonidos de protesta mientras me arrastraba fuera de la cama y me ponía más o menos

de buena gana la ropa que me había lanzado. Efectivamente, se trataba de un pantalón de chándal gris y una de mis camisetas ajustadas.

No me molesté en ponerme un sujetador.

Cuando miré a Carver, ya me estaba esperando.

—Por fin. ¿Necesitas algo más?

—¿Otro jefe, quizás? Normalmente, los padres de los niños a los que uno cuida no te sacan de la cama en mitad de la noche. A menos que tal vez... —Dejé la frase intencionadamente incompleta, examinándolo de arriba abajo antes de pasar junto a él y bajar apresuradamente las escaleras.

Carver me siguió con pasos pesados y un humor ligeramente sombrío. Tal vez debería, aunque solo fuera por eso, disfrutar tanto de esta excursión nocturna que nunca más me sacaría de la cama sin preguntar.

El sueño era importante. Especialmente para mí.

CARVER pertenecía a ese tipo de hombre que no quería conversar en el coche ni le daba especial importancia a la música, lo que hacía extremadamente difícil sentirse medianamente cómoda.

Cada vez que tocaba el botón de la radio, me miraba severamente. Se ponía aún más severo cuando empezaba a tararear la melodía en voz baja, y lo peor era en los momentos en que cantaba.

Realmente podía mirar de forma intimidante, como demostró en varias ocasiones.

Cuando nos acercamos a la ciudad, sentí por primera vez una sensación de malestar en el estómago, pero me cuidé de volver a hacer la pregunta que ya había quedado sin respuesta. De todos modos, no me haría el favor.

Solo cuando giramos hacia la calle que me resultaba demasiado familiar, me puse definitivamente inquieta.

—No puedes enviarme a casa. Cézanne quiere que siga trabajando para ella —empecé, sintiendo un poco de pánico ahora que veía la casa en la que había vivido durante tanto tiempo.

—No te estoy llevando a casa, Jeanne —respondió con severidad—. Lo creas o no, poco a poco me he hecho a la idea de que no me voy a librar de ti.

—¿Entonces por qué estamos aquí? —pregunté, ignorando sus palabras comparativamente amables.

—Vas a mostrarme dónde enterraste a tu hermano.

Sus palabras provocaron un zumbido agudo en mis oídos.

—¿Qué? No. No, de ninguna manera.

—No es tu trabajo encubrir mis delitos. Soy adulto, me ocupo de ello yo mismo.

Excepto cuando desaparecía justo después de cometer su delito y me dejaba sola con ello.

—Pero él... está bien enterrado. Nadie lo encontrará. Nunca.

Carver me miró intensamente por encima de la consola central. No iba a ceder.

Lo dejó claro cuando salió del coche, lo rodeó y abrió la puerta para sacarme. Un minuto después estábamos en el oscuro pasillo de mi casa y luego ya en la terraza que daba al jardín.

Carver había encendido la luz, pero no llegaba hasta los rincones más oscuros de la propiedad.

Me sentía como un ciervo encandilado por los faros y me quedé igual de paralizada.

—¿Y bien? —exigió saber Carver—. ¿Está bajo las rosas? ¿O has construido el pabellón

sobre su tumba? ¿Atrás junto a la valla? ¿Donde uno solo esperaría encontrar mascotas muertas? Dame un poco de tiempo, lo adivinaré.

—No lo harás. —Lo miré con los labios apretados.

¿Por qué ahora? Nuestra conversación había sido hace una semana y justo ahora se le ocurría que el cadáver de Gabriel no podía estar aquí?

—Tienes que decírmelo, Jeanne.

Alcé la barbilla. —¿Por qué? El último medio año fue irrelevante. ¿Por qué ahora ya no?

—Porque... quiero patearle la cara antes de que lo dejemos pudriéndose en otro lugar.

—Sus deudas contigo quedaron saldadas con su muerte. Nunca se habló de profanar su cadáver. —Me sentí lista por dirigir estas palabras abiertamente a Carver. Pero en realidad fue estúpido. Tan estúpido.

Porque él avanzó hacia mí en señal de advertencia, tratando de intimidarme con su pura estatura.

—Cuando lo maté, no sabía nada de lo que había hecho. Y no sabía que era un bastardo tan astuto que no encontraría nada de lo que hizo, incluso si pongo a todos mis hombres a buscarlo. Odio tener que admitirlo, pero tu hermano era un genio y por eso tengo que hacerlo sufrir antes de apoderarme de sus pertenencias. Hubiera preferido no tener que molestarte con esto, *ma belle*, pero aquí estamos. Así que dime dónde lo enterraste.

Conmocionada por sus palabras y sus implicaciones, extendí el brazo y señalé hacia el estanque artificial, que no era ni profundo ni particularmente profesional.

—¿Acaso... acaso Cézanne...? —Sentí que mi labio inferior comenzaba a temblar.

—No. Escuché cada palabra con mis propios oídos. Nadie me pidió que me ocupara del problema. Pero lo hice, lo haré de todos modos, aunque no te guste.

Antes de que pudiera bajar corriendo las escaleras hacia el césped, lo retuve del brazo.

—Gracias —susurré sin voz, aún paralizada en mi reacción. Nunca se me habría ocurrido contarle. Menos aún se me habría ocurrido pedir ayuda a alguien.

Mientras su reacción era de violencia cruda y torpe, reconocí algo más en la interacción de nuestro tira y afloja.

Así que lo observé mientras tomaba mi pala del cobertizo y se ponía manos a la obra. Me senté en silencio en los escalones, lo que se sentía casi ridículo.

Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que estaría sentada aquí esta noche, me habría reído de buena gana.

Y sin embargo, ahora estaba observando a un jefe de la mafia cavando en mi jardín para desenterrar el cadáver de mi hermano, al que yo había enterrado allí hace medio año. Después de que dicho jefe de la mafia irrumpiera en mi casa e hiciera que mi hermano tirara los dados para decidir cómo saldaría sus deudas, cabe mencionar.

Tal vez debería molestarme que quisiera desahogar su ira por mi pasado en un cadáver. Quizás debería despreciarlo por ello. Pero cuanto más lo observaba trabajar, más segura me sentía. No en su presencia, sino en mi vida.

Él conocía mi peor secreto, y en lugar de sentir lástima, se había propuesto vengarme. No tuve que pedírselo. No dudó de mi historia.

Carver simplemente había escuchado lo que había pasado y lo que significaba para mí.

Y decidió que ya no eran solo mis demonios, sino su problema, que él resolvería.

El cadáver era solo el comienzo. La comprensión llegó en el momento en que escuché la pala golpear el grueso plástico que había usado para enterrar a mi hermano.

Cuando me puse de pie, ya me había alcanzado el peor olor que jamás había percibido.

A pesar de ello, continué mi camino a través del jardín hacia Carver.

Cuando me vio venir, clavó la pala en el montón de tierra a su lado y me miró interrogante.

La semana pasada me había acorralado y hecho que mis hormonas dieran vueltas. Esta noche me lancé aliviada a sus brazos, porque desde que me había puesto esa maldita funda de almohada sobre la cabeza, toda mi vida se había reorientado.

Torpemente, me rodeó con un brazo, de modo que mis pies colgaban a unos centímetros del suelo, mientras yo no era capaz de soltarlo.

—Normalmente esto no sucede así —se quejó, aunque no de manera muy convincente.

Su aroma, a diferencia del hedor, me llegó seductoramente a la nariz, por lo que me apoyé con las manos en sus hombros para poner un poco de distancia entre nosotros.

—¿Cómo sucede entonces? ¿Hay un plan establecido que aún no me han comunicado?

Su rostro me reveló que se estaba preguntando si hablaba en serio. Me contuve la risa.

—¿Acaso tienes algo como miedo al contacto físico?

—Considerando que te estoy tocando ahora mismo...

—No me refiero a eso, Jeanne —gruñó de inmediato, mientras seguía sosteniéndome—. A un metro de nosotros hay un cadáver que huele peor que el contenedor de basura de una carnicería que estuvo al sol del mediodía a cuarenta y dos grados. Durante cinco días seguidos. Además, sabes que le metí una bala en la cabeza y que está lejos de ser el primero que ha corrido esa suerte. Sin embargo, actúas como si yo fuera...

Aparentemente le faltaba la palabra adecuada.

—¿Un ser humano? ¿Un hombre con principios? ¿Con brújula moral?

—Si te refieres a una brújula cuya esfera está rota y cuya aguja apunta constantemente hacia el sur, entonces sí, tal vez eso. Tengo sangre en mis manos.

—¿Ahora mismo? —Ni siquiera miré hacia abajo.

—En sentido metafórico, y lo sabes muy bien.

—¿Se supone que eso debe preocuparme, Carver? Quiero decir... es muy simple.

Levantó una ceja. —¿Ah sí? ¿Lo es? Entonces por favor, ilumíname.

—Tal vez he estado pensando mucho en ello estos últimos días... —comencé.

—Ajá. ¿Y no has llegado a la conclusión de que tienes instinto de supervivencia?

—No. Sí. Bueno, sí. Pero eso es lo que he estado haciendo constantemente en los últimos años y meses. Sobrevivir. Y tú... tu isla... no podría haberme pasado nada mejor. Conoces mi historia. Pero allí nadie parece conocer mi cara... al menos no parecía que nadie me hubiera reconocido. Además, estoy segura. Simplemente puedo... *vivir*. Y si de repente alguien muere cerca de mí, no es por mi culpa, sino porque tú eres el jefe de la mafia.

No podía competir con esa lógica.

—Y, a lo que iba realmente... sobre tu brújula moral. Sé que adoras tu dado, pero creo que a veces manipulas el resultado para que se ajuste mejor a tus planes. Morirías por tu familia. Matarías al enemigo sin escrúpulos. No veo ningún error ahí, Carver. Quizás esté completamente loca, pero...

De repente me dejó caer al suelo, haciendo que me tambaleara contra él, obligándome a mirarlo desde abajo.

Me resultaba difícil expresar mis pensamientos en palabras coherentes. Solo conocía detalles minúsculos, no el panorama completo. Tal vez estaba equivocada, haciendo el ridículo hasta los huesos.

—No deberías haberte enterado de nada de esto —siseó, como si eso fuera ahora la solución a nuestra conversación.

—Pero me he enterado. ¡Y ahora estoy aquí! Y estás desenterrando a mi maldito hermano. Ya no se puede cambiar nada. Así que será mejor que te acostumbres, Carver, ¡porque no te vas a librar de mí! —Él me alteraba porque en cada conversación sentía que tenía que defender toda mi existencia contra él.

En un gesto posiblemente molesto, empujó la mandíbula hacia adelante. Todavía estábamos tan cerca que podía oír sus dientes deslizándose unos contra otros.

—Eres demasiado terca para mí, Jeanne.

—No soy *para ti* en absoluto.

Me miró divertido. —Demasiado salvaje para mi gusto.

—Todos cometemos errores de gusto alguna vez.

—Demasiado atrevida.

Me obligué a no sonreír con pura fuerza de voluntad. —Si soy demasiado atrevida, quizás tú no seas lo suficientemente creativo.

No sabía qué estaba pasando aquí. Dónde se originaba. Dónde terminaría. Solo sabía que lo percibía en la tensión del aire que nos rodeaba. Lo sentía en mi necesidad de acercarme más a él.

Pero no lo hice. Me quedé en mi posición, mirándolo desafiante desde abajo y preguntándome si lo haría él, porque yo no me atrevería a dar ese paso.

Tal vez era atrevida, pero seguro que no tenía ganas de morir.

—Estás jugando con mi cabeza. —Era una declaración tan simple, pero saliendo de su boca con un gruñido sonaba cargada de significado.

—No estoy haciendo absolutamente nada.

—¿Entonces quieres decirme que no sientes la atracción?

Incliné la cabeza, interrogante. —¿Quieres elaborar eso para mí, Carver? Para que entienda a qué te refieres.

Fue mucho más rápido de lo que esperaba. Su mano se disparó hacia adelante y se cerró alrededor de mi cintura. Al momento siguiente se cernía sobre mí, antes de que aterrizáramos en la suciedad. La tierra blanda se adaptó a la forma de mi cuerpo y sentí la lona de plástico en mi pierna, pero mis ojos estaban fijos solo en él.

Todavía parecía estar luchando consigo mismo y en realidad quería dejarlo librar esta batalla solo, pero no pude evitar hundir mi mano en su camisa contra su pecho, para al menos poder agarrarme a algo.

Su mirada siguió mi brazo hasta mi mano, y luego, sin más advertencia, dejó caer todo su peso sobre mí, con una mano apoyada en el barro junto a mi cabeza, mientras la otra se deslizaba hacia un lado de mi nuca.

Mi boca se sentía seca. Debería haber miles de pensamientos corriendo por mi cabeza, pero al final solo había uno que sonaba como un suplicante *Carver* que nunca habría dejado escapar de mis labios. No ahora.

Cuando su boca descendió sobre la mía, no fue un beso suave. Su lengua se abrió paso entre mis labios hacia mi boca. Aunque estaba completamente vestida, nunca me había sentido tan desnuda como en ese segundo.

Mi aliento se encontró con el suyo cuando finalmente recobré el sentido y devolví el beso con la misma intensidad. Me presioné hacia arriba contra él, soltando mi mano de la tela y agarrando en su lugar su abundante cabello para evitar que se apartara de mí.

Tomé posesión de su boca, mientras mi corazón palpitante proporcionaba el fondo musical y mi cuerpo se calentaba rápidamente.

—Esta atracción —suspiró contra mis labios antes de besarme inmediatamente de nuevo.

Varias capas de ropa nos separaban, y aun así podía sentirlo. El calor que irradiaba, los músculos de acero de su espalda que podía sentir trabajando bajo mis dedos. Su pulgar deslizándose por mi nuca. Su torso presionando contra el mío. Debería sentirme como si me estuvieran aplastando, en cambio disfrutaba de todo su peso sobre mí. También podía sentir su excitación, que mi cuerpo me comunicaba de otra manera igual de clara.

El sabor de su boca se extendió por mi lengua y me pregunté cómo sería saborear mi placer allí.

En mis pensamientos ya habíamos hecho esto antes, pero ninguna de mis fantasías podía compararse con la realidad. Besar a un hombre como él, sentirlo, hacía que mi sangre hirviera. Casi cantaba una canción —*su canción*— que se extendía con un hormigueo por mi piel, nublaba mis sentidos y terminaba con un deseo que me habría ganado un billete directo al infierno si me atreviera a expresarlo en voz alta.

Nuestra apasionada burbuja estalló cuando él se apartó bruscamente de mí y se puso de pie tambaleándose.

Carver me miró como si yo fuera la que hubiera perdido la cabeza.

—No vamos a hacer esto. No así. No al lado del hombre que ya te ha quitado tanto... me niego a caer en la misma categoría que ese cerdo.

Desconcertada, parpadeé hacia arriba, dejé caer la cabeza en la suciedad y miré fijamente el cielo nocturno.

Busqué dentro de mí la fuerza para explicarle que nunca sería como Gabriel, pero no la encontré.

En su lugar, me encontré con una fuente inagotable de deseo por Carver. Lo quería. No solo este beso, no. Quería arrancarle la ropa del cuerpo y que su mirada ardiente recorriera impaciente la mía mientras yo también me desnudaba. Quería trepar a su regazo y hundirme en su polla para cabalgarlo hasta que mi cuerpo se negara a funcionar y mi cerebro se convirtiera en un charco gris.

Dios mío, un beso de segundos con Carver y ya podía sentir mis bragas pegadas a mí, húmedas.

Ahí estaba él. Y se negaba a follarme en el barro, aunque era obviamente justo lo que ambos queríamos en ese momento.

Extendí la mano y él la agarró para ponerme de pie. —Será mejor que te vayas ahora —me indicó. Su voz áspera dejó la piel de gallina en mis brazos y provocó un escalofrío placentero que recorrió mi espalda.

Reacción equivocada si realmente quería echarme.

—¿Y debo fingir también que esto nunca sucedió? —pregunté, con un tono provocador.

Con la boca ligeramente abierta, observé cómo sacaba su estúpido cubo, lo lanzaba al aire, lo atrapaba y lo miraba fijamente.

—Sí. Eso nunca sucedió.

Resoplé. —¿Siempre haces esto, Carver? Me refiero a dejar a las mujeres empapadas con un beso más caliente que cualquier escena de sexo que se haya visto en una pantalla de cine.

—Eso no fue nada.

—Para mí sí lo fue. *Nada* no hace que sienta los latidos de mi corazón entre mis piernas.

Carver me miró como si quisiera matarme. Maravilloso, entonces podría envolverme en la lona de plástico que ya estaba preparada.

—Buena táctica. Excitar a las mujeres, luego despedirlas y... no sé. Quizás te masturbes con el cadáver más tarde, cuando me haya ido. Al menos dame las llaves del coche para no tener que

lidar también con un taxi. —Para mi sorpresa, me lanzó las llaves sin comentarios. Antes de dejarlo allí, lo miré una vez más con todo el desprecio que sentía por él en ese momento—. La próxima vez que me beses, asegúrate de estar seguro.

La próxima vez. Como si estuviera tan segura de que esto terminaría en algo más que mi despido inmediato.

Observe cómo se marchaba Jeanne y me convencí de que era lo mejor. No quería aprovecharme de ella, ni podía permitirme el lujo de mostrarme débil. Verdaderamente débil. Porque esto solo había sido el comienzo y todo lo que hubiera seguido habría sellado definitivamente mi perdición.

Que llevara más de una semana engañándome a mí mismo y siguiera aferrándome a la idea de que lograría no perderme en ella, lo ignoré por completo.

Solo cuando escuché el rugido del motor de mi coche y Jeanne se perdió en la noche, me di la vuelta. Mi mirada se posó en la huella que habíamos dejado en la tierra fresca, así que, en un impulso reflejo, pateé la tierra del montón sobre el lugar hasta que no quedó nada a la vista.

Luego aparté el plástico y me enfrenté a un cuerpo que llevaba meses pudriéndose. A estas alturas era irreconocible, flotando en su propio caldo. La piel se había desprendido del hueso como en un trozo de carne bien asada. Incluso a la luz de la luna se podía distinguir el color antinatural, y el esqueleto que asomaba una y otra vez entre la carne, los músculos y los tendones.

La noche de hoy no había salido como yo había planeado.

Sacarla de su cama había sido un impulso egoísta e insensible, después de que Seven me dijera que no avanzaban y que poco a poco se habían agotado todas las opciones, excepto la más obvia de todas.

Así que fui a buscarla, y en lugar de expresar lo que necesitaba de ella, se convirtió en una noche de la que solo debería arrepentirme.

A diferencia de ella, yo disponía de toda la información necesaria para tomar una decisión informada. Ella... simplemente se dejaba llevar por la atracción que, sin duda alguna, existía entre nosotros.

Desde la noche en que la había visitado para matar a su hermano.

Esa atracción no debería existir. No debería estar ahí cuando me había esforzado toda mi vida por no caer en el truco más viejo de la humanidad.

Para mí, el amor significaba inevitablemente la muerte, y aunque se podría argumentar que solo eran las palabras de un astrólogo arrugado, viejo y hace mucho fallecido, difícilmente se podía negar que todas las demás profecías que esta familia había recibido se habían hecho realidad tarde o temprano.

Todas.

No se había equivocado ni una sola vez.

Así que tenía que mantenerme alejado de Jeanne, aunque ella representara una tentación sin precedentes y me desafiara constantemente. En todos los niveles. Mi paciencia, porque sabía manejar su boca como una espada afilada. Mi autocontrol, porque ya la había deseado debajo de

mí antes de haber disfrutado de sus dulces labios. Era un maldito sacrilegio apartarla de mí y no tomar lo que me ofrecía voluntariamente. Si había algo innegable, era que ambos lo deseábamos por igual.

Tal vez mis palabras la mantuvieran a distancia por un tiempo, pero las suyas se habían clavado mucho más profundamente en mi conciencia, hasta el punto de que oía en la distancia el suave tictac de un reloj que corría sin parar.

¿Qué pasaría al final?

¿Estaría seguro y cedería? ¿O lograría escapar de la profecía y evitar así algo que en realidad estaba firmemente anclado en los anales del tiempo?

Mi atención volvió al desagradable cadáver a mis pies. Me habría encantado darle la patada que llevaba todo este tiempo imaginando, pero eso arruinaría definitivamente mis caros zapatos.

Así que agarré la pala, la levanté y empecé a dividir su brazo en tres partes más pequeñas. El crujido cuando sus huesos cedieron bajo mi pura presión recordaba a una rama en el bosque que simplemente se partía por la mitad bajo demasiado peso.

Hasta el hombro fue un asunto relativamente fácil, así que me dediqué con la misma determinación al otro lado. Después me ocupé de sus pies.

Su cabeza fue la última parte del cuerpo que sucumbiría fácilmente a la pala. Todo lo demás requeriría equipos más grandes, por lo que ya había informado a Claude de que sus servicios serían necesarios.

Saqué mi smartphone, le envié una foto del cadáver parcialmente despedazado y me volví hacia la casa.

Con el cadáver de Gabriel había podido controlarme después de su comentario, pero mi trabajo aquí estaba lejos de terminar.

Al entrar en la casa, sentí cómo la ira volvía a crecer en mí. Había visto tantas cosas, y sin embargo nada se acercaba a lo que Jeanne había contado.

El tráfico de personas no me era desconocido, ni tampoco la crueldad que había detrás. Conocía los asesinatos, los inocentes y los niños que se despertaban en un mundo en el que ya no tenían padres. No cerraba los ojos ante las numerosas muertes por drogas o las personas que preferían suicidarse antes que enfrentarse a sus deudas con la mafia. Torturaba, mataba, despojaba a la gente hasta que no les quedaba ni siquiera su dignidad, pero nada de eso ocurría con la misma vileza que lo que Gabriel le había hecho a su hermana durante años.

Y para hacerle daño, para destruir completamente su vida, ni siquiera había tenido que tocarla. No, había sido suficiente con que traicionara cualquier confianza entre ellos de una manera que incluso para alguien como yo se consideraba alta traición, y justificaba más que la muerte.

¿Cuán desesperada debió haber estado en secreto todos estos años si ahora era capaz de sentirse protegida conmigo? ¿De confiar en mí, casi ciegamente?

Me daba las gracias.

Precisamente a mí.

Agarré el primer cajón de la cocina y lo arranqué de sus rieles, solo para arrojarlo al otro lado de la habitación. Todos los demás cajones siguieron el mismo camino antes de que me dedicara a las puertas de los armarios y, finalmente, simplemente arrancara los armarios de las paredes. El papel tapiz se adhería a ellos, el yeso llovía al suelo, pero simplemente no era suficiente para expresar lo que estaba pasando dentro de mí.

En cuestión de minutos, arrasé la cocina por completo. Si hubiera podido hacerlo con las manos desnudas, habría arrancado los azulejos de las paredes y los habría levantado del suelo,

solo para que la destrucción no se detuviera ante nada.

No me quedé solo en la cocina.

En la sala de estar, comencé arrancando la alfombra que no estaba allí la última vez. No me sorprendió encontrar debajo un charco de sangre seca que se había filtrado en el piso de madera. La sangre seguía siendo uno de los fluidos corporales más persistentes... y Jeanne seguía siendo un misterio para mí.

Los dos sillones se estrellaron contra la pared y cuando puse mis manos en el atizador de la chimenea, también fue el fin del sofá.

Me sentí enfermo al pensar que Gabriel había transmitido en vivo por Internet cada habitación de aquí, para beneficiarse de su hermana y su vida cotidiana.

Ella nunca pudo escapar de él, sin importar cuántas veces se hubiera estirado hacia la libertad. No, había tenido que esperar a que un criminal la liberara de su miseria.

Los nuevos agujeros en la pared eran realmente un bonito accesorio, tan bonito como toda la porcelana en el baño que cedió demasiado rápido a mi ira.

El polvo y los escombros se extendían por toda la planta baja antes de que siquiera llegara a las escaleras.

Arriba solo había cuatro habitaciones, una de ellas era un baño y la otra el dormitorio de Jeanne. No se necesitaba un título de maestría para reconocer la habitación de Gabriel.

La cerradura adicional me dijo todo lo que necesitaba saber. Aun así, dejé esta habitación para el final, desatando mi furia primero en el baño y luego en la otra habitación.

El dormitorio de Jeanne quedó intacto, pero destrocé la puerta de las habitaciones de su hermano con mi atizador en miles de pedazos pequeños hasta que pude entrar sin esfuerzo.

El estado de la habitación me reveló que ella no había estado aquí desde su fallecimiento. Había localizado y arrancado todas las cámaras en la casa, pero aparentemente no había entrado en esta habitación.

Me pregunté por qué. ¿O había sido *ella* quien puso el candado?

La puerta no me pareció un verdadero obstáculo.

Y después de una semana de intensa investigación, también sabía que la clave de todas mis preguntas se ocultaba en la computadora que estaba cubierta de polvo en un rincón de la habitación. Justo al lado había una laptop y un smartphone.

No me hice ilusiones de que hubiera dejado todo esto sin protección de contraseña, así que ordené cuidadosamente los aparatos electrónicos en el pasillo para llevarlos más tarde, antes de volver a dedicarme a mi misión original de destrucción, que en esta habitación se llevó a cabo con mucho más detalle.

La cama fue mi primera víctima. No solo destrocé la ropa de cama y el colchón, sino que arranqué cada listón del somier hasta que hice colapsar el marco con dos patadas precisas. ¿Cuadros en la pared? Cristales rotos en el suelo. ¿Su mesita de noche? Solo un montón de basura. Que no le prendiera fuego y bailara sobre él fue todo.

Aunque estaba atrapado en mi ira, no me pasaron desapercibidos los pasos crujientes en la escalera hacia el piso superior. Pero antes de que mis instintos se alarmaran, identifiqué al intruso como Claude.

—Como si hubiera explotado una bomba —constató tan pronto como se apoyó en el marco de la puerta detrás de mí.

Miré a mi alrededor, luego hacia mis manos ensangrentadas, donde la suciedad se mezclaba con los resultados de mi arduo trabajo.

Mi ira había sido fría. Precisa. Un poco mecánica, porque desde el principio había sabido lo

que sucedería tan pronto como entrara en esta casa.

—Dime que tú no habrías hecho lo mismo.

—Aunque no soy el punto de referencia aquí, yo habría arrasado toda la casa con un mazo... y lo habría hecho en el segundo en que hubiera escuchado la primera palabra al respecto de su boca.

Un mazo... ¿por qué no había traído uno? Con un gruñido, confirmé sus palabras.

—¿Cómo piensas explicárselo?

—No volverá aquí por ahora.

—¿Porque últimamente puedes controlar tan bien lo que hace?

Lo miré con los ojos entrecerrados. Claude debería estar de mi lado, no apoyar las escapadas de Jeanne que ponían a prueba mis nervios.

Ignoré deliberadamente su comentario. —Contrataré a una empresa para que realice una rehabilitación y renovación. Para que no quede nada en esta casa que pueda recordarle a su hermano.

Él asintió. —¿Y el cadáver...?

—Como de costumbre.

—Claro. ¿Sabes que normalmente no están medio descompuestos y no apestan tan bestialmente?

—¿Por fin hemos encontrado algo que es demasiado para ti, Claude?

—Sigue soñando. Solo me estoy quejando de las nuevas condiciones de trabajo.

—Si te hubieras llevado el cadáver directamente... —Por supuesto, era consciente de que esto no había sido idea suya, sino mía, porque después de que su hermano murió y Jeanne gritó, surgió en mí el extraño deseo de consolarla.

Y eso, en toda su nueva existencia, había sido razón suficiente para desaparecer inmediatamente.

—Ocupate del cerdo y luego lleva toda la tecnología a nuestra gente. Con eso finalmente deberían ser capaces de hacer algo.

—¿Y tú?

Hice un gesto de despedida antes de pasar junto a él y entrar en la habitación que había evitado hasta ahora. La puerta se cerró detrás de mí y tan pronto como inhalé por primera vez, no me quedó más remedio que cerrar los ojos.

El aroma de Jeanne no solo envolvió mi sentido del olfato, lo infiltró literalmente. No solo eso. Tan pronto como abrí los ojos de nuevo, la vi en todas partes.

Cómo se sentaba frente al espejo y se arreglaba. Cómo se paraba frente a su armario y consideraba qué atuendo debería usar hoy. Cómo yacía en el suelo frente al tocadiscos y flotaba en otros mundos con los ojos cerrados, o también, cómo se sentaba con las piernas cruzadas en su cama y me miraba tan intensamente con sus grandes ojos claros que por un momento creí que era real y no solo un producto de mi imaginación.

Había arrasado por cada habitación de la casa y en ninguna la había sentido más que en esta. Esta llevaba su sello, y recordaba exactamente cómo se había sentido entrar en su dormitorio por primera vez.

Cómo había sospechado de inmediato que algo era diferente de lo habitual y mi mirada hacia su cama me lo confirmó.

También esta vez me sorprendí estudiando los lomos de los libros que se apilaban en su mesita de noche. En aquel entonces me había tomado demasiado tiempo. Probablemente habría sido más si Gabriel no se hubiera contenido y hubiera gritado una advertencia tardía a su

hermana, aunque Seven ya lo estaba amenazando con un arma en ese momento.

Me preguntaba si el sol dibujaba manchas de luz en su cama por las mañanas y si a veces se despertaba sintiéndose como una persona normal, o si el miedo era su compañero constante.

El recuerdo de nuestro beso me golpeó de nuevo con toda su fuerza y, una vez más, no falló en proporcionarme una de las erecciones más duras que jamás había tenido en cuestión de segundos. La lujuria regresó, al igual que el deseo por ella.

Ni siquiera solo por su cuerpo, sino simplemente por su maldita presencia.

Si ella estuviera acostada justo ahora en la cama frente a mí, me satisfaría más que suficiente simplemente acostarme a su lado y disfrutar el momento.

A pesar de todo, eso era algo que no me permitiría, por lo que saqué mi smartphone del bolsillo de mi pantalón y le escribí un mensaje a Cézanne.

No sucedía a menudo, pero esta noche necesitaba una válvula de escape para liberar lo que se había acumulado cada vez más en presencia de Jeanne.

A pesar de la hora, recibí mi respuesta en cuestión de minutos y con eso era libre de hacer lo que fuera necesario para olvidar a Jeanne.

Para mí, el sexo no era más que una transacción. Pagaba con dinero por un servicio que satisfacía mis necesidades físicas.

Mientras que Cézanne había mantenido relaciones con mujeres a lo largo de nuestro matrimonio, mi enfoque principal siempre había sido el trabajo. En los momentos en que sentía la necesidad, mi primer pensamiento siempre era informarle. Así que se había convertido en un código tácito informar a Cézanne de antemano, esperar su consentimiento y luego hacer lo que fuera necesario.

Para algunos habría sido un acuerdo extraño, pero en el contexto de nuestro matrimonio, se ajustaba a nuestra normalidad.

La discreción era primordial, por lo que nunca iba a burdeles, sino que siempre recurría a una agencia de escorts de alto nivel y me encontraba con alguna de las damas en un hotel donde podía registrarme anónimamente.

De cara al exterior, el matrimonio entre Cézanne y yo era como cualquier otro, y esta imagen sólida debía mantenerse, aunque los detalles no fueran tan clásicos como a algunos les hubiera gustado.

A la mujer que me esperaba en la habitación del hotel la vería por primera y, sobre todo, por última vez.

Estaba seguro de que me dijo su nombre al principio, pero lo ignoré, sin prestar atención a ese u otros detalles menores.

Ni siquiera le di mi nombre, aunque seguramente lo conocía.

—¿Tienes algún deseo en particular? —su voz llegó hasta mí. Ya estaba frente a mí, con las manos en mi camisa.

No sentía nada. No como antes, cuando el toque de otra mujer había hecho que el fuego puro corriera por mis venas.

—Solo sexo.

La diferencia entre ella y Jeanne no me pasó desapercibida, pues a esta mujer sin duda la usaría simplemente. No la besaría ni la amaría, sino que simplemente la follaría y liberaría mi frustración acumulada, sin preocuparme si le gustaba o si lo disfrutaba, y luego la dejaría sola con su dinero y me iría a casa, con la esperanza de poder pensar con claridad después, sin estar constantemente distraído por el recuerdo del beso con Jeanne.

Hablando de besos.

En ese momento, la escort intentaba alzarse para alcanzar mi boca. Agarré sus hombros y la empujé hacia abajo, para que ya no estuviera de puntillas.

—Nada de besos —le ordené bruscamente. Pero no porque normalmente fuera un tabú para mí, sino porque... Cerré el puño. Probablemente me lo estaba imaginando, pero el sabor de

Jeanne en mi lengua desaparecería tan pronto como esta otra mujer metiera su lengua en mi boca, y eso era algo que no podía arriesgarme a perder.

—¿Pero una mamada está bien? —preguntó molesta. Al parecer, a diferencia de mí, ella estaba más que dispuesta a besarse apasionadamente.

—Puedes intentarlo. —Y si no me gustaba, simplemente agarraría su cabeza, follaría su boca y me aseguraría de que esta diversión no durara más de lo estrictamente necesario.

Así que se arrodilló frente a mí, jugueteó con el cinturón de mis pantalones y finalmente los dejó caer al suelo. Cuando llegó a mis bóxers, ya estaba medio erecto, y solo porque recordé nuevamente el beso con Jeanne.

Sin más preámbulos ni esfuerzos por hacer esto más agradable para ambos, me puso un condón y acto seguido cerró los labios alrededor de mi polla. Comenzó a jugar con su lengua.

Así que le agarré el pelo y me gané una mirada de enojo. ¿Demasiado brusco? Normalmente no tenía este tipo de problemas con las damas de la agencia de escorts, pero normalmente tampoco existía en mi mente la imagen de otra mujer a la que hubiera preferido tener mucho más.

Y aunque la deseaba tanto, seguí optando por interponerme en mi propio camino. Activamente.

Exhalé ruidosamente y cerré los ojos para no tener que presenciar este triste espectáculo. Esto era culpa mía; no hace mucho tiempo había sentido la imperiosa necesidad de hundir mi polla en una mujer.

Ahora moría ante mis ojos, porque no era la mujer que originalmente había deseado.

Para ahorrarme la vergüenza, agarré la cabeza de la escort y comencé a deslizar mi erección sobre sus labios antes de empujarla más profundamente en su boca, formándose un vacío que al menos se sentía como si ayudara.

Mentalmente, me dejé llevar. Unos ojos verde claro me miraban desde abajo. Antes de que su boca siquiera se acercara a mi polla, agarré su cabello rubio y suave en mi puño y observé con impaciencia cómo me provocaba.

Lo sentí porque sus labios se deslizaron sobre mi hueso de la cadera antes de morder suavemente, solo para ignorar cómo mi erección saltaba ansiosamente hacia ella.

No era solo anticipación lo que se acumulaba en mí, sino también impaciencia. Expectativa... la pregunta de cómo se sentiría su cálida boca y qué haría con su lengua si le diera rienda suelta.

Con los ojos aún cerrados, liberé mi polla de la boca de la mujer frente a mí y me dejé caer en la cama. Sin que tuviera que pedírselo, ella se subió a mi regazo. Agarró mi erección, pareció ponerse en posición y al momento siguiente se hundió en mi regazo, yo tan profundo dentro de ella que inhaló bruscamente por la sorpresa.

En lugar de ayudarla, me apoyé con las manos detrás de mí en la cama y eché la cabeza hacia atrás. No quería ver cómo *ella* me cabalgaba, sino imaginar cómo lo hacía Jeanne, moviendo sus caderas con mucha más pasión y determinación.

Uno pensaría que el objetivo de la escort sería llevarme rápidamente al orgasmo, pero Jeanne hacía un trabajo mucho mejor dentro de mi fantasía mental. Estaba prácticamente obsesionada con ganar esta batalla, demostrándome que mi resistencia no era infinita y que solo necesitaba unos cuantos movimientos hábiles para arrebatarme mi autocontrol.

Y joder, tenía tanta razón.

Inhalé, creyendo percibir su aroma seductor, pero era solo el perfume intencionadamente fuerte de la escort, en quien acababa de correrme de manera poco espectacular.

Se bajó de mí, lo que me dio la oportunidad de incorporarme y volver al aquí y ahora. Agarré un pañuelo, me quité el condón y tiré ambos a la basura antes de entregarle el pago.

Me miró seriamente. —No me vuelvas a contratar si ni siquiera eres capaz de mirarme mientras lo hacemos.

—No tenía intención de hacerlo —respondí con un gruñido.

No solo porque nunca me acostaba dos veces con la misma mujer, sino también porque este encuentro acababa de clavar el último clavo en mi ataúd.

Bajo la luz de la luna, la iglesia era aún más impresionante que durante el día. Se alzaba intimidante hacia el cielo. Sus vidrieras, en medio de toda esa oscuridad, parecían una enorme garganta esperando para devorarte. Detrás de ellas parpadeaban velas, y al final fue precisamente eso lo que me impulsó a empujar la gran puerta de madera sin cerrar y entrar.

Decir que esta noche me había perturbado sería quedarse corto. Si la miraba sin el filtro rosa, me había destrozado. En tantos niveles.

Mis dedos temblaban cuando alcancé el altar, donde ardían incontables velas. Cogí una nueva y una cerilla, la coloqué al borde del altar y finalmente la encendí.

Pensé en Gabriel. En el olor a cadáver que se aferraba a mi ropa. En todas las otras personas de mi vida que ya habían muerto. Y en lo mucho que me había dolido el rechazo de Carver.

Cézanne había hecho que acercarme a su marido fuera mi trabajo. Pero ese plan original se había esfumado más rápido de lo que pude parpadear. Carver me atraía de una manera que no debería existir.

Y hoy, sin duda, me había quemado los dedos con él.

No era de extrañar. Mis experiencias con hombres se limitaban a encuentros furtivos de una noche. Tomaba lo que necesitaba y luego desaparecía como un fantasma. No solo porque no quería arriesgarme a que estos hombres ya conocieran mi cara, ni saberlo, sino también porque Gabriel nunca habría tolerado una relación real, al menos no con un hombre de mi elección, ya que eso habría significado que su bonito castillo de naipes se habría derrumbado tarde o temprano.

Las velas se volvieron borrosas ante mis ojos. Cuanto más tiempo miraba la luz parpadeante y brillante, peor se ponía. Carver había despertado el deseo en mí. Existía desde la noche en que nos encontramos por primera vez.

Y esta noche había echado gasolina a las llamas, pero no había estado dispuesto a ocuparse del fuego ardiente que había surgido de ellas.

Cerré el puño y me di la vuelta. Grité asustada cuando distinguí la figura del sacerdote.

Estaba a menos de dos metros detrás de mí, y ni siquiera me había dado cuenta de su presencia.

Lo miré conmocionada. —¿Quería que muriera de un infarto? —le reproché de inmediato.

No pasé por alto la sensación de malestar en mi estómago.

—Una hora extraña para venir a una iglesia. ¿No crees, Jeanne?

—¿Cómo sabe...?

Dio un paso hacia mí para tenderme la mano. —Soy Rémi. El hermano de Carver.

Perpleja, cogí su mano. La desconfianza se mezcló con la sorpresa. —Él no me habló de ningún hermano.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Rémi. Al mismo tiempo, sentí la creciente piel de gallina en mis brazos. —Nunca lo hace. ¿Y qué te trae a estos sagrados pasillos? ¿A esta hora?

No podía quitarme la sensación de que la información que me había dado antes debería haber generado confianza entre nosotros. Sin embargo, por alguna razón, ocurrió lo contrario y sentí la urgente necesidad de desaparecer de allí.

—En realidad, ya me iba. Tengo que... preparar el desayuno para los niños en unas horas.

Rápidamente me apresuré a pasar junto a él, pero solo llegué unos metros antes de que su voz cortara de nuevo el silencio de la iglesia.

—Es por él, ¿verdad? Me refiero a Carver.

—Aunque seas su hermano, eso no es asunto tuyo, ¿no? —Me tomé un momento para examinarlo más de cerca. Admito que tenía un parecido casi espeluznante con Carver. Pero hacia Rémi no sentía más que aversión, y ni siquiera podía justificarla racionalmente.

De nuevo me miró con esa sonrisa que inmediatamente me provocó un escalofrío helado. — Sé cómo puede ser mi hermano. Y estoy más que dispuesto a darte lo que él te niega.

Abrí la boca y la volví a cerrar. —¿Perdón?

Entonces se me escapó una risa incrédula. No acababa de decir eso realmente. ¿O sí?

—Voy a achacarlo a la hora y asumir que he oído mal —logré decir—. No vuelvas a decir algo así, o...

—¿O qué?

No había oído mal. Lo que significaba que Carver o había hablado con su hermano sobre la situación conmigo, o...

—Se lo contaré a Carver. Estoy segura de que no le entusiasma que alguien acose sexualmente a su niñera.

Antes de que pudiera decirme algo más, salí corriendo de la iglesia. Se sentía mal darle la espalda y aun así me apresuré a alejarme. Lejos, muy lejos. No aminoré el paso hasta que llegué al callejón familiar que conducía a la única casa de la isla que era vigilada por personal de seguridad día y noche.

Seven estaba de pie frente a la puerta y me miró con curiosidad.

—¿Dónde está el jefe?

—Todavía ocupándose del cadáver de mi hermano, supongo. —Durante unos segundos, miré a Seven pensativa.

Podría subir ahora, olvidar el encuentro con el sacerdote y ocuparme yo misma de mi orgasmo, para el que Carver me había dado la mejor preparación posible. *Podría* hacer eso.

Antes de que Seven pudiera responderme, ya continué. —Lo que pasó esta noche fue algo muy perturbador.

—Lo siento mucho. ¿Puedo hacer algo por ti? Estoy seguro de que Cézanne tiene té de lavanda en algún lugar. Podría prepararte uno. Si quieres hablar...

Evidentemente, Seven era un hombre de buen corazón. Peligroso, pero de buen corazón.

—Para ser honesta, no quiero hablar.

—Está bien. Podemos guardar silencio mientras te preparo el té.

—Seven —solté—. Eso no es lo que te estoy pidiendo ahora.

—Oh. —Hubo un momento de silencio—. Oh. Oh, no. No, eso está fuera de cuestión. No puedo hacer eso. No solo me costaría mi trabajo, sino también mi vida. No tocamos lo que pertenece al jefe. Ni siquiera su coche. Así que... No. Eh. Gracias. Por el cumplido de haberme considerado, quiero decir.

Sin rodeos, me abrió la puerta principal y la mantuvo abierta para que pudiera entrar.

Lo miré perpleja. —¿Lo que pertenece al jefe? —repetí—. Yo no le pertenezco a Carver. No le pertenezco a nadie. Tampoco es como si él me estuviera follando.

—Lo siento, mademoiselle de la Croix, realmente no es posible.

Mademoiselle de la Croix.

Así de rápido cambiaban las relaciones interpersonales. Con las cejas levantadas, pasé junto a él.

En realidad, quería desaparecer inmediatamente escaleras arriba, pero cuando noté que había luz en la cocina, inevitablemente me di cuenta de que Cézanne había escuchado al menos parte de la conversación entre Seven y yo.

Me esperaba en la cocina.

Con té.

Envuelta en un kimono de seda.

Su largo cabello oscuro caía en ondas sueltas sobre sus hombros, y no pude evitar notar que parecía un poco divertida.

Antes de que me sentara, me empujó la taza. —Realmente tengo curiosidad por saber qué pasó esta noche.

Me miró expectante y de repente me sentí como si me estuviera reuniendo con Claire para chismorrear sobre el último cotilleo.

Notablemente más relajada que antes, me dejé caer en la silla, agarré el té y puse los ojos en blanco. —No te lo puedes imaginar, Anne —empecé—. Tu marido me sacó de la cama hace un rato para que le mostrara dónde enterré el cadáver de mi hermano. Bueno. De alguna manera nos besamos... solo para que inmediatamente después me diera calabazas. Ahora estoy herida, caliente y me pregunto dónde diablos he aterrizado.

Me miró con un brillo en los ojos. —Tal vez me escribió hace un rato.

—¿Tal vez? —Levanté una ceja—. ¿Ya te ha contado todo esto?

—No. Guarda silencio como una tumba. Pero... yo diría que le estás calando hondo.

Tomé un gran sorbo de té, con la esperanza de que calmara mis nervios. Desafortunadamente, el efecto deseado no se produjo.

—Calar hondo a Carver obviamente no es suficiente para sacarle más que un beso.

—Dale tiempo. Solo ha tenido medio año para acostumbrarse a la idea de que ahí fuera hay alguien que podría calentar su frío corazón.

Miré a Cézanne sorprendida. —¿Qué?

—Cuando llegué a casa la noche que mató a tu hermano, estaba... diferente a lo habitual. Así que me puse a averiguar a qué se podía deber. Y después de verte, supe cuál era la razón. Él no lo sabe. Y creo que a ti no te molesta.

No de la manera que debería. ¿Qué era una no-coincidencia más o menos?

—¿Ahora también quieres decirme cómo va a seguir esto en el futuro? Le dije que no me volviera a besar hasta que estuviera seguro de lo que quería.

Sonriendo, Cézanne tomó un sorbo de su té. Obviamente no solo se sentía como si fuera una de las Nornas, sino que también actuaba como tal. La pregunta era cuál prefería ser.

—No puedo decirte qué hará a continuación, pero puedo decirte que no deberías rendirte. —Después de esta declaración, seguimos hablando durante un buen rato hasta que me di cuenta de dos cosas: el cielo ya se estaba volviendo gris y la puerta principal acababa de abrirse.

Segundos después, Carver entró en la cocina y cuando nos vio sentadas en la isla, sus ojos se agrandaron. No solo yo le sonreí dulcemente, sino también Cézanne.

—¿Debo preocuparme de que ahora haya un consejo de mujeres en mi casa?

—Tal vez solo deberías preocuparte de que nos llevemos tan bien —respondió Cézanne, mientras mi mirada se quedaba fija en la cremallera de los pantalones de Carver.

—¿Eso es lápiz labial?

Tres pares de ojos se posaron simultáneamente en su entrepierna, mientras él frotaba la tela con el dedo como si no fuera exactamente lo que acababa de nombrar.

—¿Doble moral? Esto es realmente un desarrollo interesante —dije en voz alta, aunque mis pensamientos solo giraban en torno al hecho de que le había pasado lo mismo que a mí.

No podía negarlo.

Solo que Carver obviamente había tenido éxito, a diferencia de mí.

—¿Doble moral? ¿De qué estás hablando? —Su mirada se deslizó de mí a Cézanne, quien se encogió de hombros inocentemente.

—Quería que Seven terminara lo que tú empezaste. Pero adivina qué. Él no toca nada que pertenezca a su jefe. —Ojalá pudiera leer sus pensamientos en ese momento, porque sus facciones estaban tan petrificadas que no pude detectar la más mínima reacción emocional en ellas.

—No es que yo haya ordenado tal cosa —dijo finalmente, lo que me hizo aplaudir con entusiasmo.

—Entonces puedes decirle que no tiene que preocuparse. Si de todos modos no te importa. —Lo miré directamente a los ojos, desafiante.

Quería que me contradijera. Que dejara claro que no le era indiferente.

Con lo que no contaba era con la sonrisa diabólica antes de que se diera la vuelta y llamara a Seven.

Cézanne observaba el espectáculo tan fascinada como yo, porque cuando Seven se paró junto a Carver y miró interrogante a su alrededor, todo se volvió aún más extraño.

—Llévala a la cama, Seven, si eso es lo que tanto desea.

Me quedé mirando a Carver con la boca abierta. Él sabía exactamente lo que yo deseaba. Y no era Seven.

Seven era solo un medio para un fin, así como él aparentemente había encontrado uno para deshacerse de su propia frustración sexual.

Con una mirada significativa a Cézanne, me levanté. Carver y yo ahora estábamos jugando en un nivel donde el premio era tan alto como el riesgo, y ciertamente no me iba a rendir.

—Si realmente no te molesta, Carver... ¿quizás quieras mirar también?

Con los brazos cruzados, negó lentamente con la cabeza. —Ya he tenido suficiente diversión por hoy.

Mi mirada volvió a caer sobre su entrepierna. —Debió haber sido muy divertido si todo el lápiz labial está en la tela, en lugar de en tus huevos. Sin mencionar el cuestionable color.

Oí a Cézanne resoplar. Seven me miró conmocionado cuando hundí mis dedos en su camisa y lo arrastré conmigo fuera de la cocina.

Follar con el permiso del jefe. Si eso no iba a ser entretenido.

—No creo que sea una buena idea —comenzó, pero lo seguí arrastrando con determinación.

No es que planea forzarlo a nada. Simplemente no tenía intención de perder esta batalla contra Carver.

Tan pronto como subimos las escaleras y la puerta de mi apartamento se cerró tras nosotros, lo solté y puse algo de distancia entre nosotros.

Seven era sin duda el tipo de hombre que yo prefería para una aventura de una noche, solo que la letra pequeña en su caso incluía que seguiríamos viéndonos a diario.

Y tampoco le había preguntado si tenía novia o incluso esposa, que seguramente no estaría encantada de que su marido se follara a la niñera de su jefe.

Órdenes o no.

Levanté las manos en señal de apaciguamiento. —No te preocupes, no voy a saltarte encima como una mantis religiosa. Simplemente no puedo permitirme una derrota frente a Carver.

—¿Derrota? —preguntó, levantando las cejas.

—Sí. Quiero decir... —Exhalé con esfuerzo—. No sé cómo explicarlo, pero no quiero quedarme atrás en nada con él. ¿Entiendes?

—Esto no es una competición.

—Pero sí una prueba de fuerza. Él dice que no le molesta, pero seguramente ahora mismo se está mordiendo las uñas porque el pensamiento de que tú y yo... le pone nervioso, al igual que a mí me molesta que se haya follado a alguna puta en lugar de terminar conmigo lo que empezó.

Me miró desconcertado. —No creo que entre en mis competencias discutir estos temas contigo. Si soy honesto, creo que no debería estar aquí en absoluto.

—¿Entonces nada de sexo?

—Al menos no conmigo —respondió demasiado rápido para mi gusto. Al mismo tiempo, levantó las manos en señal de disculpa, como si eso fuera a mejorar algo.

Hice una mueca. Solo quería deshacerme de ese maldito palpitante entre mis piernas para poder hundirme en mis almohadas y dormir al menos un par de horas.

—Vale, entonces lárgate. Si quieres hacerme un favor, no le digas que no tuvimos sexo.

Avergonzado, se frotó la nuca. —Claro. De todos modos... normalmente no hablo de mi vida sexual con Carver.

Frustrada, me acerqué a mi cama, solo para darme cuenta de que mi ropa aún llevaba las pruebas de que Carver y yo habíamos caído en la tierra y al menos nos habíamos enrollado un poco.

Así que, en lugar de meterme bajo las sábanas y revolcarme en mi frustración sexual, me arranqué la ropa y me cambié al baño contiguo para ponerme bajo el chorro de agua caliente.

Golpeé el hormigón con la palma de la mano y puse los ojos en blanco ante mí misma. ¿En qué me estaba convirtiendo bajo su influencia?

Como si alguna vez me hubiera dejado llevar por lo que mi coño quería.

No es que hubiera sido posible.

Pero ahora, con esta seguridad que Carver proporcionaba por sí solo...

Con un gemido, di voz a mi estado emocional actual. En la última semana, me había masturbado a menudo con los recuerdos de nuestro encuentro nocturno. Ahora me daba cuenta de lo mala idea que había sido, porque había llevado a que mi deseo por él aumentara.

¿Y Cézanne? Ella no era de gran ayuda, solo se divertía con el dilema en el que nos encontrábamos. Probablemente porque en sus programas de telebasura siempre pasaba algo similar y ahora tenía el entretenimiento justo delante de sus narices. Eso significaba que ella misma podía tirar de los hilos, y cuán magistralmente lo hacía, lo había experimentado en carne propia esta noche.

Seguramente se burlaba en secreto de que aún no hubiéramos acabado en la cama, después de todo lo que había hecho para lograrlo.

Había notado el cambio en Carver después de que me observara durmiendo. Y entonces se había propuesto la misión de descubrir la razón, endilgándome un trabajo de niñera que, al final, no era más que la puerta de entrada a una aventura con su marido, a quien quería permitir experimentar lo que en todos estos años no había conocido por sentido del deber y lealtad.

Y yo seguía el juego.

No, no solo seguía el juego. Me había propuesto obtener aquello por lo que me consumía de manera prohibida.

Me tomó mucho tiempo encontrar el camino a la cama, solo para finalmente no poder dormir porque mi corazón latía tan fuerte que aún podía oírlo en mi almohada.

Era la primera vez desde mi primera visita al grupo de apoyo que Jeanne no estaba presente. Tal vez había encontrado la paz, o simplemente estaba demasiado ocupada con mis hijos como para recordar la reunión.

A diferencia de la última vez, hoy era una agradable velada en un restaurante. Hasta ahora no podía decir que hubiera sido una buena idea venir. Durante meses había asistido a este grupo y escuchado, pero siempre que alguien me preguntaba, guardaba silencio y expresaba que no quería hablar sobre mis problemas.

Hubiera sido fácil hacerlo, ya que mi profesión no tenía absolutamente nada que ver con lo que me agobiaba.

Hoy era diferente. La ausencia de Jeanne me permitía respirar un poco más libremente y, para variar, realmente consideraba abrirme a alguien. La última conversación con Cézanne había calado hondo, aunque ya había pasado algún tiempo.

Cuando pensaba en sus palabras, se me ponía la piel de gallina. Busqué el contacto visual con la señora mayor frente a mí, que había perdido a su marido hace ya un tiempo.

—Mi esposa ya ha planeado su propio funeral —dije, aferrándome fuertemente al tenedor con los espaguetis.

Eso... no se sintió tan difícil como esperaba.

Lo extraño para mí fue cuando la señora mayor me dedicó una cálida sonrisa. Incluso llegó a sus ojos, como si estuviera increíblemente orgullosa de que hubiera logrado revelar algo.

—¿Ella aún está viva?

—Sí —respondí—. Todavía.

Y en realidad no es mi esposa. No de la manera en que usted era la esposa de su marido. Es mi mejor amiga, y la amo, pero no de la manera en que podría amar a otra mujer si alguien no me hubiera dicho que el amor de una mujer significaría mi muerte. La echaré de menos y me destrozará por dentro cuando ya no esté, pero el mundo seguirá girando. Y eso no me asusta.

—¿Es seguro que ella...?

—Tan seguro como que el sol sale por el este.

En tiempo real, pude ver cómo esa expresión afectada se instalaba en su rostro. —Lo siento mucho. A esa edad nadie debería tener que vivir con tal diagnóstico.

—Tenemos hijos. Y sé que después de su muerte tendré que estar ahí para ellos, por eso intento procesar la pérdida antes de que realmente ocurra.

Mis palabras la abrumaron tan evidentemente que casi me sentí mal por ella. Pero las conversaciones a nuestro alrededor no cesaban, no había manera de que ella pudiera retirarse de mí.

Tal vez me aproveché un poco de eso, aunque ya había notado que no eran sus respuestas las

que me ayudaban, sino el hecho de tener la oportunidad de expresar mis pensamientos.

—No estoy segura de que ese sea el enfoque correcto —respondió finalmente. Había que reconocerle que se esforzaba al máximo por ser de alguna ayuda.

—¿Acaso existe un enfoque correcto? Mis hijos son jóvenes. Necesitarán a su padre y si permito que su inevitable muerte me hunda en un pozo profundo, entonces...

Matteo y Davide me reprocharían por toda la eternidad no haber estado ahí para ellos. Y Cat... Dios, ella me odiaría, aunque de todos nosotros es la que mejor lo tiene ahora mismo. No recordaría el dolor y el duelo, y probablemente no se enfrentaría a ello hasta una edad en la que tendría un peso completamente diferente.

—Has estado viniendo a estas reuniones durante meses, ¿no es así? Y es la primera vez que dices algo... y resulta ser algo que me rompe el corazón.

—No era mi intención causarte dolor con mi historia.

—Por supuesto que no. Aun así, siento lo injusto que es. Tal vez podrías traer a tu esposa la próxima vez, si es posible. Podríamos...

La interrumpí antes de que pudiera terminar su sugerencia. —Ella no sabe que vengo aquí. Y así seguirá siendo.

A estas alturas, la comida se había enfriado y yo ya no tenía hambre. En su lugar, miré mis notificaciones perdidas y descubrí aquella que llevaba días esperando.

Nuestro equipo de TI finalmente había logrado descifrar las contraseñas de Gabriel, por lo que Claude me envió un primer resumen.

La primera foto que abrí mostraba a Jeanne con cinco o seis años. Su largo cabello rubio claro estaba recogido en dos trenzas que colgaban hasta el suelo mientras ella mostraba lo nuevo que había aprendido en su clase de gimnasia.

En su rostro se veía una amplia sonrisa, lo que me hizo sonreír involuntariamente antes de que mi mirada se desplazara y descubriera quién estaba justo detrás de ella.

Fruncí el ceño con amargura y me permití unos segundos para apreciar el hecho de que ya estaba muerto.

Seguí deslizando antes de que terminara saltando a través de la pantalla hacia el pasado y le arrancara los testículos a ese idiota de dieciséis años para atárselos alrededor del cuello como un collar.

No mejoró. Al contrario. Con cada imagen adicional que veía, me daba cuenta de la magnitud total de lo que Jeanne había contado.

Una persona normal no veía nada malo en estas fotos y videos, pero sabiendo con qué propósito habían sido grabados, podía verlos con otros ojos.

Y lo que era aún peor: en los ojos de Jeanne se podía leer con demasiada claridad a lo largo de los años cómo se volvía más consciente de lo que estaba sucediendo.

Donde sus ojos habían brillado en sus años más jóvenes, más tarde se convirtieron en un verde claro apagado que te perseguía por razones completamente diferentes a las del principio.

Un escalofrío me recorrió la espalda al darme cuenta de que ella estaba en proceso de recuperar ese brillo. Lo había visto, con demasiada claridad. Desgraciadamente, no podía negar con qué estaba relacionado.

Lo que hacía aún más relevante para mí planificar y ejecutar mi campaña con precisión.

Dejé caer la servilleta sobre el plato sin decir una palabra más a mi compañera de mesa y me levanté, aferrando con fuerza el smartphone.

Antes de irme, pagué la comida de todo el grupo y, de camino a mi coche, ya estaba iniciando la llamada a Claude.

—Bien, pensé que tendría que preocuparme. Normalmente llamas de inmediato —me saludó.

—Estaba ocupado. ¿Esto es solo la punta del iceberg, verdad?

—Los primeros archivos que hemos encontrado. Pero hay cientos de carpetas. Listas de contactos que le compraban regularmente. Innumerables correos porque no ha procesado pedidos en el último medio año. Preguntas sobre la transmisión en vivo. Constantemente tengo la necesidad de golpear algo o vomitar, porque cada pocos minutos se descubre un nuevo nivel horrible de toda esta maquinaria.

Escuchar algo así precisamente de Claude me sorprendió. Por lo general, él era el sensato de nosotros. El tranquilo.

—No haremos nada hasta que no tengamos una visión general completa. Y ni una palabra a Jeanne. Esto sucede en segundo plano.

—Por supuesto que no. ¿Cuál es el plan?

Sobre eso ya había reflexionado largo y tendido. —Haremos una lista detallada de todos los involucrados. Espectadores. Compradores. Todos los que hayan difundido el material. Y luego jugaremos a ser Justicia. Solo que nosotros no somos ciegos en absoluto.

Abrí la mano que antes había cerrado en un puño y me apoyé en mi coche para cerrar los ojos por un momento.

Era consciente de lo larga que sería esta lista y que difícilmente podríamos manejarla solos.

Necesitaríamos ayuda cuando llegara el momento. Y la exigiría de todos aquellos que habían sido entrenados en Mont-Saint-Michel durante las últimas décadas. Librar al mundo de unos cuantos pedófilos era algo a lo que no podrían negarse.

—Me cuesta admitirlo, pero me da un poco de miedo cuando precisamente tú dices que quieres jugar a ser Justicia.

Se me escapó una risa oscura. —¿Por qué? Mi dado tiene seis caras. Eso ofrece más opciones que una balanza.

—En la balanza hay un lado que significa inocencia.

—Mi dado no conoce la palabra inocencia. —Porque ninguno de los hombres con los que iba a tratar merecía jamás lavarse las manos en la inocencia.

—Y es precisamente por eso que te respeto, Carver. Bañarás el mundo en sangre sin pestañear y aun así encontrarás una manera de justificarlo ante todos.

—¿Justificarlo? Sexualizar a un niño es justificación suficiente. Pueden estar todos agradecidos de no terminar en prisión. Allí aprenderían lo que realmente significa el sufrimiento. —¿O tal vez preferirían la prisión? ¿Quién podría decirlo con certeza de antemano? —¿Cuánto tiempo necesitaréis para revisar todo esto?

—Días. Tal vez dos semanas. No puedo estimarlo. —Por su tono de voz, pude notar lo poco que le agradaba todo esto.

No porque Claude hubiera encontrado repentinamente su moral y estuviera en contra de lo que yo hacía, sino porque era necesario lidiar con algo así en primer lugar.

Pero él, de entre todos, debería saber tan bien como yo que los abismos de la humanidad eran negros como la noche y rara vez ofrecían motivos de alegría.

—Me uniré a vosotros pronto. Entonces podremos ocuparnos de esto juntos...

Aunque eso no lo haría más fácil...

Fascinada, observaba cómo Cat, sentada en la arena, dejaba caer los finos granos entre sus dedos regordetes. El sombrero de sol de un rojo intenso le quedaba tan bien que Cézanne llevaba cinco minutos intentando tomar una foto que no solo resaltara el entorno, sino también a la niña que chillaba de emoción.

Ya habíamos construido un castillo de arena con los gemelos y, en general, la excursión a la playa se estaba convirtiendo en todo un éxito. No solo éramos cinco, sino que también teníamos la visita de Claire.

Era la primera vez desde que yo estaba aquí y ni siquiera podía expresar con palabras lo contenta que estaba por su presencia y por cómo se integraba en toda la escena.

Juntas, nos tumbamos en una manta enorme. Yo me había encargado de los aperitivos y Claire había insistido en que trajéramos una botella de vino, que bebíamos juntas mientras observábamos a los niños jugar.

No era la primera vez que sentía una punzada aguda en la zona del corazón al observar a Cézanne con su hija. Cat le sonreía a su madre como si todo el mundo girara a su alrededor... y en su pequeño universo, seguramente era así.

—Para lo escéptica que estabas al principio, te has adaptado bastante bien aquí. Aunque me parece extraño en esta isla. ¿Quién vive voluntariamente en un lugar tan remoto? —Claire dio un sorbo a su copa y estiró las piernas.

Todavía no le había contado cuál era el negocio diario de la familia para la que trabajaba... y para ser honesta, tampoco planeaba hacerlo. Tenía que hacer todo lo posible para protegerla. Si sabía demasiado o si estaba al tanto de los secretos de los de Medici, solo la pondría en peligro innecesariamente.

Sin embargo, si Claire supiera que la estaba protegiendo, me miraría como si estuviera loca y me diría que ella quería decidir por sí misma qué conocimientos adquirir.

El mar rompía perezosamente en la orilla, lo que Davide aprovechaba para construir una especie de río que pasaba peligrosamente cerca de mi toalla de playa, que había arrojado en un extremo de la manta.

—Tiene sus ventajas. Quiero decir, tienes tu tranquilidad aquí. Nadie te molesta. Y los niños crecen muy seguros. —Lo que mi niña interior acogió con aplausos y alegría.

—De alguna manera, tampoco pensé que te llevarías tan bien con los niños. —Claire ya llevaba más de una copa de vino, por lo que su lengua estaba bastante suelta.

Cézanne, que estaba al alcance del oído, le lanzaba miradas divertidas de vez en cuando.

Pero no solo me había acostumbrado a los tres niños, sino que les había tomado tanto cariño que haría casi cualquier cosa para protegerlos. Lo cual, en los terrenos en los que me movía ahora, significaba bastante.

Ya no pasaba por alto lo que ocurría diariamente en la isla. Me enteraba de cosas. Los ejercicios. Las clases. A veces me escondía en el paseo de ronda durante mi descanso y observaba cómo disparaban a objetivos inmóviles para practicar su puntería.

Y entonces pensaba a quién podría convencer mejor para que me lo enseñara también. De vez en cuando, Cézanne me daba vistazos de su vida antes de la enfermedad, y una cosa era segura: su apariencia suave ocultaba lo que había cultivado durante años.

—Crecemos juntos, digámoslo así —respondí finalmente y cogí una uva para mantenerme ocupada.

Sin embargo, mis pensamientos volvieron a todos esos pequeños detalles que cada vez me llamaban más la atención. Tal vez todos se habían vuelto más descuidados porque yo no había salido corriendo y gritando después de darme cuenta de que oficialmente estaba tratando con la mafia.

Tratar era, en última instancia, un eufemismo. Me había hecho cómplice desde que enterré a mi hermano para Carver.

Desde la noche en que lo desenterramos, nunca más se había vuelto a hablar de ello ni de mi hermano. Tampoco había vuelto a mi casa. Ni había salido de la isla.

Ningún despertar nocturno por parte de Carver. Ninguna observación. Se mantenía deliberadamente alejado de mí, limitando las interacciones a un mínimo absoluto. Y yo lo permitía.

Hasta ahora.

Porque, pensándolo bien, él era la persona adecuada para mi deseo de aprender defensa personal.

—¿Dónde andan tus pensamientos otra vez? —Levanté la vista y me encontré directamente con el rostro de Cézanne.

Me daba miedo a un nivel fundamental que pudiera adivinar su cráneo bajo la piel mucho más claramente de lo que había sido posible hace poco tiempo.

—Te lo contaré más tarde. Creo que deberíamos alejar a Claire un poco de su vino y asegurarnos de que se le pase la borrachera antes de que Seven la lleve a casa más tarde. Hace un rato prácticamente solo hablaba de él.

—Vaya, puedo oírte, Jeanne. Además, solo he señalado que es bastante atractivo. La cicatriz lo hace algo misterioso.

—Jeanne también le echó un vistazo más de cerca hace poco —añadió Cézanne con una sonrisa.

La mirada fulminante de Claire me pilló por sorpresa. —¿Tienes algo con él? ¿Por qué me entero de esto ahora?

No pude evitar reírme. —No tengo nada con Seven. Ni ahora, ni en el futuro. Puedes probar suerte con él si quieres.

Todo este tiempo había mantenido en secreto lo que había pasado entre Seven y yo, pero ahora ya no podía negarlo.

Nada de sexo para Jeanne. No desde hace una eternidad.

Al menos era más fácil mientras Carver se mantenía lo más alejado posible de mí.

Antes de que pudiéramos profundizar más en el tema, Cat volvió a llamar nuestra atención.

Se había apoyado con las manos en la arena y ahora comenzaba a arrastrarse en nuestra dirección. La expresión decidida en su rostro hablaba por sí sola sobre la concentración necesaria para ello.

Esperaba firmemente que gateara hacia los brazos extendidos de Cézanne, pero su camino la

llevó hacia mí. Se enderezó frente a mí y volvió a sentarse antes de inclinarse ligeramente hacia adelante y abrir su mano cerrada en un puño.

Una sola piedrecita rodó hasta mi regazo. Cat observó cómo caía y luego aplaudió con tanto entusiasmo que mi rostro se iluminó inevitablemente y me contagié de su estado de ánimo.

—¿Ahora yo también te debo una piedra? —quise saber, aunque aún pasaría algún tiempo antes de que pudiera esperar una respuesta remotamente comprensible.

El balbuceo que a veces salía de su boca era divertido de escuchar, pero no tenía absolutamente ningún sentido. Así que tomé la piedra de mi regazo, levanté la mano y la dejé caer entre nosotras, lo que ella inmediatamente correspondió con aún más chillidos de entusiasmo.

Luego le pasé la piedra a Cézanne, dirigiendo así la atención de vuelta a donde realmente debería estar en ese momento.

—Una cosa no se puede negar —dijo Cézanne de todos modos—. Tienes un buen vínculo con ellos. Y me alegro por eso.

Aliviada sería más apropiado. No quería imaginar cómo sería partir de esta vida sabiendo que los propios hijos se quedaban atrapados con alguien que no los soportaba, que no los cuidaba o, peor aún, que les guardaba un rencor infundado.

—Ya hemos hablado de esto antes, pero... de alguna manera nunca llegué al punto de pensar en tener hijos. Pero cuando veo a tus tres, no podría haber mejores para tener estas experiencias por primera vez.

—Tienen tanta suerte de tenerte, Jeanne. No tengo que preocuparme ni un segundo cuando están bajo tu cuidado. Ni siquiera de que algún día puedan olvidarme.

La seriedad de nuestra conversación pendía como una nube oscura sobre nuestras cabezas. Y aun así era importante que habláramos de ello.

—Me aseguraré de que siempre te recuerden. No necesitan un reemplazo.

—Pero tal vez una mamá extra que los ame igual.

Mi mirada se posó en Cat, que extendía los dedos hacia la piedra en la mano de Cézanne, emitiendo un prolongado "Mmmmmmm".

Se formó un nudo en mi garganta que no desapareció ni siquiera cuando intenté tragarlo.

—¿Es eso realmente lo que quieres? —pregunté con cautela, pero Cézanne me miró seriamente antes de asentir.

—No lo digo a la ligera. Si tengo la opción, sin duda te elijo a ti. Y Carver está completamente fuera de esto. Se trata únicamente de lo que has demostrado con ellos en las últimas semanas. Ni siquiera te echas atrás ante las conversaciones difíciles y ya les estás dando la estabilidad que obviamente necesitan, para que puedan concentrarse solo en las cosas bonitas conmigo. Ese es un regalo que no esperaba.

Con eso, mi autocontrol se desvaneció por completo y las lágrimas brotaron de mis ojos.

—Se puede discutir quién es realmente el regalo aquí.

—Tal vez lo sean ambas para la otra —intervino Claire balbuceando, lo que me hizo reír de nuevo.

Cézanne también sonrió, lo que alivió un poco la situación.

—Quizás sea lo que dice tu mejor amiga borracha. No tenemos que definirlo. Solo quiero que no lo olvides y que lo recuerdes cuando las cosas se pongan difíciles.

Y lo harían, no necesitaba decírmelo.

Cat fue quien finalmente relegó la gravedad de la situación a un segundo plano. Torpemente, lanzó la piedra al aire, solo para ver cómo aterrizaba de nuevo en el regazo de su madre. Y luego

extendió los brazos, se dejó levantar y a continuación se sometió al abrazo más íntimo del que jamás había sido testigo.

COMO SEVEN TODAVÍA NECESITABA un tiempo antes de poder llevar a Claire de vuelta al continente, la llevé a mi apartamento para que no siguiera contando chistes borracha a los niños como si de repente se hubiera convertido en la mejor comediante del mundo.

Así que estaba tumbada en mi cama, con las extremidades extendidas en todas direcciones. No estaba segura de si estaba dormida o simplemente mirando el techo de manera muy intensa.

—¿Crees que también tendrán un trabajo para mí? Podríamos mudarnos juntas aquí.

Eso respondió mi pregunta.

—No creo que estén buscando a alguien para ampliar su personal doméstico ahora mismo. — Y si lo estuvieran, esperaba que no eligieran a Claire, por quien me preocuparía constantemente si realmente trabajara aquí.

Además, ella tenía un trabajo. Solo que no era tan exclusivo como lo que había podido probar aquí.

—Podrías preguntarles. Los niños son adorables. Y este lugar es increíble. Para ser honesta, pensé que nunca nos volveríamos a ver.

Y yo había hecho todo lo posible para que así no fuera. De hecho, no había sido necesario convencerla. Cézanne había aceptado de inmediato y propuesto un día en la playa para que también pudiera conocer a Claire. Para ella se había convertido en unas agradables vacaciones cortas... y para mí se había convertido en una revelación desgarradora que nunca habría esperado.

En ese momento deseaba tener a una Claire sobria para poder confesarle mis miedos y preocupaciones. En este estado, lo máximo que me servía era como entretenimiento.

—Claro, preguntaré —respondí, apartándolo mentalmente de nuevo tan lejos que seguramente más tarde ni me acordaría.

—¿Y dices que este Seven está soltero?

—Hasta donde yo sé, sí.

Una parte de mí le deseaba el éxito. La otra rezaba para que Seven la rechazara de la misma manera que a mí, porque no podía imaginarme viviendo con la preocupación diaria por Claire, que seguramente encontraría una forma de ponerse en peligro una y otra vez.

—Cuéntame algo sobre él para que no haga el ridículo —exigió. Incluso si todavía era capaz de asimilar algo, para más tarde habría olvidado la mitad de lo que le dijera de todos modos.

—Trabaja para Carver.

—Tu sexy jefe.

—Exacto. No puedo decirte exactamente qué hace. Y tampoco me ha contado su historia de vida. —Y yo no había preguntado, porque todas las personas a mi alrededor pertenecían al tipo de gente a la que nunca preguntaría voluntariamente sobre su pasado.

Cézanne lo compartía voluntariamente conmigo. El resto se había convertido en buenos amigos, incluso sin que yo supiera quiénes eran sus padres o cuál había sido su comida favorita en la infancia.

—Volviendo a su sexy jefe. Hoy no lo hemos visto. De alguna manera es decepcionante. Me hubiera gustado verlo en persona. ¿Fue intencional?

—¿Por su parte? Definitivamente. Está tratando de mantenerse un poco alejado de mí.

Claire silbó suavemente. —Siempre es la niñera, ¿no?

Sonriendo, negué con la cabeza. Si ella supiera... probablemente me daría una bofetada y luego me preguntaría si había perdido la cabeza.

—No te preocupes, mantendré mis manos quietas —le aseguré, aunque eso solo fuera parcialmente cierto.

Antes de que tuviéramos que profundizar en el tema, Seven vino en mi ayuda. Llamó antes de asomar la cabeza. Con una ceja levantada, miró hacia mi cama, donde Claire todavía estaba extendida como una estrella de mar.

—¿Es lo suyo?

—No lo sé, parece que simplemente se ha dedicado demasiado al vino. ¿Puedes bajarla?

—¿Basta con que me la eche al hombro?

—¡No soy un saco de arena! —protestó Claire indignada, levantando la cabeza—. Además, mi vómito podría chorrearte por el trasero, y sería una lástima.

—Lo siento —susurré en dirección a Seven y me apresuré hacia Claire para ponerla de pie—. Lo mejor es que camines. Así puedes despejarte un poco.

—Ooooo él podría llevarme como una princesa hasta el coche.

Una maravillosa sugerencia, a juzgar por la falta de entusiasmo de Seven. Sin embargo, le tendió la mano y esperó hasta que Claire la agarró.

Luego la tomó en sus brazos y la levantó sin esfuerzo, lo que Claire acompañó con un sonido de avión que normalmente se usaría más bien con niños pequeños.

Desesperada, aplaudí. —Te deseo mucha diversión con ella, ¿sí? No dejes que te convenza, llévala a casa sana y salva y, por favor, no te tomes demasiado en serio lo que diga, ¿de acuerdo?

—Me gustaría poder decir que nunca me tomo en serio lo que me dicen las mujeres, pero me entrenaron en el lugar equivocado para eso... Cuidaré de ella, no te preocupes.

Sus palabras me tranquilizaron, por lo que vi sin preocupación cómo desaparecía con Claire. Me quedé satisfecha. No solo este día me había ayudado a sentirme un poco más cómoda con mis decisiones, sino que también por primera vez estaba segura de que me encontraba en el lugar correcto.

Existían muchas cosas que no soportaba, y unas pocas que odiaba con todas mis fuerzas. Cosas tan detestables que sentía un hormigueo en todo el cuerpo con solo pensar en ellas. Y cuando me enfrentaba a ellas, mi paciencia parecía tambalearse desde el principio.

Los mentirosos, por ejemplo, estaban bastante arriba en esa lista y, desafortunadamente, me di cuenta de que el hombre frente a mí no solo creía sus propias mentiras, sino que además las celebraba con gran entusiasmo.

No era algo de lo que debiera estar orgulloso, y aun así era tan evidente que me daban ganas de estrellarle el puño en medio de la cara solo por eso.

No había sido suficiente clavarle los ganchos de carnicero a través de los músculos de los hombros para poder colgarlo en el centro de la habitación, bien visible para todos los presentes.

No, simplemente no era suficiente.

No después de que su nombre hubiera estado tan arriba en la lista. No en lo más alto; su mala suerte fue simplemente que era uno de los pocos que vivían en Francia, lo que por supuesto nos había facilitado mucho el traerlo bajo nuestra custodia.

Un corto viaje, un inocente timbrazo y de inmediato se había encontrado en el *Escalade* negro. Nos habíamos ahorrado el sedante, después de todo, debía experimentar todo lo que iba a suceder con plena conciencia.

Delgados riachuelos de sangre se abrían camino por su torso, partiendo de las dos feas heridas que habían dejado los ganchos de carnicero. Normalmente, los carniceros usaban estos para colgar cadáveres para que el desollado y procesamiento fuera más rápido.

Yo los usaba para darle al hombre el protagonismo en el interrogatorio de hoy. Quizás también era tortura. O un lugar en el corredor de la muerte. Nunca se podía predecir con exactitud.

Aunque originalmente había planeado dejarle todo el trabajo a Claude, me había atrapado en el momento en que lo trajeron. A juzgar por su apariencia, debía tener mi edad. Normalmente eso le habría ganado mi simpatía, pero hoy solo me preguntaba qué había salido mal en el desarrollo de este individuo para que le resultara excitante usar niños inocentes como material para masturbarse.

Lo había leído todo. Cada uno de sus mensajes a Gabriel. Cada comentario que había escrito bajo las fotos de Jeanne. Los emojis que había publicado bajo los videos y las peticiones especiales que había hecho. Todo esto no era parte de su vida desde ayer, llevaba años. Y ni una sola vez había llegado al punto de sentir que estaba mal. No había buscado una salida. Se sentía completamente cómodo usando a Jeanne para sus sucias fantasías.

Yo, por mi parte, me sentiría muy cómodo haciéndolo sufrir por ello.

En mi smartphone, busqué una foto de Jeanne y mía que se había tomado recientemente, y se

la puse justo debajo de la nariz.

—¿Te resulta familiar? —exigí saber.

Había tenido tiempo suficiente para recuperarse del dolor inicial. Ahora solo se trataba de sacarle algunas respuestas y después... bueno. Ya tenía planes muy específicos para lo que le sucedería.

Y como seguía siendo el mismo mentiroso que hace cinco minutos, negó con la cabeza. — No tengo ni la más remota idea de quién pueda ser.

—Tal vez sea porque solo te masturbas cuando la ves veinte años más joven —gruñí. O era solo otra mentira, aun así no pude contener las palabras.

Admitidamente, lo que estaba pasando aquí no era el mejor contenido para el entrenamiento de los reclutas, pero al final les daría algunas lecciones importantes para llevar consigo. Sobre todo, que no valía la pena hacer algo que enojara al jefe.

Por el rostro del hombre —por supuesto que tenía un nombre, pero me negaba a reconocerlo — pasó una diminuta emoción. Apenas era perceptible, y aun así no logró ocultarla de mí.

Algo resonaba en sus células grises y obviamente un poco de remordimiento se mezclaba en su comportamiento. Seguramente no porque mirara estas imágenes y pagara por ellas, sino más bien porque había sido lo suficientemente estúpido como para dejarse atrapar.

—No te preocupes, estamos seguros de que fueron tus ojitos los que vieron todas esas fotos y videos. Las direcciones IP rara vez mienten, pero quien paga con una cuenta bancaria a su nombre real, realmente no tiene excusa al final. —El caso era sólido; no era la primera vez que pensaba que habría sido una maldita adquisición para el otro lado de la ley.

Lástima que ellos estuvieran atados a todas las leyes y yo al final pudiera ejercer justicia por mano propia, lo que significaba que se podían eliminar los problemas de la sociedad de manera mucho más efectiva.

—Cuéntanos cómo te enteraste de esto. Y ahórrate los detalles sobre lo excitante que te parece mirar niños. Lo único que me interesa es lo que me ayude a atrapar a más imbéciles como tú.

Un temblor recorrió su cuerpo, que aparentemente tenía dificultades para colgar a unos centímetros del suelo. Seguramente los ganchos de carnicero no eran ni la mitad de agradables de lo que parecían a primera vista.

—No hay nada que contar. Busqué, encontré varias opciones, tomé una decisión y me mantuve fiel a ella —De su boca sonaba como si hubiera elegido una marca de comida a la que desde entonces mostraba una lealtad ciega.

El músculo bajo mi ojo se crispó, lo que me hizo voltear por un momento. Habíamos elegido una de las salas más grandes del almacén para que los espectadores pudieran quedarse en las sombras junto a las paredes.

Las tuberías y vigas de acero corrían al descubierto bajo el techo, por lo que había sido fácil añadirles cadenas adicionales, cuyos extremos se pasaban por los ganchos.

Era el montaje perfecto, y absolutamente innecesario, porque no tenía sentido hablar con estos hombres y hacerles preguntas que me ayudaran a entender mejor las cosas o incluso a obtener más información.

Cada uno de ellos actuaba solo, manteniendo su afición tan *privada* como fuera posible. No se conocían entre sí, por lo que el único denominador común era Gabriel, quien les había permitido realizar sus perversiones en primer lugar.

Ya me había mostrado desinteresado por su dolor antes, pero ahora alcanzaba un nuevo nivel, simplemente porque su existencia ya no me aportaba ningún beneficio adicional.

—¿Quién prestó atención durante los preparativos y puede decirme qué sigue? —pregunté al grupo.

Las consecuencias que yo eligiera personalmente no influirían en el entrenamiento de los reclutas. Ellos descubrirían sus propias bases y decidirían qué era aceptable para ellos y qué no.

—¿Le damos el Viagra o no? —oí responder a uno de los hombres y asentí para confirmarlo.

No necesitaba darme la vuelta para ser testigo de cómo le forzaban la mandíbula y le metían la píldora azul en la garganta. Lo hicieron, y me quedé satisfecho con el resultado, que se manifestó al poco tiempo.

Junto con la píldora, también le habían puesto una mordaza, así que no tenía que oír sus súplicas. Era solo un murmullo indistinto al margen de mi percepción.

La muerte no era el peor castigo para hombres como él. Desgraciadamente, con ejemplares como este había que decirlo y ajustar el castigo para que vivieran un poco del infierno antes de encontrarse con su Creador.

Para mantener la estética de carnicero que buscábamos, para poder ajusticiar a este cerdo, lo siguiente que se trajo fue la cortadora eléctrica. La cuchilla rotativa había sido recién afilada, lo que haría todo mucho más emocionante. No necesariamente más limpio, porque las heridas seguirían sangrando como el demonio y seguramente acabarían provocando su muerte.

Por desgracia, parecía intuir lo que estaba a punto de ocurrir. Al menos, eso explicaría por qué de repente parecía visiblemente agitado.

Tenía tantas observaciones en la punta de la lengua, pero me las guardé todas en lugar de concederle de nuevo mi atención. Había tenido su oportunidad de mantener una conversación detallada conmigo; ahora solo le quedaba un sufrimiento prolongado, dolor y muerte en su agenda.

En cuanto enchufé la máquina a la pared, pulsé el botón y observé durante unos segundos cómo giraba la cuchilla a toda velocidad. Solo entonces ajusté el grosor deseado de los cortes y acerqué el aparato al hombre.

Para entonces, no solo sudaba profusamente, sino que chillaba bajo su mordaza como un cerdito.

—Claude, pon cerdos en la lista de la compra —dije de repente, volviendo la mirada por encima del hombro hacia él.

Un sonido confuso salió de su boca. —¿Perdón?

—Cerdos. Omnívoros. El número de muertos aumentará drásticamente en el futuro próximo, así que me parece una inversión que vale la pena.

—Claro... jefe —Claude me seguía mirando como si hubiera perdido la cabeza.

Pero con lo que estaba a punto de hacer, seguro que no discutiría conmigo.

Le pedí una salchicha a uno de los reclutas y la acerqué a la cuchilla a modo de prueba, solo para ver con interés cómo salían por el otro lado muchas rodajas del tamaño de un bocado.

Maravilloso.

Funcionaba.

A estas alturas, los ojos del hombre frente a mí parecían los de un toro llevado al matadero. El blanco sobresalía de forma antinatural y las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Seguía sin encontrar mi compasión, ni siquiera cuando le bajé los pantalones de un tirón y le dejé el pene al descubierto.

Me dio una patada, intentó apartarse de mí, pero nada de lo que pudiera hacer o la fuerza que pudiera reunir bastó para disuadirme de mi propósito.

Agarré su pene erecto, acerqué aún más la máquina y lo golpeé contra el frío metal. Gracias

al Viagra, esto no cambió su erección, y solo para asegurarme de que nada más la cambiara, até el extremo de su tronco con una tira de tela.

Incluso cuando la punta de su glánde cayó al otro lado con los trozos de salchicha en forma de una dulce y pequeña rodaja, el estado de su pene no cambió.

Aparte de que sangraba. Así que me aseguraría de forma creativa de que siguiera así durante el próximo minuto o dos.

O más bien Claude, que ya estaba disponible con el nitrógeno para congelar el pene del tipo antes de que yo continuara cortándolo en innumerables rodajitas.

En algún momento después de los primeros centímetros miserables, perdió temporalmente el conocimiento, lo que no lo hizo menos emocionante... y segundos después de que terminé mi primer trabajo de carnicero y desaté el nudo al final del muñón, la sangre empezó a fluir.

Con una, o tal vez cinco, bofetadas, finalmente desperté al tipo, solo para meterle en la boca un puñado de su ensalada de pene.

—Come. Mastica bien y luego traga.

—ESTO ES EXCESIVAMENTE brutal incluso para tus estándares. ¿Estás seguro de que estás bien, Carver?

Rémi me miró seriamente. Nos habíamos encontrado en la iglesia y nos habíamos sentado en uno de los viejos bancos de madera justo frente al altar. En los años desde que había tomado el poder después de nuestro padre, había pasado mucho tiempo en este mismo banco. Más que antes.

Pero la confesión siempre había sido una parte esencial de esta familia. Quizás porque nuestros antepasados habían participado tan activamente en la iglesia.

—Se lo merecía. Todos ellos se lo merecen. ¿O quieres decirme que le darías una pequeña paliza y lo enviarías de vuelta a casa?

—No, pero...

En realidad, no había pasado mucho tiempo antes de que el hombre sucumbiera a sus heridas. Su muerte me había proporcionado una profunda satisfacción. Como si hubiera hecho algo justo, quizás por primera vez en mi vida. Además, no era algo que hiciera para fortalecer mi imperio o sacar ventaja de ello. Me había dedicado a esto por una única razón, demasiado personal...

—Probablemente habría informado a la policía sobre las cosas bonitas que tiene en su computadora.

—¿Para que luego reciba dos años de libertad condicional? —Me reí involuntariamente. El eco resonó en las altas bóvedas de la nave y sonó siniestro incluso a mis oídos, especialmente si se consideraba la luz tenue y el lugar.

—Podrías haber sobornado a alguien para que no fueran solo dos años.

—¿Y se supone que debo hacer eso para cientos de hombres y mujeres en todo el mundo? ¿Solo para que pronto estén libres de nuevo y continúen? ¿No con Jeanne, pero probablemente con otro niño? Tengo hijos, Rémi, y la única razón por la que esto no es un peligro que deban temer es el hecho de que yo soy la mafia. Secuestro, lesiones corporales, muerte... todos estos son riesgos con los que tenemos que contar a diario. Pero los pedófilos no son uno de ellos.

—¿Te sientes mal? ¿Aunque sea un poquito? —Esta era una pregunta recurrente en nuestras conversaciones.

En algún momento, en los primeros años, tal vez había sido así. Pero entonces había

aprendido algo crucial y había dejado atrás el remordimiento por completo. No me servía de nada si quería permanecer en la cima de la cadena alimentaria.

—Le he hecho un favor al mundo. El día que me sienta mal por eso será el final de mi carrera.

Por supuesto, no era la respuesta que él esperaba o quería oír. Su largo suspiro no era el único indicio de ello.

—¿Harías todo esto si no fuera por la pequeña? —continuó, hurgando en asuntos que realmente no le concernían.

—Ni siquiera conoces a Jeanne.

—Tal vez nos hemos cruzado una o dos veces. Me sentí muy afectado cuando me enteré de que ni siquiera me habías mencionado.

—No es como si le hubiera dado un árbol genealógico de la familia. —Algo me molestaba del hecho de que Rémi mostrara el más mínimo interés en mi niñera—. Para volver a tu pregunta... no lo haría. Pero ¿es reprochable hacerlo por ella?

Por un momento, guardó silencio. —Dependiendo del punto de vista desde el que se mire, posiblemente sí.

Me levanté decidido. —¿Sabes? Nuestras conversaciones solían ser más provechosas.

Rémi también se levantó. —Siento lo mismo. Por ejemplo, cuando no siempre se trataba de niños o mujeres.

Su respuesta me hizo poner los ojos en blanco. —Las prioridades cambian a lo largo de la vida. Deberías considerar eso también.

Mi hermano nunca había ocultado que le molestaba cómo se habían desarrollado las cosas en los últimos meses. Que antes de que Jeanne se uniera a nosotros, había pasado más tiempo con los niños y aliviando a Cézanne. Que la mafia solo recibía la mitad de mi atención porque había entrenado tan bien a mis segundos que confiaba ciegamente en ellos para dirigir el negocio diario en mi ausencia, incluso si había un vacío adicional debido a la enfermedad de Cézanne.

Si era tan importante para Rémi que me concentrara completamente en mi imperio, tal vez no debería haberse convertido en sacerdote; entonces estaría en mi lugar ahora y no importaría en qué me concentrara.

Probablemente eran solo las ideas anticuadas de nuestro padre que estaban demasiado arraigadas en su cabeza. Yo también compartía parte de ellas, pero al final, el *La familia es más importante que el individuo* no contaba cuando se trataba de algo tan importante como los cambios que se avecinaban para mi familia.

No era lo suficientemente insensible como para ignorarlo y seguir adelante, arriesgándome a que causara aún más daño permanente del que ya causaría. No necesitaba traumatizar adicionalmente a mis hijos, como lo habían hecho tantas generaciones de padres antes que yo.

Por supuesto, habría sido una opción discutir el tema con Rémi. Pero no era lo que necesitaba en ese momento. No quería escuchar reproches sobre si mis acciones eran posiblemente reprensibles. Ni sobre el hecho de que estaba actuando más brutalmente de lo habitual y que había una razón clara para ello.

Al final, solo quería calmar el flujo continuo de emociones que se arremolinaban en mi interior.

Con un fuerte golpe, el pesado portal de la iglesia se cerró detrás de mí. Bajé las escaleras y me detuve en el empedrado para mirar al cielo.

La luna estaba alta y llena en el cielo, lo que significaba que podría reconocer fácilmente el camino a casa. Especialmente en luna nueva, eso era más bien un desafío, porque no había

farolas, y aunque las hubiera, no las habríamos usado.

No iluminaríamos el camino hacia nuestras camas para el enemigo.

Mientras caminaba, saqué mi smartphone. Los trabajos de renovación en la casa de Jeanne avanzaban rápidamente y lo mejor de todo era que podía mantenerme completamente al margen. Simplemente aprobaba y había tomado algunas decisiones por adelantado con respecto a la decoración. No necesitaba hacer nada más.

A esta hora, el Mont-Saint-Michel estaba completamente en silencio. Los reclutas estaban en sus alojamientos y mis hombres también, exceptuando a aquellos que hacían el turno de noche. Sin embargo, estos eran lo suficientemente astutos como para no dejarse ver, así que era como si estuviera completamente solo.

En consecuencia, me tomé mi tiempo. Me pasé la mano por el pelo, consciente de que aún sentía los efectos residuales de la adrenalina.

Mucha gente había muerto en esta isla, y de forma muy brutal. Sin embargo, el número de las salchichas era nuevo... y no podía negar que le había cogido cierto gusto.

Las perversiones de estos hombres no ocurrían solo en sus pensamientos, o muy raramente. Las vivían activamente y, por mucho que lo odiara, probablemente el hombre de hoy no solo había visto fotos y vídeos en Internet, sino que también en la realidad no había podido mantener sus sucios dedos quietos.

Tanto más merecía su brutal final. La guillotina del sótano era agradable, pero demasiado indulgente para él. Torturarlo durante horas habría sido una opción, pero no habría producido el mismo resultado. Por supuesto, también podría haberle cortado toda la polla así sin más o azuzar a los perros contra él, pero ninguna de las dos cosas me habría satisfecho de esta manera.

Además, era la primera de mis víctimas a la que no había dejado tirar los dados para decidir su destino. Yo había decidido *por* él. Por eso sus huevos flotaban ahora en un frasco de formaldehído, para poder mostrar de antemano a sus sucesores el destino que también les esperaba.

No podría ocuparme personalmente de todos, pero los demás también tratarían a las personas de la lista según su propio criterio. Llegábamos por la noche, cuando no nos esperaban... y acabábamos con sus vidas antes de que pudieran abusar de más niños para satisfacer sus bajos instintos.

El callejón que conducía a mi casa apareció a la vista. Así que respiré hondo e intenté sacudirme la tarde y la noche de hoy. Ni Cézanne ni Jeanne sabrían de la tarea que me había impuesto. No quería gratitud por ello. Ni elogios.

Solo quería que la tarea estuviera cumplida y poder volver a dormir en paz, sin tener constantemente ante los ojos la imagen de que algún idiota había abusado de Jeanne de esa manera. O que aún lo hacía.

Por eso atacábamos el problema desde dos frentes. Los hombres que se habían divertido con las fotos y los servidores y páginas web en los que se habían difundido. Casualmente, uno de los centros de datos había explotado hace dos noches en una enorme bola de fuego. Era el primero de muchos: hasta que pudiera estar seguro de que el material ya no estaba en la red, sino solo en ordenadores privados. Y nos ocupábamos de ellos al mismo tiempo que de las personas a las que pertenecían estos dispositivos.

Internet nunca olvidaba.

Pero esa frase la había inventado alguien antes de contar con la ira desenfundada de Carver de Medici.

También esta noche era Seven quien montaba guardia frente a la puerta de casa. En las

últimas dos semanas me había evitado a menudo cuando no se trataba de trabajo, y yo sabía por qué.

La razón era lo que me había llevado a concentrarme aún más intensamente en el trabajo.

En la puerta, lo saludé brevemente antes de entrar, esperando a medias volver a enfrentarme al concilio de mujeres.

De hecho, solo estaba Jeanne, que llevaba a Cat en la cadera y le preparaba concentrada un biberón. La luz estaba atenuada, la televisión apagada y, por lo demás, reinaba el silencio.

Aun así, no se dio cuenta de que me apoyaba en la pared del pasillo y la observaba durante un largo momento mientras cuidaba de mi hija como si fuera la suya.

Jeanne le hablaba con tono tranquilizador antes de darle —según la opinión de Cat— por fin el biberón. Luego se dio la vuelta y se quedó petrificada en el mismo segundo en que me descubrió en las sombras.

Resultaba divertido que se sintiera atrapada precisamente en su trabajo.

—Esto lleva así unos días. He estado leyendo, seguramente sea otro de esos brotes... ahora que ya se sienta y gatea, seguro que pronto vendrá lo siguiente —dijo insegura.

—Podría ser —confirmé—. Con los gemelos siempre era un infierno absoluto. Nunca entraban en un brote al mismo tiempo, sino siempre de forma que uno acababa de salir cuando el otro entraba.

—Suenas agotador.

—Lo era. Pregúntale a Cézanne. Al final nos turnábamos para dormir y entre medias nos encontrábamos en el tejado por desesperación para gritar nuestra frustración sin asustar a los niños.

Jeanne me miró parpadeando como si le hubiera contado sobre el hombre en la luna.

—¿Qué? —exigí saber.

—Siempre me pillas desprevenida cuando hablas de cómo es para ti ser padre.

—¿Por qué? ¿Porque no parezco interesado en todas estas cosas? Estoy en primera línea. Como debe ser.

—¿A pesar del trabajo?

—Claro. Cézanne también cuidaba de ellos *a pesar del trabajo*. ¿No veo el problema?

—No lo hay. Supongo que aún no te has encontrado con ninguno de los hombres modernos de ahí fuera —respondió sonriendo, y por alguna razón temí lo que eso significaba.

—¿Debería?

—Solo si quieres enfadarte por sus ideas.

—Entonces mejor lo dejamos —murmuré—. ¿Quieres que me encargue de Cat?

El brazo de Jeanne se cerró con más fuerza alrededor de mi hija. —Para ser honesta, disfruto un poco de estos momentos. Quizás demasiado...

—Entonces ya somos dos. ¿Qué te parece si... yo sostengo el biberón y luego la llevo de vuelta a la cama?

No esperaba que aceptara, porque era una propuesta bastante extraña, pero Jeanne asintió y me indicó que me acercara. Apoyó la cadera contra la isla de la cocina y luego me pasó el biberón.

Durante el día, hacía tiempo que ya no era necesario que nadie la sostuviera, pero cuando Jeanne la llevaba y Cat estaba a punto de caer en el país de los sueños, era un pequeño gesto que nos ahorra a todos un gran desastre.

Mientras tanto, había apoyado la cabeza en el hombro de Jeanne, pero extendió una mano hacia mi camisa y se aferró a ella, mientras yo me concentraba en ella en lugar de en Jeanne,

quien aparentemente también evitaba mirar en mi dirección.

No pasó mucho tiempo antes de que Cat se quedara dormida, lo que significó que Jeanne la colocó cuidadosamente en mis brazos. Así que la llevé directamente de vuelta a su habitación, la puse en su cuna y activé el monitor para bebés antes de encender la luz nocturna al salir. Dejé la puerta entreabierta, sobre todo para poder echar un último vistazo a su figura dormida.

Cuando regresé a la cocina, estaba seguro de que Jeanne se habría ido. Pero ahí estaba, todavía apoyada en la isla. No parecía que me estuviera esperando, pero tampoco daba la impresión de rechazar mi presencia.

La había evitado, y ella no se había esforzado por hablar conmigo sobre nada. Así que habíamos mantenido una coexistencia pacífica.

—¿Y cómo van las cosas con Seven? —pregunté en medio del silencio, sin poder determinar yo mismo si el tono de mi voz sonaba provocador o como un ego herido.

La mirada de Jeanne se disparó hacia mí, casi escupiendo veneno. —Nada va con Seven.

—No sabía que él fuera más del tipo de aventuras de una noche.

—Fue más bien una aventura de ninguna noche —respondió, entrecerrando los ojos como un gato que estaría encantado de clavar sus garras en su presa.

—Parecías tan decidida a acostarte con él a toda costa.

—Bueno, algunos de nosotros podemos controlar mejor nuestras necesidades que otros.

Aunque ya había abierto la boca para responder, al final solo me mordí la lengua. Mi humor había mejorado considerablemente desde el inicio de esta conversación... a pesar de que ella me estaba matando con la mirada.

—Llevo años haciendo esto. Es sexo sin significado, rápido, poco espectacular. Entrar y salir, si quieres decirlo de forma vulgar.

Ella negó con la cabeza. —¿Por qué?

—Porque hasta ahora nunca he tenido una mujer con la que fuera más que una transacción. —Ni siquiera yo pasé por alto el significado de mis palabras, aunque las había elegido con cuidado.

—¿Y crees que entre nosotros sería así? —preguntó en voz baja. Tan baja que tuve que esforzarme para entenderla a pesar de nuestra cercanía.

—No. —La respuesta llegó rápidamente. Lo suficientemente rápido como para que yo mismo me sorprendiera.

Pero era la verdad. El beso ya había sido demasiado intenso para una simple transacción. Al mismo tiempo, esto me parecía ser uno de los problemas.

Mientras que el sexo nunca había sido más que una transacción para mí, para ella había sido corrompido por tantas personas. Y ella no se merecía eso. Debería sentir más que la presión de lo que pesaba sobre sus hombros. No debería sentirse utilizada ni nada por el estilo. En cambio, yo quería que olvidara de una vez por todas lo que le habían hecho.

Y ya estaba trabajando en un aspecto de eso en segundo plano. Sin embargo, el otro...

—¿Sabes siquiera lo que quieres, Jeanne?

Sus cejas se fruncieron. —A ti.

Resoplé, sin duda atraído por su declaración simple pero tan significativa. —Déjame reformularlo. ¿Sabes lo que te gusta?

Mi pregunta pareció desconcertarla aún más. —Sé cómo usar a un hombre para tener un orgasmo.

—Y eso es exactamente a lo que me refiero. No me vas a usar para tu placer, porque entonces volveríamos a una transacción, y estuvimos de acuerdo en que eso no es lo que hay

entre nosotros. Si acaso, yo usaré tu cuerpo contra ti y me aseguraré de que seas el centro de atención y puedas simplemente disfrutar. —Mientras hablaba, me acerqué más a ella. Miré hacia abajo a su rostro para poder observar exactamente cómo un suave rubor se extendía por sus mejillas.

Desde abajo, me miró a través de sus largas pestañas.

—Todo eso suena muy bonito, Carver, pero eso significaría que has tomado una decisión... y o bien me lo he perdido o no ha sucedido.

Por supuesto que Jeanne me agarraría por las pelotas, ¿por qué no lo esperé desde el principio?

—¿Te das cuenta de que esta es la primera vez que realmente te defiendes a ti misma? Todo el tiempo dejas que las cosas te pasen, las aceptas, te adaptas... solo para rechazarme precisamente ahora.

—Solo es un rechazo mientras no puedas decidirte, Carver —respondió, con una pequeña pero ciertamente diabólica sonrisa en los labios—. Así que puedes contarme todo lo que quieras sobre lo que me harás. Solo lo creeré cuando suceda. Hasta entonces, estoy perfectamente servida con mi cine mental y mis *Horas Picantes de Imaginación* nocturnas.

Levantó la mano y la presionó contra mi pecho para crear algo de distancia entre nosotros.

—¿No planeas compartir los detalles conmigo por casualidad?

Jeanne se encogió de hombros de manera demostrativa. —No, ahora mismo no. Pero realmente no puedo esperar para descubrir si tu polla también me hace agua la boca en la realidad... y si... bueno, ya sabes, esa cosa. Eso realmente me interesa.

Me guiñó un ojo, fue al refrigerador y agarró una botella de agua antes de dejarme allí parado.

La primera parte de nuestro encuentro había sido una relajación para todo mi sistema nervioso, mientras que la segunda parte se sentía como una pura e inesperada escalada.

En momentos como este, creía que algo podía estar mal con mis hormonas: quería a Jeanne, solo para luego convencerme a mí mismo de que no era así.

Grandioso trabajo, Carver.

La pregunta era, ¿de qué me estaba convenciendo esta vez?

A noche, después del encuentro con Carver, apenas pude dormir. Me despertaba constantemente creyendo que él se escondía en algún rincón oscuro de mi habitación, solo para descubrir que estaba sola y que mi subconsciente me estaba jugando una broma que solo uno de nosotros dos encontraba graciosa.

Sin embargo, estaba orgullosa de mí misma porque, tal como Carver había señalado, había logrado mantenerme firme. Todo este tiempo había ignorado deliberadamente las reacciones poco espectaculares de mi parte ante los cambios notables en mi vida. Todos esos pequeños detalles que habían pasado casi desapercibidos para mí, aunque habrían descarrilado a cualquier otra persona normal durante semanas, quizás incluso meses.

Había hecho lo que había aprendido a lo largo de mi vida: adaptarme a la situación y seguir adelante. Había aceptado lo que se me había presentado para trabajar.

Y de alguna manera, se sentía bien no haber cedido al intento despiadado de Carver.

Él me deseaba. No podía negarlo.

Pero yo también quería algo, y no solo a él, sino alguna maldita forma de seguridad de que no estaba jugando conmigo como un niño con una Barbie, que solo se volvía interesante cuando caía en sus manos.

Carver tendría que esforzarse mucho más, decidí, aunque fuera en contra de mi objetivo real.

Esta noche, mi problema de sueño prácticamente no existiría, me di cuenta mientras me hundía en el suave colchón de la cama de Cézanne. Hace unos días, habíamos empezado a hacer pijamadas de vez en cuando. Así podíamos ver sus programas favoritos en la cama y si una de nosotras se quedaba dormida, no importaba porque durante el día ella todavía tenía la oportunidad de ponerse al día con los episodios perdidos junto a Carver. Sabía que a veces lo hacían cuando yo estaba fuera con los niños.

Además, tenía la sensación de que para ella significaba mucho no tener que dormir sola, y a mí no me molestaba acostarme a su lado. El monitor de bebé estaba en la mesita de noche, así que sin duda me enteraría si Caterina se despertaba incluso estando aquí abajo.

De todos modos, Carver ya nos había declarado el concilio de mujeres, así que no debería sorprenderse de que aprovecháramos todas las ventajas de esta conexión.

Justo cuando me había puesto más o menos cómoda, Cézanne salió del baño contiguo. Tenía el pelo húmedo colgando sobre los hombros y estaba armada con un cepillo.

Sin decir palabra, me senté de nuevo y lo tomé. Tan pronto como se sentó de espaldas a mí, empecé a cepillarle el pelo.

Habíamos acordado tácitamente que simplemente no mencionaríamos que las tareas más sencillas se habían vuelto demasiado agotadoras para ella. Si me lo pidiera, incluso la ayudaría a ducharse. Después de todo, se negaba a aceptar la ayuda de una enfermera. Desafortunadamente,

también podía entender por qué era así. Por eso simplemente no hacíamos un gran alboroto al respecto.

La ayudaba, mantenía la boca cerrada frente a Carver y simplemente rezaba para que todo esto significara un alivio para ella.

—¿Te molesta si te hago algunas preguntas? —Durante unos segundos, la habitación solo estuvo llena de dos sonidos: la serie de fondo y el cepillo deslizándose por su cabello oscuro.

—¿Sobre qué?

—¿Lo que se me ocurra?

Mi respuesta la hizo reír. Con eso ya había logrado uno de mis objetivos.

—Estoy intrigada.

—Dijiste que tu matrimonio con Carver fue arreglado. Pensé que eso era más bien algo de la Edad Media.

—Se podría decir que la mafia sigue siendo muy anticuada en muchos aspectos... mi padre y su padre simplemente decidieron en algún momento que querían unir a sus familias porque ambas partes se beneficiarían. Así que hicieron exactamente eso, prometiéndome a Carver.

—Y al hacerlo, ignoraron que tú no encontrabas a los hombres atractivos en absoluto.

—Nadie lo sabía. Y a nadie le habría importado. Eso tiene poco espacio en nuestros rangos, o futuro, digámoslo así. En cuanto al sexo y las posibilidades, en realidad todos son muy progresistas.

—Pero antes de eso, ¿ya eran buenos amigos? Me refiero a Carver y tú. —Ignoré deliberadamente su comentario sobre el sexo. Anoche, Carver no me había dado la impresión de haber llevado una vida sexual particularmente satisfactoria hasta ahora.

—Mejores amigos. Por eso no fue tan malo casarme con él. Quiero decir, podría haber habido alternativas mucho peores. Y nunca me impuso reglas, solo insistió en la discreción.

—Entonces, ¿te enamoraste, tuviste novias y relaciones, y Carver...?

En su voz prácticamente pude oír cómo ponía los ojos en blanco. —Digamos que no se propuso el celibato como objetivo.

—¿Pero por qué? Quiero decir... es un hombre atractivo. Tiene todas esas cualidades que la mayoría de las mujeres aceptarían sin pensarlo, y...

Cézanne me lanzó una mirada elocuente por encima del hombro. —¿Tú también?

Cerré los ojos y recordé la noche en que Carver entró en mi vida. —Su voz. Fue eso lo que me hizo dudar de mi cordura. Y lo que me dijo... me persiguió hasta en mis sueños. Como si Carver hubiera decidido grabar un audio porno destinado solo para mis oídos. Lo escuché todos los días durante seis meses, hasta...

—Hasta que el destino decidió lanzarte un hueso.

—Eso ya no funciona después de que admitiste que tuviste algo que ver, Anne —respondí divertida—. Pero me encantaría besarte por ello.

—No es que fuera a decir que no a eso... Pero el problema de Carver es otro. Sabe que podría tener a cualquier mujer. Simplemente no las quiere.

—¿Por qué?

Mientras tanto, había dejado el cepillo a un lado y pasaba mis dedos por su cabello para poder trenzárselo enseguida. Por el momento, sin embargo, estaba atrapada en nuestra conversación.

—Porque existe una profecía. Se podría argumentar que es una tontería y que uno no debería dejar que eso determine su vida, pero lo que estaba escrito sobre mí tampoco era mentira.

Involuntariamente contuve la respiración. —¿Qué decía?

—Que sucumbiría a una misteriosa enfermedad para la que no hay cura.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Ojalá fuera así. Pero desgraciadamente hablo completamente en serio —respondió—. De alguna manera es un poco irónico. Uno siempre piensa que estas cosas de adivinación no tienen importancia y de repente determinan toda tu vida. Por supuesto, de todos modos no habría sido capaz de evitarlo, pero Carver tiene un poco más de margen de maniobra.

Todo en mí se resistía a indagar más, y aun así la pregunta estaba en la punta de mi lengua. Sin embargo, no tuve que hacerla porque Cézanne me hizo el favor de continuar.

—La profecía sobre él solo dice que *ella* es su muerte, y que será su mayor logro. *Ella* como en la mujer de la que se enamorará.

Abrí la boca. La cerré de nuevo y en su lugar fruncí el ceño. —¿Pero no dice nada sobre cuándo morirá? ¿O cómo? ¿O si ella tiene la culpa? ¿Podría igualmente morir a los ochenta años mientras tiene sexo con ella?

Ambas nos reímos de eso. Sin embargo, sentí como si Cézanne no debería haberme contado sobre su profecía. Como si fuera su secreto, sobre el que solo él debía decidir.

—Eso está bien formulado. Hay tantas opciones. Pero en lugar de aceptarlo y sacar lo mejor de ello, ha decidido que simplemente nunca se enamorará. Entonces no puede haber una mujer relacionada con su muerte.

—No estoy segura de que funcione así —murmuré.

—Yo tampoco. Está haciendo todo lo posible en lo que a ti respecta, pero yo ya lo supe cuando regresó a casa después de aquella noche. Básicamente, se está mintiendo a sí mismo.

Después de la noche anterior, aún no había puesto al día a Cézanne y tampoco lo hice ahora. —¿Qué crees que decidirá?

—Si lo supiera, podría hacer que sucediera más rápido —respondió divertida—. Por otro lado, la profecía es clara. Él simplemente sigue creyendo que es más poderoso que el destino.

Mientras tanto, comencé a trenzarle el cabello. Fijé el extremo inferior con una banda elástica.

—Mejor no le digas que hemos hablado de esto. No se enojaría, pero seguramente se alteraría.

Asentí, aunque ella no pudiera verlo. —Pero... si su profecía es sobre mí, ¿no debería haber una sobre mí también?

Cézanne se volvió hacia mí y me miró como si acabara de encontrar la solución para la paz mundial. —Ni siquiera había pensado en eso. Pero tienes razón. Si te casas con esta familia, también debe haber algo escrito sobre ti.

—¿Y dónde leen sus profecías?

Hizo una mueca. —Ese es exactamente el problema. Desde que murió mi suegro, nadie tiene idea de dónde están los libros de Nostradamus. Todos han desaparecido, los de las profecías y los otros.

—Nostradamus —repetí incrédula—. ¿El que trabajó para Catalina de Médici y el rey? ¿En el siglo XVI?

—Ese mismo. Aunque hay que decir que Catalina estaba mucho más interesada en los aspectos ocultos de la vida que Enrique. —Lo dijo como si estuviera hablando de su tío y su esposa en una reunión familiar—. Hoy en día, a menudo se afirma que no era un verdadero astrólogo ni que sus profecías fueran particularmente acertadas.

—¿Por qué?

—Porque insultó excesivamente a Catalina y ella le *profetizó* que nadie fuera de su familia lo

volvería a tomar en serio jamás. Ella personalmente se encargó de eso, pero supongo que no hace falta que lo mencione.

Cuanto más revelaba, más salvaje se volvía el panorama general para mí. Ni siquiera podía recordar a mis abuelos, y Cézanne podía rastrear la historia de la familia en la que se había casado varios siglos atrás. No solo en papel, sino en historias reales que hacían sentir como si uno pudiera encontrarse con la persona en cualquier momento.

No eran extraños cuentos de hadas o rumores. Sino vislumbres de la vida de personas que llevaban muertas una eternidad y, sin embargo, aún influían en los acontecimientos actuales.

—Parece que hubieras visto un fantasma, Jeanne.

—Porque estoy tratando de juntar todo esto en una gran imagen. Ni siquiera sé quiénes son mis primos, y tú hablas de Catalina de Médici como si la hubieras conocido personalmente.

—Bueno, conozco muy bien a su tocaya. Casualmente salió de mí.

Resoplé. —Otra cosa más. ¿Por qué Caterina?

—Es un nombre bonito. Y hay tradiciones. Matteo por el origen italiano. Davide por el lugar donde hemos vivido durante siglos. Y Caterina es el tributo al pasado. Insistí en que fuera al menos un poco moderno. Contessina, Lucrezia o Eleonora no eran precisamente mis favoritos.

—Creo que con Caterina habéis hecho una buena elección —confirmé.

Me daba vueltas la cabeza. Las profecías se habían convertido en una lección de historia, y en ese momento no sabía qué pensar sobre el hecho de que el pasado tuviera tanta influencia en el presente y también en el futuro.

Pero mucho más prominente en mis pensamientos estaba la pregunta de adónde había desaparecido el libro con todas las profecías. Teóricamente, también debería haber anotaciones sobre los hijos de Cézanne, y sobre todos los niños que vendrían en el futuro.

Un escalofrío helado me recorrió la espalda, porque eso significaría que todo lo que sucedía ya estaba escrito y ninguna acción cambiaría el resultado final.

Exhausta, me dejé caer en una posición acostada. —¿Realmente crees que todo ya está decidido?

—A veces desearía no haber sabido nada de esto. Y para Carver ciertamente habría sido mejor también. Incluso si todo está decidido... ¿qué tan cruel es saberlo años antes y no poder cambiarlo? —Cézanne también se acostó, me miró desde su posición antes de encogerse de hombros—. Pero como el libro ha desaparecido, al menos nuestros hijos no tendrán que lidiar con esta carga.

—Tal vez deberíamos rezar para que siga desaparecido —respondí y ella asintió.

—Eso es lo que hago todos los días de todos modos.

Cerró los ojos de manera demostrativa, como si aprovechara el momento para enviar la plegaria del día al cielo. Sin embargo, después de unos segundos en los que esperé que volviera a abrir los ojos, me di cuenta de que su respiración se había calmado.

¿Cuán exhausta debía estar esta mujer para que en cuestión de segundos se deslizara fuera de la conciencia y se quedara dormida?

Cogí la manta que estaba doblada a los pies de la cama y la extendí sobre ella, antes de agarrar la segunda manta. Mi mirada se posó en el televisor, que aún mostraba algún programa de telebasura.

En lugar de apagarlo, me quedé viendo la serie. Era la música de fondo perfecta para mis pensamientos.

Carver y yo éramos más parecidos de lo que había supuesto inicialmente. Mi hermano también me había profetizado algo: que no sería feliz mientras él viviera. Que no mantendría

ninguna relación porque no había ningún hombre ahí fuera que me necesitara de la misma manera que Gabriel me necesitaba a mí. Y a veces, cuando intentaba plantarle cara, me recordaba lo fácil que era para él destruir mis amistades y relaciones. Una palabra equivocada, y la gente se apartaría de mí asqueada. Me tenía en sus manos y en algún momento me había acostumbrado a ello...

Me envolví más fuerte con la manta. Si lo reducía a lo más básico, nos habíamos negado a enamorarnos por las mismas razones.

Mis posibilidades de morir habían sido altas cuando Gabriel aún estaba vivo. Si Carver y yo...

Esta vez cerré los ojos. Algo en mi cabeza se confundía ante la posibilidad de que Carver y yo estuviéramos destinados el uno para el otro. Desde el principio. Que toda mi vida solo hubiera existido para que en algún momento él apareciera en mi dormitorio y me salvara como a la clásica doncella en apuros.

Era una locura. Una completa estupidez. Y además, imposible. Algún anciano de hace cinco siglos no podría haber previsto que mi hermano algún día tendría deudas con un jefe de la mafia, quien luego aparecería en mi casa y me haría perder la cabeza. Tampoco podría haber sabido que Cézanne se aseguraría de que nos volviéramos a ver y que, a partir de entonces, tuviéramos que pasar cada día juntos, lo quisiéramos o no.

No. Eso no podía ser. O simplemente superaba mi capacidad de comprenderlo y, sobre todo, de asimilarlo.

¿Cómo podía una sola persona tener tanto poder como para que Carver hoy se negara a involucrarse conmigo porque temía que tarde o temprano yo significaría su muerte?

¿Cómo demonios era eso posible? Por no mencionar que este concepto carecía de toda justicia.

Me reí directamente en su cara. De hecho, su pregunta me divirtió tanto que después de unos segundos sentí mis ojos húmedos.

—Sí, muy gracioso —dijo Jeanne, mirándome fijamente con los brazos cruzados desde los tres metros que nos separaban.

No tenía idea de cómo había encontrado este lugar o quién le había hablado de él, pero no me gustaba que anduviera husmeando por aquí abajo. Sobre todo, si luego venía a buscarme y me hacía semejante pregunta.

—Por favor, repítelo para mí —le pedí, todavía riendo de corazón.

Sin embargo, Jeanne parecía ahora furiosa, lo que a su vez me infundió un poco de respeto. Una reacción que no esperaba de mí mismo.

—Simplemente te pedí que me enseñaras a manejar un arma, Carver. No que me coronaras reina de Francia —siseó en mi dirección, antes de mirar furtivamente a su alrededor para ver si alguien había escuchado nuestra conversación tan divertida.

—No necesitas saber manejar armas. Me tienes a mí. Y a todos mis hombres, que son muy capaces en lo que hacen —le expliqué, una vez que me hube calmado.

—¿Y si tú no estás? ¿O tus magníficos hombres? Después de que me enviaste de vuelta aquí desde mi jardín, tampoco había nadie a mi lado. ¿Qué pasaría si alguien me hubiera seguido?

No me gustaba la dirección en la que me empujaba con sus preguntas, así que entrecerré los ojos y me enderecé un poco más para dar aún más peso a mis contraargumentos. —Cézanne nunca tuvo un problema. Ni una sola vez, en todos estos años.

Para mi sorpresa, asintió. —¿Y podría ser que eso se debiera a que ella sabe manejar un arma y ha resuelto todos sus problemas antes de que tú te enteraras siquiera? Es solo una idea... porque no me agrada la idea de estar por ahí con los niños y completamente por mi cuenta. Si alguien me apunta con un arma a la frente, lo único que puedo hacer es levantar las manos y esperar lo mejor. Lo que probablemente sería una muerte rápida, si se tiene en cuenta que conozco personalmente a Carver de Medici... y cuido de sus hijos.

La miré fijamente durante unos segundos. Era difícil discutir con ella cuando aparecía preparada para una conversación que yo ni siquiera había oído a cinco metros contra el viento. Normalmente, mi palabra era ley.

Yo decía algo y todos lo acataban. Por alguna razón, parecían aplicarse reglas especiales para Jeanne, pues se negaba a aceptar lo que yo decía.

—Ahora de repente te has quedado callado. Maravilloso —me provocó de inmediato—. ¿De repente te faltan los contraargumentos?

En realidad, era todo lo contrario. Pero había algo que me molestaba. Y no solo un poco, sino mucho. No me gustaba la idea de que alguien pudiera haberla molestado, o peor aún, amenazado.

¿Y si estuviera en peligro y hasta ahora no se hubiera atrevido a mencionarlo?

—No. Simplemente me pregunto cómo se te ha ocurrido de repente, *ma belle*. ¿Alguien te ha hecho daño? ¿Hay alguien de quien deba ocuparme?

Sus cejas se fruncieron. —¿Sería necesario para que me enseñaras?

—Por supuesto que no —gruñí—. Aun así, me gustaría saber si...

—Nadie me ha tocado, Carver. De todos modos, nadie se atrevería a hacerlo en esta isla.

En eso no estaba del todo equivocada. Sin embargo, su respuesta no me tranquilizó tanto como quizás debería haberlo hecho.

—¿Entonces?

—Estoy considerando a cuál de mis hombres nombrar tu guardaespaldas personal. Si se aparta de tu lado aunque sea por un segundo, tal vez lo mate.

Una profunda arruga se formó en su frente. —No hablas en serio, ¿verdad?

—Desde luego que no era una broma.

—Eso significaría que tendría que seguirme incluso al baño. Y a la ducha. Tendría que estar junto a mi cama mientras duermo. Y cuando tenga sexo, tendría que ver porno en vivo. No sé si... —Por supuesto, su frase se perdió intencionadamente en el silencio cuando apretó los labios.

En cambio, las escenas en mi mente eran mucho más ruidosas. Más vívidas. De repente, ya no me gustaba la idea de encadenar a otro hombre a ella. Posiblemente no era la solución que estaba buscando.

—¿Qué es exactamente lo que quieres aprender? —pregunté con acidez.

Jeanne, una vez más, no me dejaba una verdadera elección.

—El uso de un arma de fuego, para empezar.

—Para empezar —repetí incrédulo—. ¿Y qué sigue? ¿Cómo destripar a una persona?

—No, ese es tu trabajo —respondió, mirándome de una manera en la que solo faltaba el halo brillante para convertirla en un ángel perfecto e inocente.

Que no lo era.

—Podrías enseñarme también algunos fundamentos de defensa personal.

—Como si fueras capaz de derribar a un hombre de mi peso. —Negué con la cabeza—. No te lo tomes a mal, *ma belle*, pero creo que estarás mejor equipada con un táser y gas pimienta.

Ella no pareció creermelo de inmediato. —¿De dónde voy a sacar eso?

—Te lo regalo. Y unas cuantas horas de práctica incluidas. Posiblemente también un cuchillo... solo por seguridad. —Mentalmente repasé otras opciones, pero llegué a la conclusión de que a corto plazo no habría nada más que realmente prometiera resultados.

Cualquier otra cosa requeriría semanas y meses de preparación, y por lo que podía juzgar, ella buscaba más bien una solución a corto plazo que calmara sus preocupaciones *ahora*.

—¿Y cuándo empezamos?

—Ahora —gruñí, porque sabía perfectamente que de todos modos no me dejaría en paz. Probablemente Jeanne se convertiría en una molestia una vez que se le metiera algo en la cabeza—. Espera aquí.

—Claro. ¿A dónde más podría ir? —Miró significativamente alrededor de la bóveda baja, de cuyo techo colgaban pequeñas estalactitas. El suelo estaba cubierto de baldosas de goma y a los lados había varias secciones de estanterías y armarios separados por rejillas.

Normalmente los reclutas venían aquí a entrenar, ya que no había un gimnasio o algo similar en la isla, pero hoy Seven los había condenado a hacer su entrenamiento de resistencia afuera en el fango, para añadir un factor de peligro nada despreciable.

Salí de la bóveda y crucé el pasillo para abrir otra puerta. Si uno no supiera lo que realmente

pasaba aquí abajo, podría haberlo confundido fácilmente con una celda de prisión. Pero esas estaban en otra parte de la isla.

En esta habitación solo guardábamos el equipo variado. Armas de todos los tamaños y tipos, tanto semiautomáticas como automáticas y algunas incluso manuales, si me fijaba en los machetes que colgaban pulcramente en fila de la pared. No los habíamos usado en años, así que fue fácil apartarlos ahora, porque no los necesitaba.

En su lugar, saqué una caja de plástico llena hasta el borde de táser de todas las marcas posibles. Buscaba algo pequeño y manejable para que Jeanne pudiera llevarlo consigo sin sentirse estorbada. Después de hacer una elección, añadí a mi selección el mencionado cuchillo y un spray de pimienta, que normalmente solo usábamos para fines de tortura.

En realidad, no podía creer que estuviera aquí haciendo exactamente lo que ella me había pedido. Sin embargo, sus descripciones no solo habían sido creíbles, sino que también habían despertado cierta preocupación en mí. Y con eso, solo podía lidiar *muy* mal.

Porque por mucho que me importara mantenerla constantemente bajo mi protección, también era consciente de que me estaba poniendo en ridículo, en el sentido de que en las últimas semanas me había propuesto como tarea suprema mantenerme alejado de ella.

Así que no podía prometerle mi protección si al mismo tiempo hacía todo lo posible por mantenerme alejado de ella. Desde dicha distancia, difícilmente podría protegerla de los peligros que la acechaban en mi mundo.

Increíble que no hubiera insistido desde el principio en que alguien le enseñara un poco de autodefensa. Incluso estaba en el plan de estudios de los gemelos, y ellos aún no tenían ni idea del entorno en el que realmente estaban creciendo.

A regañadientes, volví con Jeanne, que para entonces estaba sentada con las piernas cruzadas en el medio de la bóveda, con las manos extendidas detrás de ella para apoyarse.

Su cabello rubio le caía suelto sobre los hombros, lo que la hacía parecer comparativamente joven. Su habitual moño suelto la hacía parecer un poco mayor, y seguramente habría sido más práctico para lo que iba a seguir.

—No aprenderás a salvarte el culo sentada —comencé apenas entré por la puerta.

Ella hizo una mueca. —Supongo que será más bien una táctica de retraso para tener tiempo suficiente hasta que venga alguien a salvarme el culo.

—Bien observado —la elogí—. El spray de pimienta se explica por sí mismo. Intenta no rociártelo en los ojos. El táser también es muy fácil de usar. Pero para eso, el atacante ya tiene que estar a tu alcance inmediato. No puedes causar daño a larga distancia con él. Y tampoco deberías usarlo a la ligera.

—¿Entonces dices que no debería probarlo contigo de inmediato para ver qué pasa?

La miré con seriedad. —No. Exactamente eso es lo que no debes hacer. Pero ahora vas a sacar el cuchillo de la funda y familiarizarte con él.

Negando con la cabeza, observé cómo lo sacaba. —Hola, cuchillo —dijo sonriendo, pero mirándome a mí en lugar del objeto.

Que los dioses me concedan más paciencia.

—¿Quizás quieras ponerle un nombre también?

Jeanne se encogió de hombros. —Creo que Carver es un bonito nombre para un cuchillo.

Sentí cómo se dilataban mis fosas nasales mientras inhalaba con esfuerzo.

—Sabes que Carver no es más que un apodo, ¿verdad?

—No, nadie me lo ha dicho hasta ahora. Sobre todo tú no. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—No te lo voy a decir. Pero podrías levantar tu lindo trasero del suelo y mostrarme lo

familiarizada que estás ya con Carver.

—¿Intentando hacerle daño a Carver? —preguntó sonriendo.

—Sí. Intenta hacerle daño a Carver con Carver. —Mi respuesta fue solo un gruñido.

Cuando se comportaba conmigo como en este momento, me invadía el fuerte deseo de darle un ajuste exhaustivo a su actitud.

Con interés, observé cómo intentaba agarrar correctamente el mango del cuchillo. La hoja era relativamente pequeña, por lo que podía causar daño con ella, pero no apuñalaría a nadie por accidente... aunque, para un ojo perdido seguramente sería suficiente.

—Si lo sostienes así, te resbalarás en cuanto la sangre corra por la hoja. Entonces te cortarás tú misma cuando apuñales por segunda vez —le informé, lo que Jeanne recibió con una mirada extremadamente irritada.

—Eres demasiado refinado para mostrarme cómo se sostiene correctamente.

—Al menos no como se agarra una polla. Aunque es un arma punzante, con tu estatura siempre atacarás desde abajo. No querrás tener que levantar el brazo por encima de la cabeza para...

Sin previo aviso, Jeanne se lanzó hacia adelante, haciendo exactamente lo que acababa de descartar para ella. Sin esfuerzo, le arrebaté el cuchillo de la mano.

Cayó al suelo y ella se sopló un mechón de pelo de la cara, como si ese hubiera sido el mejor intento que podía ofrecer.

—Recógelo e inténtalo de nuevo. No pararemos hasta que tu cuchillo esté decorado con mi sangre.

—Pero no quiero herirte —se negó inmediatamente.

—¿Y cómo puedo asegurarme entonces de que tienes algo que ofrecer contra el enemigo?

—Está bien. —Se deslizó a mi lado, recogió el cuchillo e intentó el mismo ataque desde atrás otra vez.

Esta vez la agarré y la catapulté por encima de mi hombro hacia el suelo. El impacto no solo le sacó el aire de los pulmones, sino que también hizo que se sonrojara.

Me incliné sobre ella. —Tienes que esforzarte más, *ma belle*. De lo contrario, esto no funcionará. —Su mano vino hacia mí desde la derecha. La agarré antes de que la hoja se acercara siquiera a mi hombro. —Buen intento.

Con un poco de presión, liberé su mano, me enderecé y observé cómo ella también luchaba por ponerse de pie. Jeanne sacudió sus hombros.

—No tienes que lanzarme por ahí para demostrarme que no tengo ninguna oportunidad.

—Pero es mucho más divertido cuando realmente te das cuenta. Además, el enemigo tampoco se contendrá. Así que no me llores, mejor intenta cortarme las orejas.

—¿Qué tal orejas de hada en lugar de cortarlas?

—No te contengas si logras acercarte lo suficiente para lograrlo.

Ahora se tomó más tiempo para preparar su ataque, fingió por la derecha, solo para agacharse bajo mi brazo e intentarlo por la izquierda. Sin embargo, en comparación con lo que normalmente entrenaba con los reclutas, aún era demasiado simple como para que tuviera alguna oportunidad.

Fue suficiente para agarrarla por el cuello y mantenerla a distancia con el brazo extendido.

—Esto realmente no es justo —se quejó de nuevo, antes de levantar la mano e intentar clavarme el cuchillo en el brazo extendido. No llegó muy lejos, porque agarré su muñeca antes de que siquiera tuviera la oportunidad.

Su mirada se clavó triunfante en la mía, aunque la tenía en jaque.

Sonriendo, dejó caer el cuchillo de la mano cuya muñeca yo sostenía, lo atrapó con su mano más débil y repitió el movimiento de antes, mientras se echaba hacia atrás en mi agarre.

La punta de la hoja se clavó desde abajo en la parte superior del brazo extendido, lo suficientemente profundo como para atravesar la piel y hacer brotar la sangre que yo había exigido.

En el mismo momento en que miré conmocionado mi brazo, Jeanne dejó caer el cuchillo y se escabulló de mi agarre para saltar entusiasmada en el lugar, mientras me mostraba apasionadamente el dedo medio.

—No te lo esperabas, ¿verdad? ¡Ja! Pensabas que no podía vencerte, pero tu brazo está sangrando y yo soy la razón. No soy tan indefensa como querías hacerme ver. Puedo engañar a un oponente.

Solo que un oponente no le daría tres oportunidades para ello. Ni se detendría cuando ella le hiciera un pequeño corte en el brazo. No, la pelea se llevaría hasta el amargo final, y Jeanne definitivamente no sobreviviría.

Por mucho que se alegrara de haber conseguido esta victoria contra mí, en mi mente solo la veía tirada en el suelo cubierta de sangre, mientras su atacante se alejaba con unos pocos cortes desagradables.

No le advertí cuando me acerqué a ella a grandes zancadas y la agarré por los brazos superiores, solo para empujarla varios metros a través de la bóveda.

—No es suficiente. Esfuérzate más. ¿O crees que un corte de papel me detendrá? —Ni siquiera sentía la herida ahora que me enfurecía por la Jeanne muerta en mi imaginación.

Desconcertada, inclinó la cabeza. Interrogante. Pasaron unos segundos y ya había dado varios pasos en su dirección antes de que entendiera lo que estaba pasando.

Negó con la cabeza a la defensiva, pero yo estaba decidido a convertir esto en un escenario real en el que pudiera demostrarme lo que realmente tenía para enfrentarme.

—No estoy bromeando, Jeanne —subrayé verbalmente mi determinación.

Con mi cuerpo la empujé por la habitación. Una y otra vez me esquivaba, pero no pasaba nada más.

No levantó los puños para pelear conmigo. No intentó mantenerme a distancia con patadas.

En cambio, se deslizaba de un lado a otro, me esquivaba y me seguía con ojos grandes, como si esa fuera la solución para escapar de esta situación.

—Si esto fuera una situación seria, ya estarías muerta siete veces —gruñí.

Luego lancé un verdadero ataque y me abalancé sobre ella. Escapó de mis brazos, pero aun así cayó al suelo y yo con ella.

Decidida, intentó poner distancia entre nosotros arrastrándose lejos de mí, pero mis manos se cerraron sin esfuerzo alrededor de sus tobillos. Esta vez me pateó, casi me alcanzó la nariz, pero incluso eso no fue suficiente para disuadirme de mi propósito.

Adiviné lo que pretendía. Jeanne estaba intentando alcanzar el cuchillo que había dejado caer tan triunfalmente antes. Esperaba que esto le sirviera de lección para nunca más dejar sus armas de lado descuidadamente.

Incluso cuando sus dedos se cerraron alrededor del mango de la hoja, tenía pocas esperanzas de que pudiera usarla realmente.

Tenía que darse la vuelta o acercarse a mí de alguna otra manera para usarla contra mí. Y no podía hacerlo mientras yo sujetara firmemente sus tobillos y la mantuviera en el suelo.

Miró por encima de su hombro en mi dirección.

—¿Y ahora qué, eh? —Para demostrarle lo jodida que realmente estaba, la atraje hacia mí de

un tirón, me incorporé un poco y me senté sobre sus muslos.

Con una mano me apoyé junto a su cabeza, con la otra le agarré el pelo y tiré de él, obligándola a mirarme con el cuello y la espalda arqueados. Quería que sintiera la tensión en cada fibra de su cuerpo, para que no olvidara que el enemigo definitivamente no le mostraría piedad.

Algunos mechones de pelo se le pegaban a la frente sudorosa. Sentía el calor que emanaba en oleadas de su cuerpo, porque se había esforzado tanto solo para acabar sufriendo una derrota.

No era otra cosa que eso, cuando la presionaba contra el suelo bajo nosotros con todo el peso de mi cuerpo.

—¿Y ahora qué? —repetí, esta vez más alto. Más exigente.

Su mano seguía extendida y cerrada alrededor del mango del cuchillo, pero con el movimiento necesario para alcanzarme, se dislocaría el hombro.

—Vale, ya lo he entendido, Carver. No tengo ninguna oportunidad contra ti, ni contra el enemigo. Soy débil e indefensa y probablemente acabe muerta en algún agujero inmundito más rápido de lo que me gustaría. —Hacia el final, su voz se quebró, así que tuvo que intentarlo dos veces para terminar la frase.

Lo que oí no me gustó. Si eso no era el mejor ejemplo de manipulación emocional... porque me sentía manipulado, sobre todo después de darme cuenta de que sus palabras no estaban del todo equivocadas, aunque no me agradara que precisamente ella fuera tan consciente de ello.

—No vas a morir, Jeanne —gruñí y liberé su cabeza—. Al menos no mientras estés bajo mi supervisión.

Al mismo tiempo, levanté mi peso de ella, permitiéndole darse la vuelta. Me miró desde abajo.

Demasiado tarde me di cuenta de que había bajado mi escudo protector una vez más erróneamente, para darle el apoyo que creía que necesitaba.

El cuchillo se clavó en mi muslo, rápido y completamente inesperado. Esta vez sentí el dolor que se extendía por el tejido hacia mi cadera.

Ambos miramos sorprendidos el cuchillo antes de que ella me empujara con la cadera desde abajo y yo aterrizara de lado junto a ella.

Jeanne agarró la hoja, la sacó de la herida de un tirón y se subió encima de mí. Aunque en comparación conmigo era realmente un peso pluma, lo permití.

Pero en cuanto clavó el cuchillo ensangrentado en mi barbilla desde abajo, agarré su cadera en señal de advertencia.

—Hazlo —la desafié.

Ya no era solo el dolor de la herida en mi muslo lo que recorría mi cuerpo, sino también el deseo. Un deseo que me resultaba demasiado familiar y que esta vez ardía tan alto que consideré permitirle infligirme toda una serie de nuevas cicatrices.

Además de la que pronto adornaría mi pierna, por supuesto.

—¿Qué? —preguntó, con una risa nerviosa en los labios.

—Intenta matarme. ¿De qué te sirve poner a un hombre en esta posición si luego no la aprovechas?

Jeanne inclinó la cabeza, luego sacó la lengua y se lamió los labios de forma tan lasciva que solo pude maldecir que estuviera sentada sobre mí.

Sobre mí.

—¿Quieres que te mate? ¿Con fines educativos?

—¿Quién dice que lo voy a permitir? Tienes que intentarlo.

—La herida en el muslo también podría matarte —señaló.

—Si me hubiera destrozado la arteria femoral, tal vez. Pero el cuchillo es demasiado corto para eso. Y tú demasiado delicada.

Pensativa, quitó el cuchillo de mi barbilla y colocó la hoja en su lugar a un lado de mi cuello.

—No me dirás que esto no te mataría.

Tragué saliva, de repente consciente de varias cosas que me incomodaban.

Me gustaba que estuviera sentada sobre mí.

Me gustaba aún más que realmente hubiera usado el cuchillo contra mí, que me hubiera herido.

Y la deseaba. Ahora.

—Lo haría. Pero no eres tan rápida —gruñí, levanté las manos de su cadera y separé sus brazos, haciendo que perdiera el equilibrio y se hundiera un poco hacia adelante en mi dirección.

De repente, Jeanne estaba tan cerca de mí que podía oler el aroma de su champú, mientras su pelo me hacía cosquillas en la mejilla.

Casi con curiosidad, me miró desde su posición dominante.

Solo cuando se apoyó con una mano en mi pecho, la solté. Justo al lado de mi cabeza, clavó el cuchillo en la baldosa de goma, pero no hizo ningún intento de apartarse de mí.

—Parece que anhelas un beso, Carver. Lástima que yo insista en que des tú el primer paso.

—Casi susurró cuando las palabras salieron de su boca—. Pero tal vez me deje convencer para besar tus heridas. Ya sabes, para que sanen más rápido.

Se me escapó un sonido que ya ni siquiera parecía humano, tan frustrado estaba de repente.

Quería besarla. No solo besarla, quería mucho más que eso, pero las palabras de la profecía no me dejaban en paz. Pero por una vez, no era mi profecía la que me pasaba por la cabeza, sino la de mi esposa.

¿Había estado ciego ante la similitud de lo que se nos había prescrito a ambos para nuestras vidas?

¿Ciego al hecho de que ella había disfrutado plenamente de su vida a pesar de saber que algún día tendría un final terrible?

Como el mío, si me entregaba por completo a Jeanne.

Quería besarla. Pero simplemente me rendiría si volvía a sentir sus labios. No solo en mi boca, sino en mi piel ardiente.

Tal vez debería poner mi destino en sus manos, si no estaba ya allí. Había perdido algo con Jeanne, ya no podía negarlo.

¿Realmente importaba tanto si también me perdía físicamente en ella?

Como si hubiera leído mis pensamientos, agarró mi barbilla y giró mi cabeza hacia un lado. Jeanne expuso mi cuello y nunca me había sentido tan indefenso como en ese momento.

Inmediatamente después, sentí su lengua caliente en el lugar donde antes había presionado la punta del cuchillo.

No fue un toque casto. Lamió el lugar antes de cerrar su boca alrededor y besar mi cuello, casi como si nunca hubiera hecho otra cosa y supiera exactamente lo que me gustaba.

Irónicamente, ni siquiera yo lo sabía, por lo que me pilló aún más desprevenido cuando subió hasta mi oreja, mordió suavemente y luego se incorporó para inclinarse sobre mí nuevamente. Agarró mis brazos, los empujó hacia arriba hasta que quedaron sobre mi cabeza.

Luego deslizó la uña de su dedo índice desde mi codo hacia mi axila. Al mismo tiempo, los músculos de mi bajo vientre se tensaron automáticamente.

Jeanne se inclinó hasta que sus labios volvieron a recorrer mi piel acalorada. Esta vez sobre

mi brazo, hasta que su lengua se disparó en el lugar donde me había atrapado por primera vez.

Se me escapó un silbido cuando el más mínimo indicio de dolor atravesó mi brazo. Pero eso no la detuvo.

En ese segundo, me di cuenta de cuánto echaba de menos sus comentarios sobre lo que estaba sucediendo. Quería oír su voz. Saber qué pasaba por su cabeza mientras lamía la sangre de mi brazo como si fuera lo más normal del mundo.

Con la otra mano, agarré su cuello, obligándola a levantar la cabeza y mirarme. Sus labios brillaban manchados de sangre, y por Dios, si no la besaba hoy, iría a cavar mi propia tumba más tarde para acostarme en ella y simplemente desaparecer de mi existencia.

—¿Qué? —exigió saber. Inocente. Dulce.

Pero Jeanne no era nada de eso. Al menos no ahora, sentada sobre mí y mirándome, con mi sangre en su rostro. De heridas que ella misma me había infligido. Debería haberlo sospechado, cuando me pidió que me arrodillara ante ella en la capilla.

—Dime qué estás pensando. Ahora mismo.

Inclinada a responder, deslizó su mano por mi brazo hacia arriba, hasta donde mis dedos rodeaban su delicado cuello. —Pienso que es una lástima que no quieras besarme, cuando es tan evidente que te gusta que te toque. Que deslice mi lengua por tu cuerpo. Como si estuvieras listo para dejar que te adore, pero no listo para hacerme también tu diosa.

Antes de que terminara de hablar, frunció el ceño un poco molesta y presionó sus dedos contra el punto de presión en mi mano, hasta que me vi obligado a soltar su cuello.

Solo entonces aprovechó la oportunidad para deslizarse un poco hacia abajo sobre mí. La tortura que había elaborado aún no había terminado. Apenas comenzaba, como me di cuenta demasiado tarde.

Jeanne se acomodó entre mis muslos y agarró decidida la hebilla del cinturón.

Si hubiera habido un momento en el que podría haberla detenido, sin duda habría sido este.

Pero lo dejé pasar y observé cómo abría mi cinturón con sus dedos delgados y luego el botón. Meforcé a no empujar mis caderas hacia ella cuando bajó la cremallera y metió la mano entre mis bóxers y los jeans para bajarlos un buen trecho.

Solo cuando vi la sangre, recordé que me había infligido heridas reales.

Levanté la cabeza, miré la herida y decidí que ni siquiera era lo suficientemente grave como para preocuparme por ella.

Después de todo, mi polla seguía funcionando y ciertamente no iba a dejar que el dolor mínimo le impidiera extenderse exigente hacia ella. Jeanne, sin embargo, lo ignoró como si nunca antes hubiera notado una erección dura como una roca.

En cambio, sus dedos se deslizaron por mi muslo, aplicando presión. Una vez más, me hizo sentir sus uñas y esta vez levanté el puño para morderlo, para no hacer algo más, mucho más peligroso.

A medias esperaba que se limitara a sus toques exploratorios, pero luego se inclinó y colocó un solo beso en la herida, de la que aún brotaba un delgado hilo de sangre.

Jeanne levantó la cabeza lo suficiente para que pudiera ver cómo su lengua se asomaba entre sus labios, para poder lamerlos.

Joder.

Joder.

Debería levantarme, subirme los pantalones, acomodar mi polla protestante y desaparecer. Debería.

—Ven aquí —gruñí con un rugido en mi pecho. Exigente. Una orden que era imposible que

ignorara.

Sin embargo, lo hizo, mirándome inquisitivamente. —¿Por qué?

Pero no se quedó entre mis piernas, sino que se deslizó a lo largo de mi cuerpo hacia arriba, antes de apoyar ambos codos en mi pecho y descansar su cabeza en sus manos, para seguir mirándome interrogativamente.

Mientras tanto, mi polla, demasiado dura, se presionaba contra su vientre y ella lo ignoraba como si no se diera cuenta de nada.

Mi paciencia se agotó.

No estaba exigiendo que se montara en mi polla aquí y ahora, simplemente ya no podía soportarlo más. Cómo me provocaba y desafiaba una reacción, incluso me provocaba para poner a prueba mi autocontrol.

Y la actitud descarada que mostraba, acostándose sobre mi torso como lo habría hecho en una cama.

Su mirada lasciva.

Cómo ignoraba completamente mi orden.

Agarré su nuca y la rodeé fácilmente con mis dedos para poder atraerla hacia mí. E incluso entonces, cuando su rostro estaba sobre el mío, no la solté, solo aflojé mi agarre un poco.

Jeanne era terca y no salvó la distancia entre nosotros.

Así que levanté la otra mano y deslicé el pulgar sobre sus labios manchados de sangre, frotando el líquido en su piel antes de presionar la punta de mi dedo contra su boca hasta que la abrió para mí. Me concedió la entrada, solo para responder con una reacción inequívoca.

Fue su lengua la que chocó contra mi pulgar, deslizándose sobre él... hasta que cerró completamente los labios a su alrededor y succionó. Me hizo sentir sus dientes, que apenas arañaban mi piel.

—Demonio seductor —gruñí sin aliento, intentando retirar mi dedo.

Como si no fuera suficiente que estuviera chupando mi pulgar como si fuera mi polla, ahora también movía bruscamente las caderas contra mi pecho. Un movimiento involuntario que no podía controlar... y que selló definitivamente mi destino.

Había jugado con fuego y ahora me quemaría con plena conciencia.

—Está bien. Por favor. Tú ganas, Jeanne. Sé mi muerte, pero por favor...

Su mirada encontró la mía. —¿Me estás suplicando ahora, aunque está en tu poder liberarte? —exigió saber, antes de inclinarse hacia mi oído. Sentí su aliento caliente y cerré los ojos con angustia—. Antes de ser tu muerte, primero seré tu vida.

Un escalofrío placentero recorrió mi columna vertebral, encontrando su camino directamente hasta mi polla.

Básicamente, todavía no estaba pasando nada, y sin embargo todo esto ejercía mucha más atracción sobre mí de lo que había logrado el polvo rápido con la escort hace poco.

O cualquier otro polvo anterior.

Esta vez no la dejé escapar y dirigí su cabeza a una posición en la que nuestras narices casi se tocaban.

Pero Jeanne no se acercó a mí, aunque respiraba tan pesadamente como yo y anhelaba el beso tanto como yo.

Insistió en que yo diera el último paso. Que levantara la cabeza, capturara sus labios y la besara tan fuerte con una mano en la parte posterior de su cabeza que por una fracción de segundo creí que iba a explotar.

Fue la renovada intensidad del beso lo que me pilló desprevenido. Nuestro primer beso ya me

había puesto de rodillas, pero después de que la situación se hubiera intensificado tanto en los últimos minutos, había creído que con el beso se suavizaría.

Nada de eso ocurrió, porque se sentía como si fuera solo la preparación para algo más grande, cuyo alcance no podía comprender.

Mi mente finalmente se volvió loca cuando Jeanne clavó sus dedos en mi camiseta y tiró de ella. Entendí su indirecta no verbal de que la ropa entre nosotros ya no era deseada y sin embargo no me moví.

Incorporarme habría significado interrumpir el beso. Y Dios, saborearla a ella y mi sangre en su lengua me hizo dudar si alguna vez había probado realmente una droga.

Me sentía como un adolescente impetuoso, porque deseaba que este momento no tuviera fin. Pasar las próximas tres horas tumbado en el suelo de la bóveda besuqueándome con esta mujer demoníaca sonaba como un plan maravilloso para el resto del día.

Con cada toque, Jeanne demostraba lo equivocado que había estado con mi pregunta. Ella sabía con absoluta certeza lo que quería. Y yo estaba sintiendo sin duda lo que era.

Volví a poner una mano en su cadera, siguiendo el suave movimiento que realizaba una y otra vez para robarme aún más de mi cordura. La otra la deslicé bajo su camiseta, subiendo por su vientre plano, para poder sentir cada centímetro de su piel caliente y suave.

Mis dedos pronto chocaron con su sujetador, lo que me irritó tanto que liberé la mano, agarré el cuchillo junto a mi cabeza y lo pasé por la tela molesta en un movimiento fluido para desnudar su torso ante mí.

Justo cuando iba a tirar el cuchillo lejos de mí, ella me detuvo. Jeanne se incorporó y dejó caer la cabeza al suelo, abrumado por la vista divina que se me ofrecía.

La luz del techo se reflejó en la hoja del cuchillo cuando levantó la cadera, agarró mi camiseta y la cortó a lo largo.

El hambre en su mirada me resultaba demasiado familiar. Sin embargo, me gustaban aún más sus labios enrojecidos e hinchados por el beso salvaje y el calor febril en sus mejillas.

Si de mí dependiera, la pondría en este estado constantemente. Por la mañana, antes de que estuviera realmente despierta. Al mediodía, porque finalmente tendría un incentivo para el descanso que Claude me había estado sugiriendo durante años. Por la noche, cuando los niños estuvieran en la cama y nos sentáramos juntos en el sofá.

Con ninguna mujer con la que había acabado en la cama antes había imaginado algo así. No había desperdiciado ni un pensamiento en el mañana con ellas.

Pero Jeanne... ella se había colado en mis pensamientos desde que la había visto dormir plácidamente en su cama.

Con las uñas, arañó mi pecho hasta llegar a mi ombligo, enviando más oleadas de deseo a través de mi cuerpo. Ella sabía lo que estaba haciendo. Lo que me estaba haciendo a *mí*.

—Solo para que no te quejes después —dijo con voz ronca—. No hay derecho de retractarse una vez que haya sucedido.

¿Retractarme? Antes la encadenaría a mí. Por más de una razón, y no todas ellas caían en la categoría de una pareja cariñosa, sino tal vez más en la categoría del psicópata obsesivo. Pero estaba bien - nos habíamos llevado el uno al otro a la desesperación lo suficiente.

Deslicé las manos hacia arriba por sus muslos. —Tu persistencia finalmente está dando frutos, *ma belle*, porque ahora definitivamente no te librarás de mí.

Me habría encantado seguir permitiéndole que me provocara de todas las maneras posibles. Habría tiempo suficiente para eso en otro momento, cuando el roce en seco no me estuviera enviando casi al olvido.

—¿No? Tus retiradas podrían pasar a los libros de historia —respondió ella con desenfado, por lo que la giré sin esfuerzo sobre su espalda, quedando yo entre sus piernas. Se mordió el labio inferior cuando presioné mis caderas contra las suyas, frotándome contra ella por un breve momento, antes de quitarme completamente los pantalones que ella solo me había bajado a medias antes.

Y como nos encontrábamos en un desequilibrio, rápidamente la despoje también de sus mallas.

Mi mirada se posó automáticamente en sus bragas, cuya tela estaba completamente empapada en el centro.

Lentamente empecé a creer que el momento de mi muerte ya había llegado. Ahora. Aquí. Inmediatamente.

Enganché un dedo bajo el elástico, Jeanne levantó las caderas y bajé las bragas para desnudarla completamente.

Sí, esto definitivamente era mi fin.

—Lo siento, pero aún tengo tiempo suficiente para convertir tus caderas en mi altar —le advertí con un gruñido, antes de descender, rodear sus caderas con mis brazos y hundir mi cabeza entre sus piernas, como si no fuera la primera vez que la veía completamente desnuda.

Un hambre primitiva se apoderó de mí cuando su dulce sabor explotó en mi lengua. Me deslicé entre sus labios, encontré su clítoris y jugué con él.

Jeanne inspiró bruscamente, al mismo tiempo que todo su cuerpo se arqueó, antes de que sus gemidos completamente desinhibidos llenaran la bóveda a nuestro alrededor.

Si alguien se atreviera a aparecer ahora, lo dispararía sin pensarlo.

La forma en que su cuerpo se abría voluntariamente a mí, entregándose, me contaba todo lo que necesitaba saber para encontrar exactamente el punto y el ritmo que le arrancarían el primer orgasmo.

Levanté un brazo de su cadera y lo coloqué de manera que también pudiera jugar con mis dedos. Ya durante los primeros segundos habría sido fácil penetrar en su humedad. Pero esperé... esperé hasta que me invitó con sus sonidos insatisfechos, invitación que acepté de buen grado. Introduje mi dedo lo suficiente como para encontrar el punto áspero justo detrás de su entrada y comencé a masajearlo.

En ese momento, tenía el control total sobre su cuerpo y miré hacia arriba, solo para encontrarme con su mirada ardiente. Tenía las cejas fruncidas por la sorpresa y la boca ligeramente abierta, la cabeza echada hacia atrás lo suficiente como para poder ver lo que le estaba haciendo.

Cuando su mano encontró el camino hacia mi cabeza, hacia mi cabello, comencé a sonreír contra su coño.

—Por favor, déjame correrme, Carver —la oí susurrar, al mismo tiempo que su interior se apretaba más alrededor de mi dedo y sentí el primer espasmo en su coño.

El sexo podría haber sido algo corrupto para ella hasta hoy y una transacción para mí, pero después de lo que estaba sucediendo, ambas cosas caerían en un agradecido olvido. De una vez por todas.

Presioné mi dedo con más fuerza contra la pared de su vagina, luego levanté la cabeza para pronunciar exactamente cinco palabras antes de volver a bajar mi boca a su clítoris.

—Córrete para mí, *ma belle*.

No se necesitó más. Jeanne arqueó la espalda y se dejó ir. Incluso antes de que el temblor se apoderara de su cuerpo, supe que no era solo un orgasmo. Más de su humedad se extendió por mi

lengua, en mi boca. Goteaba al suelo porque me negaba a apartarme de ella hasta que el último temblor hubiera recorrido su cuerpo. Hasta que yaciera exhausta frente a mí y tirara de mi cabello para dirigirme hacia arriba.

Sonriendo, me acerqué a ella. —¿Te vas a jactar de esto para siempre, verdad?

—¿Que la primera vez que te chupo no solo te corres para mí, sino que squirteas? Puedes hacer que lo graben en lenguaje florido en mi lápida.

—Tienes que deshacerte de esa obsesión con tu muerte —respondió lánguidamente, dejando que sus dedos se deslizaran por el costado de mi mejilla, antes de envolver mi cadera con su pierna y tirar de mí hacia abajo, para que ni siquiera pudiera responderle porque me estaba besando.

Un sonido de placer se le escapó cuando se saboreó a sí misma en mi lengua.

—Alternativamente, podría desarrollar una obsesión por ti —murmuré contra sus labios.

—¿Por mí? Pensé que ya la tenías. —Me mordió el labio inferior con descaro, pero fijé mi mirada en la puerta al otro extremo de la bóveda.

Pasos.

Oía pasos.

—¿Carver?

—¡LÁRGATE! —le grité a Seven, ya protegiendo a Jeanne con mi cuerpo.

—Tenemos un problema, jefe, y...

Negué con la cabeza. —Déjame en *paz de una maldita vez*. Suena más a un problema de Seven que a un problema de Carver.

—Pero...

Aún no había cruzado la puerta. —Estoy follando a mi futura esposa. Si yo fuera tú, me cuidaría de dar un paso más cerca.

Se hizo un largo silencio. Luego, tímidamente: —De acuerdo, supongo que puede esperar un poco más.

Pero yo, definitivamente yo no podía esperar más.

Jeanne presionó su mano contra mi pecho. —¿Estás seguro de que no deberías preguntar?

—Si me levanto y me visto ahora, sufriré un daño permanente.

Ella torció el gesto escéptica. Así que tomé su mano, la guié entre nosotros hacia abajo y la puse alrededor de mi polla dura como una roca.

Su escepticismo se transformó en algo que solo podría describirse como asombro.

—¿Sigues tan convencida de que debería preguntar?

—No. Pero convencida de que nunca he tenido una polla tan dura.

Le devolví la mirada sombríamente. —Eso espero.

—¿Problemas con eso? —Su actitud desaparecería pronto.

Al final, fue Jeanne quien me liberó de los bóxers y envolvió también su otra pierna alrededor de mi cadera, lo que casi me permitió penetrarla inmediatamente.

—En absoluto. Porque ninguno de esos hombres te ha follado como yo lo haré, *ma belle*.

Ella me detuvo. —¿Carver?

—¿Dudas de mi palabra?

—No. Pero quizás deberías saber que no tomo la píldora, y tampoco...

Me incliné hacia abajo, deslicé la lengua sobre su oreja y sentí cómo una sonrisa divertida se extendía en mis labios. —Bien. Eso significa que mi próximo hijo nacerá de la única manera correcta.

Antes de que terminara la frase, empujé mis caderas hacia adelante y entré en ella, con la

primera embestida ya tan profunda que no cabía nada entre nosotros. Su coño se cerraba demasiado apretado alrededor de mi dura erección, mientras sus piernas se aseguraban de que ni siquiera pudiera retirarme lo suficiente como para salir completamente de ella.

Jeanne buscó apoyo en mis hombros, clavando sus uñas allí hasta que sentí un dolor agudo, que parecía ser el acompañante perfecto para mi lujuria, la cual solo se avivaba con ello.

Más tarde tendría tiempo suficiente para follarla lenta y exhaustivamente, pero ahora se trataba simplemente de liberarnos a ambos lo más rápido posible. Suavizar el filo afilado de nuestro deseo para que ambos pudiéramos pensar con más claridad.

Cuando me atrajo de nuevo hacia ella para besarme, me hizo darme cuenta del papel insignificante que habían jugado los besos en mis encuentros sexuales anteriores. Nunca se había sentido tan bien como ahora.

Ella gemía en mi boca, respondiendo a cada embestida con una reacción. Ya fuera su coño contrayéndose rítmicamente a mi alrededor, o sus dedos hundiéndose más profundamente en mi carne. Ya fuera conteniendo la respiración o murmurando palabras que nunca habría esperado oír de su boca.

Con una mano me apoyé junto a su cabeza, la otra la deslicé por su cabello, tiré de su cabeza hacia atrás y me lancé sobre su cuello, tal como ella lo había hecho antes con el mío. Saboreé la sal en su piel y el placer que le estaba proporcionando. Justo debajo de la piel sentí su fuerte pulso.

—¿Quieres correrte otra vez? —murmuré contra su cuello.

Su asentimiento fue vehemente. —Sí, oh Dios, sí, *por favor*.

—Me gusta cómo lo pides. Como si se me pudiera ocurrir negarte el orgasmo.

Su mano se deslizó por mi nuca. —Quizás me gustaría que lo hicieras de vez en cuando.

Comencé a jugar con sus pechos. —De vez en cuando... pero no hoy. Hoy te correrás para mí tantas veces como tu cuerpo lo permita.

Jeanne maldijo. —No te decepcionaré.

—¿Decepcionarme, pequeña? Estoy metido hasta los huevos en tu divino, cálido y suave coño, después de que te hayas corrido tan fuerte en mi lengua que puedo sentir lo débiles que están tus piernas. ¿Decepcionarme, Jeanne? No podrías ser mejor para mí. —Cómo arrancaría estos pensamientos de raíz. Si fuera necesario, la follaría y le haría enumerar una y otra vez lo que la hace tan jodidamente perfecta para mí.

—Te correrás dentro de mí, ¿verdad? —¿Escuché anticipación en su voz?

Para confirmar su pregunta, la follé más duro. Por ella. Por mí. Por la salvación de nuestras almas.

—Por supuesto que lo haré. Y tú tomarás obedientemente hasta la última gota de mi semen dentro de ti, porque planeo lamerte para limpiarte justo después.

Ella abrió los ojos de par en par, y sentí cómo se corría de nuevo. Y yo con ella, porque evidentemente no había nada más hermoso para mí que ver a esta mujer alcanzar el clímax. La atracción que ejercía sobre mí era peligrosa.

Era la sensación más poderosa y aterradora que jamás había experimentado.

Y con ello, claramente algo que necesitaría en el futuro para poder respirar libremente.

—Y, ¿qué es *esa única cosa* ahora? —le pregunté a Jeanne, que yacía a mi lado en mi brazo, con la cabeza apoyada en mi pecho. Su cabello rubio fluía sobre mi hombro y me hacía cosquillas en

la mejilla, pero maldita sea, no cambiaría este momento por nada.

Quizás como máximo por una cama, para que no tuviéramos que seguir acostados en el suelo de goma, pero aparte de eso, podía describirme como un hombre más que feliz.

Sin embargo, algunas preguntas me quemaban en la lengua, que simplemente no había podido soltar en el calor del momento. O no había querido.

—¿Esa única cosa? —repitió ella, como si no tuviera la más mínima idea de lo que estaba hablando.

Así que le hice el favor y repetí exactamente lo que ella me había dicho. En algún momento. Hace eones.

—*Pero realmente apenas puedo esperar para descubrir si tu polla también me hace agua la boca en la realidad... y si... ya sabes, esa única cosa. Eso es lo que realmente me interesa.* — Podía recitar su declaración de memoria porque se había grabado profundamente en mi mente.

Esa pregunta ardiente sobre a qué se refería con esa única cosa.

Miré hacia abajo, pero no pude ver nada más que la parte posterior de su cabeza. Me hubiera encantado estudiar su expresión facial para poder evaluar lo que pasaba por sus pensamientos.

Sin que se lo pidiera, cambió la posición de su cabeza, girándola para poder mirarme. Como había sospechado, tenía una mirada traviesa en los ojos.

—En realidad, solo quería molestarte, Carver. Sacarte de tus casillas porque me mantenías a distancia. Pero cuando lo dije, me refería a cómo eres en la cama. Durante meses me imaginé todos estos escenarios y... —Sus palabras se perdieron. No porque pareciera avergonzada de hablar de ello. Sino porque se encogió de hombros, ya que era innecesario terminar la frase.

—Quién podía imaginar qué pequeña y seductora sirena eres —respondí divertido—. Realmente quería mantenerme firme, pero me lo has hecho imposible. Así que ahora tendrás que lidiar con el hecho de que me he estado conteniendo durante años.

Jeanne se enderezó. —¿Quieres decir exactamente como yo? Todas las cosas realmente buenas siempre han ocurrido solo en mi mente. Las he imaginado, las he sentido en otros niveles, pero nunca las he vivido.

No entendía por qué me había elegido precisamente a mí, de entre todas las personas posibles, para confiarme sus secretos. No es que fuera a traicionar su confianza. Sin embargo, seguía siendo un misterio para mí por qué esta mujer había tropezado en mi vida y simplemente decidido que se quedaría. No importaba cuánto intentara mantenerla a distancia.

—Pero parecías tener muy claro lo que estabas haciendo.

Un ligero rubor cubrió sus mejillas. —¿Lo hubieras preferido de otra manera? ¿Quizás te gusta más follarte a eternas vírgenes? Aunque entonces tu moderación sería un problema.

Tomé su mano y comencé a besar cada uno de sus dedos. —Sabes que esto es solo el comienzo, ¿verdad? Es apenas lo mínimo. Y por cada pensamiento pervertido que has tenido conmigo, yo he tenido dos contigo. Y sobre todas las infinitas posibilidades de reclamarte como mía.

—¿No te basta con tu semen dentro de mí? —Su tono descarado hizo que mi sangre volviera a hervir sin esfuerzo.

—Eso nunca será suficiente, *ma belle* —respondí con un susurro—. Pero tengo la sensación de que no me creerás si no te lo demuestro.

Quizás debería proponerme encontrar su lado tímido. Desenterrar la inseguridad en la que no parecía el demonio obsesionado con el sexo que había derrumbado mis muros.

Comencé a incorporarme. —¿Estás lista para la segunda ronda?

—¿Segunda ronda? Acabas de...

¿Era eso una protesta? —¿Hacerte llegar al orgasmo? Sí. Pero eso no significa que haya terminado contigo.

Jeanne permaneció sentada en el suelo, incluso cuando me puse de pie y la miré desde arriba. Escéptico, porque no se había movido ni un ápice.

—Tenías algunas reflexiones bastante interesantes sobre mi polla —comencé.

Me miró insegura antes de deslizarse a una posición de rodillas, con la cabeza ligeramente inclinada. —Nunca he hecho esto, Carver.

Inmediatamente me puse en cuclillas para estar a la altura de sus ojos. Aunque no parecía asustarla, la seguridad con la que se había movido tan extraordinariamente antes parecía haberse esfumado.

—Pero no me malinterpretes. Cuando veo tu polla dura, la quiero dentro de mí. En mi boca. Quiero ver qué te pasa cuando... si es tan caliente para ti como lo es para mí.

Sus explicaciones básicamente me dijeron todo lo que necesitaba saber. —No puedes hacer nada mal, no cuando tu lengua casi me volvió loco antes, aunque ni siquiera estuviera cerca de mi polla.

Divertida, torció la boca. —Quizás debería cambiar eso.

Ella *sería* mi muerte. Tarde o temprano. Más bien temprano, si se esforzaba de manera tan excelente.

—Hay dos opciones —respondí—. O lo descubres por ti misma, o te muestro cómo me toco y cómo usaría tu boca.

La nueva expresión en su rostro me resultó familiar. Como si la hubiera retado a una apuesta que no podía rechazar. O no lo haría.

—Tampoco tuve que mostrarte cómo darme placer.

—No solo *tu* cuerpo habla un lenguaje muy claro, *ma belle* —dije, cerrando los dedos alrededor de su barbilla y poniéndome de pie—. Me encanta cuando gimes para mí, así que no te contengas.

En lugar de cerrar sus dedos directamente alrededor de mi polla, Jeanne se inclinó hacia adelante y me hizo sentir su aliento caliente antes de colocar el primer beso tortuoso en el centro de mi muslo ileso. Sus manos se cerraron alrededor de mis pantorrillas, subiendo un poco. No se necesitó más para que sintiera el primer espasmo involuntario en mis músculos.

Con su lengua dejó un rastro húmedo en mi piel, que inmediatamente comenzó a hormiguear cuando se alejó del lugar. Cuanto más se acercaba a mi cadera, más arriba subían sus manos. Cuando sus dientes, como antes, alcanzaron el punto suave justo al lado del hueso de la cadera, sus dedos encontraron mi trasero desnudo, clavándose en él, haciendo que me moviera hacia ella.

Probablemente bastara con que Jeanne me mirara en cualquier otra situación para ponerme duro. En consecuencia, el resultado de su pequeña tortura no era sorprendente.

Mi erección se estiraba anhelante hacia ella y cuando presionó sus labios inesperadamente contra la longitud, me tambaleé hacia adelante. Instintivamente, extendí una mano hacia arriba hasta que agarré uno de los tubos bajos y me sostuve de él. El metal protestó, y no estaba solo, porque el nudo al final de mi columna vertebral también me comunicó inequívocamente que era demasiado de todo.

Sus suaves manos sobre mi piel. El hecho de que Jeanne estuviera arrodillada frente a mí chupándomela, aunque nunca antes lo hubiera hecho para ningún hombre. Su cálida boca familiarizándose con mi polla de una manera que me hacía dudar de mi cordura.

Y Dios, su lengua. Su maldita lengua, que ya me causaba problemas incluso cuando no estaba en mi cuerpo.

—Así, exactamente —gruñí y agarré la parte posterior de su cabeza con la otra mano—. Así es perfecto.

Mis palabras le arrancaron el gemido que quería oír, pero al mismo tiempo su reacción también me exigió una maldición. Su tono vibró en toda mi parte baja, lo que casi me hizo ver estrellas.

—No pares, *ma belle* —siseé, mientras todo se contraía dentro de mí porque ella tomaba mi erección cada vez más profundo en su boca.

Sentir su lengua áspera en mi longitud no tenía absolutamente ninguna comparación con la barata imitación de mamada que había experimentado con la escort. Jeanne no tenía comparación con ninguna mujer que hubiera terminado en la misma cama que yo.

Tal vez era la atracción. O el hecho de que ella tenía un interés real en darme placer.

Avancé lentamente, sintiendo su garganta, viendo cómo las lágrimas brotaban de sus ojos. Podría haber parado, pero no lo hizo, y eso despertó en mí una sensación de absoluto éxtasis.

—Lo haces tan jodidamente bien, Jeanne —exclamé, dejando caer la cabeza hacia atrás, profundamente enterrado en su boca, su lengua y sus manos eran suficiente estímulo como para hacerme dudar de mi autocontrol—. Tu boca es perfecta para mi polla. Como si estuviera hecha solo para mi placer. Apenas puedo esperar para estar dentro de ti otra vez.

De hecho, no podía esperar, así que retiré mi erección y la puse de pie, solo para dirigirla al otro lado de la habitación. La hice girar de un tirón y presioné sus manos contra la reja para que pudiera sujetarse.

Por su propia voluntad, me ofreció su trasero, dejándome contemplar su vista posterior mientras me miraba por encima del hombro y se mordía el labio inferior.

Me acerqué a ella, deslicé mi mano entre sus piernas y sentí la humedad que empapaba sus muslos.

—Mira tú por dónde. ¿A quién le excita darme una mamada, eh?

Con la otra mano, agarré su cabello y dirigí su cabeza para poder besarla. Con fuerza.

Saboreé mi propio deseo en su lengua, con un gruñido profundo en el pecho. Solo cuando se apartó de mí para tomar aire, retiré la mano de entre sus piernas y la llevé entre nosotros hacia arriba para presionar los dedos contra su boca.

Los tomó entre sus labios, como lo había hecho antes con mi polla, y los lamió hasta limpiarlos. Se los quité solo para recorrer su columna vertebral hacia abajo, su trasero hasta su centro. Pero no la toqué. *Todavía* no.

—Quiero más, *ma belle*. Dame lo que me pertenece —exigí.

Casi de inmediato, su cuerpo se estiró hacia mí, la curva de su espalda una visión que me hizo olvidar cualquier otro cuerpo femenino desnudo que hubiera visto antes.

Con su coño, se frotó contra mi polla, dejándola deslizarse sobre su trasero y entre sus piernas. Sin embargo, no lograba encontrar el ángulo correcto en el que pudiera deslizarme fácilmente dentro de ella.

Su impaciencia la hacía actuar de manera más errática, lo que me divertía aún más. —Parece que tendrás que esforzarte más. Mis manos están muy ocupadas ahora mismo.

A modo de demostración, deslicé una mano por su cabello y la otra sobre sus costillas hacia adelante para poder abarcar uno de sus pechos. Su pezón se frotó contra la palma áspera de mi mano, lo que inmediatamente le arrancó un gemido.

—No soltarás la reja, ¿nos hemos entendido? —le susurré cuando quiso usar su propia mano para ayudarse a meter mi polla dentro de ella.

—Te deseo —suspiró sin aliento.

—Lo sé, *ma belle* —dije con voz suave—. ¿Por qué no lo tomas tú misma, eh? Mi polla está dura y tu coño mojado, no veo nada que lo impida.

Respondió a mis palabras con un gemido, antes de frotarse contra mí nuevamente. Esta vez, la punta de mi polla golpeó contra su clítoris irritado, lo que no solo la hizo gemir, sino que también le dio la motivación necesaria.

Jeanne inclinó las caderas en la dirección opuesta hasta que mi polla estuvo exactamente donde ella la quería. Luego vino hacia mí, empalándose con mi erección.

Pero yo no me moví, simplemente porque me gustaba ver su creciente desesperación, que contrastaba fuertemente con su deseo. Obviamente, su frustración era lo suficientemente grande como para que comenzara a follarse a sí misma sobre mí.

Me incliné, besé su hombro. —Esa es mi mujer.

Luego llevé la segunda mano a sus pechos, los abarqué y tomé el control. La follé, dura y rápidamente, mientras ella se aferraba a la reja. Gemía. Dejando caer la cabeza contra ella alternativamente, y luego echándola hacia atrás.

Nunca había sentido la necesidad de mantener a una mujer cerca de mí más allá de mi orgasmo. Pero ¿Jeanne? A ella no la dejaría ir de nuevo. Lo que estaba sucediendo aquí era nuevo para mí en tantos niveles, pero lo disimulaba. Lo disimulaba con el deseo primitivo por esta mujer que me había trastornado completamente.

No sentía la necesidad de contenerme. De contenerme.

—Tus gemidos, *ma belle* —presioné entre dientes apretados—, me pertenecen.

Mi mano se deslizó de su pecho hacia abajo entre sus piernas, de modo que mis dedos encontraron certeramente su clítoris. —Tu coño me pertenece.

Sin consideración, la estimulé. —Tu cuerpo me pertenece. Tu voz, que me persigue en todos mis sueños. Tu cabeza inteligente y terca... y tus orgasmos. Dame otro más, para que tus gemidos me lleven al límite.

—Carver —gimió mi nombre. ¿Un mantra? ¿Una petición? ¿Una súplica? ¿Una plegaria?

Fuera lo que fuese, el sonido de su voz me catapultó a una esfera completamente nueva.

Era la confianza ilimitada que Jeanne me mostraba. No la esperaba de ella, pero me la otorgaba de todos modos, y mucho más de lo que había contado que me regalara, sin pensarlo dos veces.

Sentí mi propio orgasmo acercarse antes de darme cuenta de que su coño se apretaba más fuerte a mi alrededor y comenzaba a palpar.

Mis embestidas se volvieron entrecortadas, más lentas pero aún más duras, hasta que no pude hacer más que dejar caer mi frente contra su hombro.

Le hice sentir mis dientes, mordiendo entre gemidos exactamente en el segundo en que mi esperma caliente se disparó profundamente en su vientre y su pulsación rítmica hizo que mi erección se sintiera de repente tan sensible que me pregunté qué maldita maldición me había lanzado.

Cuando liberé su hombro, me di el golpe de gracia a mí mismo, y todo sin haber consultado una vez más mis sagrados dados, en cuya decisión confiaba tanto en otras ocasiones.

—Te pertenezco, Jeanne.

Cuando salimos de la bóveda una eternidad después, Seven nos esperaba fuera en el callejón, donde una puerta discreta conducía hacia las profundidades.

Estaba apoyado contra la pared, con un pie contra ella, mordisqueándose la uña del dedo.

Hasta ahora no había notado que algo lo hubiera desconcertado, pero ahora parecía estar mucho más nervioso. Una voz suave en el fondo de mi mente me susurró que no tenía nada que ver con el momento incómodo de antes, cuando Carver no solo le había gritado, sino que también lo había amenazado.

Aun así, me avergonzaba que de alguna manera hubiera sido testigo de algo que seguramente no queríamos divulgar de inmediato.

Durante unos segundos, simplemente nos quedamos frente a frente, mirándonos los tres, mientras el silencio se hacía cada vez más fuerte.

Finalmente, me aclaré la garganta y rompí el silencio. —¿De qué se trataba antes? —pregunté con cautela, aunque sin pedirle directamente que no le contara a nadie lo que había oído. Involuntariamente.

La mirada de Seven buscó la de Carver, como si no estuviera completamente seguro de si debía responder a mi pregunta. O si debería.

Sin embargo, con un simple gesto de la mano, Carver le indicó que podía hablar libremente, sin que fuera necesario que él mismo repitiera la pregunta.

—Hubo un pequeño contratiempo con nuestro proyecto de las últimas semanas. Sería importante que te ocuparas personalmente de ello. Después de que hayas escuchado el resumen de los demás —explicó, aparentemente muy cuidadoso con su elección de palabras.

—Suenan como si hubiera sido un problema de tiempo.

—No. Y lamentablemente eso no era todo —respondió a la afirmación de Carver, antes de tragar con dificultad. De repente, Seven se transformó en el portador de malas noticias. Lo vi en su rostro, incluso antes de que abriera la boca de nuevo. Y también simplemente *supe* lo que iba a decir—. Me temo que el estado de Cézanne ha empeorado considerablemente en las últimas horas. Ya hemos llamado al médico. Le ha administrado medicamentos, pero...

Inmediatamente sentí una punzada aguda de culpa. Habían sucedido cosas terribles mientras Carver y yo nos habíamos acercado. Inmediatamente me volví hacia él, estudiando la expresión indescifrable en su rostro, antes de hablar de nuevo.

—Iré con Cézanne, así podrás ocuparte de los otros problemas. Si puedes prescindir de Seven, él podría encargarse de los chicos. Cat se quedará conmigo —Mis pensamientos corrían. No solo con los pasos que ahora eran necesarios, sino sobre todo con la pregunta de si era mi culpa por no haber pasado las últimas horas a su lado.

Pero mi presencia no habría cambiado nada. Ni su enfermedad, ni la situación, ni el momento en que el cáncer decidió atacar con más fuerza.

Miré a Carver interrogativamente cuando no respondió inmediatamente a mi sugerencia. Se pasó la mano por la nuca y sacudió la cabeza. Sin embargo, no con respecto a lo que yo había dicho, sino sobre la imposibilidad de la situación. Probablemente su corazón le decía una cosa, mientras que su mente le recordaba las obligaciones que tenía.

—Yo la cuidaré, no te preocupes —añadí y puse mi mano en el brazo de Carver para darle un apretón de confirmación—. Tú simplemente date prisa y luego te unirás a nosotros.

—¿El médico dio algún pronóstico? —exigió saber a Seven, ignorándome aún.

Solo cuando este negó con la cabeza y frunció los labios, como si a él mismo no le gustara, Carver finalmente cedió.

—Bien. Seven se encarga de los gemelos, tú te ocupas de Cat y Céz, y yo de los problemas. Me daré prisa. Dile que se cuide de morir antes de que yo llegue.

—Carver... —comencé, pero él sacudió mi mano, así que tuve que ver con una sensación de impotencia en el estómago cómo se alejaba a zancadas.

Me volví hacia Seven. —No se iría si no fuera urgente, ¿verdad?

Ante esto, Seven negó con la cabeza. —Si hay algo que he aprendido sobre Carver en los últimos años, es que pone a su familia en primer lugar siempre que le es posible. Ni siquiera le habría contado sobre los problemas en estas circunstancias si no fuera importante.

No me quedaba más remedio que asentir. Sin embargo, me dolía saber que tenía que tomar una decisión, y que no era la que él hubiera deseado.

En su lugar, creía que amenazar a su esposa moribunda cambiaría algo sobre el hecho de que sucedería inevitablemente. Estuviera él allí o no.

Las lágrimas acudieron a mis ojos, aunque aún no nos habíamos puesto en movimiento y todavía estábamos en silencio en el callejón. Tenía que recomponerme antes de volver a la casa. Sobre todo por los niños, pero también por Cézanne, que merecía que una mujer fuerte le brindara el apoyo que necesitaba.

—Tómate unos minutos —oí murmurar a Seven, como si no estuviera seguro de si estaba bien hablar conmigo.

Así que me di la vuelta, me acerqué a la pared más cercana y apoyé mi frente contra la fría piedra. Ya no pude contener las lágrimas cuando mis pensamientos reproducían en bucle la declaración de Seven.

Era un desarrollo que se podía prever y, sin embargo, me sorprendí a mí misma sintiéndome desprevenida. ¿Puede uno realmente prepararse para la muerte de alguien? Incluso si lo sabías con semanas o incluso meses de antelación, ¿alguna vez lograrías no dejarte arrastrar por los sentimientos cuando finalmente llegara el momento?

Cézanne me había dicho que, con su tipo de cáncer, podría vivir en paz durante bastante tiempo a pesar de la falta de opciones de tratamiento. Por supuesto, las limitaciones en algunas áreas eran omnipresentes, pero en general solo se volvería feo cuando el cáncer atacara sin previo aviso.

Y eso era exactamente lo que había sucedido ahora. Ni siquiera necesitaba haberla visto para que me rompiera el corazón. Solo la conocía desde hacía unas semanas.

Semanas.

Pero durante ese tiempo, me había recibido con los brazos abiertos en su familia, me había dado un hogar y se había asegurado de que mi vida se moviera en una dirección que realmente me entusiasmaba. Me había ayudado a reconocer y vivir mi libertad, incluso en una isla tan

remota como esta. Cézanne también me había enseñado lo que significaban la unidad y la lealtad, y lo que hacía que todo fuera aún más difícil: me había preparado para tomar su lugar para que su familia no se desmoronara después de su muerte.

Quería que yo fuera el pegamento instantáneo para los fragmentos que caerían al suelo tan pronto como ella diera su último aliento.

Merde, ni siquiera sentía el peso sobre mis hombros o la presión detrás de su decisión. Todo lo que sentía era dolor, que se abría paso a través de mi interior con sus garras afiladas.

Pasé el dorso de mi mano por mis mejillas húmedas.

Contrólate.

Antes de volverme hacia Seven, me soné la nariz. Abrí los ojos, aunque solo veía borroso debido a las lágrimas. Luego enderecé los hombros, que había levantado con el suave sollozo que había sacudido mi cuerpo.

—¿Estás mejor? —preguntó Seven. Probablemente lo estaba mirando con ojos hinchados, mejillas enrojecidas y todos los demás efectos secundarios que aparecen cuando te permites llorar tan intensamente durante cinco minutos que después solo quieres meterte en la cama y dormir.

—No estoy segura de si las cosas *estarán mejor* en el futuro cercano —respondí. Sonó más cruel de lo que pretendía, así que me disculpé de inmediato.

—Su muerte convertirá esta isla en un lugar diferente, Jeanne. Cada persona aquí la llorará cuando llegue el momento. Lo entiendo. *Realmente* lo entiendo. Pero no deberíamos dejar que se note cuando vayamos a verla ahora. No quiero que se atormenta con sentimientos de culpa por dejarnos a todos atrás. —Cuanto más hablaba, más delgada sonaba su voz.

Aunque tal vez fuera la reacción equivocada, lo rodeé con mis brazos desde un lado, agradecida cuando él puso su brazo alrededor de mi cintura. Juntos dimos el primer paso hacia la casa.

—Lo superaremos todos juntos. —Por supuesto, había sido consciente de que Cézanne había desempeñado un papel importante para la familia y la mafia, antes de su enfermedad, pero darme cuenta de que era valorada sin excepción y que todas estas personas la extrañarían...

Eso no lo hacía más fácil. Nada lo haría más fácil, por lo que me limpié la nariz y las mejillas una última vez mientras caminaba, antes de encerrar todos estos pensamientos en el fondo de mi mente para estar completamente presente.

—¿Estuviste con ella?

—Hasta que envié a Claude a buscar a Carver.

—Él se culpará por haberlo ignorado —afirmé, sintiendo el frío atravesar mis huesos.

Seven ni siquiera me contradijo. —Lo hará. Se odiará por ello. Y Cézanne simplemente se alegrará de que finalmente haya logrado burlar a sus demonios. Tal vez ella se una a ellos y siga molestándolo durante las próximas décadas.

El pensamiento me hizo sonreír. Sin embargo, la suave sonrisa se desvaneció cuando nos paramos frente a la casa.

De hecho, creía sentir el cambio en el aire que nos rodeaba. No se debía al cielo nublado o al ambiente opresivo, sino a la energía que fluía hacia mí.

Normalmente, la llegada siempre se había sentido como volver a casa, pero ahora faltaba ese calor al que me había acostumbrado. La atmósfera acogedora.

Seven me abrió la puerta y entré, agachando instintivamente la cabeza. En la sala de estar, nos encontramos con Claude, que estaba jugando al Memory en el suelo con los gemelos. Caterina estaba sentada en su regazo, mordisqueando una de las cartas de cartón.

Los observé simplemente durante unos segundos antes de que mi mirada se encontrara con la de Claude. Mantuvimos una breve conversación sin palabras hasta que Seven también se sentó en el suelo.

Podrían ser días. O horas. La realización me golpeó como una bola de demolición a un edificio antiguo. Instintivamente, me apoyé en la isla de la cocina, agradecida de que los gemelos no tuvieran la más mínima idea de lo que estaba sucediendo.

La decisión de Cézanne al respecto había sido tan directa como todas las demás. No quería que Matteo o Davide la vieran en este estado. Tampoco quería que más tarde tuvieran que lidiar con la imagen de su madre muerta en sus recuerdos.

Cada día había sido una despedida para ella, por lo que podía hacer estas demandas con la conciencia tranquila, sabiendo que Carver y yo nos aseguraríamos más tarde de que los niños estuvieran bien.

Claude se levantó del suelo y vino hacia mí. Mientras tanto, entregó a Cat a Seven, quien la recibió. Parecía haber tenido los mismos pensamientos que yo y aparentemente también había llegado a la conclusión de que Cat tampoco necesitaba presenciar nada de esto si se podía evitar.

—El médico se quedará en la isla todo el tiempo que sea necesario. Lo he instalado en mi oficina y le he prometido una generosa suma de dinero por esperar. Si necesita más analgésicos o cambia de opinión sobre la morfina, me avisas inmediatamente, ¿entendido? —Sonaba... conmovido.

Asentí con cuidado.

—Ella no merece sufrir. Al contrario, insisto en que tenga paz. Cuídala bien.

—Estoy segura de que tú puedes...

—No. Tú o Carver, sus exigencias fueron muy claras.

Su declaración me hizo tragar saliva. Que me pusiera al mismo nivel que el hombre con el que había sido amiga desde su juventud... con quien se había casado, a quien llamaba su mejor amigo, con quien había tenido y criado hijos...

Una vez más, sentí ganas de llorar.

—Todos estamos a solo un mensaje de distancia. Ya no tiene que fingir ser fuerte. Díselo.

—¿En qué estado...

—Mentalmente está completamente lúcida. Pero su cuerpo ya no hace lo que ella quiere.

Me mordí la lengua, preparándome una vez más para lo que vendría ahora, aunque no podía estimarlo en lo más mínimo.

Finalmente, me aparté de la isla de la cocina y me apresuré hacia el dormitorio.

Como de costumbre, la puerta estaba entreabierta y cuando entré con cuidado, mi corazón se hundió hasta las rodillas. Había visto a Cézanne en su cama muchas veces, pero nunca había sentido que estaba frente a un fantasma.

Nunca había pasado por alto cómo había evolucionado su estado físico desde mi llegada, pero la diferencia con esta mañana, cuando aún habíamos desayunado juntos con los niños y Carver, era tan enorme que no daba crédito a mis propios ojos.

—Lo siento por... —comenzó con voz débil.

Inmediatamente negué con la cabeza. —No. No te disculpes por nada.

De camino a la cama, me quité los zapatos y finalmente me subí al colchón junto a ella para rodearla con un brazo.

Su cabeza se hundió contra mi hombro, de modo que pude apoyar la mía sobre la suya.

Podía olerlo. La muerte que se aferraba a sus talones.

Cézanne no era, ni de lejos, la primera persona que moría en mi entorno y, en algún

momento, había desarrollado una relación bastante estrecha con la Parca, aunque fuera una impulsada por el odio.

—Dime qué necesitas, Anne —dije en voz baja.

Pasó un tiempo antes de que respondiera siquiera. —Simplemente estoy cansada.

—Está bien. Puedes estar cansada. Si quieres dormir...

—Todavía no.

Escuché su respiración irregular antes de responder. —De acuerdo. Entonces simplemente quedémonos aquí tumbadas. No pienso irme otra vez.

—Ya te ha llevado bastante tiempo venir. —Aunque sonaba como tal, no era un reproche.

—Estaba con Carver —comencé, sabiendo que lo que le contaría la haría feliz—. ¿Quieres que te cuente lo que pasó?

—Cada detalle.

—De acuerdo. Escucha. —Y entonces empecé a relatarle con los más mínimos detalles lo que había ocurrido entre Carver y yo. No omití nada, respondí a todas sus preguntas sabiendo que se trataba de su último gran plan, que ahora se había cumplido.

—Así que por fin ha ocurrido... y ya no tengo que preocuparme por si consigue dejar de lado sus dudas —constató finalmente. Su voz sonaba un poco mejor. Más viva.

—No tienes que hacerlo. Lo hemos conseguido. Tú lo has conseguido.

—Me odiará por ello. En el cajón de mi mesita de noche encontrarás cartas. Para él y los chicos, y para Caterina cuando sea mayor. Las otras cosas están todas en mi armario. Para sus cumpleaños y las fiestas importantes. También hay un disco duro con todas nuestras fotos de recuerdos. Y vídeos, para el futuro.

Levanté la mano y la pasé por su pelo, porque habría sido uno de los toques que me habría tranquilizado. —Me ocuparé de todo. Y de todos. Lo prometo.

—Lo sé. Solo tengo la sensación de que tengo que decírtelo todo otra vez para que... no lo olvides.

Pero yo no olvidaría nada. Ni a ella. Ni lo que me había contado y me había dejado como legado. Y mucho menos cómo se sentía ser parte de su vida.

—Nada caerá en el olvido —le aseguré.

Durante las siguientes horas, Cézanne pasó del estado de vigilia a un sueño ligero una y otra vez, mientras yo la sostenía, con sus dedos entrelazados con los míos. De vez en cuando hablábamos, de todo tipo de cosas, pero no de lo que estaba ocurriendo. De alguna manera, habíamos superado eso, así que guardamos silencio al respecto y nos centramos en otras cosas.

No fue hasta el atardecer cuando sus fuerzas parecieron volver. Al menos lo suficiente como para poder sentarse.

Seguía sin haber rastro de Carver y, por lo demás, la casa estaba completamente en silencio.

—¿Quieres ver la puesta de sol? Podríamos subir al tejado. —Era solo una idea que se me pasó por la cabeza y, sin embargo, por el brillo en los ojos de Cézanne, vi lo agradecida que estaba por la sugerencia.

—No estoy segura de poder hacer el camino —respondió insegura.

Así que me encogí de hombros. —Para eso hay una solución muy simple: te llevo yo.

Por supuesto, podría haber pedido ayuda a Claude, tal y como me había asegurado, pero algo me decía que ella no lo aceptaría; mostrarse aún más vulnerable que en las últimas horas contradecía toda su naturaleza.

Cézanne había adelgazado mucho en las últimas semanas, por lo que no sería un problema para mí llevarla a cuestas y subir las escaleras.

—Eso harías —afirmó.

Sonaba incrédula. ¿Porque no creía que fuera posible? ¿O porque no esperaba que yo la cuidara de esa manera?

Sin decir palabra, le tendí la mano y la llevé al borde de la cama para poder colocarme entre sus piernas. Cézanne me rodeó los hombros con los brazos y se acercó el último tramo, de modo que solo tuve que poner las manos alrededor de sus piernas e incorporarme.

Cuando me puse de pie, un escalofrío me recorrió la espalda. No esperaba que fuera *tan* ligera.

En lugar de comentarlo, me puse en marcha y primero la llevé arriba a mi apartamento, pues desde allí conducía la siguiente escalera a la azotea.

Tardamos un rato, pero al final llegamos justo a tiempo. El sol estaba a punto de besar el horizonte. A nuestras espaldas ya se cernía la noche, pero volvimos nuestros rostros hacia el sol poniente, de modo que los últimos rayos calentaron nuestra piel.

Brillaba con tanta intensidad que tuve que cerrar los ojos.

Durante un buen rato me pregunté si debería decir algo, pero una y otra vez llegué a la conclusión de que no había nada que pudiera llenar adecuadamente el silencio. Solo estaba el chillido de las gaviotas y el viento. El suave murmullo del mar solo lo oía a lo lejos.

Cézanne también parecía estar en paz con la situación tal y como era. Aun así, cada respiración que oía me aliviaba. Cada latido que sentía en mi espalda.

Solo cuando el sol se había puesto hacía varios minutos y el frío empezaba a subir lentamente hacia nosotras, me dispuse a llevarla de vuelta abajo al dormitorio.

No nos encontramos con un alma, lo que significaba que Claude y Seven se estaban ocupando de los niños y nos cubrían las espaldas.

A mí y a Carver —Carver, cuya ausencia era de alguna manera extraña. Se sentía como si estuviera con nosotras en espíritu, pero no había señal de su forma física.

Apenas habíamos llegado al dormitorio cuando Cézanne se deslizó de mi espalda. —Sé que es mucho pedir, pero ¿me acompañarías mientras me baño?

Para sostenerse, había apoyado su mano en mi hombro. Incliné la cabeza, sacudiéndola un poco, incrédula, no porque quisiera rechazar su petición. —Haría cualquier cosa por ti, Anne.

Juntas fuimos al baño contiguo, donde la dejé sentarse en el inodoro cerrado para que pudiera llenar la bañera.

En el borde había varias botellas de espuma de baño aromática, así que elegí una y vertí el líquido en el agua, solo para ver cómo se oscurecía y crecían pequeñas montañas de espuma.

La temperatura en la habitación también subió, extendiéndose un agradable calor.

Preparé las toallas y luego ayudé a Cézanne a ponerse de pie nuevamente para que pudiéramos quitarle la ropa. Después la sostuve mientras entraba en la bañera. Solo entonces me senté en el suelo junto a ella, saqué una toallita del estante y la coloqué sobre el borde.

Se hundió en el agua hasta el mentón y cerró los ojos, lo que solo me recordó que llegaría el momento en que no los abriría de nuevo.

—¿Sabes qué me habría gustado? —preguntó de repente, sacándome de mis pensamientos—. Que nos hubiéramos conocido antes en la vida. Eres el tipo de amiga que siempre deseé tener. Todos esos retoños de la mafia son como serpientes venenosas.

—Incluso habría sido posible. No vivimos tan lejos la una de la otra. Creo que nos habríamos divertido mucho juntas, no es que no lo hayamos hecho en las últimas semanas.

—Pero en retrospectiva, siempre es muy poco el tiempo que se tuvo.

—Lo cual no hace peor el tiempo que tuvimos —dije y sumergí la mano con la toallita en el

agua—. ¿Puedo?

Asintió y comencé a lavarle los brazos.

—Carver será un hombre diferente contigo. —Cézanne lo dijo como si hubiera estado pensando en ello todo el tiempo.

—No lo creo. ¿Por qué debería cambiar?

—Porque conocerá algo que antes le era desconocido. A menudo, eso cambia a las personas.

—¿Te cambió a ti la última vez que te enamoraste?

Sonriendo, negó con la cabeza. —No. Pero tampoco tenía una profecía que me advirtiera.

Pasé la toallita por sus hombros y su espalda. Me dolía ver no solo lo puntiagudas que sobresalían sus vértebras individuales, sino también que era capaz de contar sus costillas.

Se había convertido en piel y huesos; no era de extrañar que su cuerpo hubiera decidido ponerle fin ahora.

—Además, mis amigas nunca fueron parejas. Se las podría llamar compañeras de juego, si se quiere; nunca estuvieron involucradas en mi vida, aparte de la intimidad.

Recordé que ya lo había mencionado una vez. Aun así, mi respeto por ella siguió creciendo. Su vida había sido un plan predeterminado, y sin embargo, había hecho tanto con ella.

—¿Quieres que mande a buscar a Carver? —pregunté de repente. Sus palabras me recordaron a él de nuevo. Que debería estar aquí.

—No. Se odiará por no haber estado aquí, pero sufriría aún más si estuviera. Él mata, pero no mira mientras mueren las personas que le importan. No puede hacerlo. En esos casos, el poder no está en sus manos. No puede evitarlo. Por eso se siente impotente. Probablemente le venga bien distraerse con el trabajo. Y para ser honesta, nunca se lo reprocharía, Jeanne. Siempre estuvo ahí para mí en todos estos años, sin excepción. ¿Cómo podría prohibirle tomar una decisión por su propio bienestar una sola vez?

—¿Pero deseas que estuviera aquí?

Cézanne me miró. —Lo que realmente deseo es dormir una vez más en los brazos de otra mujer. Un último beso de buenas noches. Seguridad. Calor. Esas son las cosas que quiero. Y Carver no puede dárme las.

—Yo sí puedo.

En toda mi vida, nunca había desperdiciado ni un solo pensamiento en que pudiera ser bisexual. No lo era. Y sin embargo, era capaz de darle a Cézanne lo que necesitaba. Lo que quería.

Abrazarla, besarla, nada de eso me costaría nada, pero significaría el mundo para ella.

—Solo porque lo exprese no significa que tú...

Pero antes de que pudiera terminar de hablar, ya la había interrumpido quitándome la camiseta por la cabeza y saliendo de mis pantalones. —Muévete un poco hacia adelante. Y nada de protestas.

No pude descifrar la expresión en su rostro cuando me sumergí desnuda en el agua detrás de ella y rodeé su vientre con mis brazos para atraerla hacia mí, de modo que su espalda se apoyara contra mi pecho.

—Se siente como si te estuviera obligando a hacer algo que realmente no quieres hacer.

—Y yo te digo que no hay nada que prefiera hacer más que esto. Estoy aquí para ti. Hasta el final. Tu confianza en mí no es unilateral, Céz.

—Dime otra vez, ¿cómo te he merecido?

—¿Siempre hay que hacer algo especial para merecer a una persona? —Sumergí las manos en el agua, solo para llevarlas después a su cabeza. Enterré los dedos en su cabello y comencé a

masajearla lenta y suavemente.

Pasaron unos minutos antes de que Cézanne pudiera relajarse, pero entonces se hundió completamente contra mí.

Ambas guardamos silencio, incluso cuando moví su cabeza a una posición diferente para poder deslizar mis dedos también por su cuello y hombros.

Sentí la tensión, pero también los huesos que estaban tan condenadamente cerca de la piel.

Para mí, era la primera vez que daba un masaje a alguien, o que me bañaba con alguien. Otros podrían haber dicho que seguramente no era una gran experiencia estar sentada en la misma bañera con una moribunda y sentir con cada toque que la muerte prácticamente ya estaba esperando en la otra esquina de la habitación. Sin embargo, yo solo podía pensar en que estaba velando por su bienestar.

Al final, perdí la noción del tiempo que habíamos pasado en la bañera. Cada vez que el agua perdía temperatura, simplemente abría el grifo. Solo cuando Cézanne me indicó que estaba lista para volver a la cama, salí de la bañera, me envolví en una toalla y la ayudé a salir también. De su armario, le traje exactamente lo que me pidió y luego la ayudé a ponerse el cómodo pijama antes de llevarla de vuelta a la cama.

Solo entonces me vestí yo también y preparé todo para la noche. Una rutina que ya había adoptado durante nuestras noches compartidas en su cama.

Coloqué una botella de su bebida favorita junto a ella en la cama antes de darle las pastillas que debía tomar. Como había algunas nuevas entre ellas, supuse que el médico había ajustado la medicación a su estado actual.

—¿Necesitas analgésicos? —pregunté después de que se hundiera profundamente en su almohada—. Claude dijo que el médico se queda en la isla... y que no dudes en pedir cualquier cosa que necesites.

—Yo... no, no más medicamentos. Gracias —respondió—. Creo que he tomado suficientes en los últimos dos años.

—Pero no tienes que sufrir. Lo sabes, ¿verdad?

—No estoy sufriendo. Solo estoy cansada en este momento.

Qué cruel que no volvería a experimentar un momento en el que no estuviera cansada. La miré con indulgencia un momento más antes de aceptar su decisión.

Cézanne era adulta y yo no le impondría tomar algo que no quisiera.

Así que apagué la luz principal y me metí en la cama junto a ella, deslizándome bajo su manta y apoyando mi cabeza en la almohada, con el rostro vuelto hacia ella.

—Soy consciente de que ya hemos hablado de esto cientos de veces —comencé y me mordí la lengua porque al mismo tiempo las lágrimas acudieron a mis ojos. Traté de contenerlas, pero al final no logré reprimirlas.

Simplemente estaban ahí, justo al borde, listas para caer por mis mejillas. Pero no quería que Cézanne se sintiera incómoda.

Sin embargo, no se le escapó, porque levantó la mano hacia mi mejilla, dejando que sus dedos se deslizaran por mi piel. Su toque tuvo un efecto reconfortante que me permitió continuar.

—No tendrás que preocuparte por nada. Me ocuparé de todo. Aunque nunca podré igualarte y es imposible seguir tus pasos, daré lo mejor de mí. Los amaré como si fueran míos y me esforzaré para que Carver no pierda el rumbo. Me aseguraré de que nadie dude de tu memoria. Seguirás viviendo, aunque no puedas verlo con tus propios ojos. Y aunque sean adolescentes rebeldes a los dieciséis, los obligaré a visitarte regularmente. —Algún día llegaría el momento en

que Cat se parecería tanto a su madre que afectaría a toda una familia, y aun entonces, de alguna manera, lograría mantener todo unido.

—No olvides ser tú misma. No quiero que te olvides o te rindas. Te necesitarán, pero no por mí, sino únicamente por la relación que han construido contigo en las últimas semanas.

Tomé su mano de mi mejilla y la llevé a mi boca para besar sus dedos uno por uno. —Lo lograré, ¿verdad?

Si no, bien podría enviarme un mensaje claro desde el más allá.

—No tengo absolutamente ninguna duda de eso —respondió, con una sonrisa en sus labios resecos.

Automáticamente me acerqué más a ella. —Ya te echo de menos, Céz.

—Todavía estoy aquí.

Asentí confirmando sus palabras, pero no se me ocurrió una respuesta verbal.

Mi mirada buscó la suya antes de deslizar mi mano hacia su nuca e inclinarme completamente hacia ella. Vacilante, dejé que mis labios rozaran los suyos, sintiendo cómo se le cortaba la respiración. Por una fracción de segundo, temí que todo hubiera terminado.

Pero entonces sentí su aliento cálido. Ella correspondió al beso, pero no tenía el más mínimo componente sexual. Probé lágrimas, las mías propias. Y sentí una intensidad que casi me ahogó. Había una desesperación infinita, el último esfuerzo de una mujer que ya había perdido, aunque anhelaba mucha más vida de la que le quedaba.

En su lengua casi podía saborear la muerte, lo que me hizo aferrarme aún más fuerte a Cézanne, como si mi agarre pudiera evitar que abandonara este mundo.

El beso no quería terminar, porque con cada segundo que duraba, era un poco más de vida que Cézanne se permitía.

Nunca antes había besado a una mujer y nunca lo volvería a hacer en el futuro; Cézanne sería la única hasta el final de mis días, lo cual era el único regalo que aún podía hacerle.

Todo lo demás ya se lo había dado.

Una y otra vez, ella deslizaba suavemente sus labios sobre los míos. No era la exploración o el deseo que había experimentado con Carver. Ni siquiera se podía llamar curiosidad. Era simplemente un beso que desafiaba a la muerte, como si algo como el amor pudiera realmente detener el morir.

Deseaba que fuera así. Que el médico entrara tropezando por la puerta y anunciara que alguien había encontrado la cura para el cáncer y que Cézanne sobreviviría a esta batalla.

En cambio, sentí más bien cómo la última lucha llegaba lentamente a su fin. Desafortunadamente, el ganador ya estaba decidido. Y no era Cézanne.

Todo el tiempo había tenido los ojos cerrados mientras nos besábamos, ahora los abrí. Aunque mi mirada estuviera nublada por las lágrimas, la veía a *ella* aún mejor.

Olvidar era fácil. Recordar, lo más difícil de todo. Por eso, una vez más, intenté grabar todos sus rasgos en mi memoria. Cómo su cabello oscuro caía en ondas preferentemente hacia un lado. Cómo su ceja estaba arqueada de manera perfecta. El color de sus ojos, hasta el pequeño punto negro en su iris derecho. La sensación de su piel cálida bajo mis dedos.

Cézanne se había convertido en una amiga tan buena que me era imposible olvidar el más mínimo detalle. No solo su apariencia, sino también el sonido de su voz, la forma en que hablaba, se movía. Cómo pensaba. Dios, sobre todo eso, porque su mente había estado tan viva todo el tiempo, aunque su cuerpo le había mostrado sus límites una y otra vez.

Mientras intentaba absorberlo todo, aun sabiendo que en unos meses probablemente no recordaría gran parte de ello, sentí cómo ella se iba deslizando lentamente hacia el sueño por el

agotamiento.

Por un lado, me llenaba de felicidad haberle dado todo lo que anhelaba. Por otro lado, significaba que no podía hacer nada más que dormirme a su lado y esperar poder mirar sus ojos despiertos por la mañana, para que pudiéramos robarle un poco más de tiempo a la muerte.

Incluso después de que se quedara dormida, no pude alejarme de ella. En su lugar, la rodeé con mis brazos, sintiendo cómo se apretaba más contra mí.

Esta tarde me había desnudado frente a Carver, pero solo ahora se sentía como si me hubiera expuesto por completo. Por razones totalmente diferentes y, sin embargo, la conexión entre ambas situaciones era muy fuerte.

Todo tenía sentido. De una manera cruel, realmente todo tenía sentido.

Cómo había construido su plan y cuándo finalmente se había cumplido. Quizás existían las coincidencias, pero el destino definitivamente no era una de ellas. Después de que finalmente lograra unir a Carver y a mí, todos los puntos pendientes en su lista habían sido tachados.

Ya no quedaban preguntas abiertas.

Ya no quedaban tareas.

Nada más a lo que aferrarse. Ningún argumento para que su cuerpo siguiera funcionando y le permitiera vivir un día más.

Se había comprado más de un año, aunque el diagnóstico original había sido mucho peor; alguna vez me lo había contado. Al final, le quedaron diez meses con Caterina, después de que decidiera llevar el embarazo a término en contra de las recomendaciones de los médicos.

¿Eran suficientes diez meses con la propia hija? Seguramente no. Pero eran diez meses llenos de recuerdos que justificaban su sacrificio y la acompañarían a otro lugar donde ya no habría dolor ni preocupaciones para ella.

Puede que ella hubiera lamentado el tiempo que le fue arrebatado, pero al final solo quedaban las personas que tendrían que vivir plenamente conscientes ese mismo tiempo que ella había lamentado. Esta realización traía consigo su propia crueldad.

Contaba cada respiración que Cézanne tomaba, teniendo siempre presente en mi mente la petición de Carver, que había expresado en forma de amenaza. Pero por mucho que luchara contra mi propio cansancio, sentía cómo iba derivando lentamente hacia el sueño.

Podría haberme levantado y estirado las piernas, pero eso también significaría que tendría que dejar sola a Cézanne, algo que estaba absolutamente fuera de cuestión. Se había dormido en la protección de mis brazos, y ciertamente no la dejaría sola ahora.

Durante un buen rato seguí resistiéndome, pero finalmente el sueño ganó. Me hundí en él, solo para ser recibida por un intenso sueño.

Sin embargo, allí no me encontré con Cézanne, sino con todas las personas que habían muerto en mi vida antes que ella. Vi a mi hermano, a quien dejé pasar sin decir una palabra. También ignoré a mis padres, cuyos rostros reconocí en la distancia. Pero también había amigos. Mis abuelos, con quienes había tenido la mejor relación de todos. Mascotas. Extraños que había visto morir, que habían muerto en mis brazos porque siempre lograba estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Los encontré a todos y todo el tiempo sentí a *él* en mi nuca. La muerte, cuya presencia permanente me había dado una sensación de catástrofe inminente todo el tiempo.

Soñé durante horas, flotando entre todas las personas sin llegar a ninguna parte ni encontrar un final. Hasta que algo más se introdujo en mi conciencia.

Incluso antes de estar completamente despierta, sentí que algo era diferente. Sabía lo que era y, aun así, mantuve los ojos cerrados e intenté por un momento lo más irracional que se me

ocurrió.

Empecé a rezar, sabiendo bien que no cambiaría el hecho de que el cuerpo que sostenía firmemente en mis brazos estaba frío. Sentí la necesidad de gritar. Fuerte. No porque me sorprendiera. O porque fuera inesperado. O porque tuviera problemas con estar tan cerca de su cuerpo. Ni siquiera el hecho de haber estado acostada a su lado durante horas, sosteniéndola en mis brazos, con la mejilla contra su espalda, me asustaba.

Era lo que me había estado preocupando desde ayer, desde que recibimos la noticia. El dolor que me desgarraba por dentro y que había reprimido para estar ahí para ella.

Ahora volvía con toda su fuerza, lo que se sentía como si me estuviera volviendo loca.

Durante un largo momento no pude respirar, antes de inhalar temblorosamente y sentir las lágrimas que corrían incontrolablemente por mis mejillas.

En lugar de apartarme de ella y levantarme, me quedé acostada. Atraje su cuerpo sin vida hacia mí en un fuerte abrazo una vez más. La había dejado ir, sabiendo que había cumplido todos los deseos que le quedaban. Le había dado la seguridad que anhelaba. La intimidad que le había permitido finalmente dejarse ir.

Sin embargo, no lograba calmarme y recuperar la compostura. Simplemente no podía controlarme.

No mientras el dolor rugía en mi pecho y me daba cuenta de lo que todo esto significaba. Y esta vez no eran solo pensamientos y consideraciones expresados, sino la amarga realidad.

Esta noche, tres niños se habían convertido en huérfanos de madre. Carver había perdido a su esposa, su mejor amiga. Ya no habría más mañanas en las que alguien entrara a la cocina y fuera recibido por un desayuno que Cézanne había preparado para todos.

Cuando uno entrara por la puerta, ya no sentiría el calor que ella había hecho suyo. O la sensación de haber llegado a casa.

Ante mis ojos pasaron las últimas semanas. Cada momento que había pasado con ella. Sola o con los niños. Las innumerables conversaciones. Las sabidurías que me había transmitido, ya fuera consciente o inconscientemente.

Había sucedido tanto que nunca podría haber puesto en palabras y ahora solo viviría en mis recuerdos, porque aparte de mí, ya no quedaba nadie que hubiera sido parte de ello.

Cuando finalmente, después de una eternidad, la solté de mi abrazo con el corazón pesado y me incorporé, me di cuenta de que no estaba sola.

Carver estaba acostado al otro lado de la cama, pero dormía. Ni siquiera mi fuerte llanto lo había despertado.

Para él, el mundo todavía estaba medio en orden. En su realidad actual, Cézanne aún vivía y consideré permitirle esa ignorancia un rato más para recomponerme yo misma, de modo que pudiera cuidar más tarde de los niños, que seguramente ya habían tenido suficiente de ser atendidos por Seven y Claude.

Era un intento patético de recuperar el control, concentrándome en todo lo demás excepto en lo que realmente me pesaba.

Mi mirada se desvió de Carver hacia Cézanne. Parecía tranquila. Un poco como si solo estuviera dormida. Pero el color antinatural de su piel destruyó la ilusión tan rápido como la había creado.

—Carver —dije finalmente con voz temblorosa. Se movió, pero no fue suficiente para despertarlo del sueño.

¿Cómo reaccionaría al saber que su esposa muerta yacía a su lado?

—Carver, tienes que despertar. Cézanne... —comencé, pero apenas pronuncié su nombre,

abrió los ojos de golpe y se incorporó.

No pasaron ni dos segundos antes de que la fría realidad lo alcanzara y pude leer en su rostro que lo tomó sorprendentemente desprevenido.

—No —exclamó. Incrédulo. Sin aliento. Con un quiebre en la voz que me erizó los pelos de la nuca—. Pensé que aún teníamos tiempo. —Luego su mirada cayó sobre mí, casi llena de ira—. ¿No te dije que no la dejaras ir hasta que...?

—Carver —lo interrumpí, adoptando un tono de advertencia—. Murió mientras dormía. Además, de todos modos no había nada que yo pudiera hacer. Su cuerpo estaba al límite. *Ella* estaba al límite. Pero fue exactamente como ella lo quería.

—No puedes saber eso —me reprochó.

Su tono me irritó. La repentina hostilidad también.

—Ella me lo dijo —siseé y luego sacudí la cabeza—. No voy a discutir contigo sobre su cadáver. Olvídalo. Yo... Llamaré a Claude.

Porque él esperaba saber qué hacer. Con Carver, no con el cuerpo, para el cual Cézanne había dispuesto exactamente lo que debía suceder.

Aunque no quería, me deslicé fuera de la cama y le di la espalda para salir al pasillo. Con el dorso de la mano me limpié las mejillas, que aún estaban húmedas.

Se sentía como si hubiera despertado en un cuento de terror, pues toda la ira de Carver, su enojo, parecían canalizarse hacia mí.

Tragué saliva y me apresuré hacia la sala de estar, solo para detenerme en seco. En realidad, debería haberlo imaginado, y sin embargo me tomó por sorpresa encontrar a Claude en el sofá.

Parecía como si hubiera visto un fantasma. No a mí, sino a uno que nos había dejado esta noche.

—Ha sucedido, ¿verdad? —preguntó simplemente y yo asentí.

—Carver está...

—¿Enojado? Sí, me lo puedo imaginar.

—¿Puedes hacerlo entrar en razón?

Torció la boca. —Puedo intentarlo, pero...

Antes de que pudiera terminar la frase, Carver irrumpió entre nosotros. La expresión en su rostro era tan fría que me asusté cuando su mirada me alcanzó directamente.

—Quiero que te vayas.

—¿Qué? —exclamamos Claude y yo al mismo tiempo.

—Quiero que te vayas. Ahora.

—Pero dijiste... —logré decir con dificultad, aunque sabía exactamente que no haría ninguna diferencia.

Se pasó ambas manos por el pelo con desesperación y yo no quería nada más que rodearlo con mis brazos y estar ahí para él, pero eso no era lo que él quería.

—He cambiado de opinión. Desaparece. Vuelve a casa.

Se formó un nudo desagradable en mi garganta. —¿Por qué?

—Porque sé lo que hiciste.

Me reí de su respuesta. —¡Estuve ahí para ella! Exactamente de la manera que ella necesitaba. Y no es mi maldita culpa que te resulte difícil dejar que la gente se acerque a ti. ¿Entiendes? Esa es la única razón por la que debo irme. Te has asustado. Pero no uses a Céz como excusa, porque ella es la que menos tiene que ver con esto. Pero bien. Me voy. *Por ahora*. Cuando recapacites, sabes dónde encontrarme. Y si crees que me voy a perder su funeral, entonces espero por tu bien que recuperes la cordura.

Mi propia ira se mezcló con el dolor que aún me tenía firmemente agarrada. Temblando, me volví hacia Claude, quien a su vez miraba a Carver con las cejas fruncidas, porque probablemente aún no había procesado lo que este estaba exigiendo.

—Lo siento, jefe, pero en este caso tengo que ponerme de su lado.

—Bien. Entonces puedes llevarla a casa —nos ladró antes de darse la vuelta y desaparecer.

Así sin más, como si no me hubiera apartado brutalmente de él.

Impotente, miré a Claude. ¿Qué debía hacer ahora?

Me tendió una mano, señalándome en silencio que me ayudaría. Desafortunadamente, eso no cambiaba el hecho de que no podía dejar de llorar, y ahora tenía más de una razón para hacerlo, porque las palabras de Carver y cómo me había hablado sin siquiera escucharme me herían aún más después de lo que había pasado ayer.

Intenté ser comprensiva, pero incluso media hora después, cuando había metido mis cosas en mi bolsa de deporte y se la entregué a Claude, no encontré en mí la capacidad de disculpar el comportamiento de Carver.

—Carver entrará en razón —me aseguró Claude mientras atravesábamos el callejón hacia el aparcamiento—. Es solo que nunca se ha enfrentado realmente a sus sentimientos.

—Claro —murmuré—. Así que tiene que pisotear los míos para sentirse mejor. Se siente genial.

Saqué un pañuelo de mi bolsillo y me soné la nariz, aunque pocos segundos después ya volvía a gotear.

—Me quedaré contigo hasta que se calme, ¿de acuerdo?

—Si no tienes nada más que hacer... —respondí mientras subía al asiento del copiloto—. ¿Qué pasa con los niños si nos vamos ahora?

—Si Seven no los cuida, seguro que lo hará Antoine. O Bastien, con él también se llevan bien. —Claude era claramente mejor ocultando su dolor. Quería envidiarlo por ello, hasta que recordé que también tenía sus desventajas. En silencio, encendió el motor y abrió la puerta con un botón. Miré hacia atrás, con la leve esperanza de ver a Carver en algún lugar, pero su cabellera oscura no apareció por ninguna parte.

Un músculo en mi mejilla se crispó de manera delatora cuando me volví hacia adelante y hurgueteé en mi bolso para sacar mi smartphone.

—¿Te importa si le pido a Claire que venga? Creo que su presencia me ayudaría.

Se encogió de hombros y asumí que le daba igual si era solo yo quien estaba en su presencia o si había otra persona más.

Mientras cruzábamos el puente hacia el continente, miré por la ventana hacia el mar de lodo y el sol que se movía lentamente por el cielo hacia su cenit.

Anoche había visto el sol por última vez. —¿Qué crees que pasará ahora?

—¿Aparte de que Carver se vuelva loco, dices?

Asentí para confirmar.

—Alguien vendrá a recoger el cuerpo. Probablemente la prepararán para el funeral en el continente. Hay un cementerio en la isla que los de Medici han usado durante siglos. Allí la enterrarán. Después de la misa y la ceremonia funeraria. No creo que Carver organice un velatorio o una gran cena después. Si es que siquiera le dice a alguien que este funeral tendrá lugar.

—¿Por qué no lo haría?

—Porque... significaría que mucha gente vendría a la isla y eso siempre supone un gran riesgo de seguridad para todos nosotros.

—Pero sus deseos serán respetados, ¿verdad? —Si no, volvería a esa maldita isla y le daría a Carver un sartenazo. Echarme porque no podía lidiar con sus propios sentimientos era una cosa. Pero no mostrar a Cézanne el respeto que merecía era otra completamente distinta, y no podía permitirlo. Con todo lo demás, de alguna manera me las arreglaría.

—Por supuesto. Si no, habrá más de una persona que le hará entrar en razón.

—¿Ya lo saben los gemelos? —pregunté a continuación.

Claude me miró durante unos segundos hasta que asentí hacia el tráfico, recordándole que estábamos en un vehículo en movimiento.

—Davide pudo deducir que algo no estaba bien. No durmió, pero tampoco preguntó. Sabían que pasaría en algún momento... pero la realidad probablemente les golpeará cuando vuelvan a casa con Seven y Cézanne ya no esté allí, pero sí un padre que tal vez no sea capaz de darles todo lo que necesitan en ese momento. Lo que es realmente irónico, porque en los últimos meses ha hecho todo lo posible para poder estar ahí para ellos cuando llegara el momento.

Y ahora había llegado el momento y no solo perdía la conexión, sino que también era aplastado por el dolor. Posiblemente incluso por sentimientos de culpa de los que no era responsable.

Centré mi atención en los niños porque pensar en Carver me causaba aún más dolor que lidiar con la muerte de Cézanne. —Quería estar ahí para ellos. Para todos ellos.

—Lo sé. Y también sé que eso es lo que Anne quería. Pero presionarlo no cambiará nada. Dale tiempo. Se recompondrá. Y se dará cuenta de que fue un idiota. Y entonces vendrá arrastrándose de rodillas, con la esperanza de que lo perdone.

Pero yo no quería a Carver de rodillas. Quería que estuviera bien. Sin embargo, no expresé este pensamiento. Claude, por su parte, se esforzó aún más por llenar el silencio.

Cuando lleguemos a tu casa —comenzó él, tamborileando sospechosamente nervioso sobre el volante—, prométeme que no te vas a volver loca.

Automáticamente, fruncí el ceño. —¿Por qué?

—Porque... es posible que las cosas se vean diferentes a como estás acostumbrada. No puedo decirte más, eso es cosa de Carver.

—¿Debo preocuparme, Claude?

Pero en lugar de responderme, se encogió de hombros y estacionó el coche. Se encargó de mi bolsa deportiva, así que solo tuve que arrastrarme hasta la puerta de entrada. Cuando me paré frente a ella y observé la nueva puerta sin cerradura visible, mi escepticismo aumentó.

Desconcertada, miré hacia arriba y luego a los lados para asegurarme de que realmente estaba en la casa correcta.

—Ahora solo puedes abrir la puerta con tu huella digital —explicó Claude detrás de mí, lo que definitivamente no mejoró las cosas.

Para nada.

Mi enojo hacia Carver crecía, porque ¿quién más que él podría ser responsable de estas adaptaciones en mi hogar?

—Con mi huella digital —repetí y presioné mi pulgar contra la pequeña caja negra que aparentemente estaba diseñada para eso. No pasó ni un segundo antes de que se escuchara un suave pitido. Luego oí cómo la cerradura se abría automáticamente. La puerta se abrió y detrás se extendía el oscuro pasillo.

Busqué a tientas el interruptor de la luz a un lado y sentí inmediatamente dos cosas: ese no era mi papel tapiz. Y había cambiado la cubierta de mis interruptores.

Cargada de irritación, lo accioné, pero no estaba preparada para lo que vi en cuanto la luz cobró vida.

Me encontraba en una construcción nueva. Mi casa se había transformado por completo durante mi ausencia. Las paredes. Los muebles. El suelo. El techo. Las lámparas. La decoración. Mis *plantas*. Todo era nuevo o se encontraba ahora en un lugar diferente.

Me di la vuelta de golpe para mirar a Claude. Mi enojo ya burbujeaba justo bajo la superficie, y aunque no quería desquitarme con él, era el único que se encontraba cerca en ese momento y, por lo tanto, podía ser considerado responsable de lo que mis ojos estaban viendo.

—¿Es en serio? ¿No estoy aquí por unas semanas y él cree que tiene que renovar mi casa? ¿Le parecía demasiado vieja o pensó que podía incluirla en su enorme cartera inmobiliaria para alquilarla a alguien?

Claude pasó a mi lado en dirección a la sala de estar, sin responder a mis preguntas. —Como te dije, no puedo decirte nada al respecto. Habla con Carver.

—Carver me echó, ¿lo olvidaste? —respondí gruñendo y me dirigí a zancadas hacia mi cocina.

Tampoco la reconocí. Era completamente nueva y de alguna manera tan high-tech que me pregunté si por casualidad había saltado veinte años hacia el futuro.

Abrí todos los armarios de golpe hasta que encontré los vasos —también nuevos— y me serví un vaso de agua del grifo. —Esto es tan ridículo. ¿Quién se cree que es? —murmuré para mí misma.

¿Cómo podía Claude afirmar que estaba de mi lado si luego no quería contarme qué había pensado Carver al cambiar algo tan fundamental, sin tener derecho a hacerlo?

Por un momento, se me pasó por la cabeza salir al cobertizo, coger la pala y destrozar cada mueble. Hasta que recapacité. Era una adulta. Había aprendido a manejar mis emociones de manera saludable. Probablemente sería suficiente si golpeará una almohada imaginando que era su cara. Y luego me la presionaría contra el rostro y gritaría hasta que no pudiera más.

Cuando de repente sonó el timbre, mi corazón comenzó a latir con fuerza inmediatamente. Sabía que no sería Carver y, sin embargo, había una leve esperanza de que ya hubiera recapacitado. En su lugar, era Claire... y sin rodeos la atraje hacia mí en un abrazo tan fuerte que se rio nerviosa.

—Me estás ahogando... y a los croissants —dijo con esfuerzo. Así que la solté, aunque de mala gana. —¿Desayuno en la cama? —continuó, antes de mirar alrededor desconcertada.

—No preguntes —refunfuñé. O sí, debería preguntar. Tan pronto como estuviéramos en mi cama y pudiera contarle todo lo que me estaba quemando por dentro.

Tomé su mano y la guié a través de la sala de estar. Claude le hizo un gesto con la mano. Tenía su smartphone en la mano y parecía concentrado, lo que sin embargo no ocultaba el vacío en sus ojos que me golpeó como un balde de agua fría.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió saber Claire.

Llegamos al piso de arriba, nos encontramos con más trabajos de renovación, ante los cuales cerré ambos ojos, y finalmente llegamos a mi dormitorio, que —sorprendentemente— se veía exactamente igual que antes.

Negando con la cabeza, me dejé caer en la cama y Claire hizo lo mismo, antes de pasarme la bolsa con los croissants. Aunque no tenía hambre, tomé uno.

—¿Me vas a contar ahora qué ha pasado?

—¿Cuánto tiempo tienes? —respondí resignada.

—Todo el que sea necesario.

Así que comencé.

Giraba el cubo en mi mano como si no fuera más que un robot. No solo me sentía completamente desconectado de mis emociones, sino también de mis sensaciones. No percibía nada. No sentía nada. Era como si me hubieran envuelto en algodón y se hubieran olvidado de liberarme antes de enfrentarme a la realidad.

Había lágrimas en los ojos de los gemelos desde que les había dicho, hace unos minutos, que su *maman* había fallecido esta noche, aunque todos esperábamos de alguna manera tener más tiempo con ella.

Ambos conocían los deseos de su madre, sabían que ella no quería que la vieran de cerca cuando llegara el momento. Para protegerlos de una imagen que los perseguiría innecesariamente por el resto de sus vidas.

Me había disculpado con ellos, aunque no había nada de qué disculparse. Ni siquiera sabía exactamente por qué, solo sentía la necesidad de disculparme cientos de veces, como si eso fuera a cambiar algo de la realidad en la que ahora vivíamos.

Así que, sin más palabras, les entregué lo que les quedaba de su *maman* por el momento. Las cartas que Cézanne había escrito para ellos.

Pero tan pronto como Davide cerró los dedos alrededor de la carta, negó con la cabeza.

—No quiero leerla —dijo.

—Si quieres, te la puedo leer yo —ofrecí, pero eso también le hizo negar con la cabeza.

En su lugar, comenzó a abrirla.

Matteo ya le llevaba un paso de ventaja, y a mí también me esperaba una de esas cartas, pero aún no la había tocado. Tampoco había tocado la que tenía el nombre de Caterina, a quien abrazaba contra mi pecho aún más fuerte que antes.

Ella simplemente seguía adelante. Y la envidiaba por ello, aunque inevitablemente llegaría el momento en que lloraría y se daría cuenta de que su madre ya no aparecería para consolarla.

Tragué saliva.

—Sea lo que sea que diga ahí... Vuestra madre os quería mucho. Más de lo que probablemente podría expresar con palabras. Creo que, al final, fue solo por vosotros que se aferró a la vida durante tanto tiempo, y si hubiera sido posible, ella habría...

Pero Cézanne había conocido su profecía y había vivido y disfrutado su vida hasta el amargo final exactamente como había querido.

Lo que me hizo, internamente, maldecir una vez más, mientras mis hijos eran engullidos por la primera ola real de dolor y yo no podía hacer más que estar ahí para ellos.

No podía respirar. Desde esta mañana, cuando Jeanne me despertó, sentía como si simplemente no pudiera obtener aire. Era solo una jugarreta de mi mente, y aun así se sentía constantemente como si me estuviera asfixiando. Respiraba. Mientras moría por dentro.

Había sido mi error no regresar antes, pero el problema que Seven había mencionado resultó ser una amenaza. Un ataque directo contra mí... contra Jeanne... contra su integridad. Había sido importante.

Y al final, sin éxito, porque hace exactamente cinco minutos había llegado un correo electrónico a mi smartphone, mostrándome exactamente lo que había intentado evitar por todos los medios. Con una contraamenaza. Con dinero. Con el intento de encontrar a los responsables. Sin éxito.

Probablemente tenía que ver con el hombre que había matado brutalmente.

Ahora había un video en mi smartphone. Una grabación de la última transmisión en vivo que había habido desde la casa de Jeanne.

No necesitaba ver el video otra vez para grabarme los detalles. Estaban demasiado presentes en mi mente.

Cómo Gabriel había tirado los dados, y el dado había mostrado algo diferente de lo que yo finalmente había decidido en un impulso repentino. Cómo le disparé una bala en la cabeza y luego salí de la casa con Claude y Seven sin mirar atrás.

Cómo Jeanne se liberó.

Y los minutos después, en los que buscaba desesperadamente una solución en cuanto a su hermano, antes de arrastrar una lona desde el jardín, envolverlo en ella y sacar el cadáver de su hermano. Para enterrarlo allí, como yo sabía.

Durante todo ese tiempo, no derramó una sola lágrima. Ni siquiera parecía molestarle el hecho de estar manipulando un cadáver. Simplemente lo hizo, con una determinación enloquecida.

Entonces el video terminó. En el correo solo había una frase preguntándome si realmente quería arriesgarme a que el video se hiciera público, porque entonces *mi pequeña amiga* seguramente iría a la cárcel o podría suceder algo aún peor. Por ser cómplice de un asesinato que yo había cometido.

Miré fijamente la cama vacía de Cézanne. Después de haber enviado a Jeanne a casa en un impulso repentino, porque en ese momento no soportaba verla —verla llorar y lamentar mientras yo intentaba ser fuerte—, me había tomado el tiempo para vestir a Cézanne con lo que debería llevar por toda la eternidad. En algún momento después, el médico había venido a certificar legalmente su muerte. Y luego un director de funeraria.

Después me había sentado a la mesa con los gemelos para explicarles lo que había sucedido. Ellos derramaron las lágrimas que yo había estado conteniendo durante horas. Seguiría conteniéndolas porque aparentemente no se presionaría el botón de pausa para mí.

Pero no era solo el video lo que exigía mi atención. También había una carta con mi nombre que había encontrado en su mesita de noche.

Me atormentaba con su presencia, porque probablemente me contaría todo lo que Cézanne no había podido decirme antes de su muerte.

Porque yo no había estado aquí.

Y en cambio ella había decidido confiar en Jeanne. Cuando regresé esta noche y las encontré estrechamente abrazadas en la cama, inmediatamente entendí el resto.

No había querido despertarlas y me acosté al otro lado de la cama, escuchando la respiración uniforme de las dos mujeres, antes de que el agotamiento del día me alcanzara, aunque había querido velar su sueño.

No era culpa de Jeanne que hubiera muerto sin que yo me diera cuenta. En el fondo, solo había una persona que había fallado.

Y ese era yo.

Lo que solo hacía que fuera un poco más fácil para mí aceptar la situación, porque estaba enojado conmigo mismo.

Tal vez no era la mejor idea, pero para mi propia distracción, tomé la carta que tenía mi nombre. Las otras dos eran para Matteo y Davide. Las recibirían de mí más tarde, y entonces podrían decidir por sí mismos cuándo querían leer las últimas palabras de su madre para ellos.

Carver,

te conozco lo suficientemente bien como para saber que ahora mismo estás enojado. Contigo. Conmigo. Con el mundo injusto en el que vivimos. Y probablemente incluso con Jeanne, simplemente porque eres Carver, y no puedes distinguir a quién debería dirigirse realmente tu ira. No culpes a las personas a tu alrededor por algo de lo que solo el universo es responsable.

Si creíste que podías ocultarme que asistías a una terapia de grupo para prepararte para mi muerte, lamento informarte que lo supe todo el tiempo. Probablemente debido al hecho de que somos parte de la mafia, no dijiste ni una palabra sobre lo que realmente estaba pasando dentro de ti.

No necesitas esta terapia de grupo; hay personas en tu vida que están más que dispuestas a hablar contigo. A escucharte.

Y con eso no me refiero solo a Claude y Seven o los otros Seconds, sino sobre todo también a Jeanne.

Tal vez ya te lo ha confesado, pero toda vuestra historia no se basa en el destino. A menos que quieras rebautizarlo...

La noche en que mataste a su hermano, volviste a casa y pude ver que algo te preocupaba. Más que de costumbre. Ese algo debe haber tocado un punto profundamente oculto en ti, porque era casi demasiado obvio que pensabas en ella una y otra vez.

Casi como si te hubieras enamorado, solo que no lo sabías porque nunca antes había sucedido. Sé que no tengo derecho a entrometerme en tus asuntos, pero no pude evitar localizarla.

Entonces decidí que algún día trabajaría para nosotros. No te creerás cuánto tiempo tardó en solicitar finalmente el puesto de niñera: meterle ese maldito periódico una y otra vez o esperar que su mejor amiga la empujara en la dirección correcta, aunque en realidad no tenía

experiencia con niños. Por eso también mentí un poco cuando estuvo aquí. No entrevisté a ninguna otra mujer para este puesto porque la quería a ella. Para ti. Después de conocerla, supe que merecía un lugar en nuestra familia.

Cualquier otra mujer habría huido si le hubiera contado mis planes. Pero ¿Jeanne? Se quedó y me aseguró que haría todo lo posible. Aún no te había conocido y no sabía quién eras.

Quería que te sedujera. Que finalmente reconocieras lo que te mereces. Es decir, una mujer que te ame incondicionalmente. A la que le importe una mierda que seas el jefe de la mafia, que mates y tortures gente y que seas uno de los mayores criminales que Europa haya visto jamás.

Nada de eso parece impresionarla, aunque tú estás acostumbrado a que la gente te respete. ¿Qué puedo decir? El respeto de Jeanne tendrás que ganártelo.

Y sé que cada vez estáis más cerca. Así que hazme un favor y no lo estropees con ella. Nuestros hijos no solo la quieren, la adoran. Y si hay una mujer que puedo imaginar como segunda madre para todos ellos, sería Jeanne.

Además, no puedes engañarme, Carver. Amas a esta mujer. Es lo opuesto a ti, te planta cara y aun así es un complemento tan increíblemente bueno para ti.

Serías un completo idiota si no la convirtieras en tu esposa.

Probablemente estés más enfadado que antes porque durante varios meses he orquestado gran parte de lo que ha sucedido en tu vida. Pero ten por seguro que nunca hubo mala intención detrás. Siempre he deseado verte amar a alguien y ser amado de la misma manera.

Siempre le has dado demasiada importancia a la profecía. Olvídala, consigue a tu mujer y hazme feliz; porque puedes apostar a que te estaré observando muy de cerca desde el más allá y me convertiré en un poltergeist si haces alguna estupidez.

Gracias por estar siempre ahí para mí. Gracias por estos tres increíbles hijos. Gracias por todo el tiempo que pasamos juntos. Por cada segundo de diversión que tuvimos, ya fuera en alguna misión o cuando nos burlábamos de la gente en el Louvre. No podría haber deseado un mejor mejor amigo y marido.

Estás para siempre en mi corazón.

Anne

HASTA AHORA HABÍA LOGRADO CONTENER BASTANTE BIEN mis lágrimas y concentrarme en cambio en todos los demás sentimientos desbordantes que me atravesaban. Hasta que leí las primeras líneas de la carta y sospeché que Cézanne no se andaría con rodeos.

No se contenía. Ni con sus opiniones ni con sus recomendaciones para mi futuro. El solo hecho de que escribiera que podía imaginar a Jeanne como mi futura esposa me provocó un escalofrío helado por la espalda.

Sin mencionar que había jugado un juego complejo, y que Jeanne también estaba al tanto.

Mi esposa muerta había hecho de casamentera para que yo encontrara a la mujer con la que debería tener en mi vida lo que durante décadas había evitado a toda costa. *Amor.*

Y yo la había echado. Porque actué de manera estúpida e impulsiva. Tal vez también porque tenía miedo de lo que sucedería después. De las consecuencias, del futuro, de los cambios que me esperaban sin haberlos pedido jamás.

Mi impaciencia me impulsó a dejar atrás el dormitorio. Me dirigí al almacén a ver a Seven, quien para variar volvía a tener una tarea acorde a su verdadera naturaleza.

A raíz del primer correo amenazante que recibimos, habíamos rastreado al remitente y lo secuestramos en su camino al siguiente local de comida rápida para poder hacerle más preguntas.

Eso significaba que estaba bajo nuestra custodia desde anoche. Seven se había unido a él esta mañana, después de que yo volviera a hacerme cargo de los niños.

Obviamente no estaba llevando a cabo su plan solo, porque había recibido el correo con el video a pesar de su difícil situación bajo la custodia de Seven.

Una parte de mí no se sentía cómoda centrándome en la amenaza y el correo cuando Cézanne no llevaba ni medio día muerta, pero después de sus palabras en la carta, dudaba un poco menos de que me linchara por ello.

Ella había sabido por lo que Jeanne había pasado. Seguramente estaría en su interés que dividiera mi atención y no cayera en ese profundo agujero que tanto temía.

Seven me interceptó en la puerta de nuestra sala de interrogatorios y me entregó un pañuelo sin comentarios. Sus huellas dactilares ensangrentadas estaban sobre él y aun así lo usé para limpiarme la cara y sonarme la nariz. Las lágrimas incluso habían empapado mi barba y probablemente no fuera una buena base para interrogar a nadie si aparecía completamente lloroso. ¿De dónde vendría el respeto?

—¿Está todo bien? Pensé que por ahora era mío —continuó Seven, como si no acabara de verme eliminar los rastros visibles de mi dolor.

—Sigue siendo tuyo. Pero recientemente me llegó un correo... con el video. Quieren difundirlo en la red si no jugamos según sus reglas —le expliqué brevemente y me fijé en el hombre en el centro de la habitación. Colgaba del techo por las manos, lo que probablemente significaba que sus hombros ya estaban dislocados.

Todo su torso estaba cubierto de sangre y las creativas salpicaduras en la apariencia de Seven indicaban que se había permitido toda la diversión con él.

—¿No se ha quebrado? —pregunté. El dolor que este hombre debía estar sintiendo tenía que ser inimaginable.

No solo por su posición y debido a los hombros, sino sobre todo porque numerosos cortes adornaban todo su torso. Había perdido una cantidad no insignificante de sangre y estaba seguro de que Seven también lo había tratado duramente en otros aspectos.

—Afirma que no sabe nada. Solo le pagaron para que pudieran usar su teléfono. Pero los hombres iban enmascarados y normalmente él es solo un pequeño traficante de drogas que no hace mierdas. Sus palabras, no las mías.

—Entonces me estás diciendo que no tiene agallas.

—Si hablamos metafóricamente, definitivamente no las tiene. En la realidad, podría ajustar eso.

—¿Su smartphone?

—Está confiscado. Estamos intentando asegurar las huellas dactilares y evaluar los datos del teléfono mismo. Los modelos más nuevos toman fotos del usuario cada pocos segundos y... no es fácil acceder a esos datos.

—¿Pero lo conseguiréis? —exigí saber.

Esto no iba como yo lo había planeado. Cogí mi teléfono y se lo pasé a Seven. —Nuevo correo, número diferente. El video está ahí. Quiero que me avises inmediatamente en el momento en que aparezca en la red.

Si es que ocurría, hasta ahora solo eran amenazas diseñadas para sacarme de mis casillas.

—Claro, me encargo de ello. ¿Y qué hacemos con este?

Observé el rostro hinchado del tipo y examiné su estado físico general antes de encogerme de hombros. —Trae a los reclutas, que se desahoguen con él.

—¿Seguro? Todavía no saben exactamente lo que están haciendo.

—Mejor aún. Así aprenderán —gruñí y di media vuelta.

De vuelta en la casa, descubrí que los chicos ya habían regresado. Mientras tanto, Seven había estado vigilando antes de ordenarle a Antoine que lo hiciera.

Al principio no parecieron notar mi presencia, ya que estaban ocupados viendo una película en la sala de estar. Esto me dio la oportunidad de ir a la habitación de Caterina.

De todos nosotros, ella era la que menos idea tenía de lo que había sucedido, por lo que me recibió con una sonrisa en los labios. Pero en lugar de tener el mismo efecto calmante y estabilizador de ánimo que solía tener en mí, solo me recordó el cuerpo sin vida de Cézanne en su cama. Su expresión había sido tan pacífica como no la había visto en los últimos meses.

Con cuidado, la levanté y la abracé con fuerza. Me habría encantado justificar mis próximas acciones diciendo que *ella* necesitaba a Jeanne, pero eso sería mentira. Tanto los gemelos como Caterina podían llevar una vida sin problemas sin la mujer a la que habían tomado cariño, pero que solo conocían desde hacía unas semanas.

Yo, en cambio, no.

Yo necesitaba a Jeanne.

—¿Sabes lo bien que me iría si intercambiáramos lugares? No tendría ni idea de lo que está pasando a mi alrededor.

Como si quisiera estar de acuerdo conmigo, emitió un largo "Mmmmmm".

—Pero no deberías querer cambiar, te lo aseguro. Entonces tendrías que hacer todos tus aperitivos tú misma —continué mientras nos dirigíamos hacia la cocina.

Antes de dar el siguiente paso en mi plan, comeríamos algo. Otra cosa que había aprendido de Cézanne.

Abordar las cosas realmente importantes con el estómago vacío no era una buena idea. Y aunque yo mismo le daba poca importancia, no podía romper los hábitos que había interiorizado a lo largo de incontables años.

Normalmente, sentaba a Cat en su trona y la dejaba observar desde allí, pero hoy la mantuve conmigo y trabajé solo con mi mano libre.

Le di la cuchara de cocina y saqué una sartén del armario. Justo al lado, puse una olla con agua en la que Cat ya había bañado su mano libre.

Con confianza, me quitó uno de los espaguetis para masticarlo, mientras agitaba la cuchara de cocina frente a mi cara.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que la pasta dura no es un aperitivo? ¿O que las cucharas de cocina no son armas adecuadas, *occhioni*?

Por supuesto, Cat no entendió lo que dije. Sin embargo, la cuchara golpeó mi mejilla con bastante fuerza, así que la miré con una sonrisa divertida, lo que a su vez la hizo reír también.

—¿Qué te parece si mejor la usas para remover? —Asentí hacia la sartén antes de acercar una tabla y un cuchillo para cortar los ingredientes en trozos más pequeños. Tomates. Salmón. Ajo. Hierbas frescas. La primera receta de mi abuela que se me ocurrió sin mirar el libro de cocina de los Medici, que era una reliquia familiar.

Para que Cat tuviera la oportunidad de usar la cuchara de cocina, la acerqué tanto a la sartén que pude mostrarle cómo funcionaba el removido.

Sus movimientos eran mucho más erráticos que los míos, pero aun así logró empujar los tomates por la sartén. Todo el tiempo me miraba como si quisiera asegurarse de que lo estaba haciendo todo bien.

—No puedes hacer nada mal —dije por reflejo—. Lo estás haciendo maravillosamente. Los tomates ni siquiera se están quemando, ¿ves?

Agregué mantequilla y la ayudé a empujar el trozo por la sartén. Omití el obligatorio vino blanco.

Mientras la salsa burbujeaba y esperaba a que los trozos de salmón estuvieran cocidos, Cat siguió ocupada con la cuchara en la sartén hasta que obviamente se cansó y prefirió metérsela en la boca.

—¿Y bien? ¿Estás satisfecha con lo que has cocinado? —pregunté. Por supuesto, no obtuve respuesta y probé yo mismo antes de sacar seis platos del armario. Miré confundido la cantidad antes de devolver dos.

Luego saqué la pasta del agua y preparé cuatro porciones. En una, corté la pasta en trozos pequeños antes de sentar a Cat en medio de la isla de la cocina y ponerle el plato en una mesita auxiliar, además de darle su cuchara mucho más pequeña.

Por supuesto, ella decidió de todos modos remover el plato con la cuchara de cocina y chupar la pasta y la salsa individualmente de la madera.

Les llevé la comida a los gemelos al sofá. Ninguno de nosotros dijo nada, así que les dejé su espacio y volví con Cat para comer también, apoyado en la isla de la cocina.

No sé cómo, pero logró reducir drásticamente el contenido de su plato en poco tiempo, aunque seguía usando la cuchara de cocina. Aparentemente había tirado la otra, porque la descubrí en el otro extremo de la isla de la cocina.

—Luego iremos a visitar a Jeanne —le conté de paso.

Su respuesta fue simple. —*Mmmmmm*.

Era temprano en la noche cuando me sobresalté al oír un timbre inesperado mientras estaba sentada en mi nuevo sofá con Claire y Claude. Ni Claire ni yo nos movimos, pero Claude reaccionó con rapidez.

No solo se puso de pie, sino que también puso la mano sobre el arma que llevaba consigo todo el tiempo.

Claire arqueó una ceja mientras ambas observábamos cómo desaparecía en el pasillo.

—Vale, así que realmente no me estabas mintiendo. La mafia. Dios, me siento tan mal por haberte sugerido este trabajo.

Hice un gesto para quitarle importancia. El trabajo era lo mejor que me había pasado en toda mi vida, y después de todo lo que le había contado hoy, ella también lo sabía.

Solo había algunos detalles que había omitido deliberadamente. Por ejemplo, las circunstancias de la muerte de mi hermano. O lo que mi hermano había estado haciendo durante todos estos años.

Por lo demás, ahora estaba completamente al tanto. Sabía que Carver era el jefe de la mafia. También le había hablado de Cézanne y de que había muerto esta noche. De los niños, y de la pelea y de las últimas semanas y, en general, de todo lo que hasta ahora no me había atrevido a contarle. O había creído que debía protegerla de ello.

En fin.

Ella había aprovechado la oportunidad para preguntarme directamente sobre Seven. Sus planes de convencerlo para tener una cita me habían divertido lo suficiente como para distraerme por momentos, permitiendo que las lágrimas se secaran.

—¿Jeanne? —Claude asomó la cabeza de vuelta al salón—. Deberías venir.

Incliné la cabeza. Al ver su mirada, mi corazón se hundió varios pisos. De repente, mis manos se sintieron frías y húmedas. Aun así, me levanté, pero no sin lanzarle una mirada inequívoca a Claire.

Mientras me dirigía hacia Claude, estaba bastante segura de quién me esperaba en la puerta.

Sin embargo, me detuve en medio del pasillo cuando reconocí la figura de Carver en el umbral. No sabía si debía abrazarlo, darle una bofetada o cerrarle la puerta en las narices. Tal vez todo eso, en un orden aún no determinado.

Por el momento, me conformé con cruzar los brazos y mirarlo fijamente desde varios metros de distancia. Estaba de pie en el pasillo recién renovado de mi casa completamente renovada, de lo cual solo el hombre frente a mí era responsable. Y ciertamente no le haría el favor de hablar primero.

Nos miramos en silencio durante segundos antes de que un músculo en su mejilla se contrajera y obviamente cediera. —Seguramente puedes imaginar que todo esto estaba planeado

de una manera un poco diferente.

Castigarlo con mi silencio tal vez no era el mejor método, pero al menos lo motivó a seguir hablando.

—Cometí un error: esa noche perdí el control y destrocé todo en la cocina, y de repente no pude soportar la idea de que vivieras en un lugar que te recordara constantemente algo que... debería pertenecer al pasado. Así que seguí adelante y finalmente encargué la renovación. Se suponía que sería un regalo para ti, del que estaba muy seguro que te gustaría. Bajo... otras circunstancias.

Apreté los dientes al escuchar sus palabras. Nunca nadie se había preocupado tanto por mí o por mis circunstancias. Pero ahí estaba él, confesándome que no había hecho esta remodelación por razones egoístas, sino para hacerme feliz a *mí*.

Sin embargo, eso no era lo que me había hecho volver a casa en primer lugar. Pero tampoco me hizo esperar mucho por eso.

—Lamento mi reacción de esta mañana. Eso también fue un error. No fue tu culpa, y lo que dijiste también era cierto. Pensé que podría manejar la situación, pero obviamente no puedo. Lo que tampoco puedo hacer, por cierto, es vivir sin ti. Al final, esa comprensión no fue completamente mérito mío. La carta de Cézanne me abrió los ojos.

Estudié sus facciones. La expresión en sus ojos. Pero incluso sin estos dos indicadores, reconocí que estaba exponiendo su interior ante mí. Con la esperanza de que lo perdonara.

—Y te he traído algo. Quería dártelo antes, pero... —Me tendió algo que parecía una rosa. Pero a primera vista, me di cuenta de que no era una rosa real. No una planta.

En cambio, aunque tenía la forma, estaba hecha de... ¿huesos? Abrí la boca, solo para volver a cerrarla. ¿Me lo estaba imaginando?

—Probablemente no es el tipo de flor que deseas o esperas, pero esta tiene más significado que cualquier otra rosa que puedas encontrar en este planeta. La hice yo mismo. Con huesos.

Seguí mirándolo. ¿Era consciente de que Claire estaba sentada al lado y Claude probablemente estaba detrás de la puerta más cercana, escuchando?

—Por cierto, este es el momento en el que deberías decir algo, *ma belle*.

—¿Los huesos de quién?

Sacudió la cabeza casi imperceptiblemente. —No me hagas preguntas cuyas respuestas aún no estás preparada para escuchar.

Poco entusiasmada con su respuesta, arrugué la nariz, pero di un paso más cerca de él para al menos aceptar la rosa de hueso.

—Al menos no necesita agua —murmuré y solté una risa nerviosa.

—¿Me aceptas de vuelta?

Su pregunta me hizo resoplar. —No es como si hubieras terminado conmigo —gruñí—. Solo me echaste. Además, te dije que renunciar no era una opción.

Era evidente que mis palabras lo abrumaban.

—No estoy seguro si sigues enojada, o si este es el momento en que puedo decirte que los niños están en el auto, porque no soporto estar en casa ahora mismo y esperaba que nos acogieras por unos días. —¿Era vergüenza lo que se notaba en su tono?

Ver a Carver tan inseguro era una experiencia completamente nueva. Aparentemente, le importaba mucho no cometer ningún error, lo que solo me hacía más difícil mantener la distancia.

—¿Dejaste a los niños en el auto? —pregunté, un poco preocupada.

—Seven los está vigilando. Pero ese no es el punto ahora, Jeanne.

Negué con la cabeza. ¿Cómo demonios iba a seguir molesta con él cuando todo lo que quería era sentir sus fuertes brazos a mi alrededor, hundirme contra él y sentir cómo el peso se levantaba lentamente de mis hombros?

—Te odio tanto —solté, acompañado de una risa insegura.

Él torció la boca. —Puedes odiarme tanto como quieras. No me importa, siempre y cuando me odies mientras pueda estar cerca de ti. Pero la verdad es que no me odias en absoluto.

Lo miré con demasiada seriedad. En realidad, lo había dicho con un tono sarcástico, pero su respuesta me hizo morder mi labio inferior. —No. No, no te odio. Es mucho peor. Te amo.

En todas esas semanas en las que me había mantenido a distancia con tanta maestría, en las que había tenido esos duelos verbales conmigo y me había dado todas las razones por las que nunca estaríamos juntos, había sucedido. Así sin más, de manera sigilosa y de una forma que al principio no me había dado cuenta.

Todos esos sueños sexuales habían sido solo una forma de disfrazar lo que realmente estaba pasando dentro de mí.

Me había enamorado de un jefe de la mafia. ¿Del jefe de la mafia por excelencia?

Mis palabras tomaron a Carver tan desprevenido que dio un paso atrás, tambaleándose. Por un momento creí que volvería a huir, pero cuando en su lugar se acercó a mí, supe que no tenía nada que temer.

Sus brazos me rodearon. Y aunque era el peor momento de la historia del mundo, me alegré de que ya no hubiera secretos emocionales entre nosotros.

Carver me atrajo hacia sí con tanta fuerza que me quedé sin aliento. Justo cuando me empujaba hacia arriba para poder finalmente besarlo, escuché una alegría inconfundible detrás de mí.

Por encima de mi cabeza, Carver miró hacia la sala de estar. No necesitaba verlo para saber que Claire y Claude se habían atrevido a salir de su escondite. Uno de ellos seguramente estaba saltando de arriba abajo.

—Esto es absolutamente innecesario —refunfuñó Carver, antes de finalmente apartar la mirada de ellos y volver a centrar su atención en mí.

Finalmente se inclinó hacia mí y me besó. Fue uno de esos besos que te conectan aún más profundamente con otra persona. Que van más allá del sexo y la confesión de sentimientos. Un beso que ardía caliente y constante. Una llama constante que demostraba que no se apagaría tan fácilmente con los vientos que se avecinaban.

Me hundí contra Carver, inhalé su aroma familiar y sentí el alivio fluir a través de mí.

—Te tomaste tu tiempo —murmuré contra sus labios.

—Había algunas cosas de las que tenía que encargarme —respondió, sin estar dispuesto a soltarme todavía.

Sin mirar en dirección a Claire, me dirigí a ella. —¿Quieres decirle a Seven que traiga a los niños?

Sonriendo, pasó rápidamente junto a mí y poco después los escuché hablando entre ellos.

—¿Te molestaría si los enviamos a todos a casa después? —preguntó Carver.

—No llevas ni cinco minutos aquí y ya estás haciendo demandas —respondí con una sonrisa, antes de ponerme seria—. Por supuesto que no. Necesito...

—Lo sé. —Lo dijo sin dejarme terminar la frase.

De mala gana me soltó, pero me llevó hacia la sala de estar. Claude estaba apoyado en el mostrador de la cocina. Sus brazos cruzados mostraban claramente que también esperaba algo así como una disculpa.

Pero Carver dijo algo completamente diferente. —Hoy me has demostrado que puedo confiar ciegamente en ti, Claude. Incluso cuando yo no veo con claridad, tú actúas en mi mejor interés.

Con eso, sin duda se refería al hecho de que Claude había tomado mi lado.

Detrás de mí escuché voces, así que me di la vuelta.

Matteo se había apoderado de la mano izquierda de Claire, mientras Davide colgaba de su derecha. Seven llevaba a Cat, que dormía plácidamente en su MaxiCosi. De todos nosotros, ella parecía la menos afectada.

Me arrodillé y extendí los brazos en silencio para un abrazo. Davide fue el primero en lanzarse sobre mí.

—Oye —murmuré mientras lo abrazaba—. ¿Quieres hablar de cómo te sientes?

Negó con la cabeza y lo acepté, sabiendo que Carver ya había hablado con ellos.

—¿Tienes una televisión en tu habitación?

Durante mi recorrido, había visto que Carver había convertido la antigua habitación de Gabriel en una habitación de invitados. —Si te digo dónde está la cama, ¿quieres ir a comprobarlo tú mismo?

—¿Podemos ver una película?

—Claro —respondí inmediatamente, ignorando por completo las reglas habituales. Acto seguido, le expliqué el camino hacia las escaleras y la habitación correcta, y luego observé cómo desaparecía escaleras arriba con su hermano. Un poco de preocupación se mezcló definitivamente con mi estado general.

Mientras tanto, Seven había dejado el MaxiCosi sobre el mostrador y cuando me incorporé, noté que tanto él como los otros dos estaban a punto de irse.

Claire se despidió de mí con un abrazo apresurado, Claude me hizo un gesto con la cabeza y Seven ya se había retirado sin decir una palabra más.

En cuestión de minutos, Carver y yo nos quedamos solos.

Solo pasaron segundos antes de que la fachada bastante pulida se desmoronara y él se apoyara con ambas manos en el mostrador, dejando caer la cabeza. Me resultaba difícil encontrar las palabras adecuadas.

—Sé que tendrás mucho que hacer en los próximos días —comencé—. Y quiero que sepas que haré todo lo posible para apoyarte. Me ocuparé de los niños. Sobre todo de los gemelos. No tienes que preocuparte por eso. Concéntrate simplemente en Cézanne y el funeral. Si quieres dejarlos aquí unos días... —Seguí hablando sin darme cuenta al principio de que se había erguido en toda su estatura.

Hasta que me miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿Crees que estoy aquí para que te encargues de los niños? —Resopló—. No estoy aquí por ellos ni porque no pudiera cuidarlos solo. Estoy aquí por ti. Por mí. De manera totalmente egoísta, porque te necesito. Y eso no significa que tengas que quitarme ningún trabajo. De hecho, quiero que no hagas absolutamente nada.

—Pero...

—Céz está muerta. Y te ha afectado tanto como a mí. Además, fui lo bastante estúpido como para cargarte también con mi error. No moverás un dedo, *mia cara*.

—¿Estamos con un nuevo apodo? —pregunté.

—Nos acercamos a lo que realmente tengo en la punta de la lengua desde el primer momento.

Decidí no indagar más. —Pero quiero estar ahí para ti, Carver. Para responder a tu declaración inicial.

Por un momento pareció sopesarlo. —Supongo que no puedo prohibírtelo.

—No. Sé que te estás conteniendo, pero... Estuve un tiempo en un grupo de apoyo para personas en duelo. Si quieres, puedo ir contigo alguna vez.

—¿De verdad no tienes ni idea?

Desconcertada, levanté una ceja. —¿De qué?

—El grupo de apoyo. Yo también estuve allí. Te vi cada semana y escuché cómo lanzabas todas esas preguntas sobre tu falta de duelo por la muerte de tu hermano, y me preguntaba qué había detrás de todo eso.

—Bueno, al menos ahora lo sabes. —A estas alturas, había entrecerrado ligeramente los ojos. Nunca me había fijado en él allí. Seguramente porque nunca me había fijado en quiénes eran todas esas otras personas.

—Pero no necesito terapia de grupo, Jeanne. Te necesito a ti. Cuéntame lo de ayer. Lo de anoche. Quiero saber qué me he perdido.

Sin esfuerzo, me subí a la encimera junto al MaxiCosi. Después de una larga mirada a Cat, volví a mirar a Carver.

—¿Has comido algo hoy? Claire trajo croissants esta mañana, pero desde entonces...

—Espaguetis con los niños. ¿Puedo cocinar para ti?

—Si no has traído provisiones por casualidad, podría ser problemático.

La mirada de Carver me lo dijo todo. Reflejaba la pregunta de si realmente iba en serio al insinuar que se había olvidado de lo más importante.

—Admito que no es nada fresco. Pero hay pizza congelada y ahí delante hay incluso albahaca fresca, así que podría ser... aceptable.

—¿Un italiano que come pizza congelada voluntariamente?

De manera demostrativa, fue al refrigerador y abrió el congelador. Lo que sacó seguramente no se encontraría en ningún supermercado.

—Céz tenía un congelador lleno de estas cosas. Me tomé la libertad de robar algunas. No es que importe ahora. —De nuevo, un músculo en su mandíbula se crispó.

Me aclaré la garganta. —No hay nada que me gustaría más que comer esa pizza congelada contigo ahora mismo, Carver.

Mi respuesta al menos le arrancó una pequeña sonrisa y así observé cómo estrenaba mi nuevo horno. Antes no había tenido tiempo de pensar en el hecho de que había demolido toda mi casa. Ahora me imaginaba cómo se abría paso a hachazos entre los muebles, cómo arrancaba el papel de las paredes y destrozaba todo lo que se interponía en su camino como en un ataque de furia.

Y podía entenderlo.

Tan condenadamente bien, porque me había pasado algo similar cuando encontré las cámaras. Una por una, había arrancado el cableado de las paredes. Si hubiera tenido el dinero necesario, era muy posible que yo también lo hubiera reducido todo a escombros. Así que me había tenido que conformar con haber presenciado cómo le pegaban un tiro en la cabeza a mi hermano, y con haber sido yo quien enterró su cadáver.

—Podrías haber mencionado que habías desarmado mi casa en sus partes —murmuré. Lo admito, cualquier tema era mejor que el obvio. Al menos por ahora, mientras todavía intentaba restablecer completamente la conexión con Carver.

Se acercó a mí y separó mis rodillas para poder colocarse entre mis piernas. Se apoyó en la encimera a mi derecha e izquierda.

—En realidad, se suponía que sería una sorpresa.

—Sabes que eso subraya claramente lo pronto que empezaste a quererme, ¿verdad? Eso fue una semana después de que empezara a trabajar para ustedes.

Un suave gruñido salió de su pecho. —Tal vez destruyo constantemente las casas de mujeres cuyos hermanos son unos completos imbéciles.

Resoplé divertida. —¿Puedo conocer a esas mujeres?

En lugar de responder a mi pregunta, se inclinó hacia mí y me besó. Me apoyé contra él, con los brazos alrededor de su cuello. Este beso no era suficiente; quería estar mucho más cerca de él.

—No tocaste mi dormitorio... ¿por qué?

—Porque era la única habitación en la que te había visto. Pero si crees que ahora no va con el resto, puedo...

—No. No. Está perfecto así. Esta mañana estaba bastante enfadada e inclinada a atribuirte motivos no tan agradables, pero... Gracias. Me sorprende que hayas encontrado tiempo para ocuparte de eso además de todo lo demás.

—Prioridades, *mia cara*.

Yo era una de sus prioridades, y si dejaba de lado su montaña rusa emocional de hoy, incluso podía creerle. Mi mirada se posó en la rosa que había dejado sobre la encimera antes.

—Entonces prométeme que no volverás a alejarme contra mi voluntad. —Aunque era capaz de perdonarlo, no podía soportar que se repitiera. La incertidumbre. Las preguntas sin respuesta... el dolor.

—Haré lo mejor que pueda. Pero de vez en cuando tendrás que hacerme entrar en razón.

—Si me escuchas —respondí sonriendo.

—¿Podemos simplemente acordar que una relación de verdad es algo nuevo para ambos y que quizás tengamos que aprender ciertas cosas?

Asentí comprensivamente. —Me parece bien. Entonces, ¿comemos pizza en la cama? ¿Y dónde dormirá Cat?

—Su cama está en el auto. Tú te encargas de los chicos, yo me ocupo de Cat y luego nos encontramos para comer pizza en el sofá. Tiene función para convertirse en cama... así los niños estarán tranquilos arriba.

—¿También trajiste el monitor para bebés?

—Por supuesto.

—¿Así que simplemente asumiste que te perdonaría y te permitiría quedarte? —pregunté mientras lo apartaba para poder bajar de la encimera.

—Digamos que... asumí que mi disculpa sería escuchada.

Lo miré brevemente con los ojos entrecerrados. —Al menos eres capaz de disculparte.

—Y tú eres capaz de perdonar —respondió. Sonaba casi como si no estuviera acostumbrado a ello.

Antes de subir, eché un vistazo por encima del hombro y vi cómo salía de la cocina hacia la puerta principal. Era enorme. De una manera buena. De una forma que automáticamente me hacía sentir segura.

Cuando llegué al último escalón, ya escuchaba las voces bajas del televisor. La puerta estaba entreabierta, así que miré por la rendija hacia la habitación después de apoyarme en el marco. Matteo dormía boca abajo bajo una de las colchas. Su hermano también dormía, con un brazo firmemente alrededor de la almohada sobre la que debería estar su cabeza.

Verlos me hizo llorar de nuevo. La relación con mis padres nunca había sido buena, pero también los perdí temprano, y como Gabriel ya era mayor de edad, obtuvo mi custodia.

Tal vez debería hablarles mejor de mis abuelos. Su muerte fue realmente una pérdida

dolorosa para mí, que me hizo estar de luto durante mucho tiempo.

Me aparté, miré brevemente hacia mi dormitorio. Carver ya estaba ocupándose de la cama, así que volví abajo, saqué las pizzas del horno y descubrí una bolsa en el suelo. La miré con interés, pero primero llevé los platos a la sala de estar para dejarlos en la mesa de café. Por costumbre, encendí el canal de telebasura y luego descubrí cómo convertir el sofá en una cama.

Los cojines y mantas apilados a un lado no estaban allí antes, al igual que la bolsa en la cocina. Carver había pensado en todo, lo que solo reforzaba sus palabras de antes.

No me necesitaba solo para los niños.

Sino también para su propio bienestar, al igual que yo parecía necesitarlo para el mío.

Me senté en el sofá y pesqué una de las mantas. No pasaron ni dos minutos cuando apareció Carver, dejó el monitor para bebés sobre la mesa y se sentó a mi lado. Levanté la manta para que pudiera extenderla sobre ambos. Se inclinó hacia adelante, me alcanzó mi plato y luego tomó el suyo.

—Incluso con guarnición de hojas de albahaca —observé, antes de darme cuenta de algo más—. Si alguien me hubiera dicho alguna vez que estaría sentada en mi sofá comiendo pizza congelada con un jefe de la mafia, me habría reído.

—Ese alguien teórico probablemente no sabía que también te acuestas con el jefe de la mafia —gruñó antes de que su mirada cayera sobre el televisor.

Entonces me di cuenta de mi error y me quedé paralizada. —Oh, *merde*. Lo siento. No pensé...

—¿Cuál es tu serie favorita? —preguntó, ignorando simplemente lo mal que me sentía.

—¿Anatomía de Grey?

—Nunca la he visto... ¿empezamos desde el principio?

—Eh, claro. —Agarré el control remoto y cambié a un servicio de streaming—. ¿De verdad quieres verla?

—No habría preguntado si no fuera así; mantendremos las series nocturnas. —Por su tono, no había nada que discutir. Y de hecho, podía aceptarlo muy bien.

—Así que un jefe de la mafia comiendo pizza en mi sofá, viendo conmigo mi serie médica favorita y luego regalándome orgasmos.

Me lanzó una mirada de reojo. —Más o menos así.

DESPUÉS DE COMER, Carver había decidido darse una ducha, pero eso había sido hace media hora y ahora la sensación de malestar en mi estómago se había convertido en un verdadero presentimiento. Aunque había decidido darle su tiempo, finalmente me levanté del sofá y me acerqué al baño de abajo.

La puerta estaba apenas entreabierta, por lo que también podía oír el ruido del agua. Y vi que ni siquiera había encendido la luz.

Entrecerré los ojos. Me hubiera gustado decir que no conocía situaciones como esta, pero en realidad me resultaban tan familiares que consideré simplemente volver al sofá.

Sin embargo, en todos los momentos en los que me había encontrado en una posición similar a la suya, no habría deseado nada más que alguien abriera la puerta del baño y me hiciera compañía.

Cuando entré, la luz del pasillo fue suficiente para distinguir a Carver en la ducha. Ni siquiera estaba bajo el amplio cabezal de la ducha.

Estaba sentado en el suelo, con los antebrazos apoyados en las rodillas y la cabeza colgando entre los hombros, mientras el chorro de agua lo golpeaba directamente.

Exceptuando esta mañana, seguramente se había contenido todo el día, asegurándose de que todo siguiera su curso.

Incluso esta noche no había soltado las riendas, había pensado en tantos detalles, confiando únicamente en sí mismo en lugar de en los empleados a su disposición.

En lugar de aclarar mi garganta y anunciar mi presencia de antemano, abrí la puerta de cristal que conducía a la ducha y me agaché frente a él.

Carver ni siquiera levantó la cabeza. No reconoció mi cercanía, hasta que rocé mis dedos contra los suyos, y él agarró mi muñeca tan rápido que me sobresalté involuntariamente.

En la penumbra, pude distinguir su mirada sobre mí. Negra. Fría. Y eso a pesar de que sus ojos brillaban relativamente claros.

Su mirada recorrió mi cuerpo, sobre la ropa con la que no me había molestado. Para entonces estaba mojada y se adhería a mí como una segunda piel.

—No tienes que estar solo con esto —dije, en lugar de preguntarle si estaba bien. Obviamente no lo estaba, pues no solo el agua de la ducha corría por su rostro—. Puedes contarme todo.

—Pensé que estaba preparado. No lo estaba. Se siente aún peor que en los últimos meses.

—Probablemente se seguirá sintiendo así de mal por un buen tiempo. Algún día mejorará, pero el punto débil siempre permanece. —No eran las palabras reconfortantes y compasivas que otros quizás habrían pronunciado en esta situación.

Pero era la verdad, la amarga y cruda verdad.

—Eso no me ayuda, Jeanne.

Se me escapó un resoplido. —Tampoco te ayudaría si te mintiera. La muerte es una perra. Eso no cambia.

—No es solo que ella ya no esté. Son todas las pequeñas cosas que asocio con ella. Cosas que inevitablemente evocan un recuerdo de ella. Y eso, a su vez, me recuerda que nunca volverá a ser como era antes.

Me dejé caer de cuclillas frente a él en posición de loto. —Lo hermoso es que por eso mismo no la olvidarás. ¿Qué tan terrible sería si un día te despertaras y de repente no tuvieras ningún recuerdo de ella? Así, abres el congelador y piensas en ella porque ves una pizza que ella hizo alguna vez.

—¿Crees que los gemelos lo están llevando mejor?

La pregunta apenas me sorprendió. —Supongo que se parecen un poco a su padre. Externamente, no muestran tanto como lo harían otros niños de su edad. Sin embargo, eso no significa que no les afecte. Mientras sigas dándoles la oportunidad de hablar contigo sobre ello...

—Si en ese aspecto se parecieran a ella...

—Tal vez sería más fácil porque expresarían sus emociones más abiertamente. Pero así puedes ponerte en su lugar. ¿Quién mejor que tú para saber cómo apoyarlos?

Carver sacudió la cabeza. —Ni siquiera sé cómo apoyarme a mí mismo.

—Ya lo estás haciendo. Ahora mismo estás hablando conmigo sobre ello. Y si necesitas algo más, estoy aquí para ti igual que en este momento. Puedo escuchar. Puedo hablar contigo. Puedo dejarte en paz o abrazarte. También puedo sentarme aquí contigo las próximas tres horas y simplemente pasar tiempo juntos mientras piensas. Lo que sea que necesites, Carver.

Una voz suave en el fondo de mi mente susurró que mis necesidades probablemente no diferían tanto de las suyas como podría parecer a primera vista.

Soltó mi mano y se reclinó contra los azulejos. No necesitó repetir en voz alta la invitación no expresada, porque la entendí y me subí a su regazo, con la espalda apoyada contra sus piernas aún levantadas, de modo que inevitablemente estábamos muy cerca.

Lo miré inquisitivamente, ahora completamente empapada.

—¿Siempre te duchas a oscuras?

—Solo cuando me siento particularmente melodramático.

—Hm —solté.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Cansado. Agotado. Triste. Abrumado. Ayer al mediodía estuve feliz por un tiempo, hoy me pregunto si siquiera tengo derecho a estarlo o si debo enterrar esa felicidad bajo el dolor porque sería lo apropiado. Por otro lado, Céz no quería eso. Se lo conté y todo el tiempo estuvo tan emocionada como con los mejores episodios de sus programas de telebasura.

—Me resultó difícil aceptarlo, Jeanne, pero te estoy inmensamente agradecido por lo que hiciste por ella. Parecía feliz y satisfecha cuando me acosté con ustedes anoche en la cama. En paz.

Me mordí la lengua. —Si yo estuviera en su situación, desearía que alguien hiciera lo mismo por mí.

Noté el cambio en la energía entre nosotros antes de poder captarlo completamente con mi conciencia.

—Pero tú no estarás en esa situación. No puedo soportar esto una segunda vez. No cuando...

—Estoy perfectamente sana, Carver. No me pasará nada. Ni a los niños tampoco.

Me cuidé de mencionar su profecía, porque uno de nosotros tendría que pasar por un escenario similar y ciertamente no sería Carver.

—Tal vez debería hacer que esa sea tu única tarea. Mantenerte sana para mí.

Se me escapó una suave risa. —Tal vez deberíamos asegurarnos de que no empieces a generarte estados de ansiedad. Cuéntame algo que te distraiga.

Hubo un silencio entre nosotros por un momento y ya suponía que volvería a hablar sobre mi salud porque el tema simplemente no lo dejaba, pero finalmente fueron otras palabras las que salieron de su boca.

—Su funeral será un asunto privado. He dispuesto que su muerte no se anuncie hasta después de que el funeral haya terminado. Muy pocos sabían de su enfermedad y no soporto la idea de que este funeral pudiera ser solo un pretexto para conversaciones políticas o juegos de poder.

—¿Qué hay de sus padres?

—Muertos. Hace mucho tiempo. Tiene un hermano, pero lleva años desaparecido. Solo seremos nosotros. Tú. Los niños. Los empleados, los reclutas y los otros miembros de la mafia. Y yo. En el cementerio de la isla, después de un breve servicio en la capilla. Ella quería que después celebráramos la vida y olvidáramos el duelo, pero...

—Me gusta la idea —lo interrumpí antes de que procediera a eliminar el deseo de Cézanne.

—No se siente correcto celebrar su muerte.

—Por eso celebras su vida. Tienes tantos hermosos recuerdos con ella. De su vida. ¿Por qué deberían caer en el olvido? Seguramente celebraron juntos muchas veces en el pasado.

—Tenemos un club. —Como si eso fuera la respuesta a mi afirmación.

—Entonces solo necesitamos una lista de reproducción con sus canciones favoritas. Y comida. Quizás tengamos que dejar la tristeza fuera por unas horas, pero estoy segura de que para los gemelos también sería un último recuerdo mejor que un ataúd descendiendo a la tierra mientras todos lloran.

—Estás influyendo en mí, mujer.

Me encogí de hombros y lo miré directamente. —Solo te digo lo que yo sentiría que es correcto. La decisión es tuya.

—Ya conozco estas recomendaciones de acción —respondió, pero no sonaba sombrío como yo esperaba.

Más bien aliviado.

—Bien. Haremos lo que ella quería —cedió más rápido de lo que yo creía posible.

—¿Lo haremos?

—Dijiste que sería lo correcto.

—Lo es.

—Entonces nos apegaremos a eso.

Me di cuenta de que lo que estaba sucediendo no era poca cosa. Carver me estaba escuchando. Me estaba tomando en cuenta. Y lo más importante, estaba cediendo en su propia decisión para aceptar mi sugerencia. ¿Era esto a lo que Cézanne se refería?

—Gracias —murmuré, aunque no me estaba haciendo un favor a mí, sino simplemente cumpliendo los deseos que Cézanne había expresado antes de morir.

—Ahora sé lo que necesito —continuó Carver, sin responder a mi agradecimiento.

—¿Qué?

—A ti.

—Ya estoy contigo. No creo que pueda estar más cerca de ti en este momento, estoy apretada entre tu torso y tus piernas.

Levantó una ceja, de modo que en cuestión de segundos entendí a qué se refería realmente. —¿Alguna vez has tenido sexo en la ducha?

Lentamente, negué con la cabeza.

—Entonces es hora de que tengamos esa experiencia juntos.

—Eres diez años mayor que yo y ¿nunca has tenido sexo en la ducha? ¿Sabes lo difícil que me resulta creer eso?

—Es la verdad.

Asentí, indicándole que le creía. —Pero eso no cambia el hecho de que eres un hombre condenadamente atractivo y simplemente no puedo entender que todo este tiempo...

—... ¿solo tuve encuentros de una noche? ¿Con escorts, prostitutas y mujeres que nunca volvería a ver?

—Incluso ahí podrías haber tenido sexo en la ducha.

—Solo quería un orgasmo de ellas, no una experiencia que cambiara mi vida.

—Oh, ¿entonces el sexo conmigo va a cambiar tu vida?

—Ya lo ha hecho —gruñó y agarró mi camiseta para liberarme de ella. La tela mojada se despegó de mi piel con reluctancia, pero tan pronto como la camiseta cayó al suelo de la ducha con un fuerte chapoteo, sus manos estaban en mis pechos.

Me recliné contra sus piernas, de modo que desde mi posición tenía una excelente vista de cómo la mirada de Carver subía por mi vientre plano. Hacia sus grandes manos, que jugaban conmigo y me hacían olvidar que el mundo que nos esperaba afuera era sombrío. Sombrío, lleno de dolor y tan feo que me gustaría cerrar los ojos ante él.

Y lo estaba haciendo, justo ahora lo estaba haciendo al seguir solo los sentimientos que Carver despertaba en mí.

Las palmas ásperas de sus manos frotaron mis pezones y me mordí el labio inferior para suprimir el gemido que se elevaba dentro de mí.

No se le escapó, porque su mirada hambrienta encontró la mía. En algún lugar en las profundidades de sus ojos brillantes, todavía reconocí la carga que pesaba sobre sus hombros, pero algo más se había movido al frente.

Su deseo por mí, en cuya satisfacción estaba obsesionado.

—¿Ya olvidaste lo que te dije ayer, *mia cara*? —murmuró en el silencio entre nosotros.

El recuerdo se encendió. Primero solo de las caricias, pero luego sus palabras también volvieron a mí. Una agradable piel de gallina se formó en mi cuerpo.

—Dímelo otra vez —pedí y extendí la mano hacia él, dejándola viajar desde su pecho hacia arriba hasta su cuello. Sentí los músculos y los seguí hasta su mandíbula, a lo largo hasta su barbilla. La barba incipiente raspaba mi piel suave, ejerciendo un efecto casi hipnótico sobre mí.

No me bastaba con solo tocarlo. Necesitaba sentirlo. Todo de él, en todas partes de mí, dentro de mí, para perderme por un rato y llenar mi mundo con algo que me hiciera sentir más que una tristeza infinita.

—No te contendrás cuando tengas sexo conmigo, Jeanne. Ni tus gemidos, ni tu deseo, ni tu lujuria. Tomarás lo que necesites, porque yo seguramente no me contendré en lo que necesito de ti.

Su voz era tan profunda y áspera que sentí un hormigueo subiendo por mi columna vertebral. Mis labios se separaron antes de que me inclinara hacia adelante y lo besara.

El agua de la ducha sobre nosotros ahora caía directamente sobre mi cabeza, corría por mi cara y me hacía sentir tan viva por un momento fugaz como si la noche anterior no hubiera sucedido.

Con la lengua, recorrí sus labios y entré en su boca, saboreándolo a él y todo lo no dicho entre nosotros.

Me empujé hacia arriba y usé una mano para ayudarme a bajar mis shorts junto con mi ropa interior. No llegué muy lejos antes de tener que enderezarme completamente para salir de ellos. Carver no permitió que rompiera el beso.

Tampoco permitió que me hundiera de nuevo. En cambio, cerró las manos alrededor de mis muslos. Ahora sí me enderecé, con una mano apoyada en los azulejos, porque Carver acercó mis caderas a su rostro. Sin rodeos, se presionó entre mis piernas, dejándome sentir su lengua, que encontró mi clítoris con tanta determinación que no pude evitar suspirar.

El placer se disparó desde mi bajo vientre a través de todo mi cuerpo, haciendo que dejara caer la cabeza hacia atrás.

Las manos de Carver se movieron hacia mi trasero, lo agarraron y apretaron con firmeza mientras me lamía con tanta avidez que después de solo segundos ya sentía el orgasmo imparable construyéndose cada vez más dentro de mí.

—Necesito más —solté, lo que hizo que Carver presionara sus labios contra el interior de mis muslos. Sentí su sonrisa, su aliento caliente, cómo presionaba su lengua contra mi piel y jugaba conmigo en el lugar equivocado, porque obviamente le divertía torturarme.

—¿Y qué es lo que necesitas, *mia cara*?

Hubo un momento en el que me habría quedado paralizada de nervios ante esta pregunta. En esta situación. Pero la vida era corta y justo ahora me estaba dando todo lo que siempre había anhelado, mientras al mismo tiempo perdía exactamente la misma cantidad.

Ya no había razón para ocultar nada. Para contenerme.

—Te necesito, Carver. Igual que tú me necesitas a mí. Para empezar, tu lengua en mi clítoris, mientras dos de tus dedos están dentro de mí. El orgasmo me hará perder el equilibrio, así que quiero hundirme en tu polla mientras mis músculos aún se contraen. Una vez que te esté

cabalgando, jugarás con mis pechos y te diré lo malditamente bien que se siente. Y luego... luego pondrás tu mano alrededor de mi cuello y me dirás que vuelva a correrme para ti. Después me llevarás de vuelta al sofá, porque eso es solo el comienzo —Sentí el temblor en mi voz, en todo mi cuerpo, mientras Carver se deslizaba lentamente de vuelta hacia mi coño.

Sus dedos se deslizaron por mi humedad y luego dentro de mí, un suave recordatorio de cómo se había sentido su polla dentro de mí.

—¿Te refieres así? —murmuró contra un punto particularmente sensible que me hizo estremecer.

—Exactamente... así —suspiré y bajé la mano hasta su cabello para sostenerme.

Su lengua separó mis labios para poder estimularme directamente.

El calor me invadió.

—Bueno, cuéntame lo bien que se siente —exigió, aunque era demasiado pronto y apenas podía formar una frase.

—Cuando me lames, se siente como si estuviera borracha de la mejor manera posible —comencé—. Haría cualquier cosa para sentirlo una y otra vez.

¿Todo? —repetí, de repente confrontado con cientos de posibilidades para hacerla suplicar por lo que tanto anhelaba.

—Todo —confirmó ella—. Confío en ti, Carver.

Confianza... que me había ganado sin saber cómo. Y aun así, no había nada que quisiera más que aprovecharla para darle placer.

Deslicé mis dedos más profundamente dentro de ella, los retiré, solo para volver a introducirlos mientras masajeaba ese punto que la había vuelto loca ayer.

Combinado con los movimientos de mi lengua en su clítoris, solo tomó segundos para que perdiera el control de su cuerpo.

Y tal como había profetizado, su orgasmo la obligó a caer de rodillas entre gemidos. Sus piernas cedieron tan pronto como comenzaron las contracciones, y aun así mantuve a Jeanne erguida el tiempo suficiente para que pudiera disfrutar completamente de su clímax. Solo cuando tuve suficiente, la dejé descender lentamente, sus piernas ya no dobladas sino estiradas, de modo que pudiera deslizarse sin esfuerzo sobre mi dura polla.

Solo cuando estuve dentro de ella hasta el último centímetro, exhaló aliviada. Su frente se apoyó contra la mía, permitiéndome mirar profundamente en sus ojos velados.

De repente, ya no recordaba lo que me había mantenido con los pies en la tierra todos estos años anteriores. A dónde había ido con todas esas sensaciones cuando se me subían a la cabeza, porque en este momento se sentía tan natural encontrar ese arraigo en ella.

Deslicé mis manos hasta sus caderas y dirigí sus movimientos, todavía sintiendo las réplicas de su clímax.

Pero eso no era todo lo que ella había querido de mí, solo que aún no estaba listo para darle el resto.

Primero quería disfrutar. Disfrutar cómo se movía arriba y abajo. Cómo su cuerpo se retorció y sus músculos se apretaban firmemente a mi alrededor, con la intención de no soltarme nunca más.

Tanto en nuestras vidas estaba patas arriba y en cuestión, pero ya no lo que había surgido entre nosotros. Eso ya no planteaba ninguna pregunta.

Mi mano en su cuello... Palabras que no esperaba escuchar de su boca. Seguramente había más acechando allí, porque todas las fantasías diurnas que había insinuado ciertamente eran todo menos castas.

Tal vez tendría la oportunidad de atarla a mi cama para hacerla repetir todas las fantasías que nos habían acompañado a ella y a mí durante semanas, mientras la mantenía a distancia, en lugar de perderme en ella y olvidar el mundo por un tiempo.

Como me lo había merecido todo este tiempo...

Levanté una mano hasta su hombro. Con la mano en su cadera, la ayudé a subir hasta que solo la punta de mi polla presionaba contra su entrada, y luego la empujé hacia abajo con la otra mano. Rápido, firme, de modo que me hundí profundamente en ella y la escuché inhalar bruscamente. Al mismo tiempo, había esa expresión en su rostro, el puro deleite extasiado que me había fascinado tanto ayer que tenía que verlo una y otra vez.

Primero, deslicé el pulgar hacia su cuello.

—Así que mi mano en tu cuello, ¿eh?

Pasé el dedo por su garganta y a lo largo del costado de su cuello, sintiendo su fuerte latido antes de añadir un segundo dedo y aplicar lentamente una presión más firme, en lugares no específicos que la acostumbraron lentamente a la sensación de tener una mano alrededor de su cuello.

—¿De dónde sacaste eso?

—De una historia erótica increíblemente excitante de internet. Tu voz suena similar, así que me imaginé... —Jeanne sonaba tan maravillosamente sin aliento que no quería dejar de follarla.

—Soy todo oídos.

—Es como si controlara la respiración de quien escucha. Una cuenta regresiva... sin aire, estimulación implacable y luego un orgasmo tan pronto como él lo permite.

Mis pensamientos se desviaron por un momento, porque me divertía que se hubiera dejado llevar al orgasmo verbalmente por algún tipo de internet, con la ayuda de un archivo de audio que ni siquiera estaba hecho a su medida, sino para las masas.

—¿Eres consciente de que nadie más que yo te prohibirá nada? —gruñí.

No por celos, sino porque me gustaba la idea de que yo controlara su placer.

—¿Y qué quieres prohibirme, Carver? —Era una pregunta inocente y al mismo tiempo tan atrevida que inmediatamente presioné mis dedos contra los lados de su cuello y observé cómo sus ojos se agrandaban ligeramente.

—Para empezar, el flujo de sangre a tu dulce cabeza hasta que te corras en mi polla. De mí no obtendrás una cuenta regresiva, *mia cara*. Solo una mano en tu frágil cuello, mi polla dentro de ti y mi pulgar en tu clítoris. Así que córrete para mí.

Me propondría hacer realidad todas sus fantasías. Cada una de ellas. Cada sueño que había tenido. Cada historia erótica que había escuchado. Cada película mental sexual. Todo eso.

—Carver —gimió, con los ojos medio cerrados.

Aunque el agua seguía cayendo sobre nosotros, podía sentir el calor que irradiaba de su cuerpo.

Ahora se movía exactamente al ritmo que necesitaba. Con cada movimiento, se frotaba contra mi pulgar, tomando mi polla de la manera que se sentía bien para ella.

Y en cuestión de segundos, volvió a estar en ese dulce punto justo antes de su orgasmo.

Sin duda, la sangre le zumbaba en los oídos y su corazón latía con fuerza, mientras las pulsaciones entre sus piernas le recordaban que en ese momento solo tenía una tarea.

—Córrete para mí, *mia cara* —repetí, listo para soltarme en el mismo instante y correrme profundamente dentro de ella—. Sé que lo deseas. Estás a punto, puedo verlo en la súplica de tus ojos. Sexo transformador bajo la ducha, ¿lo recuerdas? Así que córrete en mi polla mientras sostengo tu vida en mis manos.

No me sorprendió que fueran estas palabras las que la catapultaran hacia la meta. Jeanne se corrió con tanta fuerza que echó la cabeza hacia atrás y dio rienda suelta a su placer tan pronto como liberé su cuello.

Sus dedos se clavaron en mis hombros, resbalaron por el agua hacia abajo sobre mi pecho y

dejaron ardientes marcas que me llevaron al límite.

Con un gemido gutural, me corrí dentro de ella, hundiéndome profundamente varias veces más antes de detenerme lentamente, sintiendo solo las pulsaciones.

Solo cuando ella se desplomó satisfecha contra mí y pasamos unos minutos en silencio para calmarnos, me levanté con ella para ponerla de pie.

Pero estaba lejos de mi intención llevarla de vuelta al sofá inmediatamente. En su lugar, cogí el champú y lo esparcí generosamente en mi mano antes de comenzar a masajear su cuero cabelludo.

—¿Por qué haces esto, Carver? —la oí preguntar.

Así que giré a Jeanne hacia mí. —Porque me preocupo por ti y me interesa descubrir cómo cuidarte adecuadamente. ¿O quieres decirme que con unos cuantos orgasmos es suficiente?

Me miró desde abajo. —Tal vez seas demasiado bueno para mí.

Su declaración me arrancó una sonrisa cansada. —O tal vez me importa hacerte olvidar que acabo de decepcionarte y que podría volver a hacerlo en el futuro.

Jeanne torció la boca. —Si es así... continúa.

En realidad, no esperaba ver a Seven tan pronto de nuevo, pero Carver le había asignado una nueva área de responsabilidad. Y esa era proteger la casa mientras el propio Carver estuviera ausente. Como además cumplía su palabra, también había convocado a Claude y lo había nombrado la nueva niñera. Si eso era un ascenso o un descenso en su rango... bueno, eso era discutible.

De todos modos, agradecía poder pasar la mañana en mi cama. La única que me hacía compañía era Caterina, que dormía plácidamente.

No podía negar una cosa: la noche anterior me había destrozado emocionalmente una vez más y aún no estaba del todo preparada para enfrentarme a este día. Carver incluso me había traído el desayuno a la cama, en la que me había dejado caer después de nuestra segunda ducha juntos esta mañana. Y desde entonces, la comida permanecía intacta en la mesita de noche.

Me froté el puente de la nariz y seguí mirando al techo. Como antes, conté los puntos individuales en el yeso, aunque ya me sabía el número de memoria. Al menos de esta manera no importaba si me equivocaba al contar.

Justo cuando estaba a punto de sumergirme en otra ronda de pensamientos depresivos, oí el sonido de unos pequeños pies en el pasillo, que se dirigían directamente hacia la puerta del dormitorio. Un segundo después, Davide asomó la cabeza, mirando cautelosamente en mi dirección.

—¿Estás despierta? —susurró, lo que derritió un poco mi corazón.

—Sí —susurré de vuelta inmediatamente.

Abrió la puerta completamente y entró, solo para trepar a la cama por mi lado. Ahí estaba sentado, mirándome inquisitivamente, y ya presentía que todo lo que estaba a punto de decir sería, de alguna manera, una tortura pura para mí.

—Claude dijo que solo puedo molestarte si me lo permites.

—Qué considerado de su parte.

—¿Estás bien?

Mi primer reflejo fue responder que sí y disimular lo que estaba pasando dentro de mí. Pero luego lo pensé mejor. —Para ser honesta, no realmente.

—¿Estás triste?

—Sí, creo que esa es una buena descripción.

—Yo también.

—Lo sé —dije y extendí el brazo a un lado para que pudiera dejarse caer en él.

—¿Ayuda estar en la cama?

—Un poco —murmuré—. Pero tampoco es una solución permanente.

—Maman me escribió una carta.

—¿Y la leíste?

—Claro. Justo después de que papá me la diera.

Ni siquiera me atrevía a preguntar qué decía. Afortunadamente, no tuve que hacerlo.

—Mamá escribió que puedo contarte todo lo que le habría contado a ella.

Ahí estaban de nuevo. Las lágrimas. Miré fijamente hacia el techo, con la esperanza de que no volvieran a rodar por mis mejillas. —Si eso es lo que quieres, Davide, puedes hacerlo. Pero también sería completamente comprensible si prefieres hablar con tu papá.

Él simplemente ignoró eso. —También dijo que debemos escucharte y que está bien si la odiamos un poco porque murió tan pronto. Pero para ser honesto, no puedo hacer eso.

—¿No estás enojado?

—Solo triste. Porque simplemente se ha ido y no le dije lo suficiente que la quería.

Y ahí se fue mi autocontrol definitivamente. Presioné el puño contra mi boca y cerré los ojos para reprimir el sollozo que se abría paso a través de mi pecho.

—Siempre lo decíamos antes de dormir, pero los últimos dos días tuvimos que ir a la cama solos y...

Me hubiera encantado golpear mi cabeza contra la pared más cercana, varias veces seguidas, para perder el conocimiento de manera efectiva.

Me obligué a moderar mi reacción a sus palabras para poder al menos mirar en su dirección. Tal vez lo que vio en mi rostro fue suficiente indicio de que yo podía entender perfectamente cómo se sentía, aunque por razones diferentes. Lo abracé con más fuerza antes de lograr de alguna manera formular palabras.

—Sé que no es lo mismo, pero te quiero, Davide. Y me aseguraré de que no tengas que irte a dormir sin escucharlo. Lo prometo. —No tenía idea de cómo hablaría de esto con Carver sin que mi corazón se rompiera en mil pedazos una vez más por estos niños, pero de alguna manera lo lograría.

—Yo también te quiero —respondió después de unos segundos, inseguro y con un sollozo—. ¿Puedo quedarme aquí?

—Por supuesto.

A lo largo de la mañana, Matteo también se nos unió, así que al final comimos juntos en la cama, en su mayoría en silencio, excepto por Caterina, que balbuceaba para sí misma mientras intentábamos colectivamente entender lo que decía.

En algún momento, Davide sacó su memoria de Star Wars de la bolsa que había traído, así que también jugamos a eso juntos en la cama. Recordé que también habían jugado con Claude y Seven, y que a Caterina le gustaba particularmente la misma carta una y otra vez, que ahora también parecía especialmente interesante.

De vez en cuando, miraba mi smartphone y revisaba las actualizaciones de Carver. No le revelé que Claude estaba sentado solo en la sala de estar y que los tres niños habían encontrado su camino hacia mí de forma natural.

No es que me molestara. Se lo había ofrecido voluntariamente desde el principio. Aunque obviamente había perdido el trabajo de niñera, eso no cambiaba el hecho de que había recibido un ascenso, directamente de Cézanne en persona.

Mis pensamientos divagaban mientras observaba a Matteo y Davide resolver un empate con piedra, papel o tijera para determinar quién sería el ganador final.

Matteo salió triunfante, y la victoria parecía hacerlo genuinamente feliz, pues se alegraba como si todo fuera como antes.

Eso era bueno, ¿no?

Una señal de esperanza.

Que se hizo añicos en mil pedazos al momento siguiente, porque lo que resonó ensordecedoramente en mis oídos fue un disparo que se había producido justo frente a la casa.

Por un segundo me quedé paralizada. Contuve la respiración. Luego me levanté de un salto, solo para quedarme clavada en el sitio, porque era una idea tonta correr hacia la ventana.

En todos los años que llevaba viviendo aquí, nunca se había escuchado un disparo en este vecindario. ¿Ahora había un guardia frente a mi casa y alguien disparaba?

Coincidencias como esta no existían.

Me di la vuelta y levanté a Cat de la cama, e indiqué con un gesto a los gemelos que también se levantarán. Luego se la entregué firmemente a Davide.

—Vais a hacer exactamente lo que os diga, ¿entendido?

Asintieron con los ojos muy abiertos.

Conocían el sonido de los disparos. Pero no estaba segura de si alguna vez habían sido atacados en su hogar.

—Os vais a esconder. Y lo haréis de manera que nadie os encuentre, ¿de acuerdo? Llevaos a Cat y pase lo que pase, no salgáis de vuestro escondite. No salgáis hasta que papá o yo os encontremos, ¿sí? Tenéis que intentar estar en silencio. Os quiero a todos y no os va a pasar nada. Lo prometo.

Era una promesa tonta. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Actuaba por instinto, porque Carver no me había enseñado qué hacer si alguien intentaba entrar en mi casa.

Seven y Claude se encargarían de esto, ¿no?

Escuché otro disparo. Un escalofrío me recorrió la espalda, luego empujé a los gemelos hacia el pasillo.

—Escondeos. No me digáis dónde. Simplemente desapareced. Lo convertiremos en un juego. Si os escondéis lo suficientemente bien, os compraré todo lo que queráis. —La desesperación hablaba por mí. El miedo. La incapacidad de tomar una decisión más racional.

¿Qué debía hacer? ¿Esconderme con ellos? ¿Bajar y preguntarle a Claude qué estaba pasando?

¿Por qué había alguien afuera intercambiando disparos con Seven, y en pleno día?

Seguí empujando a los gemelos y me apresuré a bajar las escaleras, porque realmente no quería saber dónde se escondían. En caso de que... No, me reprendí.

Nada de pensamientos negativos.

Tan pronto como llegué al área de estar, me quedó claro que esto no era ninguna broma.

Claude estaba apoyado contra la pared junto a la entrada de la cocina, que a su vez daba a la sala de estar, y miraba hacia el pasillo y la puerta principal.

Aun así, notó mi presencia.

—Vuelve arriba —me ordenó con voz dura, que casi me hizo obedecer automáticamente.

Pero solo casi. —¿Qué está pasando aquí? —exigí saber.

Alguna parte de mí había esperado que por primera vez en mi vida estuviera segura en esta casa. Pero esa idea acababa de estallar como una burbuja de jabón cuando sonó el primer disparo.

—¡Dime qué está pasando ahí fuera! —Como no me respondió, insistí de nuevo.

Tal vez debería llamar a Carver... busqué mi teléfono, solo para darme cuenta de que lo había olvidado en la cama.

—No lo sé, ¿de acuerdo? Seven está ahí fuera y si hay más de un tirador, tiene un problema. Pero no puedo dejarte a ti y a los niños aquí solos. Si algo sucede...

—¿Va a suceder algo?

Me lanzó una mirada por encima del hombro que me dijo todo lo que necesitaba saber.

—Dame un arma.

—No sabes disparar.

—Mejor no saber disparar con un arma que sin ella —siseé y me acerqué a él. Sabía que tenía más de un arma. Todos las tenían, incluso Carver llevaba dos diferentes, aunque no de manera tan evidente.

—Le dije que me enseñara —murmuré cuando Claude cedió y me entregó el arma que tenía atada al tobillo—. Pero dijo que nunca estaría en peligro porque su gente me cuidaría. O porque él estaría allí para protegerme.

—Yo soy su gente. Puedes confiar un poco en mis habilidades —gruñó Claude en mi dirección—. Quiero que vayas a la sala y gires la mesa de centro a un lado. La superficie es de metal. Te cubres detrás de ella. Solo disparas si es absolutamente necesario.

Por primera vez en mi vida, seguí una orden directamente. Tenía sentido. Venía de Claude. Él sabía lo que hacía. ¿O no? Él controlaría la situación y luego yo buscaría a los niños, los abrazaría fuerte... y le patearía el trasero a Carver porque realmente no necesitaba un momento como este. No después de los últimos días.

Con el corazón latiendo fuertemente, me agaché detrás de la mesa de centro y miraba en dirección a Claude cada pocos segundos. Hasta que escuché cómo se abrió de golpe la puerta principal. Un segundo después, Seven entró precipitadamente. Por un instante diminuto, me sentí aliviada de verlo vivo.

Luego gritó: —¡Esto se va a poner muy feo!

Pasó corriendo junto a Claude en mi dirección y vi que presionaba su brazo derecho contra el pecho con la mano izquierda. La causa era tan evidente que apreté los dientes con fuerza... y me pregunté si realmente estaba hecha para esta vida.

Un enorme agujero se abrió en su brazo. Su piel estaba manchada de sangre, la camisa parcialmente destrozada y aun así parecía decidido a mantener la posición.

—¿Dónde están los niños? —exigió saber. Sonaba agitado, lo que automáticamente disparó aún más mis nervios.

—A salvo —respondí y con mi mirada le dejé claro que no daría más detalles, porque de repente temía que alguien ya estuviera escuchando y usaría la información para poner toda la casa patas arriba.

Si alguien entraba aquí, a primera vista no vería que vivían niños aquí. Las probabilidades eran buenas...

—¿Cuántos hombres hay afuera? —Claude hacía las preguntas realmente importantes.

—Demasiados. Tienen un objetivo. Y me temo que no son los niños. —La mirada de Seven cayó sobre mí.

—¿Yo? ¿Por qué yo? ¡No he hecho nada! Nadie sabe que trabajo para Carver... o que me acuesto con él.

Apreté los labios.

—¿Qué? —insistí, sin obtener respuesta.

—¿Tienes un botiquín?

—Yo... no lo sé. Carver se encargó de todo —respondí y aun así me levanté de un salto.

—¡No! —gritaron ambos al unísono—. Quédate abajo.

Así que me quedé abajo, lo que resultó ser la mejor instrucción que había seguido hasta ahora.

Los hombres no solo entraron por la puerta principal, la hicieron estallar. La explosión hizo temblar las paredes. Vi a Claude volar por la habitación y a Seven caer al suelo. Escombros y cenizas llovieron sobre mí mientras instintivamente me aplastaba contra el suelo.

Alguna parte de mí todavía creía, a pesar de todo, que estos hombres no entrarían. Pero entonces escuché los pasos pesados. Las muchas voces.

—Encuéntrenla —oí que gritaban, aunque mis oídos zumbaban.

¿A quién se refería? ¿A mí? ¿A los niños? ¿A los dos hombres que Carver había asignado para protegernos a todos?

Mirando alrededor de mi mesa, espí la sala de estar. Claude yacía boca abajo a varios metros de mí. Inconsciente, si esperaba lo mejor. Muerto, si suponía lo peor.

Con pura fuerza mental, intenté obligarlo a levantarse. Pero no se movió.

Seven, por otro lado, se movía desde el otro lado hacia mí, con una expresión decidida en su rostro. Ahora presionaba su brazo herido contra su cuerpo. En la otra mano sostenía la pistola mientras se arrastraba hacia mí.

Me hizo un gesto con la cabeza y recordé el arma que le había exigido a Claude antes.

Lentamente, el polvo se aclaró en el área más amplia y pude ver a los hombres que se habían posicionado en la cocina. Probablemente porque hasta ese momento no habían podido evaluar dónde estábamos.

Claude seguía fuera de combate, Seven estaba herido y yo nunca había disparado en mi vida. Pero había demostrado fuerza de tantas otras maneras que no podía empezar a flaquear ahora.

Apreté los dientes con fuerza. Luego quité el seguro del arma, me deslicé por el costado de la mesa y apunté al primer hombre que apareció en mi campo de visión.

Directamente a su cabeza. No a sus extremidades o su torso, sino a su fea cara, que estaba oculta detrás de un pañuelo atado. No quería que estuviera fuera de combate solo por el momento. Quería que muriera.

Estaba invadiendo mi casa.

Perturbando mi paz.

Atacaba a mis hijos.

A mí.

A los hombres que nos protegían.

Con determinación, apreté el gatillo, completamente desprevenida para el retroceso que me sacó de mi posición.

Aun así, lo oí caer al suelo y esperé, recé para que muriera. Pero haber derribado a un hombre no marcó la diferencia. Mis brazos dolían por el disparo, oí cómo corrían hacia mí y me di cuenta de que no había salida.

Cerré los ojos con fuerza.

Cuando los abrí unos segundos después, estaba mirando el cañón de varias armas y ojos fríos e implacables.

—Levántate —fue la orden.

Mi mirada se deslizó entre las piernas de los hombres hacia Seven, que me miraba negando con la cabeza.

Pero si significaba que lo dejarían en paz a él y a Claude, que no irían a buscar a los niños... dejé el arma y lentamente me puse a gatas.

Uno de los hombres me agarró por los brazos y me puso de pie.

Miré alrededor. Miedo... debería haber miedo. Pero todo lo que sentía era la ira que se formaba como una bola roja ardiente en mi estómago.

Carver los encontraría. Y los mataría.

Así que sonreí. —Estará realmente enojado porque habéis destruido mi casa recién renovada. Y aún más enojado estará porque habéis matado a estos dos hombres. Y luego estaría el hecho de que me estáis amenazando con vuestras armas y queréis secuestrarme. No creo que os vaya bien una vez que os encuentre.

—Y tú tienes la vida de uno de nuestros hombres en tu conciencia —respondió uno de ellos con amargura.

Me encogí de hombros, en la medida en que el agarre me lo permitía.

—Entonces solo falta uno más para que estemos a mano. —Mi respuesta fue un gruñido... que fue correspondido con una jeringa que de repente se clavó en mi cuello.

Maravilloso. Con Carver en mi vida, nunca tendría paz.

A menos que en el futuro consiguiera el mismo tipo de jeringa.

Cuando los encontré, Seven estaba cubierto de sangre y apenas consciente. Tenía una herida en el brazo y otra en el abdomen. De alguna manera había logrado arrastrarse hasta el sofá. Un paramédico lo estaba atendiendo.

Claude yacía inmóvil en el suelo. Estaba rodeado por varios miembros del equipo de rescate que se daban instrucciones mutuamente.

—¿Dónde están?

Las palabras salieron de mi boca, pero dudaba que alguien me escuchara. El estado de estos dos hombres era más que crítico. Todo lo que había visto desde que doblé la esquina de la calle era crítico.

El caos en la calle. La puerta de entrada que había sido volada. Los innumerables policías. Los equipos de rescate. La prensa.

Había buscado a Jeanne entre la multitud, pero no la había encontrado. Tampoco a mis hijos. Dentro de mí había una leve esperanza de que hubieran escapado juntos.

Pero una mirada al rostro de Seven, a sus ojos entreabiertos, me reveló más de lo que quería saber.

Detrás de mí escuché pasos. —¿Falta alguien aquí? —La voz pertenecía a un policía curioso que ya me había hecho algunas preguntas afuera.

—No —gruñí.

Lo último que necesitaba era tener a la policía encima.

Lo dejé plantado y subí corriendo al dormitorio. En la mesita de noche estaban los restos del desayuno. El juego de memoria estaba sobre la cama. Así que di media vuelta y eché un vistazo a la habitación de invitados. Tampoco aquí encontré ningún rastro de mis hijos.

No se los habían llevado. En ocho años no habían estado en peligro ni una sola vez. Ni siquiera se habían acercado.

No podían...

No debían...

Mi mirada se detuvo en el lazo de tela que colgaba del techo, aproximadamente a la altura del centro del pasillo.

Anoche, Jeanne se había quejado de lo evidente que era. Odiaba el ático.

Tomé la vara que estaba detrás de la puerta del baño y enganche el extremo en el lazo para bajar la estrecha escalera.

Antes de subir, miré hacia abajo. No necesitaba testigos curiosos si yo...

En cuestión de segundos estaba arriba, buscando a tientas el interruptor de la luz en la oscuridad y, al mismo tiempo, exhalé aliviado.

Tres pares de ojos me devolvieron la mirada.

—¡Nos encontraste! —constató Davide. Oí la alegría en su voz.

—Así es. —A primera vista, todos parecían ilesos. Miré alrededor buscando a Jeanne, pero no estaba por ningún lado—. ¿Estábamos jugando al escondite?

La pregunta me costó más de lo que debería.

—Jeanne dijo que nos escondiéramos y esperáramos hasta que ella nos encontrara. O tú. Que no saliéramos sin importar lo que pasara. ¿Está ella ahí? Hemos ganado. Dijo que nos compraría lo que quisiéramos.

En las últimas veinticuatro horas me había forzado a sonreír en las más diversas ocasiones, así que lo hice también ahora, mientras mi hijo me explicaba con toda tranquilidad que Jeanne, en una situación de absoluto estrés, había pensado en esconder a los niños del enemigo.

—Me temo que ahora está ocupada con otra cosa, pero seguro que no habrá problema cuando regrese —respondí e hice un gesto a Caterina para que viniera hacia mí.

Matteo la soltó para que pudiera gatear hacia mí. La tomé y bajé la escalera, la dejé en la habitación de invitados y luego ayudé a los gemelos a bajar también.

—¿Qué ha pasado ahí abajo? —Davide intentó mirar por la esquina, pero lo detuve. Teníamos que salir de aquí antes de que volviera a aparecer el policía curioso que estaba tan abrumado por la situación que me dejaba deambular por la casa como si fuera lo más normal del mundo.

El jardín.

—Bien, ahora vamos a hacer algo genial. —¿Dejaría normalmente que mis hijos bajaran por la ventana del primer piso al jardín para que pudiéramos llegar sin ser vistos a mi coche estacionado una calle más allá? Claro que no. ¿Lo haría hoy para ganar un tiempo que necesitaba desesperadamente? Por supuesto.

Los empujé hacia la habitación de invitados, cerré la puerta detrás de ellos y abrí la ventana. Miré hacia abajo. El enrejado de las rosas aguantaría su peso y si sujetaba bien a Caterina...

—De acuerdo. Uno por uno... No, espera. ¿Qué pasa con Jeanne? ¿De verdad no estaba con vosotros?

Davide negó con la cabeza, ya subiéndose al alféizar de la ventana. Luego salió y bajó por el enrejado como si lo hiciera todos los días. Matteo lo siguió y yo agarré a Caterina.

Jeanne no estaba aquí. Claude y Seven serían llevados al hospital más cercano.

Los niños tenían que volver a la isla para que yo pudiera ir a buscarla a *ella*.

El vídeo. No le había prestado más atención, no había reaccionado después de dar instrucciones a mis hombres.

Había cosas más importantes.

Ni siquiera le había dicho a Jeanne que estaba en peligro.

Estúpido. Tan estúpido.

Apreté los dientes con fuerza y levanté a Caterina en mis brazos.

Dos hombres para su protección habían sido muy pocos, sin importar lo buenos que fueran normalmente Seven y Claude en su trabajo, había sido una expectativa demasiado alta de mi parte considerando que ya me habían enviado amenazas.

Aun así, la había creído a salvo.

En este lugar que no tenía nada que ver conmigo.

Cuando tuve ambos pies firmemente plantados en el césped, miré hacia arriba una vez más. Era increíble que esto fuera siquiera necesario.

Llevé a los gemelos al otro extremo del jardín. Mientras les ayudaba a cruzar la valla, un solo pensamiento se repetía en mi mente sin cesar.

Los encontraré.

JEANNE

Mira esto. En las fotos viejas su cara es mucho más infantil. ¿Crees que chupará mi polla como chupaba su helado a los seis años?

Cuando desperté, me encontré en mi peor pesadilla. Atrapada con fragmentos de conversaciones que se habían incrustado en mi cerebro, pero que no provenían de mi imaginación, sino de la amarga realidad.

Los hombres que me habían secuestrado conocían las imágenes. Los vídeos. Los habían visto todos y, por primera vez en mi vida, me enfrentaba a cómo era cuando...

Me habían llevado a una cripta. Los sarcófagos de piedra a varios metros de distancia lo delataban. Además, había una cruz. Y velas.

Olía a humedad, en algún lugar entre las sombras escuchaba el roce de las ratas y la escalera que conducía hacia arriba también traía hasta mí las conversaciones que me habían perseguido hasta la inconsciencia.

Mis manos estaban atadas, al igual que mis piernas. Me dolía el cuello, en mis venas ardía fuego. Las lágrimas me escocían en los ojos, aunque aún no tenía una razón real para llorar. Un poco de desesperación estaba bien, pero no podía perder la cabeza. Necesitaba orinar, tenía sed y en mis pensamientos solo circulaban dos preguntas a las que ahora me aferraba.

¿Estaban bien los niños? y ¿Cuándo me encontraría Carver?

CONTINUARÁ

... y aquí »»» [LOVE OF THE ROTTEN](#)

... ¡GRACIAS por haber leído SINS OF THE DEVIL! Espero que no me guardes mucho rencor por el cliffhanger - el volumen 2 se publicará probablemente el mes que viene. Si no quieres perdértelo, deberías suscribirte sin falta a mi boletín. Allí recibirás además capítulos extra, contenido adicional y más información sobre mis libros.

Y SI AHORA TIENES GANAS DE empezar directamente con el siguiente libro, aquí tengo una selección de historias que podrían gustarte tanto como SINS OF THE DEVIL.

Como seguramente quieras seguir con la mafia, me gustaría recomendarte [RUGGED](#), el inicio de mi serie de Málaga:

ELLA ES UNA FRUTA PROHIBIDA.

Una mujer que no debería desear.
La luz en mi oscuridad.
Me mantiene a distancia, pero no puede negar la atracción entre nosotros.
Cada caricia, cada beso robado me pone más de rodillas.
Es mía. Aunque debería odiarla.

THALASSA

Él entró en mi vida de forma inesperada.
El hombre que es tabú para mí en más de un sentido.
Intento mantenerlo a distancia.
Sin embargo, con cada día que paso bajo su techo, me siento más atraída hacia él.
Mucho antes de que posea mi cuerpo, mi mente ya le pertenece.
Él sangra por mí.
Mata por mí.

Y reclama para sí cada parte de mi oscuro corazón.

Málaga. Bienvenida a la ciudad de los pecados.

Una mujer como tú no tiene nada que hacer aquí.
Pero ese es el primer error en el que caigo, ¿verdad?
Sabes exactamente quién deberías ser. Quién eres.

Y la jaula dorada en la que estás atrapada no es la que habrías elegido voluntariamente como tu prisión.

Pero no te preocupes, Thalassa, hombres como yo siempre toman lo que quieren.

No importa lo que cueste.

Tú justificas cualquier precio, incluso la traición a mí mismo.

Además, también está [Shadows and Sins](#):

SENTARSE QUIETA, sonreír, asentir.

Criada para ser la perfecta novia de la mafia, llevo veintidós años esperando el día decisivo.
¿Me elegirá el futuro capo a mí o a una de las otras mujeres que le ofrecen?

Intacta, pura, inocente.

Incluso antes de que se tome la decisión, él ya ha matado por mí. Y no es la primera vez.
Nuestro vínculo se remonta más allá de lo que permite la tradición de su familia.

Elegante, seductora, peligrosa.

A pesar de ello —¿o quizás por eso mismo?— elige a otra. Al final, soy yo quien lo mira fijamente cuando levanta el velo nupcial frente al altar. ¿Pura coincidencia? Difícilmente... porque hace tiempo que sé lo que quiero.

Implacable, infame, Romero Oscuro.

Nuestra unión casi sume a la isla en una guerra. Atrapada entre los intereses de hombres poderosos, pronto me doy cuenta: puede que yo sea lo que él siempre ha anhelado en secreto, pero al final eso no me salva.

Ni de su padre. Ni de mi familia. Y mucho menos de él.

INFORMACIÓN IMPORTANTE

El mejor marketing no vale NADA si un lector no le muestra a otros interesados que le gustó un libro.

Así que si quieres ayudarme a mí y a mis libros a ser vistos, te agradecería mucho si publicaras una breve reseña en Amazon. También puedes simplemente usar la función de estrellas del Kindle, eso es absolutamente igual. Lo importante es que les hagas saber a todos los demás si te gustó.

Muchas gracias a todos los que apoyan diligentemente cada libro y me ayudan así a poder publicar más libros <3

SOBRE EL AUTOR

Ambra Kerr es el seudónimo de una apasionada autora de novela romántica oscura que ha encontrado su hogar en este género y disfruta experimentando con su escritura en todas las direcciones. El lector puede esperar novelas oscuras, cargadas de tensión y erotismo, que se publican regularmente.

Para más información y para no perderse ninguna publicación, no duden en visitar los canales de redes sociales o el grupo de Facebook DARK NIGHTS WITH AMBRA KERR.

[Facebook](#)

[Instagram](#)